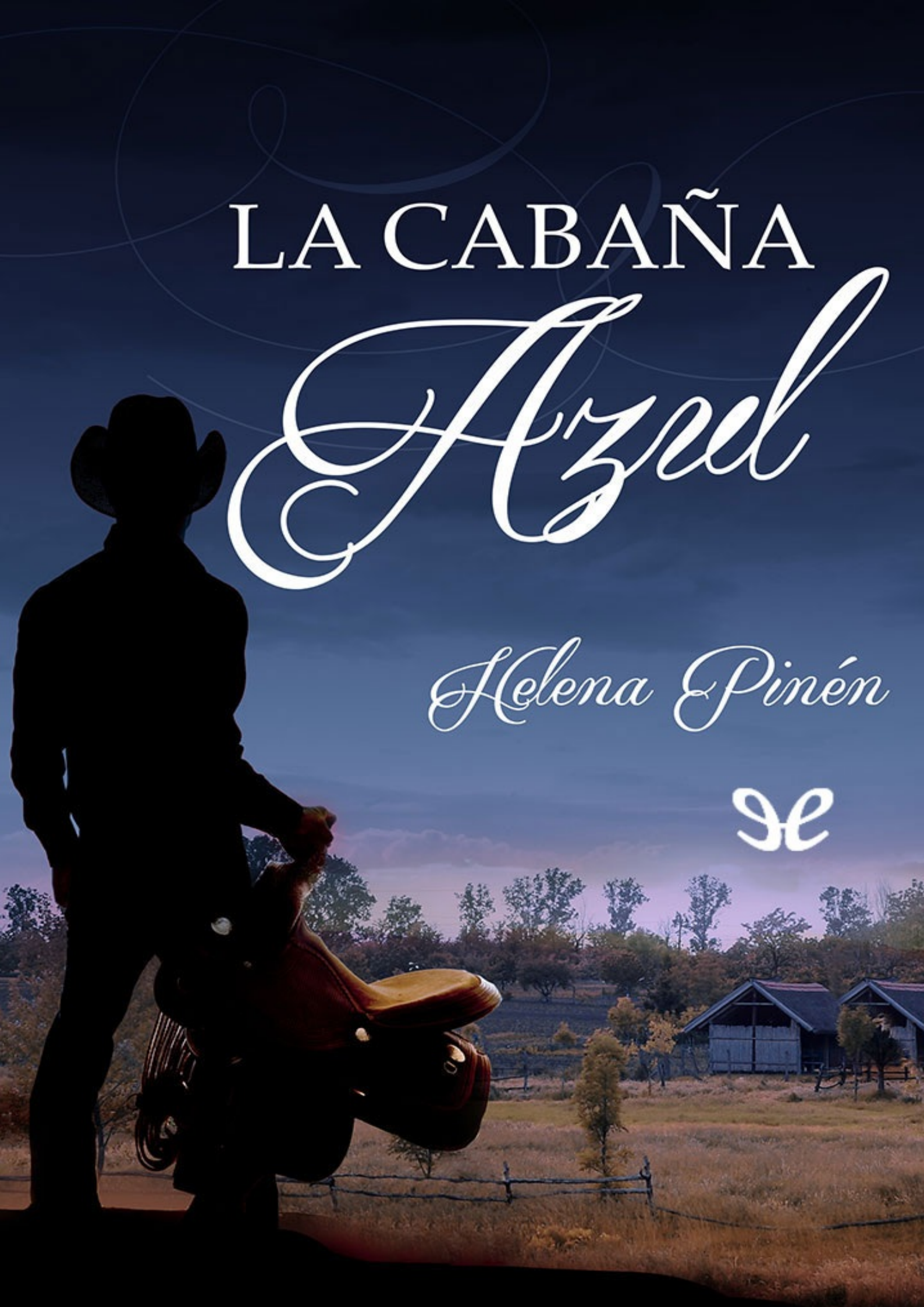
LA CABAÑA

Azul

Helena Pinén



Amanda Jefferson tiene el corazón herido, el cuerpo magullado y un secreto por el cual daría la vida. Cuando decide marcharse, consigue borrar sus huellas, hacer que Amanda Jefferson deje de existir. En su lugar, Mandy Jeff ha llegado a Blue Valley, un pequeño pueblo de Texas donde todos se conocen, un lugar donde ella siente que puede perder el miedo a vivir.

Al igual que la gente del lugar, Remington Montgomery se pregunta quién es esa mujer que se ha trasladado a la cabaña azul. De algún modo logra ver su coraza y entiende que su antigua relación ha sido oscura y terrible, pero está dispuesto a ser paciente y esperar su oportunidad para demostrarle que otro amor es posible.

Helena Pinén

La cabaña azul

La Cabaña Azul - 1

ePub r1.0
Titivillus 06.10.2020

Título original: *La cabaña azul*
Helena Pinén, 2019

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Índice de contenido

Cubierta

La cabaña azul

Dedicatoria

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Epílogo

Agradecimientos

Sobre la autora

Para todos los que habéis creído en mí.

PRÓLOGO

Maxwell Summers había estado trabajando hasta tarde. Era su forma de desconectar y de olvidar que su última relación amorosa había sido un fracaso. Llevaba mucho tiempo trabajando como un loco, pero era la única forma de mantenerse cuerdo.

Aparcó el coche a dos manzanas de su portal. Debería alquilar la plaza de garaje que el señor Watanabe le ofrecía cada vez lo que veía en el ascensor; estaba cansado de dar vueltas por el vecindario para encontrar un hueco que aceptase su gran todoterreno.

Observó la lluvia golpear el cristal.

Hubo un tiempo en el que le gustaba regresar pronto a su apartamento. Él lo esperaba ahí, preguntándole qué tal le había ido el día y dispuesto a quitarle las pesadillas que lo acosaban de noche cuando las cosas se ponían feas. Pero desde que su relación se había roto, dos años atrás, Max odiaba volver a casa después del trabajo.

Sabiendo que no podía quedarse para siempre en el coche recordando tiempos mejores, suspiró y salió a todo correr.

Totalmente mojado, esquivó a una anciana que paseaba a su perro a pesar del diluvio que descargaba sobre sus cabezas, le gritó una disculpa y siguió corriendo en zigzag por la calle.

Derrapó frente el portal sin siquiera tener la respiración entrecortada. Era agente del FBI y estaba entrenado para correr, por lo que aquella pequeña carrera no había supuesto un gran esfuerzo para él.

Sin embargo, parpadeó sorprendido al ver una figura agazapada junto a la puerta. Estaba abrazándose las rodillas, con el rostro escondido contra ellas. Era la viva imagen de la fragilidad.

Durante un momento, pensó que era una mujer sin techo, pero pronto vio la maleta a un lado y le resultó familiar. Tanto como aquella melena rubia, que se había oscurecido por la lluvia y que cubría el rostro de la chica.

Con un nudo en la garganta, puso un pie en el portal, mientras el agua le recorría la cara.

—¿Amanda?

La cabeza se alzó con lentitud y los ojos castaños que tan bien conocía se clavaron en él. Vidriosos, espantados. Sin la luz que los caracterizaba. Ni siquiera la piel, tersa y de color arena que los rodeaba, era como la recordaba. Tenía los párpados enrojecidos de tanto llorar.

Estaba visiblemente afectada por algo y Max supo por qué cuando se agachó a su lado y le apartó el pelo de la mejilla.

—Dios Santo… —susurró Max, con el corazón latiendo, errático pero trémulo, contra sus costillas. Intentó controlar la rabia que empezaba a hervir en su interior. Respiró hondo. No quería asustarla más de lo que ya estaba—. ¿Quién te ha hecho esto?

Ella apartó el rostro cuando rozó el hematoma que decoraba su pómulo izquierdo. Sin duda, alguien le había cruzado la cara de un buen revés, o le había dado un puñetazo. Era un golpe reciente, le dijo la voz de policía que llevaba dentro.

Le tocó de nuevo la cara, buscando alguna otra marca, pero Maxwell no encontró nada. No lucía ningún otro golpe, pero no pudo evitar preguntarse si tenía algún otro cardenal en el cuerpo.

Bajo las yemas de sus dedos notaba que estaba tensa y, al mismo tiempo, débil. También estaba helada, pero seca. Llevaba ahí mucho rato, esperando a que regresase del trabajo; maldijo entre dientes.

—Amanda, princesa…

Con un aleteo de pestañas, por fin sus pupilas lo enfocaron.

Su labio inferior tembló. El agente creyó morir cuando cayó la primera lágrima.

Siempre se le encogía el corazón cuando veía a alguien llorar, lo cual era habitual en su trabajo; quizá por eso tenía tantas pesadillas. Pero otra cosa era ver a Amanda, una mujer vital, risueña y llena de ganas de vivir, derrumbarse de aquella forma.

Ver llorar a su mejor amiga lo destrozaba por dentro, como si le disparasen directamente en el corazón.

Atrapó con el pulgar la humedad de su rostro. Quiso golpear la pared hasta que sus nudillos sangrasen al verla estremecerse. De dolor y desconfianza.

—¿Vamos a casa? —le preguntó, volviendo a atrapar otra lágrima.

Ella apenas atinó a asentir. Cuando quiso ayudarla, vio cómo se encogía sobre sí misma. Se alejó un paso para darle su espacio y aguantó estoicamente las ganas de interrogarla, de descubrir qué había ocurrido e ir a matar a ese desgraciado que la había golpeado.

Amanda se echó el pelo hacia un lado para cubrir el golpe. Se incorporó. Mejor dicho, lo intentó, pues no tenía fuerzas para levantarse. Su trasero volvió a aterrizar sobre el frío suelo.

Volvió a mirarlo. Fue como redescubrirlo, porque sus ojos se agrandaron como los de una niña pequeña.

—¿Max…?

—Sí, princesa mía. Estoy aquí. Siento haber tardado tanto en llegar —le echó su chaqueta por encima; al menos el forro térmico la haría entrar en calor hasta que lograse levantarla y llevarla hasta su apartamento—. ¿Quién te ha hecho esto?

Amanda negó con la cabeza, luego asintió y finalmente gruñó, encerrándose mejor en la chaqueta, como si fuese una coraza.

—Ayúdame, Max.

Aquel tono de súplica, mezclado con temor, estuvo a punto de hacerlo gritar de rabia, pero se contuvo.

—Terminará en la cárcel, te lo prometo —le cogió las manos entre las suyas. Estaban tan blancas, tan frías. Le besó los nudillos sin dejar de sostenerle la mirada —. Pero necesito que me digas quién ha sido.

Ella sollozó y se soltó de sus manos para cubrirse el rostro. Max sabía qué significaba aquello.

No había sido un atraco. Reconocía la humillación y la vergüenza en una persona que había sido maltratada.

Odió al tipo que la había vuelto tan vulnerable, que la había golpeado y la había herido de todas las formas posibles.

—Es demasiado poderoso. Nadie puede meterlo entre rejas. Ayúdame, Max —repitió, tartamudeando—. Solo tú… puedes sacarme de este infierno.

—Shhh, tranquila…

—Por favor… ayúdame. Cuando sepa que me he ido de Boston, vendrá a por mí… me matará.

CAPÍTULO 1

Brenda Montgomery siempre había odiado el rancho familiar. Por eso, nada más cumplir los dieciocho años, se había marchado del pueblecito donde se había criado. No tenía intención de ir a la universidad, tampoco pretendía atarse a la tierra como lo había hecho su familia y cómo iban a hacer sus hermanos cuando crecieran.

Blue Valley ya no era su hogar.

Durante mucho tiempo, había vivido a su antojo. Había vivido en la ciudad que había querido: Nashville, Chicago, Miami, Las Vegas, San Francisco, Charlotte… Hasta que se quedó embarazada y decidió asentarse en Nueva Orleans, donde tenía intención de vivir y ver crecer a su hijo ella sola.

Pero, poco después de dar a luz, había enfermado. Sabiendo que no le quedaba mucho tiempo de vida, había regresado a Blue Valley. Necesitaba ayuda. Necesitaba que alguien estuviera pendiente de su bebé y sabía que sus hermanos, ahora hombres hechos y derechos, no le darían la espalda.

Sus hermanos, sabiendo que pronto deberían convertirse en padres a la fuerza, habían derrumbado el viejo rancho familiar y habían construido tres casas, pared con pared. Pero, a simple vista, gracias a una única fachada y a un porche cubierto con una sola puerta principal, desde fuera parecía un gran rancho.

Como antes.

Pero totalmente nuevo.

Brenda había adorado aquella edificación: su pequeño iba a tener un verdadero hogar.

Un tiempo después, los cuidados en casa no habían servido de nada y tras varias semanas hospitalizada, Brenda perdió la batalla.

Desde su muerte, los Montgomery habían visto cómo sus vidas y sus rutinas cambiaban de la noche a la mañana. Sobre todo la del mayor de los hermanos.

Tanner ya tenía una hija, sabía de niños, así que era el tutor legal de su sobrino. Lo amaba como a un hijo. Pero estaba divorciado, y él solo no podía llevar dos críos y un rancho, así que sus hermanos habían tenido que hacer malabarismos para echarle una mano.

Habían ideado la teoría con Brenda, pero aplicarlo a la práctica había sido mucho más complejo de lo que habían imaginado.

Tardaron unos meses en habituarse, pero unidos habían conseguido ser una familia. No tan feliz como les gustaría, pues Brenda había dejado un vacío que nadie más podía llenar, pero se las apañaban bastante bien.

Remington era el encargado de preparar el desayuno aquel día. El fin de semana tendría guardia nocturna en la tranquila comisaría del pueblo y sería la última mañana que desayunaría en casa, hasta que fuese su compañera Rebeccah quien tuviera turno de noche.

Se levantó pronto. Preparó café y zumo de naranja. Puso pan en la tostadora y preparó la mesa con minuciosidad.

Oyó los correteos en la casa de al lado y sonrió, meneando la cabeza. Los niños ya estaban despiertos, dispuestos a afrontar un nuevo día de colegio.

Seguramente la primera en aparecer sería su sobrina. Roth era más travieso y su hermano estaba mucho más rato con él, peleando para poder vestirlo y peinarlo.

—¡Buenos días, tío Remington!

Como si pensándola la hubiese invocado, Irina entró en la cocina rápida como un rayo. Se abalanzó sobre él, como hacía cada mañana. Remington la abrazó y la levantó en brazos para sentarla en su silla mientras le hacía cosquillas.

—¿Quién te ha hecho estas coletitas tan monas? —bromeó el jefe de policía, mientras tiraba de las dos coletas que sobresalían de la cabeza de su sobrina de seis años, que se quejó y lo apartó de un manotazo.

—Ha sido papá —la niña le sonrió con aire inocente—. ¿Puedes untar mi tostada? Por favor, tío Remington.

Remington se rio, pero terminó por untar con mermelada las tostadas de Irina, que sonreía satisfecha porque había logrado que su tío, el hombre con más autoridad de todo Blue Valley, le hiciera caso.

—No le digas a papá que no lo has hecho tú —le dio un beso en la mejilla mientras dejaba el plato delante de la niña, que estaba apurando ya su vaso de zumo.

—Será nuestro secreto —aceptó ella.

Aguantando la risa, Remington sirvió tres cafés. A los Montgomery no les gustaba el café extremadamente caliente y era mejor dejarlo reposar.

—¡Tío *Remiton*!

Remington sonrió y se agachó para recibir el placaje del pequeño Roth, que ya tenía tres años y medio.

Se parecía muchísimo a Brenda. Hacía poco más de un año que la habían perdido, pero no del todo. Cada vez que Remington miraba a su sobrino, veía en él su mirada, sus sonrisas y también ese gesto con el mentón que demostraba que estaba enfadado.

—Buenos días, campeón —le peinó el pelo con los dedos.

El niño nunca dejaba que Tanner le pasase el peine por sus indomables rizos rubios, que debía haber heredado de su padre, un extranjero europeo de nombre, apellido y edad desconocidos hasta por la propia Brenda.

—Ay —protestó, haciendo un puchero. Remington alzó las manos en señal de rendición y el niño sonrió, mostrando sus pequeños dientes de leche con total orgullo.

—¿Listo para desayunar y crecer tanto como yo? —lo alzó y se lo sentó sobre el hombro.

—Tío Nicky es el más alto —comentó Irina, mordisqueando su tostada.

Remington bufó, simulando estar ofendido.

Aunque en realidad no tenía tiempo para ponerse de mal humor. Era imposible enfadarse con ellos. Pero valía la pena fingir que sí. Ver sonreír a sus pequeños sobrinos, malcriarlos y reñirles de vez en cuando lo hacían sentir vivo. Trabajar y vivir en un pueblo de setecientos treinta y nueve habitantes como Blue Valley no era muy excitante, pero gracias a Irina y a Roth cada día era diferente.

—¡Tío Nicky! —Roth chilló y pataleó, pero Remington pudo poner al niño en su silla—. ¿Dónde está tío Nicky? ¡*Quiedo* ver a tío Nicky!

—Deja, ya lo hago yo.

Tanner apareció en el vano de la puerta con aspecto cansado.

—Buenos días —le palmeó el hombro y Tanner le devolvió el saludo de la misma forma—. ¿Sabes algo de Nick?

—Debe de seguir durmiendo —comentó el mayor mientras le daba la primera tostada con mermelada a Roth, que reclamaba su vaso de leche.

Remington le dio la leche al pequeño de la casa y retiró el tazón de Irina, que había arrasado con todo a una velocidad supersónica.

—¿Puedo ir a lavarme los dientes? —preguntó la niña, saltando de su silla.

Tanner acababa de sentarse junto a Roth y le dio un sorbo al café antes de responder con una cálida sonrisa:

—Claro, cariño.

La niña salió escopeteada hacia el cuarto de baño. Los tres lavabos de los Montgomery contaban con dos cepillos de dientes infantiles, muestras de que tío Remington y tío Nicky estaban encantados con los pequeños que llenaban sus vidas.

—No tan deprisa, muchacho —Tanner cogió en brazos a Roth, que también había bajado de la silla para imitar a su hermana. Lo sentó en su sitio, más que acostumbrado a sus enfurruñamientos y pataletas—. Tienes que acabarte las tostadas y mira, te queda todavía leche que beber.

—Pero… ¡yo *quiedo id* con Irina!

—Luego, Roth. Primero tienes que terminar de desayunar.

—Jo…

El pequeño dejó de patalear y de discutir en voz baja. Sabía que era imposible pelearse con su padre, y mucho menos cuando el tío Remington estaba tan poco comunicativo. No tenía nadie que lo defendiese, así que puso morritos y empezó a jugar con las tostadas.

Tanner se sirvió una segunda taza de café y puso manteca de cacahuete en el pan tostado, esperando que a Roth se le pasase pronto el enfado y desayunase como tocaba. Mientras, Remington le daba cuenta a una manzana y miraba por la ventana.

Aquel silencio había dejado de ser incómodo hacía tiempo. Remington incluso lo disfrutaba. Con dos niños entrando y saliendo de casa, era difícil tener un momento de paz como aquel.

Oyeron el chillido alegre de Irina y los dos supieron que Nick llegaba para desayunar.

El pequeño de los Montgomery apareció con el torso al aire y cargando sobre los hombros a Irina, como si fuera un neandertal y ella una doncella a la que acababa de raptar. Le tomaba el pelo y le hacía cosquillas.

—Nick, me la estás despeinando —protestó Tanner, escondiendo la sonrisa tras la taza de café para que su hija creyera que estaba molesto.

—Papá no tiene sentido del humor, ¿a qué no, princesa? —rezongó Nicholas mientras dejaba a la niña en su silla y se acercaba a Remington, en busca de la taza de café con leche que le estaba ofreciendo—. No me miréis así, estoy destrozado… ¡qué mal he dormido!

—Hola, tío Nicky.

—Hola, renacuajo —le chocó esos cinco a su sobrino, que empezó a comer de nuevo ahora que su hermana había vuelto a la mesa.

—¿Hubo mucho jaleo anoche? —bromeó Tanner—. Creo que últimamente las mujeres no te dejan dormir…

—¿Cuántas noches van ya? Tres, ¿no? —Remington le siguió el juego—. Y consecutivas. Estás muy solicitado, hermanito. Te quejarás…

Nicholas resopló, haciendo que el flequillo rebelde que caía sobre la frente se elevase un momento.

—Necesito mujeres de carne y hueso. Como vuelva a acostarme otra vez pasada la medianoche por una fémina de cuatro patas a la que le cuesta dar a luz, juro que cojo el coche y me largo una semana.

—¿Fue todo bien?

Tanner cogió en brazos a Irina, se la sentó sobre su regazo y le arregló las coletas.

—Sí. Tenemos un potrillo muy sereno, está sano.

—Un macho —comentó Tanner satisfecho—. Eso está muy bien.

—Después de ver cómo nacían dos yeguas, está bien saber que tenemos un semental —comentó Nick mientras cogía un bol y se servía cereales—. Pronto tocará vender unos cuantos ejemplares. Tenemos cuatro yeguas más en estado. A este paso no habrá espacio suficiente en los establos…

—Empezaré a mover hilos, entonces.

—Genial —Nick se volvió bruscamente hacia él, como si, de repente, acabase de recordar algo—. Oye, Remington… ¿hoy no llegaba la inquilina de la cabaña?

El aludido se tensó de pies a cabeza. No le gustaba nada la idea de que *La Cabaña Azul*, que su abuelo había construido junto al rancho, estuviera ocupada. Era algo familiar y Remington era el único que siempre se había negado a alquilarla. Tampoco necesitaban el dinero como para dejar que alguien entrase en sus tierras y ocupase aquella casita de madera y piedra de un solo dormitorio.

Pero se veía atado de pies y manos.

—Nick, ni se te ocurra. No te acerques a ella.

—¿Por qué no? —Nicholas se sentó junto a la silla vacía de Irina, que jugueteaba con el cuello de la camisa de su padre.

—Porque Max me castraría.

Maxwell Summers y él eran colegas desde hacía años. Cuando le había llamado pidiéndole que le alquilase la cabaña de su abuelo, de la que tanto le había hablado mientras se formaban para ser policías, Remington supo que no podía negarse. Le debía mucho al ahora agente del FBI.

—Papi… —Roth llamó la atención de todos los adultos—. ¿Qué es *cadtrar*?

Tanner meneó la cabeza e intentó salir del paso, mientras Remington se reía con disimulo y se marchaba a trabajar, aprovechando la distracción…

CAPÍTULO 2

Remington llevaba una hora sentado en su silla, revisando los nuevos carteles de *Busca y Captura* que le había mandado la central.

No había visto a esos dos hombres en su vida y dudaba que pasasen por Blue Valley. Si había una orden a nivel nacional para encontrar a unos ladrones de guante blanco, posiblemente los tipos habrían vendido en el mercado negro lo robado y hubiesen tomado un avión hacia algún lugar en el que pudieran vivir como reyes.

Aun así, los colgó en el corcho, al lado de la puerta.

Regresó tras su escritorio y miró con fijeza el teléfono.

Cuando había decidido ser policía en su pueblo natal, sabía que no iba a trabajar en exceso, cosa que le aburría soberanamente. Y aunque su vida no era tan emocionante como podía ser la de Maxwell, estaba contento de poder servir a la comunidad que tanto le había dado cuando era pequeño.

Hoy era uno de esos días donde el trabajo brillaba por su ausencia. Las horas pasaban. El reloj que pendía de la pared parecía haberse detenido.

Estaba deseando que la señora Bitsbee llamase para pedirle que bajase a su gato del árbol de los Monroe. O que llamase el señor Quinn para que localizase el chip de su labrador negro, que saltaba la valla del jardín con la misma facilidad que lo haría un caballo de competición.

La puerta se abrió en ese instante y Remington no se sorprendió al ver entrar a su compañera.

Rebeccah había sido trasladada tres meses atrás a Blue Valley. La agente parecía encantada con el cambio; siempre aseguraba que no echaba de menos la ciudad y su bullicio. Se había adaptado a la perfección al modo de vida tranquilo y casi aburrido del pueblo.

Ella le sonrió cuando sus miradas se encontraron.

—Gracias por dejarme ir a la cafetería. Los turnos de noche me matan y solo el café de Cindy me devuelve a la vida —le dejó un termo en su mesa—. Creo que hoy será un día muy largo y demasiado tranquilo.

—Hasta esta noche.

La sonrisa de Remington, gatuna y llena de tensión, era contagiosa y la agente de policía soltó una risita.

Las noches de los viernes —también las de los sábados— suponían la mayor actividad laboral de la semana. Los jóvenes, y no tan jóvenes, salían a beber al local de los Rover y el alcohol causaba estragos. La noche siempre terminaba con alguien entre rejas hasta que se le pasase la mona y pagase una fianza ridículamente pequeña.

Eran los turnos más divertidos y entretenidos, en realidad.

—Si necesitas refuerzos, puedes llamarme, jefe.

Remington levantó el índice en su dirección, como si le diera la razón, aunque ambos sabían que el pueblo no era tan grande ni los problemas tampoco eran tan graves como para requerir la presencia de dos agentes.

Cuando vio la hora, apenas unos minutos más tarde, se levantó y dejó a Rebeccah al mando.

Fue hacia la plaza del Ayuntamiento dando una caminata. El calor empezaba a ser asfixiante a medida que se acercaba el mediodía. A esas horas no había mucha gente por el pueblo, si bien se encontró con un par de señores mayores que le tenían tanta confianza como cariño.

—Buenos días, muchacho.

—Buenos días, Remi.

Solo los jubilados se atrevían a acortar su nombre, lo cual él detestaba, pero Remington era demasiado respetuoso como para ignorarlos cuando lo saludaban…

—Buenos días, señor Low. Señor Jacques —respondió él, con una sonrisa tirante.

Si esos hombres fueran cuarenta años más jóvenes, los retaría y les vencería a base de puñetazos. De seguro que así dejarían de burlarse de él llamándolo Remi, o Rem.

Se detuvo bajo la sombra de un árbol y se pasó la mano por la frente sudada. El calor era bochornoso en aquella época del año.

Un 4x4 que le era desconocido hasta el momento, entró entonces en la gran plaza y Remington supuso que era el coche de Max.

No porque conociera qué vehículo llevaba ahora, después de tres años y medio sin verse, pero imaginaba que a los agentes del FBI les gustaba llevar un todoterreno de aspecto blindado con cristales tintados. Como en las películas.

Cuando el coche aparcó, nadie bajó de él y Remington frunció las cejas, pues los minutos pasaban.

Al fin se abrió la puerta del conductor del coche. Fue Max quien bajó. Los dos se quitaron las gafas de sol y se dieron un abrazo corto, acompañado de la palmadita en la espalda que demostraba cuánto se habían extrañado, a pesar de hablar por teléfono a menudo.

—Tío, me alegro de verte.

—Ha pasado demasiado tiempo, Remington —su viejo compañero le pasó una mano por el hombro y le hizo rodear el coche hasta la puerta del copiloto, que ya estaba abierta—. Te presento a Mandy Jeff.

La mujer estaba en ese momento bajando del coche.

Remington vio una chica más bien alta, de pelo negro, liso y corto hasta el hombro, cuyas puntas saneadas demostraban que había estado hacía poco en la peluquería. Sus ojos eran inquietantemente antinaturales, aunque Remington no podía dejar de mirarlos: eran grises, grandes, poco vivaces y poco expresivos. Al igual que su rostro.

Aunque debía admitir que los tejanos largos y rotos que llevaba, así como la camiseta negra —que debía ser tres tallas más grande de lo necesario—, de un grupo de Heavy Metal, sin mangas ni escote, la hacían interesante.

Ella, en cambio, veía a un enemigo que la estaba analizando con descaro. Quizá Max confiase en Remington Montgomery, pero ella no.

Sí, el hombre que tenía delante era atractivo y su mirada reflejaba energía, perspicacia y mucha inteligencia, de seguro que era buena persona. Pero eso no significaba que tuvieran que ser amigos.

—Encantada, señor Montgomery.

—Llámame Remington. El señor Montgomery es mi hermano mayor —contestó él, su acento tan diferente al suyo.

—Está bien. Remington, entonces…

Maxwell vio que los dos se sentían fuera de lugar, así que hizo un esfuerzo y llevó la batuta. Hizo que su amigo se subiera al asiento del copiloto y Mandy se sentó atrás, agradecida por tener su propio espacio donde evadirse unos minutos. Necesitaba serenarse. Su nueva vida acababa de comenzar. El miedo seguía latente, pero se sentía más segura que hacía unas pocas semanas. Algo en su interior le decía que aquella masa oscura seguiría abarrotando cada célula de su ser, pero a medida que iba viendo las casitas del pueblo, se sentía más relajada. Su cerebro asimilaba y acepta de buen grado que aquel fuera su nuevo hogar, alejando así aquel burbujeo oscuro de su sangre.

Tranquilidad y anonimato sonaban a música celestial.

CAPÍTULO 3

Remington no conocía mucho a las mujeres. Ninguno de sus hermanos lo hacían, tampoco. Pero había tenido un par de novias y trabajaba codo con codo con Rebeccah. Y sabía que no era normal que Mandy Jeff estuviera tan callada.

Lo habitual sería que lo acosase a preguntas sobre el pueblo, sobre su turismo o sobre las condiciones de la casita donde iba a vivir. Pero lejos de parecer charlatana, aquella morena de enormes ojos grises parecía aterida. Lo único que hacía era mirar por la ventana y mordisquearse el labio inferior.

—Así que este es tu rancho… Tío, es enorme. Muy bonito —Maxwell le sonrió y bajó del coche de un salto cuando aparcó.

Mandy cargaba con la bolsa de lona en la espalda y los siguió en silencio hasta la cabaña, que estaba a unos quinientos metros de la casa principal, detrás de unos árboles que le daban privacidad.

Mientras, los hombres hablaban de antiguos compañeros de clase y de las detenciones más sonadas del pasado año.

Remington podría haberse olvidado de la presencia de Mandy Jeff, si no fuera por la llave de *La Cabaña Azul* que le quemaba la palma de la mano.

—Bueno, aquí estamos —susurró Max, cogiéndole la mano a Mandy; gesto que no pasó desapercibido al jefe de policía de Blue Valley. Un par de preguntas cruzaron su mente, si bien no abrió la boca.

Subió los dos escalones del pequeño porche, que únicamente contaba con una mecedora que él mismo había restaurado mientras Brenda estaba enferma. Le era tan sencillo recordarla allí que jamás miraba en aquella dirección.

Tragó saliva y se obligó a meter la llave en la cerradura.

Tanner se había encargado de adecentar la cabaña cuando Max llamó y le pidió que se la alquilase a Mandy. Él no había sido capaz de entrar. No había abierto esa puerta desde la muerte de Brenda porque, mientras los hermanos reformaban el rancho después de haberlo demolido por entero, había sido ella quien había dormido en *La Cabaña Azul*, mientras Tanner y su hija, Remington y Nick, se quedaban en la casa de su tía.

Remington se hizo a un lado, incapaz de entrar en la cabaña y siendo plenamente consciente de lo que su nueva inquilina estaba viendo.

Había un salón-comedor que ocupaba toda la estancia, con una chimenea en el extremo derecho, justo al lado de un televisor nuevo de plasma y enfrente de un sofá. Al fondo, dos puertas: la primera, que estaba junto a la televisión, daba al dormitorio, que tenía una cama de matrimonio y que conectaba con el cuarto de baño; la segunda, que quedaba a la izquierda, había sido sustituida por una arcada de madera, ya que

Brenda siempre había dicho que la puerta que daba a la cocina solo incordiaba, y la habían quitado para hacerla feliz. Justo enfrente quedaba la mesa para comer, dejando un pasillo entre esta y el sofá en forma de L.

Mandy entró vacilante y observó todo lo que la rodeaba.

Montgomery cambió el peso de pie, sabiendo que a la cabaña le faltaban muchas cosas. Tanner había guardado todo en cajas, pues toda decoración pertenecía a su hermana. Ahora los muebles estaban desnudos, desprovistos de detalles que lo convertían en un hogar.

Para ser honestos, Remington jamás había vuelto a pensar en ello.

Hasta ese momento.

Aquel espacio tan colorido, pero a la vez desnudo de emociones, no era la imagen de la cabaña que él tenía en su cabeza. Siempre, hasta el año pasado, había tenido vida. Vibraba por sí solo. Y ahora era una casa desoladora, helada, donde solo pervivían los recuerdos de una persona que ya no iba a volver jamás.

—Es muy bonita —comentó Mandy, girándose hacia él. Llegó a sonreír de verdad, aunque fue una sonrisa diminuta, tímida. Vaya, quién le iba a decir a Remington que su inquilina no era una pura distancia—. Verdad, ¿Max?

—Sí, es preciosa. Es increíble lo que consiguió tu abuelo —y le palmeó el hombro.

Remington se sintió orgulloso de *La Cabaña Azul*. Siempre lo había estado, pero no podía evitar hinchar el pecho como un pavo real cuando alguien alababa lo que había construido su abuelo con sus propias manos.

—¿Podemos hablar del alquiler? —preguntó entonces Mandy, dejando casi con reverencia la maleta sobre la mesa.

—De eso no te preocupes —se apresuró a decir Maxwell. Le dirigió una fugaz mirada, pero Remington vio el nerviosismo en sus ojos.

Pronto entendió que su amigo no le había comentado a Mandy que se encargaría de su alquiler hasta que se marchase, cuya fecha no estaba clara, porque Max le había comentado por teléfono que su amiga estaba pasando por un mal momento.

Al parecer, su pareja se había marchado, dejándola también sin apartamento en el que vivir, y había perdido su trabajo a los pocos días, quedando la pobre destrozada y sin ganas de seguir adelante.

Remington vio el momento exacto en que su arrendataria comprendía que ella no iba a correr con los gastos del alquiler: sus ojos se entornaron felinamente, sus mejillas se sonrosaron y sus dedos se encogieron hasta cerrarse en puños temblorosos.

Pero a pesar de todo, ella no montó un espectáculo. Se dirigió a él y le pidió un momento a solas con Max. Cuando Remington recibió la aprobación de su amigo, que se dignó a asentir sin apartar los ojos de ella, cerró la puerta de la cabaña y se sentó en la mecedora.

Fue como si una mano acariciara su alma y la calmase, como quien rocía con agua una hoguera encendida que amenaza con arrasar con su alrededor si la llama se hace más grande.

Brenda había pasado allí muchas tardes, observando los alrededores, cantándole a Roth o simplemente leyendo un libro. Quizá por eso ahora podía notarla junto a él, como si estuviera tras el balancín y le masajeara la nuca, los hombros y besase su coronilla.

Se relajó. Estiró las piernas cuan largas eran y se llevó una mano al pecho.

Remington recordaba muy buenos momentos en aquel porche. Él jugando a indios y vaqueros con Tanner y Nicholas, saltando, escondiéndose tras su madre, que se balanceaba en aquella misma mecedora mientras leía una novela romántica. Él sentado en los escalones, tomándose una cerveza porque Justine Trevory no había querido ir con él al baile de graduación del instituto. O sentado, charlando con Brenda, que observaba cómo Roth empezaba a correr, siempre cogido de las manos de Nicholas.

Se preguntó qué diría su hermana sobre alquilar la cabaña.

O qué pensaría de Mandy Jeff.

Posiblemente diría que era una estirada cuya rigidez desaparecería con una buena noche de alcohol y hombres con abdominales marcados. Luego, se la ganaría con un par de tartas y consejos para tratar con la gente de Blue Valley y terminarían siendo íntimas amigas. Y Brenda intentaría emparejarla con el hermano que creyera que era el adecuado para ella, porque su hermana era, pese a ser un espíritu libre que había terminado siendo madre soltera, una romántica que creía en la compatibilidad, en que los polos opuestos se atraen y se complementan.

Es curioso como las almas más solitarias son las más generosas.

La puerta principal se abrió y salieron Max y Mandy. El primero con cara de triunfo, ella con cara de pocos amigos. Estaba claro quien había ganado la sosegada discusión.

Remington se levantó como impulsado por un resorte.

—Yo me encargaré del alquiler, tal y como acordamos, Remington.

—Bien. ¿Queréis que vayamos a almorzar? Todavía tengo un rato libre —mintió. En realidad, no había trabajo en comisaría. Y de haber algún problema, Rebeccah podría ocuparse de él sin problemas.

—Yo prefiero instalarme —explicó Mandy, fulminando con la mirada a Maxwell, que puso los ojos en blanco.

—Vayamos tú y yo, Remington, si te parece. Y de paso nos ponemos al día.

—Esto… de acuerdo.

Bajó al porche, sintiéndose torpe, y observó, de reojo, cómo se despedían.

Ella parecía estar enfadada, si bien Remington no podría asegurarlo pues le daba la espalda. Maxwell le tocaba el pelo, la mejilla. A medida que Max susurraba delicadamente, sus hombros encorvándose. Al final, Mandy contuvo un sollozo y se

fundieron en un abrazo demasiado largo y emotivo que hizo sentir a Remington como si fuera un *voyeur*.

—Te prometo que volveré a buscarte muy pronto —escuchó decir a su amigo mientras la separaba de él para darle un beso en la frente.

Mandy asintió un par de veces y se dejó secar las lágrimas.

Remington entornó los ojos detrás de las gafas de sol que acababa de colocarse. Aquella mujer no era la chica desconfiada de hacía unos minutos. Parecía rota, vulnerable como una muñeca de porcelana.

Algo se le estaba escapando, pero no sabía qué.

Y Remington odiaba quedarse al margen.

—Descuida, ya sabes que jamás te delataría —señalaba su amigo—. Solo yo sabré dónde te escondes, princesa.

Sí, estaba perdiéndose algo.

Ella volvió a abrazarlo y le susurró algo al oído que hizo que el agente del FBI la estrechase con más fuerza contra su pecho. Las miradas de ambos hombres se encontraron por encima de la cabeza femenina y Remington vio en los ojos de su amigo determinación, furia y mucho amor.

¿Estaba Max enamorado de aquella mujer? Aquello lo descolocaba, porque Max había confesado que era homosexual cuando llevaban unos pocos meses de primer curso de Criminología.

Cuando la soltó, Mandy huyó al interior de la casa y su amigo bajó los pocos escalones con expresión cansada.

—¿Qué está pasando aquí, Maxwell?

—Nada —su amigo apretó la mandíbula mientras se subía al todoterreno.

Remington se montó en el coche también, sabiendo que Max no estaba siendo sincero.

—No te creo —le dijo, aunque claro, Max ya lo sabía—. ¿Se está escondiendo Mandy Jeff de alguien?

Sí, claro que sí, él mismo lo había oído decir a Maxwell.

En cambio, el federal no dijo nada. Tardó varios minutos en responder y lo hizo movido por el carraspeo de Remington.

—Simplemente quiere un tiempo para ella, sola. Su hermano es muy protector y si sabe que está pasando por una mala racha, querrá acogerla bajo su ala y eso la agobiaría más —respondió mientras torcía en una esquina y regresaba a la plaza del Ayuntamiento, tan buena era su memoria y su orientación—. Yo la comprendo. Y la adoro, así que le voy a echar una mano. Si solo puedo ayudarla así, lo haré hasta que no me queden fuerzas.

Aunque Remington seguía sin creerse demasiado lo que acababa de oír, tuvo que aceptar que el argumento era bueno y que tenía sentido, así que terminó suspirando y aceptándolo.

Maxwell bajó del coche después de que Remington le dijera donde aparcar. Fueron hacia la cafetería, donde pidieron dos cafés. Max conducía de regreso a Washington, donde vivía y trabajaba, y Remington estaba de servicio. Las cervezas tendrían que esperar a que se encontrasen en otro momento, en otra situación.

—La quieres mucho.

—Es como mi hermana pequeña —comentó Max reclinándose hacia atrás—. Así que vigílala, por favor. Cuida de ella.

No, no le apetecía cuidar de ella. Tenía unos hermanos a los que sostener, como ellos hacían con él, porque la muerte de Brenda era una herida muy profunda que nunca se cerraba, jamás iba a cerrarse. Tenía unos sobrinos a los que malcriar, a los que cuidar como si fueran sus propios hijos: Irina se había quedado sin madre cuando la esposa de Tanner se había marchado, dejándolo solo con una niña de dos años; Roth nunca recordaría a la suya.

¿Vigilar a una extraña que se había instalado en *La Cabaña Azul*?

No era algo que quisiera hacer.

—Lo haré, no te preocupes —dijo en cambio—. Aunque si hay algo que deba saber, tío, dímelo ahora. Si está huyendo de alguien… —Remington insistió, inclinándose hacia delante, como si estuviera en la sala de interrogatorios de una comisaría y no en una cafetería de pueblo—. Yo puedo protegerla.

—Todo está bien, de verdad, Remington.

—De acuerdo.

—¿Cómo llevas lo de Brenda?

Max y él se habían visto por última vez en el funeral de su hermana. Había sido duro. Pero su compañero había sido un gran pilar para él, incluso desde Washington. Lo llamaba cada pocos días desde entonces, para saber cómo estaba, para preguntarle si necesitaba algo.

Ambos sabían que aquel tema era espinoso, muy doloroso.

Pero tampoco era algo que pudieran evitar.

—Depende del día. A veces mi mente la olvida por completo, como si Brenda Montgomery nunca hubiese existido —Remington se bebió de golpe el café, deseando que fuera una buena copa de *whisky*—. Otras, tengo la sensación de que cuando llegue a casa, me la encontraré jugando con Roth. Y me sonreirá y me preguntará si no estaría mejor en una comisaría más grande, quizá en Washington contigo.

—Lo siento.

—Ya… y hay días en los que me doy cuenta de que no está aquí, de que se fue, y se me hacen cuesta arriba —tragó saliva. Notó el escozor del llanto y suspiró—. Porque siempre creí que estaría ahí. Aunque no estuviera asentada aquí, en Blue Valley…

—Estaba para ti, a una llamada, a un vuelo de distancia —comentó Maxwell. A él siempre le ocurría con Amanda. Ella estaba en Boston, pero a pesar de echarla de

menos a horrores, el agente sabía que podía coger el teléfono y escuchar su voz, hacerla reír—. Ahora es distinto.

—Y tan distinto, joder.

—¿Cómo lo lleva Roth? —preguntó su amigo.

Remington quiso sonreír al pensar en su juguetón sobrino, pero le era imposible. Ver a Brenda en su cara y en sus gestos era una bendición, pero también una maldición al mismo tiempo.

—A veces pregunta por qué no tiene mamá como los demás niños. Irina lo cuida y le dice que su mamá está en el cielo, pero creo que no sabe lo que ha perdido —Remington se pasó una mano por la cara; aquella conversación estaba siendo demoledora, pero a la vez le estaba sirviendo para asimilar todo lo que decía en voz alta—. No la recuerda. Él… siempre ha vivido rodeado de hombres, como Irina. Y a veces creo que eso… está bien. Podría haber sido más mayor, podría haber sufrido mucho más…

Cuando un viejo amigo vino a saludarlos, el tema cambió radicalmente y, en parte, Remington agradeció aquella tregua. Nunca se le había dado bien desnudar el corazón, no iba con él. Eran sus hermanos los que hablaban de sentimientos, los que se atrevían a mostrarlos. Él no. Él no se veía capaz de hacerlo, le parecía imposible sacar todo lo que llevaba dentro.

Max se marchó media hora más tarde, pidiéndole de nuevo que cuidase de Mandy y prometiéndole que pronto lo llamaría.

Remington se tocó las gafas de sol a modo de despedida, mientras el motor del todoterreno de Max rugía con ferocidad, dispuesto a ponerse en marcha.

CAPÍTULO 4

Amanda había cerrado con llave nada más dejar a Max y a su casero, el cual casualmente también era policía, en el porche.

Y ahora se encontraba en aquella cabaña, que no era muy grande en comparación con su piso, pero que le parecía encantadora para ella sola.

Sola.

Qué bien sonaba eso después de lo que había vivido.

Si no fuera porque todavía no terminaba de creerse que estuviera ahí, lejos de sus demonios, posiblemente estaría sonriendo hasta que le dolieran las mejillas.

Fue directa hacia el dormitorio.

No se paró a descubrir cómo era la habitación donde iba a dormir, solo se dejó caer sobre la cama y se acurrucó en posición fetal sobre la colcha, sin molestarse en quitarse la ropa o los zapatos.

Sus huesos se volvieron de gelatina y su piel se destensó por primera vez en semanas. La rigidez que tensaba los músculos desapareció, dejando un hormigueo agradable en cada milímetro de su cuerpo. Sus párpados pesaban, no por exceso de llanto, sino por sueño acumulado.

Se estaba permitiendo estar cansada por primera vez en mucho tiempo.

Le bastó cerrar los ojos para quedarse dormida, sintiéndose a salvo por primera vez en mucho tiempo.

Cuando despertó, vio en el despertador que ya había pasado la hora de comer. Se maravilló al darse cuenta de que había dormido del tirón y sin tener ninguna pesadilla.

Él ya no la acechaba.

Gracias a Maxwell, Amanda podría respirar tranquila una temporada. Hasta que su excuñado lograse meter entre rejas al miserable que le había destrozado la vida a base de insultos, humillaciones y golpes.

Entonces, todo habría terminado.

Cogió una toalla del armario y observó, ahora sí, el dormitorio.

Era fabuloso.

Los muebles eran de madera oscura, encajando a la perfección con las paredes de la cabaña, que estaban hechas de piedra y madera. La cama tenía un cabecero empotrado de un tono más rojizo, de la misma madera que las cuatro columnas que ajustaban la cama del suelo al techo, y Amanda se quedó prendada al descubrir que había vacas y caballos en relieve por toda la superficie. Acarició la columna más cercana con el índice. Era una preciosidad artesanal que debía valer miles de dólares, aunque para la familia Montgomery seguramente su valor era puramente sentimental.

Las cortinas eran como las sábanas y las toallas: de color azul, un color que cabalgaba entre lo oscuro y lo claro, sin estancarse en lo antiguo y aterrador, sin optar por los tonos pasteles y femeninos de la tela.

Ahora entendía por qué Max le había dicho que el lugar donde iba a vivir se llamaba *La Cabaña Azul*.

Sonriendo, entró en el cuarto de baño. Estaba perfectamente equipado y disfrutó de una larga ducha de agua tibia que la alivió tanto o más que la cura de sueño.

Una vez se hubo recogido el pelo húmedo en un moño informal, se decidió por unos tejanos rotos y una camiseta blanca, sencilla y fresca, que la ayudaría a soportar el calor del mes de junio.

Fue al salón-comedor. Al entrar en la cabaña, antes, ya se había prendado del sofá, que también era azul, como las cortinas, los cojines, una alfombra y el marco de una foto en blanco y negro que mostraba una pareja besándose el día de su boda.

Se acercó hasta el retrato, antiguo y desgastado por las décadas. Amanda quiso acariciar con la yema de los dedos el rostro enamorado del hombre que aparecía en ella.

Cuánto había deseado que un hombre se fijase en ella y la observase de esa forma.

Cuán equivocada había estado creyendo que Parker la miraba con adoración cuando en realidad para él era una diversión, una posesión que iba a tener hasta que se aburriese.

Meneó la cabeza. Amanda aún no comprendía cómo había permitido que, durante semanas, su vida se convirtiera en una carrera a cámara lenta, donde ella había observado todo desde fuera. Como si una parte de sí misma hubiera salido de su cuerpo y viera lo que ocurría desde las alturas.

Intentando no pensar en Parker, cuadró los hombros y miró la chimenea. Estaba limpia y vacía, pero le fue tan sencillo imaginarla llena de leña, que ardía y crepitaba, mientras fuera nevaba…

¿Nevaba en el oeste de Texas?

Meneó la cabeza, diciéndose que estaba haciéndose unas preguntas de lo más ridículas.

Llamaron a la puerta justo cuando iba a entrar en la cocina. Al no tener puerta y ser simplemente un arco de madera, había podido ver una nevera nueva de dos puertas y una campana de acero inoxidable, de donde pendía un reloj redondo de marco y agujas azules.

Pensó que era su casero, por eso abrió sin pensar. Porque Parker no iba a encontrarla.

Se habría dado cuenta ya de que se había ido de Boston, de eso hacía casi una semana, pero Amanda dudaba que la hubiese encontrado tan rápido. Max se había encargado de marear la perdiz lo suficiente como para que nadie la localizase.

Porque él iba a buscarla, removería cielo y tierra hasta hallarla.

Se había ido, lo había abandonado.

Pero nadie deja a Parker Benedict.

Solo él decide cuando una historia se termina…

Él mismo se lo había dicho.

En el porche no estaba Remington Montgomery. Era otro hombre, uno más joven, pero más alto que su casero. Algo le dijo a Amanda que debían ser familia, porque se parecían muchísimo.

Quizás por eso no le cerró la puerta.

—Hola —él sonrió ampliamente—. Tú debes de ser Mandy Jeff, ¿no? —y le tendió la mano—. Soy Nicholas Montgomery, pero todo el mundo me llama Nick.

Le era complicado hacerse a la idea de que ya no era Amanda Jefferson. Echaba de menos que alguien pronunciase su nombre al completo, pero si Max creía que lo mejor para su nueva vida era tener otra identidad, entonces iba a acostumbrarse a responder a otro nombre y a otro apellido.

Si había logrado verse en el espejo sin echarse a llorar por no ser rubia ni tener los ojos castaños, podía soportar ser Mandy Jeff durante unos meses.

—Encantada… —¿cómo había dicho que se llamaba?— Nick.

Se obligó a aceptar el saludo con un apretón de manos.

Desde que había descubierto lo brutales que podían las manos de un hombre, le causaban mucho respeto, pero no permitiría que una mala experiencia se volviese en su contra.

—Oye, siento molestar pero… ¿has ido ya a comprar al supermercado? No, ¿verdad?

Ella parpadeó, sorprendida por la pregunta. Y se dio cuenta de que el hombre cargaba con dos bolsas de papel en el brazo que no había usado para presentarse formalmente —¡menudo malabarista!—. Negó con la cabeza, abrumada, diciéndose que aquello no podía ser para ella. Pero Nicholas se lo puso en los brazos, y Amanda se encontró con que no temía su contacto.

Aquello la chocó. Esperaba un poco de recelo hacia Nick, pero no sintió nada.

Ni miedo ni deseo.

Nada.

—Esto es para ti. El rancho no queda muy lejos del pueblo, pero a estas horas de la tarde y con el calor que hace, ir y volver andando te parecería un suplicio —comentó él, sonriendo un poco más y mostrando sus dientes blancos—. Porque no tienes coche, ¿verdad?

—No…

—Lo que yo decía. Acabarías odiando esto —su sonrisa encajaba con su acento tejano.

—Pues… muchas gracias.

No le preguntó si quería pasar a tomar un café.

No se atrevía a quedarse a solas con un hombre que no fueran Max o su hermano Lawrence.

Sin perder la sonrisa que parecía caracterizarlo, Nicholas se colocó mejor el sombrero, que era de puro vaquero, antes de bajar los escalones del porche. Pero cuando estaba ya en tierra firme, se volvió hacia ella.

—No debes darme las gracias a mí, ¿sabes? Ha sido cosa de Remington.

Cuando Amanda se vio capaz de decir algo, se encontró sola en el porche.

Entró en la cabaña y guardó las cosas en el armario y en la nevera como una autómata, sin preocuparse por dónde iba cada cosa.

Luego, se sentó delante de la chimenea vacía.

¿Cuánto tiempo hacía que no dejaba que nadie se preocupase por ella?

Hacía dos meses que se había cerrado en banda y había impedido que la gente que la quería se acercase. Su hermano, su socio y su encantadora prometida. Ninguno de ellos había conseguido llegar hasta ella después del primer golpe, después de descubrir quién y cómo era en realidad Parker.

Cuando se enteró de que sus retrasos no eran cosa de estrés gracias a un test rápido de la farmacia, quiso llorar de alegría. Y cuando su ginecóloga le confirmó que estaba embarazada, supo que Parker le plantaría cara a su familia por ella y su bebé.

Los Benedict querían que Parker, el último hijo soltero que les quedaba, se casase con Babette LeFleur, hija de un magnate cuyas acciones y cuyo dinero le irían muy bien a la familia y a sus negocios.

Siempre le había dicho que no quería que su relación fuera oficial hasta que lograse quitarle esa horrible idea a su padre. Ella había esperado pacientemente, pero Amanda había sido consciente en todo momento que, de seguir así, Parker pronto terminaría siendo un hombre casado.

Y no con ella, para ser precisos.

El bebé lo cambiaría todo. O eso había pensado…

—Tienes que abortar, Amanda —había dicho él.

—¿Quieres que qué?

—Todavía estás a tiempo. Puedo llamar a un par de conocidos y… por la noche podrías estar de nuevo en casa. Te encontrarías perfectamente, querida.

—¿Qué? No, Parker. ¿No lo ves? Tenemos la oportunidad de ser felices, de formar la familia de la que siempre hablamos —Amanda se había pasado la mano por el pelo, frustrada—. Si hablas con tus padres sobre Babette…

—Amanda, Amanda… —él la había tomado de la mano y la había hecho sentarse, con brusquedad, en la silla—. Eres una chica lista, pero resultarás ser más rubia de lo que pensaba.

—¿Qué…?

—¡No pienso dejar a Babette! —había gritado él—. Querida, tú siempre serás la otra. Mi amante. Pienso casarme con Babette. De hecho, este viernes voy a comprarle el anillo. Nos casaremos el Cuatro de Julio.

Amanda abrió los ojos y volvió al presente. Aclarándose la garganta, se secó las lágrimas, porque de nada servía recordar la humillación a la que se había visto sometida por parte de Parker. Abarcó el vientre con sus manos.

Aquel gesto siempre le serenaba el corazón, la llenaba de paz y un cosquilleo de felicidad le recorría el estómago hasta la punta de los dedos de los pies.

Nadie iba a quitarle a su bebé.

Ni siquiera el hombre al que había creído amar iba a arrebatárselo.

Fue a por la bolsa de lona que Max le había prestado.

No llevaba su lujosa maleta de ruedas, su amigo no le había permitido llevársela a Blue Valley. Dudaba que nadie la encontrase ahí, pero cuanto menos relacionasen a Amanda Jefferson con Mandy Jeff… mucho mejor, y ella había estado de acuerdo en dejar la mayor parte de sus cosas en Washington, en el dormitorio de invitados de Maxwell. A buen recaudo dentro de su armario.

Sacó de dentro de la bolsa su libro favorito y tocó la portada con reverencia.

Lo llevaba siempre encima, pero aquella vez había resultado ser especial, porque escondía más que una preciosa historia de amor y de superación personal.

No podría despegarse de aquella novela ni en mil años. Sacó de entre sus páginas la fotografía en blanco y negro de su bebé, la última que había tomado, hacía apenas unos días, en un ginecólogo al que había acudido con Maxwell antes de partir hacia Blue Valley.

Sonrió con ternura y acarició la ecografía durante unos segundos, pensando que pronto tendría a su bebé en brazos. Aquello compensaba todo lo demás. La huida, el secretismo, el rozar la ilegalidad… no significaban nada con el futuro que le esperaba.

No importaba si Parker no quería tener aquel hijo. Ella le daría amor y cariño por los dos. Lo cuidaría, lo mimaría, guiaría su camino, lo aconsejaría y le secaría las lágrimas, y se enorgullecería siempre de sus logros.

Amanda estaba dispuesta a ser el padre y la madre de aquel niño —o niña, todavía faltaban unos días para saber el sexo del bebé—, ella sola. Sin nadie más que su persona y la de su hermano Lawrence —y también la de Maxwell, por supuesto, que había demostrado ser una de las mejores personas que existían sobre la faz de la Tierra—.

No iba a ser fácil, por supuesto. Sabía que la vida no era un camino de rosas donde todo venía rodado. Hay que trabajar duro. Caer. Y levantarse.

Fue a la cocina para servirse un vaso de agua y vio que en un estante había un libro de recetas. Le dio por cotillear el interior, ya que le encantaba cocinar y preparar cosas nuevas, y descubrió una sección de postres que activó todos sus instintos.

El estómago le rugió y Amanda dio gracias por estar sola; si alguien hubiese presenciado el rugidito que acababa de salir de su tripa, se pondría colorada hasta la

raíz del pelo.

Miró lo que le había traído el hermano de Remington Montgomery y sonrió como un gatito que acaba de descubrir que tiene un tazón de leche como extra del día. Tenía los ingredientes necesarios para hacer un *cheesecake* con crema de chocolate.

Se preguntó si las embarazadas de cuatro meses ya tenían antojos, pues ella ya llevaba unos cuantos desde que descubrió que estaba en estado.

Y también se preguntó si los Montgomery tenían alguna tarta favorita.

Podía hacerles una como agradecimiento por haberle hecho la compra, pensó mientras pasaba con cuidado las páginas en busca de la receta perfecta.

Al fin y al cabo, a la Amanda que todavía existía en su interior le hubiese gustado tener ese detalle con la familia que le había alquilado la cabaña —aunque Max se la hubiese jugado y pagase él el alquiler cada mes—. La gente de pueblo era muy amable, siempre se lo habían dicho y ella acababa de comprobarlo. Su naturaleza generosa, que ella no solía tener en cuenta como virtud, pues no sabía ser de otra forma, la empujaba a devolverles el gesto.

Preparó el pastel que tanto le apetecía y lo dejó en la nevera, que estaba más vacía que llena, a pesar de todo lo que le había traído Nicholas.

Se sentó en la silla que había bajo la ventana y miró a través de sus cristales. El campo se extendía al otro lado, tan verde y resplandeciente a la luz del atardecer…

Tan hermoso.

Tan diferente al horizonte al que estaba acostumbrada a observar desde su apartamento en Boston.

No pensaba en qué iba a prepararse para cenar, ni en lo sola que iba a pasar la noche en aquella gran cama. Solo pensaba en lo bien que se sentía lejos de la ciudad y de la vida que había llevado hasta hacía apenas cinco días.

Se sentía libre. Quizá por eso el cielo le parecía tan bonito, tan especial. Y deseó quedarse despierta hasta pasada la medianoche para sentarse en la mecedora del porche y observar las estrellas, porque ahí no había contaminación lumínica, porque ya no había motivos para no volver a sonreír al observarlas.

Ya no era prisionera de Parker Benedict.

Su estancia en el infierno se había terminado.

Max se encargaría de que así fuera y Amanda confiaba a ciegas en él.

Todo iba a terminar muy pronto, susurró mientras posaba una mano sobre su abdomen.

CAPÍTULO 5

Amanda se pasó el fin de semana en la cabaña, viendo películas que había encontrado en el armario donde estaba el televisor de pantalla plana. Esquivó a toda costa los telediarios. No quería saber nada de la familia Benedict, con sus negocios y sus intenciones en la política. No estaba lista para saber nada de Parker, su compromiso, o de su padre ni de sus hermanos.

El lunes por la mañana se dedicó a dormitar y a pensar en qué podía hacer con el interior de la cabaña.

Era un espacio bien decorado, bastante bonito, pero faltaban detalles decorativos. Por supuesto, todo lo que comprase para el lugar bien podría quedarse o bien podría regresar con ella a Boston cuando Parker estuviese entre rejas.

Esa tarde fue al supermercado. Allí, los vecinos de Blue Valley se la quedaron mirando, pero no comentó nada. Un par de mujeres mayores la saludaron y le preguntaron si era la inquilina de los hermanos Montgomery.

Al vivir en Boston, Amanda había olvidado que en los pueblos todo era distinto. Por ejemplo, la forma de ver la vida; porque, sin duda, estar al tanto de lo que ocurría en casas ajenas estaba más que permitido. En una ciudad grande, el vecino a veces ni siquiera sabía el nombre del otro.

—Sí, estoy en *La Cabaña Azul*.

—Eres muy bonita —opinó una, observándola con el mentón ladeado—. Lástima que escondas tu pelo detrás de esta gorra de los Red Sox.

Amanda sonrió, incómoda. Resistió el impulso de calarse mejor la gorra.

—Por el amor de Dios, Kittle, deja a la muchacha en paz —una voz femenina y llena de autoridad rompió aquella conversación y la anciana de pelo gris con mechas violetas se marchó a regañadientes. Amanda se volvió hacia la mujer que la había salvado, por así decirlo—. Tú debes de ser Mandy Jeff, ¿no? Como has podido comprobar, el pueblo entero habla de ti. Estábamos deseando conocerte.

—Ah… ya…

—Dame la cesta, muchacha.

—No, señora, puedo sola… —y puso los primeros artículos en la cinta, sintiendo que las mejillas le quemaban bajo la piel.

—¿Crees que no tengo fuerza solo porque ya tendría que estar jubilada? —la mujer en cuestión se cruzó de brazos, colocándose al otro lado, junto a la máquina registradora.

Amanda parpadeó mientras la recorría con la mirada. No, aquella mujer no era una debilucha sin fuerzas. Se apreciaba que ya tenía edad para dejar de trabajar, si

bien su altura y su anchura dejaban bien claro, junto con la voz ronca y mandona, que era robusta y tenía fuerza de suficiente como para cambiar la rueda un camión.

Quizá era su pelo blanco, su piel bronceada con diminutas arrugas o sus ojos brillantes y vivaces. Pero había algo en ella que emanaba chispas y que la hacía sentirse a salvo, puede que recordándole a la abuela que había perdido demasiado temprano en la niñez.

—No era mi intención ofenderla, señora.

La otra bufó, pero terminó por sonreír. Amanda supo, sin saber cómo ni por qué, que acababa de ganar una aliada en el pueblo. No sabría decir si era una amiga, pero parecía de fiar.

—No me has ofendido. Pero me gusta que seas tan considerada. Últimamente la juventud ha olvidado que los modales existen —chasqueó la lengua—. Solo los Montgomery respetan a sus mayores. No esperaba menos de la mujer que ahora está en su cabaña —y empezó a cobrarle con agilidad, dejando perpleja a Amanda.

Ella pagó la cantidad que la mujer le dijo y, mientras ponía las cosas en las bolsas de papel, la mujer de pelo blanco se presentó como Carla Mortimer. Al parecer, era la dueña del supermercado, pero no solía encargarse de la caja.

—¿Entonces? ¿Qué hace trabajando ahí? Debería estar sentada… —Amanda se calló de repente—. Lo siento, no pretendía decir que no fuera capaz de… Solo digo que seguramente… —se mordió al labio inferior al darse cuenta de que estaba metiendo la pata.

—Adelante, muchacha, di lo que tengas que decir.

—Quiero decir… Seguro que ha trabajado muchísimo toda su vida. ¿No debería vigilar, sentada y disfrutando de un vaso de zumo frío, que otros más jóvenes estuvieran de pie cobrando a los clientes?

—Es lo que suelo hacer, pero Charlie hoy llega tarde. La estoy sustituyendo mientras llega. Por supuesto, este retraso se le descontará del sueldo —Carla arrugó los labios, pintados de rosa palo con poca gracia—. Tengo una idea, muchacha…

—Mandy —la interrumpió ella—. Llámame por mi nombre, por favor.

—Si tú aceptas llamarme Carla y dejar de tratarme de usted.

—Hecho —y Amanda sonrió de verdad en mucho tiempo.

—Bien —Carla parecía satisfecha—. ¿Por qué no vas al café del pueblo? Dile a Cindy Montgomery, la dueña, que me prepare lo de siempre, ¿quieres? No creo que tarde.

Amanda imaginó que la regenta del café era familiar de su casero. De seguro que había cientos de Montgomery en Texas, pero pocos en aquel rincón del estado.

—Es que yo…

—Oh, vamos —la despachó con aspavientos de manos.

Y Amanda no pudo negarse.

La cafetería que Carla le había señalado estaba apenas dos manzanas. Amanda había pasado por delante al ir a comprar y sabía que la gente que estaba junto a la ventana se había quedado mirándola a través del cristal. La forastera se convertía en la novedad, en un nuevo juguetito; lo sucedido en el supermercado, antes de la intervención de Carla, solo era el principio.

Lo que no esperaba era que el silencio reinase en la gran sala y todas las cabezas se volviesen en su dirección nada más entrar. Casi tuvo ganas de girar sobre los talones y huir a su refugio para no tener que enfrentarse a todos aquellos ojos curiosos.

¿Acaso era un insecto al que debían observar mientras estuviera vivo para luego diseccionarlo con precisión?

Una chica muy joven fue hacia ella en cuanto vio cómo tomaba asiento junto a una ventana, en la única mesa que quedaba libre a esa hora. Pero una mujer más mayor, con el pelo rubio en un estricto moño, la interceptó y fue en su lugar a atenderla.

—Buenas tardes.

Amanda intentó sonreír, aunque todavía no se veía capaz de quitarse la gorra ni las gafas de sol…

—Hola, buenas tardes. Emmm… me gustaría hablar con Cindy Montgomery, ¿podría ser?

La mujer metió las manos en el bolsillo delantero del delantal, que era de un precioso blanco que recordaba a los mandiles de las esclavas coloniales.

Aquella mujer iba a la última moda: el pelo rubio —teñido, pues debía rozar los setenta años—, las gafas de pasta, los labios perfectamente pintados de rojo, la laca de uñas azul a juego con su blusa de topos.

Para vivir en un pueblo tejano, parecía ser tan urbanita como la antigua Amanda.

—Yo soy Cindy Montgomery.

—Oh, vaya. Encantada… —Amanda se sonrojó—. Carla me ha pedido que le prepare lo de siempre.

—¿Y tú qué quieres, monada?

—Una limonada estaría bien, si no es molestia.

—Claro que no, Mandy —Cindy se marchó.

Al parecer, se había quedado satisfecha con ella, aunque Amanda no sabía qué había hecho exactamente para verse recompensada con una radiante sonrisa.

Amanda miró por la ventana, quitándose al fin las gafas de sol. No podía soportar ser el centro de atención, desde nunca. Ahora que estaba escondiéndose y que realmente quería ser invisible, sus ganas de ignorar aquellas miradas intencionadas se intensificaron.

Se centró en la vida que había fuera y tomó el rol de observadora.

El ritmo de vida sin duda era distinto al de Boston. La calle lucía limpia, las fachadas de las casas estaban llenas de macetas con flores de mil colores. No había

gente en exceso por las calles y los pocos que paseaban lo hacían con absoluta calma, charlando, observando a su alrededor. Lo único que hacían era disfrutar del tiempo libre.

En la gran ciudad, todo eran edificios de colores oscuros o blancos. A la gente se le quedaba pequeño el reloj y sus piernas apenas les alcanzaban para llegar a su destino, mientras mantenían el móvil pegado a la oreja.

Escuchó las exclamaciones de sorpresa de la gente de la cafetería, más que notar cómo algo manchaba su piel. Los pantalones cortos dejaban sus piernas a la vista y alguien había tropezado y manchado su muslo con helado.

Miró a la niña que estaba contemplando, espantada, cómo el helado resbalaba por su pierna y caía al suelo en una muerte anunciada.

Amanda le sonrió. No porque todo el mundo estuviera pendiente de ella, de su reacción. Quizá fue en ese momento cuando todos los demás dejaron de existir. Le gustaban los niños. La revitalizaban y despertaban un sentimiento cálido en su interior. Era normal que, con ellos, hubiera accidentes y un poco de cucurucho en el muslo no era una gran pérdida.

—Lo siento… —la barbilla de la niña empezó a temblar y sus ojos se levantaron hacia ella llenos de lágrimas—. Yo no quería…

—No te preocupes, pequeña. Estas cosas pasan —cogió un pañuelo de papel del servilletero y se limpió el helado de la pierna mientras decía—: ¿Qué te parece si le dices a la señora Montgomery que te dé otro?

—No tengo dinero… —la niña ladeó la cabeza, todavía sintiéndose culpable por lo que acababa de suceder y, a la vez, sintiendo curiosidad por aquella mujer de sonrisa amable—. Yo…

Amanda se puso un dedo sobre los labios.

—No te preocupes, que yo me encargo de eso.

—Irina.

La niña se volvió hacia Nicholas Montgomery, que la tomó en brazos, aunque Amanda no vio en el gesto nada provocativo. No quería protegerla de ella, solo pretendía consolarla.

—¿Qué ha pasado, princesa?

—Sin querer he tropezado, tío Nicky —la niña se sonrojó y Amanda sonrió al ver la devoción con la que Nicholas trataba a su sobrina—. Y he manchado a esta chica y… me ha dicho que quiere invitarme a otro helado. ¿A qué es buena, tío Nicky?

Nick miró a Amanda, pero no parecía sorprendido por lo que su sobrina acababa de descubrirle. Sin duda, había estado observando como el resto de presentes, bien pendiente de qué haría con la situación.

—No es necesario, Mandy.

—Insisto —ella sonrió y le guiñó un ojo a Irina—. Los accidentes ocurren, ¿sabes? Y si Irina se ha quedado sin helado, estaré encantada de invitarla a otro.

—¿Puedo comérmelo ahora, tío Nicky?

—Lo guardamos para mañana, ¿vale? Ahora nos tenemos que ir a casa con papá y con Roth —la dejó en el suelo y la despeinó un poco, haciendo que Irina se quejase y fingiera enfadarse—. Muchas gracias, Mandy. No todo el mundo hubiese… reaccionado como tú.

Amanda pestañeó y le quitó hierro al asunto moviendo la mano con un ademán.

Nicholas se marchó después de un asentimiento de cabeza, y cogió a Irina de la mano para llevársela fuera.

La pequeña, de pelo castaño e increíbles ojos verdes, le dijo adiós con la mano cuando pasaron por delante de ella. A través de la ventana, Mandy le devolvió el saludo sintiendo que empezaba a deshacerse dentro de su propio cuerpo.

No podía negar que estaba un poco tocada por lo que acababa de ver.

Le encantaría poder decirle a Lawrence que estaba embarazada. Estaba convencida que su hermano sería un tío estupendo, como Nicholas lo era con Irina. Cuidaría a su hijo como si fuera propio, lo trataría con infinito cariño. Sería cuidadoso, le hablaría con suavidad. Lo malcriaría, lo haría reír y lo estaría colmando de mil y un regalos.

Pero debía guardar silencio por ahora.

Cuánto menos supiera, mejor.

—Te gustan los niños —la voz de Carla la hizo volverse.

¿Había visto también Carla lo sucedido con la niña de los Montgomery? Pero, ¿cuándo había entrado a la cafetería?

—Sí —y se apartó para que la joven camarera les pusiera delante su limonada y un batido de chocolate con nata por encima—. Irina se parece mucho a Remington.

—¿Por qué dices eso?

—Bueno… si Nicholas es su tío, entonces Remington debe ser… ¿su padre?

—Los Montgomery son tres hermanos, querida. Tanner es el mayor, y es el padre de dos niños maravillosos: Irina y Roth —Carla le palmeó la mano y pasó por alto que Amanda se había puesto de color escarlata. Entendía perfectamente su confusión —. No te preocupes. No tardarás en conocer a todos en Blue Valley y quizá, quién sabe, decidas quedarte aquí para toda la vida.

—No creo, Carla —susurró Amanda, recordando que debía tutearla—. Mi lugar está en… Nueva York.

Claro, aquello era una gran mentira.

Ella era de Boston y le encantaba vivir ahí, pero mientras Parker estuviese obsesionado con ella y no estuviera entre rejas, no podía regresar a su apartamento ni a su anticuario, que estaba en manos de su socio en esos momentos.

Ahora, Amanda se llamaba Mandy, era de Nueva York y se había quedado huérfana cuando sus padres habían muerto en un accidente de avioneta siete años atrás. Se había criado en casas de acogida, pues no tenía hermanos ni familia.

Era una luchadora.

Sí, quizá ese era el mejor sinónimo para describir a Mandy Jeff. Y a Amanda le gustaba pensar que era algo que compartían ambas, el personaje ficticio y la mujer real. Tal vez todavía estaba a medio camino, pero se sentía con más fuerzas que hacía dos semanas. Y eso ya la convertía en toda una guerrera. En construcción, no era más que una mera aprendiz. Pero guerrera, al fin y al cabo.

—El Señor tiene un destino preparado para nosotros, Mandy. Puede ser que el tuyo esté aquí, en Blue Valley. Es un lugar ideal para criar a un niño, lejos de los peligros y la contaminación de las grandes ciudades…

Amanda levantó la vista de su vaso, intentando que su acompañante no notase el ritmo errático que habían tomado sus pulsaciones.

¿Acaso Carla había notado que estaba embarazada?

No podía ser que lo supiera. A diferencia de muchas otras mujeres, pese a estar de dieciséis semanas, todavía no se le notaba el embarazo. A no ser que le tocasen el vientre, que estaba duro y abultado, nadie diría que estaba en estado. Por lo demás, usaba ropa holgada, que no mostraba sus curvas y la hacía parecer más delgada.

Era imposible que Carla hubiese adivinado que esperaba un bebé.

Amanda se obligó a terminarse la limonada con tal de hacer algo con las manos. Se había quedado muda ante la insinuación de Carla, cosa que seguramente la haría sospechar todavía más de que había dado en el clavo…

—¿A qué te dedicabas cuando vivías en… Nueva York, has dicho?

—Sí, soy neoyorquina —recordó, forzando una sonrisa—. Era cocinera de un hotel de lujo —respondió Amanda, recordando el plan que había trazado Max. En esos momentos, la cartera que llevaba en el bolsillo delantero del pantalón le ardió. Intentó no pensar en la identificación falsa que Maxwell había conseguido acudiendo a contactos del FBI que le debían algún favor—. Pero me despidieron.

—¿Qué pasó? ¿Quemaste por error un filete que había pedido un mandamás?

Amanda se obligó a recordar todo lo que su mejor amigo le había dicho en el coche mientras iban hacia Blue Valley.

Nadie podía saber la verdad, nadie podía ver más allá de lo que estaba mostrando. Debía esconder a la verdadera mujer, su verdadera historia. Debía ser actriz, fingir e impedir que la gente supiera que Mandy Jeff no existía.

—La imagen del lugar cayó en picado cuando se descubrió que el dueño del hotel, casado y con tres hijos encantadores, tenía una *suite* exclusiva para él donde llevaba a sus amantes… —casi se atragantó con esa palabra, pero se obligó a mantenerse impasible—. Todas eran famosas. Así que si la clientela baja, el dinero no abunda tanto y sobra personal.

—Vaya… debió ser duro encontrarse sin trabajo. Pero Nueva York está lleno de oportunidades —Carla parecía disfrutar con aquel extraño interrogatorio.

—Decidí irme cuando… bueno… —se aclaró la garganta—. Mi novio y yo…

—¿Lo dejasteis?

—Sí —y apretó con fuerza el vaso de limonada, ya vacío. Se levantó como impulsada por un resorte. Aquella conversación se le empezaba a hacer insoportable. Odiaba mentir. Pero más odiaba pensar en Parker. La hacía sentirse vulnerable, humillada y sucia—. Debo irme, Carla —y dejó sobre la mesa un puñado de billetes —. Deja que invite yo, ¿de acuerdo?

—Pero no puedes marcharte… —Carla también se levantó. No había tocado su batido—. Está a punto de llover. Te mojarás si te marchas ahora. Espera una hora o así, entonces la tormenta ya habrá descargado y…

Amanda maldijo por lo bajo al ver que el cielo soleado que la había acompañado esa tarde se había transformado en una telaraña de nubes grises, oscuras. Un rayo se adivinó a lo lejos.

Sí, iba a caer una gran tormenta de verano.

—Tengo que irme, de verdad.

—Pero… —Carla miró a su alrededor, en busca de apoyo y sus ojos destellaron cuando un hombre entró por la puerta.

Lo llamó.

Amanda se estaba poniendo las gafas de sol.

Sus ojos y los de Remington Montgomery se encontraron por encima del borde de la montura. Se terminó de poner las gafas y se caló mejor la gorra.

—Hola, Carla —la besó en la mejilla con afecto, pero a Amanda solo le dedicó una sonrisa cortés—. Mandy.

—Remington, sabes que va a llover, ¿verdad? Y Mandy quiere ir sola hasta la cabaña. ¡Tienes que llevarla en coche o acabará empapada!

El policía la miró con fijeza y ella levantó la barbilla.

—Puedo ir sola.

Remington pareció dudar, pero luego meneó la cabeza y dijo, con voz autoritaria:

—No, Carla tiene razón. Te llevo.

Para evitar que ella protestase, tomó las bolsas de papel y las cargó entre sus brazos.

Sabiéndose perdida, pues estaba atada a ese hombre por la relación que los unía a Max, despidió de Carla. Con la cabeza baja, lo siguió hasta la calle.

El coche de policía era un todoterreno con los bajos manchados de barro. Él abrió el maletero y guardó las bolsas.

—Deberías entrar —comentó al ver la primera gota estrellarse contra el suelo.

Ella asintió y obedeció, si enfermaba su bebé correría peligro.

Cuando Remington se sentó tras el volante, Amanda se estaba abrochando el cinturón.

—He conocido a tu sobrina.

Amanda odiaba el silencio y aunque la lluvia ahora golpeaba los cristales, rompiéndolo, prefería las voces reales.

Humanas.

Compañeras.

Lo observaba de reojo, protegida por la gorra y las gafas. Se dio cuenta de que una luminosa sonrisa aparecía en sus labios. Sin duda, Remington estaba encantado con Irina. Era un hombre de familia; ojalá Parker fuese así, ojalá hubiese sonreído de esa forma tan encantadora al enterarse de que iba a ser padre…

—Es un cielo.

—Sí —Amanda controló las ganas de acariciarse el vientre por encima de la camiseta—. Es muy guapa.

—Lo es, aunque imagino que no puedo ser objetivo —y se rio. Fue una risa sincera, una carcajada que le puso la piel de gallina a Amanda, porque había olvidado lo bonito que es reír, ser feliz. Últimamente, las únicas risotadas que escuchaba eran las de Parker, y eran amargas, llenas de odio y poder—. Se parece mucho a nuestra familia…

—Creí que era tu hija.

—Es de Tanner, mi hermano mayor.

—El señor Montgomery —le recordó ella, haciendo alusión al momento en que se conocieron y se presentaron.

Oh, Dios mío, ¿estaba teniendo una conversación normal y corriente con un hombre cualquiera?

—Sí, exacto —Remington echó el freno de mano, pero no apagó el motor cuando el coche se detuvo suavemente frente a la cabaña.

—Antes de entrar… ¿puedo comentarte algo? —al ver que él la miraba extrañado, adelantó la barbilla, un gesto que usaba mucho para defenderse con Parker, haciéndole ver que podía humillarla, pero que seguía teniendo orgullo—. Quiero… adecentar un poco la cabaña.

—Quieres decorarla, ¿no? —él se soltó el cinturón de seguridad y se pasó una mano por el pelo—. ¿Estás bien? Te has puesto blanca.

Amanda había tenido que contener una repentina náusea. Concentrándose en no devolver la limonada sobre el regazo de su casero, cerró unos momentos los ojos y se obligó a respirar.

Cuando captó el movimiento que Remington estaba haciendo, se apartó lo máximo que pudo hasta notar la puerta contra su espalda. Él dejó caer la mano, que había alargado para tocarle la cara, quizá para llamar su atención.

Remington se encontraba desconcertado por su rechazo. Durante unos momentos, Amanda temió que descubriera sus demonios y el secreto que le había revuelto el estómago.

—Perdona, yo… —cerró la boca y se rascó el cuello. Decidió cambiar de tema, cambiar su interés a otro punto—. ¿Qué… qué estabas diciendo?

—Te he dicho que entiendo que quieras decorarla. Pero hazlo con cosas pequeñas, que puedas llevarte cuando te marches de Blue Valley —Remington no dejó de fruncir el cejo mientras hablaba. Parecía taladrarla con la mirada, como si

quisiera ver más allá de sus ojos; suerte de las gafas de sol, pensó Amanda—. Y si puede ser, que sea de color azul.

—Sí, ya, para que conjunte con el nombre y todo eso…

—¿Estás bien, Mandy?

—Sí, es solo… no es nada. Me has tomado por sorpresa, eso es todo —y se obligó a relajarse en el asiento—. ¿Os gustan las tartas?

Su expresión parecía dulcificarse por momentos.

—A los Montgomery nos gustan todas las tartas y pasteles que existen en el mundo.

—Entonces… estaba pensando en hacer una. Para agradecer que le pidieras a tu hermano Nick que me trajese la compra el otro día y… —carraspeó—. Por traerme ahora. Veo que estás de servicio.

Él encogió los hombros y un rayo que cayó no muy lejos hizo que su placa de *sheriff* brillase más de lo habitual, como si el broche se sintiera orgulloso de su portador.

—Estoy aquí para contentar a la sociedad. Y contentar a Carla trayéndote aquí también puede considerarse mi deber.

—Bueno. Gracias, supongo —Amanda logró sonreír y salió del coche sin importarle la lluvia. Fue hacia el maletero y chocó con Remington—. Oh…

¿Cómo lo había hecho para bajar después que ella y llegar al mismo tiempo a la parte trasera del coche?

Se dio cuenta de que él la estaba sujetando por el brazo.

La estaba tocando.

Lo tenía muy cerca.

Pero Remington no estaba siendo un bruto, ni la miraba como si fuese una cualquiera. Estaba preocupado y le estaba preguntando si se había hecho daño. Su voz era suave como el terciopelo y su tono no era histérico ni agresivo.

Y ella no estaba asustada. Sí sorprendida por su cercanía y por la forma que tenía de tratarla. Estaba estupefacta porque admiraba su fuerza, no la temía; por más que su conciencia le advirtiera que aquellos músculos tan desarrollados fueran peligrosos, algo en su interior le decía que jamás los usaría para agredirla.

Él era hombre de ley, era el mejor amigo de Max. La protegería, nunca se volvería en su contra.

Se relajó al punto.

Aquella revelación no significaba que fuera a confiar en los hombres desde ese mismo momento pero, sin duda, era un paso reconocer que no todos eran malvados.

—Estoy bien, sí —y él la soltó antes de abrir el maletero, que los guareció de la lluvia. No obstante, ya era demasiado tarde: estaban empapados.

—Ve abriendo la cabaña, yo llevo las bolsas.

—¿Seguro?

—Claro —y le sonrió como si se conocieran de toda la vida.

Fue una sonrisa de verdad, y Amanda sintió que los pocos restos de ansiedad que quedaban en su estómago y en sus pulmones desaparecían de un plumazo.

Fue corriendo hasta la cabaña, dando gracias por llevar deportivas en vez de sandalias. El barro estaba por todos lados, pensó al subir los escalones. Ese porche necesitaba un felpudo frente a la puerta.

Se quitó los zapatos y las dejó a un lado; no pensaba manchar el precioso suelo de madera de barro, menudo sacrilegio.

Se estaba quitando las gafas de sol y la gorra cuando Remington entró, cargado con bolsas.

Lo cierto era que, con el pelo mojado cayendo sobre su frente, el agua chorreando por sus mejillas y perdiéndose en su barba, perfectamente recortada, estaba guapísimo. Parecía un modelo al que habían vestido de policía *sexy*, cuya camiseta mojada dejaba entrever un cuerpo de infarto.

¿En qué diablos estaba pensando?

—Muchas gracias —tendió los brazos.

Remington le entregó las bolsas y Amanda se dio cuenta de que no la había rozado, ni siquiera por error. Se mordió los carrillos al darse cuenta que el policía sabía que no le gustaba que la tocaran…

Mientras no se imaginase el por qué, le bastaba.

Él se tocó la sien a modo de despedida.

—No es nada, de verdad, Mandy —ya estaba frente al coche, pero se volvió hacia ella, mirándola por encima del hombro—. Pero si un día de estos vas a hacer esa tarta… mejor haz dos. Ya que vives en *La Cabaña Azul*, me gustaría que te quedases a cenar con nosotros y conocieras a todos los Montgomery.

CAPÍTULO 6

Maxwell metió el coche en el primer hueco que encontró. Se repitió que debía hablar cuanto antes con su vecino para que le alquilase o vendiese la maldita plaza de garaje.

Cruzó la calle con las manos en los bolsillos del pantalón. Notaba cómo la mochila de lona, que había usado como bolsa de viaje, le golpeaba la cadera por atrás, en un crudo vaivén que le recordaba de donde venía.

Amanda.

No sabía nada de ella desde que la había dejado en aquel pueblecito tejano y de eso hacía ya varios días. Se había prometido no llamar a Remington para preguntar por ella, ya que la intención era que estuviese totalmente incomunicada.

Su amiga había apagado el móvil y se lo había dado a él. Max lo había guardado en una caja de seguridad de un banco, para que Parker Benedict, el hijo de puta que había osado golpearla y humillarla hasta hacerla sentir vacía e insulsa, no la encontrase utilizando el localizador que llevaba el *smartphone*.

Y si se atrevía a hacerlo, estaría buscando a Amanda en el lugar equivocado.

Ya había empezado a investigar a la familia Benedict —por eso se había retrasado al llegar a Washington, se había detenido en un par de sitios para hablar con contactos de confianza que podían echarle una mano—, sobre todo a Parker.

Por ahora no había encontrado nada.

Todos ellos estaban sospechosamente limpios.

Pero no podía decirle a Amanda que creía que las posibilidades de meter entre rejas a Parker e impedir que llegase hasta ella eran prácticamente escasas. Tenía que ser positivo, por ella y por aquel bebé que nacería a finales de año…

Solo por aquel niño, tenía que solucionar aquel tema cuanto antes.

Maxwell se preguntó qué trato le darían sus compañeros y superiores federales, si iba hasta Boston y se atrevía a terminar con aquella locura, aquella maldita pesadilla, apuntando con su pistola a Parker Benedict.

Un tiro certero.

En el corazón.

No, en el corazón no. Dudaba que tuviera. Un hombre que emplea la fuerza con una mujer no tiene corazón ni alma; solo cobardía y ansias de sentirse superior y fuerte.

Apretó los puños mientras se decía que el mejor punto al que disparar para terminar con aquel cabrón era entre las cejas. Así no habría posibilidad alguna de supervivencia.

Gruñó y sacó la llave del bolsillo con tanta brusquedad que Max hubiese jurado que las costuras de la sudadera habían cedido. Su instinto lo puso alerta mucho antes

que se percatase de una extraña presencia frente a él.

Levantó la mirada nada más poner un pie en el portal y se encontró cara a cara con el hombre de su vida.

Y que ya no estaba en ella.

Lawrence Jefferson.

Su ex estaba apoyado en la puerta de cristal, con los brazos cruzados. Lo fulminaba con la mirada a través de las lentes de sus gafas. Estaba guapísimo e imponente con aquella camiseta blanca que se aferraba a su cuerpo como una segunda piel. Por no hablar de aquellos tejanos caídos que dejaban intuir unas fuertes caderas.

Pero Maxwell se obligó a controlarse; se enderezó, aunque Lawrence seguía siendo más alto.

Hacía mucho tiempo que habían dejado de verse. Él ya no lo quería y Maxwell no podía retener a su lado a un hombre cuyo corazón ya no latía desesperado cuando le acariciaba la piel.

No era justo para ninguno de los dos.

Merecían mucho más.

Le dolía verlo ahí parado, la piel tensa y la mirada helada; sobre todo porque en otros tiempos lo había mirado con un brillo especial en los ojos, que eran del color de la obsidiana.

—Hola, Lawrence —logró decir.

—Maxwell —su tono de voz fue como el acero. Un sablazo profundo y certero debería sonar así si alguien pudiera darle voz—. Quiero hablar contigo. En privado. Ahora.

El agente del FBI sabía por qué estaba ahí.

Le había llamado hacia unos días —le había costado muchísimo volver a marcar su número— para decirle que su hermana se había marchado de vacaciones y que le había pedido que se lo dijese. Se había quedado todo en un mero mensaje en el contestador. Él no había respondido y Max casi había agradecido no volver a encontrarse con su voz.

Lástima que ahora no pudiera evitarlo de ningún modo…

—Lawrence…

—No, Maxwell. No me iré de aquí sin hablar antes contigo —lo cortó de malos modos—. Creo que hay un asunto pendiente.

Maxwell no iba a decirle nada más al respecto.

Porque no iba a traicionar a su mejor amiga.

Y porque le daba miedo no recuperarse de aquel encuentro. Tras una conversación de apenas tres minutos con una máquina, se había agotado psicológica y emocionalmente. No sabía cómo evitaría terminar destrozado viéndolo cara a cara.

Por desgracia para su agrietado corazón, era como hablar con una pared. No le quedaba otra que soportar su presencia un poco más.

—Vamos, sube —contestó, reprimiendo un suspiro.

Maxwell entró primero, pasando por su lado y manteniendo la compostura, aunque oler su colonia lo estaba volviendo loco.

Loco de amor.

Loco de deseo.

Y de pena.

Decidió subir por las escaleras. No se atrevía a estar encerrado en un ascensor con Lawrence, y menos cuando el cubículo era tan pequeño, tan estrecho. No quería ni pensar lo que sucedería en su pecho y bajo sus pantalones si se rozaba por accidente con él.

Entró en el apartamento y respiró hondo.

Hacía mucho tiempo, aquel piso había sido de los dos. Lo habían llenado de confidencias, risas, gemidos y alguna que otra discusión. Pero ahora solo vivía él en aquellos ciento veinte metros cuadrados.

Lawrence se encargó de cerrar la puerta, no lo hizo con delicadeza.

Pero Max era federal. Escuchar sonidos de aquel tipo formaba parte de su vida diaria, así que no se estremeció ni se sorprendió.

Dejó la bolsa en el suelo sin preocuparse cómo quedaba. La sudadera acabó abandonada en el respaldo de una silla. Fue directo hacia las bebidas alcohólicas, ordenadas y expuestas sobre un mueble, cuya vitrina inferior estaba llena de vasos para tomar aquella amplia variedad de alcohol. Sacó un vaso de *whisky* y se sirvió una buena cantidad del líquido ambarino.

—¿Quieres?

—Lo que quiero saber dónde está mi hermana, Maxwell.

Él asintió y se bebió de un trago el *whisky*, que lo abrasó por dentro.

Se sirvió otra copa; necesitaba más, solo un poco más, para poder hacerle frente sin sentir que su alma temblaba, anhelando sus caricias, sus besos.

Lawrence guardó silencio mientras él daba buena cuenta a la bebida.

Sabia decisión, pensó al apurar la segunda copa.

—Tu hermana quiere estar sola.

—Necesito saber dónde está —Lawrence sonaba derrotado, su fachada de hombre inquebrantable estaba deshaciéndose—. Nunca había estado tanto tiempo sin llamar, sin dar señales de vida. Y siempre que se ha ido de vacaciones, me ha avisado antes y me ha dicho dónde iba. Incluso me pedía consejos sobre el precio de los hoteles, ¡por el amor de Dios! ¿Por qué es diferente esta vez?

«Porque sabe que si te enteras de que ha estado liada con Parker Benedict y que este ha terminado por dejarla embarazada y maltratarla, seguramente cogerías una pistola sin licencia e irías a por él. Y tu hermana no te quiere ver condenado por su causa», pensó.

Max carraspeó, callándose la verdad, y se inclinó hacia delante.

—Está pasando un mal momento. A veces la soledad va bien para aclarar las ideas.

—Yo puedo apoyarla, Max.

El agente estuvo tentado de cerrar los ojos. Que Lawrence no lo llamase por su nombre, sino que usase el diminutivo, había hecho estremecer su corazón. La situación empezaba a hacérsele insoportable.

—A veces necesitamos encontrarnos a nosotros mismos y darnos cuenta de que podemos vivir solos; no siempre podemos pedirle a los demás que nos ayuden —respondió con toda la calma que pudo reunir, que no era mucha.

Lawrence lo miró mientras se pasaba una mano por el pelo, tan rubio como lo había sido el de Amanda antes de teñirse.

—¿Está bien?

—Lo estará.

Su ex se echó hacia atrás, acomodándose en el sofá como si estuviese preparándose para ver un partido de fútbol en el televisor. Lo miró con ojos entornados, mientras se pasaba el dorso del índice por los labios. Estaba pensando, estaba analizando toda la información que Max le había dado.

Deja de acariciarte el labio, maldita sea, quiso gritar él.

—¿Sigue en Estados Unidos?

—Sí, Lawrence. No se ha marchado.

Él lo miró, atravesándolo con la mirada y, al ver la verdad en sus ojos, asintió con la cabeza. Creía en su palabra. Durante un tiempo iba a darles tregua a su hermana y a Maxwell, pero este último sabía que no tardaría demasiado en volver a la carga.

A Lawrence le gustaba estar al tanto de la vida de Amanda. Había discutido muchas veces con ella cuando había descubierto que había un hombre en su vida y esta se negaba a explicarle nada de él.

Max ahora entendía el por qué su amiga nunca le había contado nada a nadie.

Porque se trataba de un hombre rico, famoso, de apellido honorable y que estaba prometido de palabra desde hacía años con una mujer boba, elitista y que adoraba coger su avión privado para irse de compras a Rodeo Drive o a París.

Un hombre que pronto se casaría con esa misma mujer. Maxwell la compadecía; nadie merecía estar atada a semejante monstruo.

Lawrence suspiró.

—No podré sonsacarte mucho más. ¿Cierto?

Max enarcó una ceja como respuesta. Ambos sabían que había preguntado una obviedad.

—Me marcho.

Pensando que por fin aquella tortura terminaría, Max se levantó pocos segundos antes que él. Fue hacia la puerta arrastrando los pies, la abrió de un tirón y fijó la vista en la pared, porque no estaba dispuesto a ver cómo Lawrence volvía a cruzar aquel maldito umbral.

Bastante había tenido ya el día que lo dejó, maletas en mano, y se fue del apartamento sin mirar atrás.

Lawrence se plantó delante de él, pero no reclamó sus ojos en ningún momento.

—Si Amanda te llama… ¿me lo dirás?

Max deseó tener más *whisky* en el vaso que sostenía. Otro trago le iría estupendamente en esos momentos.

—Lo haré.

Lawrence asintió.

Vete ya, suplicó Max, sintiendo que los muslos empezaban a temblarle. Intentaba mantenerse firme sobre los pies y no caer de rodillas para suplicarle otra oportunidad. Incluso se había preguntado qué respondería Lawrence si le pedía una última noche.

Solo eso, sin compromiso.

No, se dijo.

Cuando Lawrence salió al rellano, se volvió hacia él. Vacilaba. Había metido la mano en los bolsillos del pantalón y se balanceaba sobre los pies. No estaba conteniéndose, gritó una voz dentro de Max. No quería tocarlo en realidad, era la imaginación absurda del federal.

—Siento no haberme dado cuenta antes, Max.

—¿De qué, Lawrence? —se atrevió a preguntar, aunque no estaba muy seguro de querer saber la respuesta.

Lawrence se subió las gafas, que se le estaban resbalando por el puente de la nariz.

—Siento no haberme dado cuenta antes de lo leal que puedes llegar a ser.

Max cerró los ojos mientras soltaba el aire con labios trémulos.

Aquellas palabras eran más dolorosas que recibir un disparo y que la bala se quedase dentro, clavándose, hundiéndose, desgarrando todo lo que encontrase a su paso.

—Vete, Lawrence. Si quieres algo, llámame. Pero no vuelvas —no era una petición, era una orden.

Cuando cerró la puerta, se tuvo que apoyar en ella y dejar que fuera la madera maciza la que sostuviera su peso por completo. Porque Lawrence no era sumiso, ni dócil: no se le daba nada bien acatar órdenes.

Maxwell no tenía garantías de que no volvieran a verse.

CAPÍTULO 7

Llevaba una hora diciéndose que no era capaz de ir al rancho de los Montgomery y enfrentarse a ellos, pero quería confiar en que eran tan humanos como parecían. Habían sido muy agradables con ella y las apariencias no tenían por qué engañar siempre.

¿Iba a condenar todo un cesto de manzanas solo porque una estuviese podrida?

Quería ir y no tenía ningún motivo por no cruzar esa puerta en dirección al rancho familiar. Además, estaba especialmente interesada por Irina. Aquella niña tenía una sonrisa preciosa, infantil e inocente, y le había tocado el corazón con su voz. Tenía ganas de reencontrarla.

Y por Roth. Quería conocer al otro hijo de Tanner Montgomery.

Fue hacia la cocina y guardó en una bolsa de plástico los recipientes con las tartas. Había hecho dos de manzana, como le había pedido Remington; también había hecho un pastel cubierto de chocolate y relleno mermelada de fresa, que era su especialidad, pues lo había aprendido a hacer con catorce años, gracias a una amiga que quería ser repostera. Se preguntó brevemente, con nostalgia, qué habría sido de ella.

Fue hacia el rancho de los Montgomery, pisando la tierra, sintiendo la fuerza del terreno bajo las suelas de sus bambas de marca y que había usado en Boston para salir a correr o para ir al gimnasio. Era una de las pocas posesiones que había llevado consigo a Blue Valley. Todo lo demás había corrido a cuenta de la tarjeta oro de Maxwell, que había comprado ropa ancha y premamá como si no hubiera mañana.

Miró a su alrededor mientras las estrellas saludaban el cielo y el sol terminaba de esconderse para despertar en otro punto del mundo.

La Cabaña Azul estaba rodeada de árboles, cerca del bosque, pese a que su suelo era árido, agrietado y sin apenas vida. El rancho de los Montgomery estaba rodeado de arena y tierra, aquella arboleda solo era un paisaje lejano que los separaba del mundo como si de una edificación medieval europea se tratase. Su casa estaba situada estratégicamente junto a unas cuadras largas y rústicas. Formaba un magnífico criador de caballos, único en la zona y que encajaba con la imagen del viejo oeste. Muchos de los animales que ahí había terminaban siendo caballos de ganado, otros terminaban siendo usados para competiciones, rodeos. Lo importante era venderlos después de criarlos siendo potrillos.

Texas era muy diferente a Massachusetts y Blue Valley no era Boston, sin duda.

Observó el porche cubierto. Fuera, junto a la puerta principal, titilaba una luz. Era la única entrada que había, doble y con ventanas verticales. Llamó al timbre tragando saliva, incluso un poco temblorosa.

¿Cuánto hacía que no tenía vida social? ¿Cuándo había sido la última noche que había pasado cenando con otra persona que no fuese Parker? No era capaz de recordarlo.

Aquel hombre la había anulado antes de mostrar su lado agresivo y posesivo. Amanda había estado tan ciega que no se había dado cuenta cómo se había ido aislando del mundo, de sus amigos, para pasar más tiempo escondida en su apartamento con aquel hombre que ya estaba prometido a ojos de su familia, a ojos de la prensa, del mundo entero.

Excepto para ella.

Qué boba había sido al creer que lo dejaría todo por ella.

¿Por qué no se había quedado con la lección que daba toda película, toda novela romántica? ¡El hombre jamás renuncia a su mujer para irse con la otra!

Remington fue quien le abrió la puerta y ella parpadeó, volviendo al presente.

Llevaba camisa blanca, se había arremangado las mangas hasta el codo y desabotonado los dos primeros botones, una imagen muy informal y para nada seductora; los faldones de la camisa estaban por fuera de los pantalones tejanos.

Estaba guapo, incluso descalzo.

—Hola.

Amanda se aclaró la garganta, notando que se le había secado de la impresión.

—Hola… —y levantó la bolsa—. He traído tartas.

—Estupendo —él le sonrió, resplandeciente. Se hizo a un lado con fingida galantería y Amanda empezó a relajarse de nuevo. Remington empezaba a inspirarle mucha confianza y cuando no llevaba la ropa de policía imponía menos—. Pasa, Mandy, mis sobrinos están deseando verte. A Irina le robaste el corazón el otro día y Roth se muere de envidia, porque no ha visto tu «sonrisa de princesa de cuento de hadas».

—¿Princesa de cuento de hadas?

Entró en el porche, que era un largo pasillo de madera que daba a tres puertas más, todas ellas entornadas. Había percheros llenos de abrigos y bufandas; botas de agua y otras de montar en rincones, junto a mesitas decoradas con flores frescas; en el suelo había unos pocos juguetes esparcidos, pelotas de fútbol que necesitaban ser hinchadas urgentemente, otra de baloncesto.

Era un lugar lleno de vida.

Amanda sintió en el pecho una punzada de envidia.

¿Podría tener un hogar así junto a su bebé bien pronto?

—Vaya, esto es precioso, Remington. ¿Cada puerta da a una casa?

—Exacto.

Remington la llevó a la puerta que les quedaba enfrente, la del centro. No la condujo poniéndole la mano en la base de la espalda, como habría hecho Parker. Y Amanda agradeció que no se tomase esas libertades con ella.

—Esta es mi casa. Y sí, Mandy, Irina te considera una princesa de cuento de hadas… creo que le recuerdas a Blancanieves.

—Yo tengo el pelo más largo que Blancanieves… —casi protestó Amanda.

—Eso parece.

Subieron las escaleras y encontraron otra puerta, que estaba abierta de par en par. El recibidor era bonito, muy acogedor, pero cuando pasó al salón y a la cocina, que estaban en una misma estancia, sin barreras ni paredes, parpadeó ante el bullicio y la alegría que había allí dentro.

Nicholas estaba preparando una ensalada, concentrándose en cortar en rodajas iguales un poco de queso de cabra.

Otro hombre —Amanda imaginó que era Tanner— estaba sentado en la gran mesa. Le intentaba dar de comer a un niño de unos tres años, que era guapísimo y distinto a los hermanos Montgomery.

El pequeño Roth se negaba a cenar, enfurruñado, con los brazos cruzados y la boquita escondida tras ellos con fuerza.

Irina estaba viendo la televisión en el sofá, estirada cuan larga era, abrazada a un oso de peluche de color rosa. Le habían puesto una película de dibujos animados y estaba absorta en la historia.

—¡Hola, Mandy!

Nicholas la saludó al darse cuenta de que su hermano había regresado con la invitada.

Irina chilló y corrió hacia ella, olvidando la película y el peluche:

—¡Has venido, Mandy!

Amanda se agachó y la acogió entre sus brazos por instinto, sintiendo que era lo que tenía que hacer. El corazón se le hinchó de amor, pues se imaginó dentro de unos años, sujetando de aquella forma a su hijo.

—Hola, Irina —se alzó cargando con ella y le sonrió a Tanner, que se acababa de levantar. Tenía la mejilla manchada de crema de calabaza, pero sonreía con la misma calidez que sus hermanos—. Tú debes de ser el señor Montgomery, ¿no? Tanner.

La carcajada del hombre hizo sonreír a su hija.

—Sí, exacto —le estrechó la mano y Amanda tragó saliva—. Encantado de conocerte, Mandy. Llevas viviendo casi una semana en nuestras tierras y no nos hemos visto. Perdona. Soy un desastre…

—Es que papá es un hombre muy ocupado —explicó Irina.

—¿Ah, sí? Es que llevar un rancho como este debe ser… intenso —respondió ella, antes de que la niña pasase a los brazos de Remington, que la montó sobre sus hombros y fue a terminar de preparar las hamburguesas a la parrilla que tenía en la terraza que daba a la cocina.

Se acercó, un poco cohibida, al niño que la observaba encandilado. Aunque, al mismo tiempo, Amanda veía en sus ojos cómo la analizaba. Estaba decidiendo si era tan encantadora como su hermana mayor la pintaba.

Roth no creía en las princesas de cuento de hadas, pero quería saber si ella podría ser una de ellas.

—Tú debes de ser Roth, ¿no? —le sonrió y se inclinó para darle un beso en la mejilla—. Os he traído tarta. ¿Te gusta la manzana? ¿Y el chocolate?

Los ojos del niño se iluminaron y la sonrisa que le dedicó fue tan entusiasta, que Amanda se sentó para que no le flaqueasen las rodillas.

Desde que estaba embarazada, todo lo que tuviese que ver con niños y su preciada inocencia, la convertía en gelatina. Las hormonas la tenían sensible y llorosa. Era un milagro que todavía no se hubiese puesto a sollozar como una cría.

—¿Tú *edes* la *pincesa* de cuento de hadas?

—Eso creo —Amanda le tocó el pelo con cuidado, peinándole un mechón rebelde —. ¿No quieres cenar? Creo que esa crema de calabaza debe estar estupenda, porque tiene una pinta…

—Está mala.

Tanner resopló mientras se limpiaba el pómulo manchado de puré.

—Roth, te has comido la hamburguesa. Ahora te toca la crema.

—¿Irina también tiene crema *luedo*? —preguntó Roth, poniendo morritos.

Mientras padre e hijo mantenían aquella calurosa e infantil conversación, Amanda se acercó a Nicholas y le pidió en un susurro una cuchara sopera. Se sentó al lado del pequeño como si nada y probó la crema de calabaza. Estaba realmente buena.

—Está deliciosa, Tanner. ¿La has preparado tú?

—Sí… —él la miró sorprendido, no tanto como Remington, que acababa de asomar la cabeza por la puerta.

Ella asintió con una sonrisa y tomó la cuchara del niño. La hundió en la crema y enarcó las cejas en dirección a Roth, que la miraba con el ceño fruncido en forma de *V*.

—¿Quieres probarla? Es una poción que te hará crecer y ser alto y fuerte como papá, tío Remington y tío Nicholas. Pero está buena. No sabe a sapo, ni a uña de bruja… —y se la puso delante, consciente de que los tres hermanos Montgomery estaban contemplándolos.

—Puaj —Roth casi gimió ante la imagen, pero luego se sonrojó. Era adorable—. Si como *edto*… ¿seré como papi?

—Ajá.

—Puede que más alto —añadió Remington, haciendo que los ojos del pequeño brillasen como dos diamantes.

Ella probó con la primera cucharada. Le dio una segunda y el niño no protestó. Se la comió sin rechistar, mientras los adultos bromeaban sobre lo bien que habían congeniado Roth y Mandy.

—¿La habéis oído chicos? Me considera alto y fuerte —Nick se hinchó como un pavo.

Amanda rio y, tras unos minutos, le dio un trozo de pastel al niño, que se había terminado la crema a la velocidad del rayo. Había hecho un esfuerzo y merecía un pequeño premio.

—¿Lo has hecho tú? —Tanner había robado un pedacito del plato de su hijo y la había probado. Estaba tan rica que se le estaba haciendo la boca agua.

—Sí. Mis tartas y pasteles son caseros.

—Lo admito —Remington alzó las cejas cuando ella salió a la terraza para ofrecerle una cerveza bien fría—. Estoy impresionado.

Ella le sonrió mientras miraba la cerveza sin alcohol que sujetaba entre sus manos.

Parker odiaba la cerveza.

Beber directamente de la botella le parecía vulgar.

Y Amanda había empezado a tomar vino al salir con él, olvidando lo buena que estaba una cerveza a la temperatura adecuada.

—Llevaba años sin beber una cerveza —confesó en voz alta, sin saber bien por qué.

—¿Por qué dejaste de beber cerveza? —Remington le dio la vuelta a la carne en la parrilla.

Amanda suspiró y miró por la puerta lo que pasaba en la cocina. Tanner había llevado a Roth al sofá, rebobinando la película para que la viese desde el principio. Irina estaba canturreando a su lado, mientras abrazaba el peluche. Nicholas se reía de ellos mientras terminaba de montar la ensalada.

Eran una familia pequeña, pero muy unida.

Sintió envidia.

Ella había tenido eso una vez. Con Lawrence y con Maxwell, cuando pasaban las vacaciones juntos. Pero entonces la cosa entre su hermano y su mejor amigo se torció y llegó Parker…

—Cuando llegaba de trabajar solo quería beberme un buen vaso de vino mientras tomaba un baño —mintió.

En realidad, Amanda había preferido ir a un bar a ver jugar a los Red Sox con una buena cerveza en la mano. Luego se había enamorado y había fingido ser quien no era, cómo si ser una mujer refinada la hiciera más apta.

Había sido una idiota. Había dejado de quererse a sí misma porque había antepuesto, sin darse cuenta, a un hombre que no le llegaba ni a la suela de los zapatos.

—¿Dónde trabajabas?

—En un hotel de lujo. Era una de las cocineras. Pero su reputación bajó y… bueno —se encogió de hombros, fiel a la mentira que llevaba hilando desde antes de llegar a Blue Valley—. Nos echaron a varios.

—Y te tocó a ti, ya veo.

Amanda se acercó a la barandilla. La terraza no daba a la cabaña, sino a los establos. Los caballos relinchaban en sus cuadras, pero no asomaban la cabeza. Supuso que ya estaban a punto de dormirse…

—Si eres cocinera, ¿por qué no has cocinado tú?

Se volvió hacia Remington. Le chocaba comprobar que aquel hombre tuviera sentido del humor.

O, mejor dicho, que se atreviese a bromear con ella, cuando al conocerse estaba claro que ninguno de los dos estaba cómodo en la presencia del otro…

—¡Remington! —Nick asomó la cabeza, impidiéndole a Amanda responder a la pulla—. ¿Están las hamburguesas ya? A este paso nos saldrán canas…

—Ya va, ya va… Impaciente.

Las dejó en un plato y se lo dio a Nicholas, el encargado de prepararlas.

Ella entró a la cocina sin responder, escondiéndose tras la cerveza, dándole un trago largo.

Observó a Nicholas poner la hamburguesa en el pan. Parecía dársele bien, nunca había visto un hombre que se concentrase tanto para preparar una simple hamburguesa. Lo acompañó con queso, tomate, cebolla, pepinillo y lechuga fresca, recién lavada por Tanner.

—¿Tienes hambre? —este último se acercó e hizo chocar su botellín con el de Amanda.

—Me gustaría saber cómo ayudaros. Me siento mal estando aquí quieta.

Nick resopló y le señaló la mesa con la barbilla.

—Has traído el postre. Y has hecho que Roth cene sin quejarse, todo un logro, porque siempre berrea.

—A no ser que cene *pizza* —Remington habló tras su espalda, y Amanda por poco dio un respingo.

Se miraron unos segundos, quizá sorprendidos porque no esperaban estar tan cerca el uno del otro.

—¡A cenar! —Nicholas levantó los platos con las hamburguesas como si anunciase que acababa de ganar la lotería—. ¿A qué te sientes como en casa, Mandy?

—Mmmm —ella se sentó donde le dijeron, y se encontró junto a Nick y frente a Remington. Probó una patata frita después de mojarla en el tazón de la mayonesa y en el de la mostaza—. Hamburguesa con queso y pepinillo, patatas fritas y mucha salsa grasienta… —le guiñó un ojo sin darse cuenta de que estaba comportándose como un ser humano normal y corriente, sin preocupaciones ni traumas—. Es como estar en… —parpadeó al darse cuenta de que iba a decir Boston, pero rectificó con una sonrisa tensa—: En Nueva York. Sí, como estar en casa.

¿Y ese desliz? ¿Por qué había estado a punto de romper el engaño?

Se dio cuenta de que se sentía confiada estando ahí. No tenía miedo pese a estar rodeada de tres hombres altos y fuertes y sin teléfono móvil a mano. Estaba relajada, tranquila. Tanto, que se lo empezó a pasar bien, porque los hermanos eran muy

graciosos —podían tratar temas sumamente serios, pero lo hacían con tono de voz despreocupado y casi riendo— y mantenían conversaciones muy curiosas.

Estaba tan enfrascada en descubrir la faceta parlanchina de Tanner y en la aduladora de Nicholas, que no se dio cuenta de que Remington no le quitaba el ojo de encima y que casi no sonreía ni participaba en la conversación.

Hubo un momento en que Tanner le dio una colleja al mediano y con eso, empezó una discusión entre ellos que hubiese terminado en puñetazos si hubiesen tenido quince años y no más de treinta.

Viendo las pullas que se lanzaban entre los dos, Amanda notó un tirón en el corazón.

Intentó disimular una sonrisa de tristeza.

Lawrence estaba en Washington. Estaba lejos, muy lejos.

Pero ahora ya no se sentía tan sola, ni tan vacía, ni tan incomprendida. Ya no se sentía insegura ni nerviosa como cuando estaba en Boston, temiendo que Parker se presentase en la tienda o en el gimnasio, queriendo recordarle que era suya, aunque ya hubiera formalizado su compromiso con LeFleur.

Comenzaba a despertar de su largo letargo. Al menos eso quería creer.

Cuando se despidió de ellos, Amanda se dio cuenta de que podía sentirse bien consigo misma y en compañía de uno o varios hombres, porque los Montgomery eran gente educada e íntegra, con principios y sentido común.

Podía haber vida más allá de Parker, sus bofetadas y sus humillaciones verbales.

Era capaz de disfrutar de una agradable velada en medio de la nada.

Maxwell la había llevado al sitio correcto, con las personas correctas.

—Te acompaño a casa —le dijo Remington.

—No es necesario, está aquí al lado.

—Sí, mujer —Nick movió la mano para restarle importancia—. No hay farolas en el camino, podrías tropezarte con una piedra.

Amanda se rindió y bajó las escaleras. Esperó en el porche a Remington, que bajó enfundándose una chaqueta tejana.

—Ha sido un detalle por tu parte acostar a los niños y leerles un cuento, por cierto.

Amanda se apartó el pelo de la cara; la brisa de la noche, bastante más fría que el aire caliente del día, la despeinaba con suavidad, jugueteando con su pelo como si fueran los dedos de un padre entregado.

—No ha sido nada.

—Te gustan los niños.

Aprovechando que Mandy se había detenido abruptamente, Remington se quitó la chaqueta y se la puso sobre los hombros. Pero ella no se percató del gesto, tampoco

parecía notar que el frío lamía su piel, erizándola, abriéndose paso a través de ella hasta meterse en los huesos.

Remington la miró con más detenimiento, algo complicado ya que estaban en la oscuridad absoluta de la noche. El cielo los engullía como si se tratase de un abrazo de terciopelo.

—Y las estrellas… también me gustan…

Remington la imitó, levantando la cabeza hacia el cielo.

Comprendió que estaba fascinada, absorta en la belleza de la noche tejana y Remington se preguntó cuánto hacía que él mismo no se paraba a contemplar las estrellas.

Años.

Ni siquiera se había vuelto a tender en el suelo, como cuando era pequeño y disfrutaba del titilar de estrellas y planetas. Quizá algún día se atreviera a hacerlo, para recordar viejos tiempos y charlar con Brenda.

Era increíble que hubiese olvidado lo bella que era la noche en su pueblo natal.

Estaba tan acostumbrado a la luna, a las estrellas, a aquel manto iluminado… que había terminado por olvidarlo.

Pero Mandy se lo había devuelto.

—Sí, son muy bonitas.

Ella suspiró de puro gozo y Remington notó que se le erizaba el vello de la nuca.

No era por el frío…

—En Manhattan no se ven muchas de estas, ¿no?

Amanda recordó el planetario de Boston, sus incontables visitas. Incluso le vino a la cabeza la vez que llevó por primera vez a Max, que a su vez había obligado a Lawrence a acompañarlos.

Y con aquel recuerdo, le vino a la mente el momento en que su hermano le había comentado que, si se había quedado maravillada con aquel, el de Nueva York la enamoraría.

Porque su hermano sabía que las estrellas le encantaban: su luz seguía viva, aun cuando habían muerto… eran el reflejo de algo que existió pero que se fue, algo que no se puede olvidar porque está grabado en el cielo.

—¿Algún día me llevarás? —por aquel entonces, Amanda era joven, acababa de entrar en la universidad y creía que tenía el mundo a sus pies.

—Por supuesto —su hermano le había pasado el brazo por los hombros y sonriendo, había besado su frente con sumo cariño.

Pero aquella promesa jamás había llegado a cumplirse. La vida adulta se había entrometido y los planes nunca salen como uno espera. Amanda lo sabía bien. Contuvo las ganas de tocarse el vientre y notar la calidez que emanaba su tersa piel.

Amanda bajó la vista. Remington le había hecho una pregunta y ella estaba prácticamente ignorándolo.

—En Nueva York no suelen dejarse ver, las estrellas. Por suerte, tenemos un planetario.

—Os consoláis porque tenéis mucha contaminación lumínica —Remington bajó la mirada sonriendo de medio lado—. Esto es más especial.

Era cierto, pensó ella con el corazón latiendo con fuerza.

—Lo es. Mil veces más.

Incapaz de seguir sosteniéndole la mirada, Amanda echó a andar hacia *La Cabaña Azul*.

Remington la siguió hasta que los sensores captaron movimiento y las luces del porche se encendieron automáticamente, llenándolo todo de luz y dejando que sus rostros quedasen al fin visibles. El tono azul de los propios faros, escondidos en la tierra, daban al lugar un toque escocés: fascinante y fantasmagórico.

Ella abrió la puerta principal, pero los dos sabían que no era una invitación para entrar. Al contrario: lo estaba invitando a dejarla sola.

—Veo que has hecho cambios…

—Lo he comprado todo de color azul —Amanda arrugó la nariz.

Qué graciosa, pensó Remington.

—¿Puedo verlo? —ante su titubeo, Remington adelantó un paso, que ella no reculó, aunque sí se puso tensa de pies a cabeza—. ¿Mandy? ¿Puedo pasar?

Remington llevaba mucho tiempo pensando que Mandy no había encontrado a su novio con otra. Su instinto le decía que estaba unida a ese tipo por una experiencia muy traumática y dolorosa, algo que quería esconder del mundo y que la había obligado a marcharse de Nueva York.

Qué rechazase que le acariciara la cara en busca de fiebre, había hecho que sus alarmas se disparasen.

Mandy se hizo a un lado en silencio.

Todo seguía igual, en realidad.

A excepción de un montón de velas azules, apagadas, que decoraban la repisa de la chimenea.

A excepción de cuatro manteles individuales de color azul que estaban enrollados en un rincón de la mesa que ocupaba el salón.

A excepción de un jarrón azul con forma de pera, cuyo color se degradaba a uno más claro a medida que bajabas la vista por el cristal. Le faltaban las flores para que aquello cobrase vida, pensó.

—Ahora es mucho más… femenino.

—¿Sí? —Mandy fue a la cocina, pero se detuvo bajo la arcada—. ¿Eso es bueno? ¿O malo?

—Es bueno, supongo.

A su abuela y a Brenda les gustaría ver aquel toque personal y fiel a lo que creó su abuelo.

—Toma.

Remington aceptó el vaso de agua fría y lo apuró de un trago, ¡ni que fuera *whisky*!

—Es bonito. De verdad, Mandy.

—Gracias. Cuando me vaya… me lo llevaré… pero si te gusta, considéralo mi aportación a la cabaña de los Montgomery —ella se apoyó en la chimenea, en una pose fingidamente despreocupada.

—Si quieres puedes dejarlo, pero puedes llevártelo. Lo que prefieras…

—Ya se verá.

—Sí…

Gracias a la potente luz de los ojos de buey que habían añadido en el techo cuando Brenda volvió, Remington se dio cuenta de por qué los ojos de Mandy siempre le habían parecido duros e inexpresivos, como si no tuvieran vida.

Eran lentes de contacto.

Y de color.

¿Qué escondía aquella mujer?

¿Por qué escondía el color de su mirada?

¿De qué color tenía los ojos?

Se la imaginó mirándolo fijamente con un par de ojos azules, profundos y oceánicos.

Remington miró su vaso de agua, sorprendidísimo por el ramalazo de deseo que le había recorrido la columna vertebral. Lo dejó sobre la mesa auxiliar, que tenía tantos años como la propia cabaña. Pero en esos momentos, dejar cerco en la madera no era su mayor preocupación.

Debía irse.

Alejarse de la tentación…

—Oye… Mandy —cuando estaba en la puerta, se volvió hacia ella, que no se había movido del sitio—. ¿Quieres trabajar?

—¿Qué?

—Mi tía necesita una cocinera. La señora Rodríguez se retira dentro de nada y Cindy está buscando a alguien que se atreva a encargarse de su cocina —le explicó, rascándose una mejilla, distraído—. Creo que podrías encajar en su plantilla.

CAPÍTULO 8

Cindy adoraba a los hermanos Montgomery. Los había visto crecer, los había visto madurar hasta ser hombres hechos y derechos, con principios. Los quería como si fueran sus hijos, esos que nunca había podido tener, pues había perdido al amor de su vida muy joven, demasiado pronto.

El destino le había dado la oportunidad de amar como solo se ama una vez en diez vidas, pero no le había dado la oportunidad de ser madre.

Ahora, sus niños —como ella llamaba a esos tres muchachos— habían acogido bajo su ala a Mandy Jeff.

Y le habían pedido que se convirtiese también en su protectora.

Pero Cindy no iba a contratar a la inquilina de *La Cabaña Azul* solo porque Tanner la considerase amable y de corazón puro —porque trataba a Irina y Roth con mucho mimo—; o porque Remington le dijera que era una mujer que necesitaba sentirse útil y menos sola en Blue Valley; tampoco porque Nicholas empezara a encariñarse con ella.

Si esa mujer terminaba entre sus fogones, sería porque sabía manejar una cocina como a Cindy le gustaba.

En esos momentos, Mandy estaba emplatando el chili con carne.

Siguió observándola, aunque aquella chica ya había llamado su atención nada más entrar en su cafetería la primera vez.

Era bajita, pero se la veía fuerte y trabajadora, demostrando que ser menuda no significaba ser frágil. Pero había algo en ella que no encajaba, aunque Cindy no sabía decir qué.

Era algo que la escamaba.

¿Qué había sobre ella que hacía que Cindy desconfiara? ¿Era algo en su mirada, en su voz, en su forma de moverse, en su forma de hablar?

Mandy le puso el plato delante para dejar que lo probase:

—Aquí tiene…

Tenía que admitir que la humildad de la muchacha era de admirar. Había llegado allí con la mirada baja y las mejillas de color escarlata. Había trabajado con manos temblorosas los primeros diez minutos al saberse observada por la jefa, si bien luego había ganado confianza en sí misma. Algo que solo poseían los que amaban cocinar tanto como comer.

Eso ya era un tanto a su favor.

Sin embargo, todavía era pronto para asegurarle un contrato. A Cindy le gustaba dar a sus clientes comida de calidad. Que fuera una cafetería que servía comidas y cenas, no significaba que quisiera dar comida rápida, grasienta, sin sustento y con

sabor a plástico. Era una verdadera tejana y la comida tenía que hacer gala de la tierra donde se encontraban.

El sabor era tan bueno como el aspecto y el aroma del plato que Mandy había preparado. Cindy dejó que la explosión de sabores circulase por su lengua. Aquella chica era buena cocinando, sin duda no podía desperdiciar esas manos mágicas con la comida.

Sería una estupidez por su parte despreciarla.

Había pasado su examen con nota. ¡Matrícula de honor!

—Contratada.

—¿De verdad? —la miró, entre boquiabierta e ilusionada.

—¿Qué clase de empresaria crees que soy? —Cindy le sonrió y vio cómo la otra se relajaba y se mostraba más real y accesible—. Estaría loca si no contratase a una mujer que cocina de maravilla el plato típico del estado.

Mandy le sonrió de corazón y Cindy comprendió por qué sus niños le habían cogido tanto cariño compartiendo con ella solo una cena. Cuando sonreía de verdad, su rostro entero se iluminaba. Era imposible no prendarse de ella.

Los motivos por los cuales se había mantenido escéptica hacia ella se esfumaron. Si tenía secretos, ¿quién podía culparla de ello? Todo el mundo tenía un lugar oscuro en su interior y Mandy no tenía que ser distinta.

—¿Qué te parece si comemos un poco? Podría ser una buena merienda… —empujó el plato en su dirección para ponerlo entre ellas.

—¿Está segura?

—Claro. Y no me trates de usted, que no soy tan mayor, querida.

Cindy cogió cubiertos para dos y compartió con Mandy el plato de carne. Empezaron a hablar y se quedó sobrecogida al descubrir que la neoyorquina no tenía familia desde hacía bastante tiempo, pues había quedado huérfana siendo muy joven.

Le encogía el corazón pensar que Mandy llevaba siete años pasando sola esas fechas señaladas donde la familia es un refugio donde acudir.

Debía ser duro no tener con quien compartir el Cuatro de Julio, Acción de Gracias o Navidad. Cindy había tenido suerte y cuando había enviudado, la hermana de su marido le había abierto las puertas de su casa. Nunca la habían dejado sola para esos días tan señalados y familiares, siempre haciendo que se sintiese como en casa, querida y necesitada.

—¿Y tus amigos?

—Cuando eres cocinera, vives para el restaurante. Tu jornada empieza muy temprano, termina tarde —Mandy se encogió de hombros—. No tienes tiempo ni ganas para tener vida social.

—Sí, te centras en el trabajo y te olvidas del mundo real. Sé de lo que me hablas.

—¿Ah, sí?

Cindy le palmeó la mano como lo haría una madre con una hija, sin perder la sonrisa, con delicadeza y sabiduría.

—Enviudé siendo muy joven. La guerra me arrebató a mi marido, el hombre al que amaba. Y me encontré sola en Blue Valley —ya no le dolía recordar el pasado, porque ahora veía que había felicidad en sus recuerdos y prefería conservarlos a no haberlos vivido jamás—. La hermana de mi marido intentó consolarme durante semanas, pero yo solo quería estar sola.

La muchacha tomó su mano.

—Y se hizo con el Valley Coffee —adivinó, mirando lo que las rodeaba con otro brillo en los ojos.

—Sí. Sus dueños se mudaban a otro condado y el trabajo duro me aislaría del mundo. Y del dolor —añadió; Mandy asintió en su dirección—. Por eso lo compré y lo hice mío. Me desviví por hacer que este negocio funcionase, antes estaba muy descuidado. Lo logré y ya ves, mi bebé ahora es todo lo que soñé… —se detuvo—. Oh, niña, perdona no pretendía… Toma.

Cindy le tendió una servilleta de papel, conmocionada porque Mandy estuviera llorando por su historia.

—Lo siento, Cindy. Es solo que… —meneó la cabeza y arrugó el pañuelo en su puño—. A veces todavía me cuesta creer que la vida sea tan dura.

—Lo es, sí —le concedió, preguntándose qué le habría pasado a aquella joven para que ya no tuviese ganas de llenar la vida de flores, color y corazones.

Se terminaron el chili con carne en silencio y Cindy dijo que la esperaba a la mañana siguiente para preparar las comidas. La observó irse, con la gorra bien calada sobre la cabeza y las gafas de sol cubriendo su grisácea mirada.

Había hecho un buen fichaje.

Mandó a casa a la camarera que se había encargado de vigilar el local mientras Cindy estaba en la cocina con Mandy y se colocó tras la barra, atándose el mandil. Ya había tenido un descanso más que merecido con Mandy, pero todavía le faltaban dos horas para cerrar la cafetería ese día y tenía que terminar de recoger y limpiar.

Remington estaba sentado en un taburete, cerca de la caja registradora, tomándose una cerveza. No estaba de servicio, era Rebeccah la que llevaba el uniforme y se encargaba de la seguridad y el orden del pueblo esa tarde.

Mandy no lo había visto, él tampoco la había llamado para que fuera a saludarlo.

Cindy se acercó hasta ese lado de la barra con una ceja enarcada.

—¿Crees que mi cafetería es una taberna, Remington?

La diversión bailó en sus ojos al levantar el botellín a su salud, brindando por ella.

—Nunca te ofendería de ese modo, tía Cindy.

—Más te vale —acalorada, se sirvió un vaso de limonada.

—La has contratado.

Remington nunca preguntaba; solía afirmar casi siempre aquello que otros hubieran formulado como una pregunta.

Por eso era un buen policía.

—Ha preparado uno de los mejores chili con carne que he probado jamás… y si consigue semejante obra maestra sin ser tejana, oh, mi niño, no puedo dejarla escapar —le guiñó un ojo y Remington le dio el último trago a la cerveza, celebrando en silencio las alabanzas de Cindy—. Es más que buena. Tuviste muy buen ojo al pensar que encajaría en mi cocina.

Remington se rio y se inclinó por encima de la barra para darle un sonoroso beso en la frente.

CAPÍTULO 9

Cuatro de Julio.

El Día de la Independencia de los Estados Unidos de América.

Una fiesta exquisita, inolvidable para cualquiera que se considerara americano.

Un antes y un después en la historia de un país.

Era un día precioso, siempre lo era: contaba con fiesta, vitalidad, comida, bebida, luz, color. Todo el país bullía en optimismo y Blue Valley no era distinto.

Si bien Rebeccah y él iban a estar de servicio, ambos habían pasado el día lejos de comisaría, contando con un comunicador que los avisaría de si había algún problema. Por la noche, todo sería distinto. La fiesta seguía más allá de los fuegos artificiales. Entonces siempre surgían los problemas, porque el alcohol y, por desgracia, la droga, terminaban empañando una festividad tan importante.

Como cada Cuatro de Julio, la familia Montgomery se fue de pícnic.

Los niños quisieron que Mandy fuera a comer con ellos, pero Cindy siempre abría al mediodía y ofrecía comidas, aprovechando que las esposas de muchos rancheros no querían cocinar. Además, por la tarde, prepararían perritos calientes para llevar por la noche, antes de los fuegos.

Mandy no podría asistir, Cindy tampoco; así que todo volvió al plan original, aunque sí convencieron a la forastera para que fuese a cenar y se quedase a ver los artificios.

Esa noche, antes de los fuegos artificiales, que se veían perfectamente desde cualquier punto del pueblo, Remington dejó solos a sus hermanos. Como cada verano, se habían sentado en la terraza del rancho con una nevera llena de cervezas y refrescos y un surtido de perritos calientes, hamburguesas y nachos que les había llevado Cindy tras cerrar la cafetería.

Tanner fue el único que se dio cuenta de cómo salía de forma sigilosa. Le dio un codazo a Nick, que sonrió al darse cuenta de que faltaba un hermano. Ambos sabían a donde se dirigía.

Fue a *La Cabaña Azul* dando un paseo, con las manos en los bolsillos del pantalón.

Mandy no se habían presentado con Cindy, diciéndole que le dolía la cabeza y que prefería no escuchar tal espectáculo pirotécnico. Al final se había echado atrás.

Podía ser verdad, pero Remington se imaginaba que era una excusa.

Divisó la cabaña. No se sorprendió al verla en las escaleras del porche, tomándose una limonada.

Se dijo que había ido a verla para vigilarla, pues Max le había enviado un mensaje para preguntarle cómo estaba —el primer mensaje en un mes, todo sea dicho

—. No había ido a verla para hacerle compañía, por supuesto; ella era la arisca, la que la evitaba al verlo y le dedicaba un escueto saludo desde que había ido a cenar a su casa.

—No deberías estar aquí, sola —no pudo evitar que su voz sonase como un reproche.

Pero ella no replicó. Ni siquiera parpadeó, pese a tener la mirada fija en él.

—Te esperábamos en el rancho. Los niños querían verte.

Más silencio.

Remington se pasó una mano por el pelo, crispado.

—Todavía no ha refrescado, pero dentro de poco las temperaturas bajarán un poco. Con ese chal no tendrás suficiente.

Tampoco obtuvo respuesta a eso.

Se sentó a su lado con cuidado al ver que quedarse de pie frente a ella era inútil, pues Mandy miraba a la nada con expresión ausente.

Las escaleras eran tan estrechas que sus muslos se rozaron; ella se tensó, pero no se apartó ni dijo nada. Casi ni le miró, y Remington tuvo que reconocer que le irritaba ver que Mandy no reaccionaba a su cercanía.

Quería besarla para hacerle ver que estaba ahí.

El corazón se le detuvo un microsegundo y la garganta se le secó.

¿De dónde demonios había surgido ese pensamiento? Lo había tomado por sorpresa.

Pero Amanda, pese a no dar señales de ello, sí que era consciente de que estaban muy juntos, uno al lado del otro.

No se había presentado en el rancho porque no sería buena compañía, no ese día.

El calendario había llegado a Cuatro de Julio.

El día que Parker había decidido casarse con Babette. Había visto en el telediario las imágenes que se habían filtrado de la ceremonia y había sido como echar sal a la herida. Se le había cerrado el apetito y, desde aquel medio sándwich que se había comido con Cindy antes de encender el televisor, no llevaba nada en el estómago.

Por eso se había escondido en *La Cabaña Azul*.

Prácticamente había invocado a Remington. No sabía por qué, pero esperaba que fuese él quien fuera a verla, salvándola de la soledad. Es lo que estaba pensando cuando había aparecido su silueta a lo lejos, en un punto donde no se diferenciaba el hombre de la noche. No había sabido reaccionar al verlo plantado frente a ella, con la mirada gris chispeando como si fueran estrellas.

La había fascinado.

Nunca nadie le había provocado tal opresión en el pecho. Tan fuerte, tan agradable, tan intensa.

Deseaba que la abrazase y le acariciara el pelo mientras le susurraba al oído que todo iba a salir bien.

Y aquello la había dejado noqueada hasta el punto de preguntarse por qué parecía necesitar a Remington de aquel modo.

—En diez minutos, los fuegos artificiales llenarán el cielo. Deberías venir al rancho —Remington volvió a probar otra vez—. Hay bebida, comida, y los niños están deseando verte. Te lo pasarás bien.

—Dejarán de verse las estrellas —ella no lo miraba cuando por fin habló, estaba observando el manto estrellado que pronto se vería cubierto por colores y nubes de pólvora.

Remington respiró hondo antes de hablar; llevaba un par de días queriendo abordar el tema, pero no se había atrevido a acercarse a la cabaña. Tenía miedo de que Mandy se sintiese presionada.

Pero ahora estaban ahí, los dos, solos.

Era el momento ideal.

—¿Cuándo vas a ir, Mandy?

Su ceño se frunció.

—¿Cómo dices?

—¿Cuándo vas a ir al ginecólogo?

Mandy abrió los ojos desmesuradamente; su mano libre voló al estómago, que ya se adivinaba muy hinchado, por más ropa ancha que llevase.

—¿Cómo lo has… sabido? ¿Acaso Max…?

—Lo supe cuando viniste a cenar al rancho —la tranquilizó. ¿Por qué estaba tan asustada? Había empezado a temblar y se había quedado pálida—. Cogiste a Irina en brazos y adiviné que tenías tripita. Luego Cindy me lo confirmó el otro día, al comentar que al oler su pastel de plátano y zanahoria, huiste al baño a devolver.

Ella se pasó una mano por la frente.

Con un gruñido, terminó por levantarse y andar arriba y abajo. Tomó el vaso de limonada que estaba en un rincón del porche. Le dio un sorbo, dos. Lo dejó en su sitio. Y volvió a pasear. Bajó a suelo firme y pateó un par de piedras.

Estaba buscando una forma de salir airosa de aquello, pero Remington no comprendía por qué estaba guardando en secreto su embarazo. Pronto se le notaría, era una obviedad.

Lo extraño era que nadie se hubiese dado cuenta antes.

—No sé cuánto tiempo te quedarás en Blue Valley, pero no te echaremos de la cabaña si das a luz aquí. Tranquila, Mandy —añadió al verla estremecerse.

—¿Tus hermanos también lo saben?

—Solo Cindy y yo.

—Ya empieza a notarse que estoy embarazada —respondió ella, casi gimoteando. Se frotó los ojos y luego sus manos volaron a la barriga—. Aunque me siga poniendo camisetas dos tallas más grandes, en una semana, no mucho más, lo sabrá todo el pueblo.

Se estaba desbordando por momentos. El estrés de saberse descubierta estaba llamando a su puerta después de semanas ignorándolo deliberadamente.

Amanda lo sabía. Terminaría desmoronándose delante de sus narices y Remington parecía no saber cómo ayudarla a recomponerse.

Y era cierto. Su instinto no le engañaba. Remington no tenía ni idea de cómo podía calmarla.

Con disimulo, observó su vientre. Debía estar de más de cuatro meses, puede que de cinco. A él esas cosas no se le daban muy bien, pero ya se apreciaba que estaba más rolliza que cuando llegó.

Sus nuevas curvas no podían pasar desapercibidas.

¿Acaso la gente del pueblo estaba ciega?

—¿De cuánto estás?

—De cinco meses.

—Ya pueden decirte el sexo del bebé.

Mandy lo miró con la boca abierta, pero luego la cerró y le sonrió de verdad, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas cristalinas. Parecía una ninfa a la que acababan de desterrar del paraíso, pero que estaba feliz de verse libre y humana.

Remington se levantó y antes de darse cuenta, se las estaba limpiando con las yemas de los dedos.

—Estoy sola en esto, Remington. No puedo contar con mi expareja. Él…

—Está bien, está bien… shhh, tranquila. No pasa nada —le aseguró—. No sé qué te depara el futuro, Mandy, pero sí sé que no te irás de *La Cabaña Azul* por esto —la tomó de las manos y Amanda notó que las rodillas le temblaban; no se sentía tan a salvo desde que Maxwell la abrazó y le prometió una nueva identidad—. Mis hermanos y yo no te abandonaremos. No vamos a darte la espalda, ¿me oyes? Si estás aquí cuando nazca el bebé, yo cuidaré de ti. Y de él.

Se dejó abrazar. El calor humano la reconfortó tanto que fue capaz de apretar los ojos con fuerza y ahogar las lágrimas entre sus pestañas.

Amanda se dejó llevar hasta el porche. Se sentó en la mecedora con la ayuda de Remington. Cuando soltó su mano, todavía se encontraba conmovida porque tía y sobrino sabían lo de su embarazo y no habían comentado nada.

Le preocupaba que lo supiera todo el mundo. Era un pensamiento que había aparcado desde su llegada, pero ahora ya no podía seguir huyendo también de sí misma. ¿La hacía más vulnerable ante Parker que tanta gente supiera de su situación? ¿Afectaría en algo su búsqueda si es que su ex la estaba buscando?

Por un lado, que Mandy Jeff estuviese embarazada, podía despistar a los detectives o policías que la buscasen en nombre de Parker. No la tendrían en cuenta, pues la rubia de Amanda Jefferson tenía un alta médica afirmando que había perdido a su bebé.

Pero, por otro lado, era más probable que se fijasen en ella. Una forastera sola y embarazada era un blanco fácil en todos los sentidos.

Remington se desplomó a su lado con un quejido.

—¿Remington?

Él no respondió.

Llevaba unos minutos observando, estupefacto e hipnotizado, cómo Mandy recorría su abdomen con los dedos, distraída. Ahora, sus enormes ojos estaban dirigiéndose a él.

—¿Sí?

—Gracias por apoyarme. Eres un buen hombre.

Él le acarició la mejilla, borrando el rastro de la última lágrima. Ella suspiró y cerró los ojos, ladeando la cabeza para apoyar el rostro contra sus nudillos. Quizá hacia un tiempo no hubiera osado acercarse tanto, si bien esa noche necesitaba que la consolaran.

Remington respiró hondo y le acarició la mandíbula, la barbilla…

Mandy abrió los ojos, paralizada, cuando su pulgar le recorrió el labio inferior.

Él notó el cambio enseguida. Ya no estaba relajada, sino alerta. Parecía observar cada uno de sus movimientos para adelantarse a ellos. Rehuirlo si se acercaba demasiado, golpearlo si se daba el caso.

Podía terminar con la mejilla ladeada y ardiendo, la marca de su femenina mano estampada en ella.

Se arriesgaría, no podía alejarse de aquella boca.

En ese momento, pese a todo, necesitaba besarla.

No sabía por qué, solo sabía que quería probar sus labios, mordisquearlos, lamerlos…

Acercó su rostro al de ella.

Amanda tragó saliva y entreabrió los labios para soltar un trémulo suspiro que finalmente se quedó atascado en su garganta. La respiración estaba entrecortada. Remington iba a besarla y ella no podía huir.

Tampoco quería.

Aquel pensamiento la dejó pasmada y por poco le detuvo el corazón, que empezó a latir al punto a una velocidad desmesurada, delirante. Estaba segura de que Remington podía escuchar sus alocados latidos, tan cerca estaban.

¿Quería que la besase? Sí.

¿De verdad quería meterse en camisa de once varas cuando acababa de escapar de un hombre violento y que disfrutaba humillándola? Sí.

¿De verdad quería dejar de encerrarse en sí misma y abrirse a los demás cuando había acordado con Max ser discreta? Sí.

¿De verdad quería arriesgarse a ponerlo todo en peligro por un hombre que la miraba con ternura? Sí.

¡Sí a todo!

Sí al beso, sí a olvidar el pasado, sí al riesgo de tirar por la borda el plan que había trazado Maxwell para hacerla invisible —para que Parker no la encontrase, por

supuesto— bien lejos de Boston y de Washington.

Cerró los ojos, rindiéndose.

Apenas hace un mes que lo conoces, le dijo una vocecita interior. Sin duda, era la voz de su consciencia, que le reprochaba que fuese tan idiota como para caer bajo el hechizo de aquellos ojos grises y aquella voz firme y grave. Sobre todo, tan pronto para un alma maltrecha como la suya. Quizá era la parte más cuerda de Amanda. Pero otro pedacito de su alma ansiaba borrar el pasado, no permitir que una herida como la de Parker también marcase su futuro, pues bastante estaba jodiéndole el presente. Ansiaba ser una persona normal, con aspiraciones y sentimientos comunes en mujeres de su edad.

¿Por qué negarse al deseo? ¿Al poder besar a un hombre libremente? ¿No tenía bastante con las pesadillas y el miedo a ser hallada en cualquier momento?

Notó su aliento a un centímetro de sus labios y se estremeció por la anticipación, notando un nudo en el estómago que no se desharía en toda la noche.

Un silbido rompió el silencio. El momento, mágico y especial, también se resquebrajó. Remington la soltó cuando un estruendo escandaloso explotó a su alrededor.

Aunque él se levantó para pasarse una mano por la mandíbula —preguntándose qué había estado a punto de hacer…—, Amanda se acomodó mejor entre los cojines. Miró más allá de la barandilla. El espectáculo que Blue Valley había preparado para el Cuatro de Julio era hermoso, colorido y ensordecedor hasta el punto de ser doloroso.

Como la vida misma.

Desvió los ojos hasta Remington. Su piel bronceada estaba teñida de diversos colores que le daban un toque exótico de lo más llamativo. Los labios de Amanda empezaron a palpitar.

Ya no era la mujer débil y asustadiza que había huido de Boston, aprovechando una escapada de Parker con Babette para celebrar que iban a casarse. No era la mujer llorosa y golpeada, humillada y doblegada, que había acudido a Maxwell.

Había recordado qué era ser independiente y útil, gracias a la soledad de la cabaña y al trabajo duro y constante en la cocina del café. Había sido un proceso corto, sí, era posible. No obstante, había sido intenso, pues se había obligado a salir adelante por su niño y su propia salud mental.

Había recordado, gracias a Maxwell y a los Montgomery, que había hombres bondadosos, honestos. No todos usan violencia contra una mujer, no todos la ven como un simple objeto o propiedad que usar y desechar a placer.

Había recordado lo que era sentirse viva y mujer, aunque todavía no se atrevía a ir más allá de un inocente beso.

Había avanzado mucho en un mes, más de lo que ella jamás pensó. Amanda, al descubrir cómo era en realidad Parker, se había visto dentro de un túnel donde no

atisbaba la luz por más que intentase avanzar. Sin nadie a quién acudir, sin nadie a quién contarle la verdad, sin nadie que la protegiera de aquel malnacido…

Max siempre ha creído en ti, se recordó; Remington y sus hermanos parecen estar contentos contigo, Cindy también. Incluso Carla te aprecia bastante.

No estaba todo el camino hecho, pero había comenzado a avanzar a buen paso.

—Mandy…

—Está bien, no te preocupes —dijo sonriendo con suavidad y secándose una lágrima.

Remington creyó que era de vergüenza, cuando en realidad era de alegría, porque empezaba a renacer de sus cenizas. Quiso acercarse. Luego reculó el paso que había dado hacia ella. Avergonzado, metió las manos en los bolsillos del pantalón y se balanceó sobre los pies.

—Yo…

—Nos hemos dejado llevar por la emoción del momento —encogiendo un hombro, observó otra tirada de cohetes por parte de Blue Valley.

—Sí… —contrariado, Remington miró el cielo también. Cuando ya no hubo rastro de color, tan solo pólvora y humo confundiéndose con las nubes, se giró hacia la mecedora—. Yo tengo que ir a trabajar, esta noche tendremos varias llamadas. Pero la noche es joven. ¿Por qué no vas con los niños? Ahora comerán un helado, se acostarán y luego los mayores se pondrán a cotillear.

—Prefiero dormir —contestó ella, levantándose con pesadez—. El embarazo me tiene agotada.

—Imagino…

Otro petardo los interrumpió con un silbido. El estallido de colores llenó el cielo en forma de palmera.

—Vamos, todavía falta un poco para que termine —y señaló con la cabeza el balancín—. Siéntate.

Él obedeció casi con recelo, pero decidió disfrutar de aquel momento. Mandy estaba bonita apoyada contra la barandilla, dándole la espalda. Era un recuerdo que quiso fotografiar con los ojos para quedárselo para él, para siempre. Era una estampa preciosa.

Y se encontró sonriendo. De verdad, con esas ganas y esa alegría que lo caracterizaban, haciendo que los hoyuelos Montgomery marcasen sus mejillas. Una sonrisa que hacía mucho tiempo que no aparecía en su rostro. Sus labios no la habían vuelto a esbozar desde antes de la muerte de Brenda.

Mandy al principio le había parecido aburrida, desconfiada y esquiva, pero ahora notaba que era más cercana, más humana.

Algo había cambiado entre ellos.

O mejor dicho, dentro de él, que sentía que debía protegerla del mundo, incluso de sí misma. Pero ya no era porque Maxwell se lo hubiese pedido; quería hacerlo

porque quería verla tranquila, acunando a su bebé en brazos sin que tuviera miedo del mundo.

Era algo nuevo y sorprendente que le llenaba el pecho y que Remington no se atrevía a analizar.

CAPÍTULO 10

La casa que la familia Benedict tenía en los Hamptons se encontraba en silencio.

Después de los fuegos artificiales, todos se habían retirado a sus habitaciones a descansar. Al estar dentro del mundo de la política, tenían que ser prudentes y evitar el escándalo alejándose del alcohol y las fiestas desmesuradas, a diferencia de los civiles con vidas anónimas y anodinas.

A Parker jamás le había preocupado ser o no discreto, causar o no altercados a cualquier escala.

Sabía muy bien cómo cubrir los escándalos. Nunca había tenido que acudir a su padre para hacerlo, a diferencia de sus hermanos mayores, que se las daban de empresarios y políticos respetados cuando contaban con un pasado tan oscuro como el suyo. Él llevaba cubriéndose las espaldas sin ayuda de nadie desde los dieciséis, cuando dejó embarazada a aquella animadora de su instituto. Y le había ido bastante bien; sabía valerse por sí mismo.

Hasta ese momento.

Rechinó los dientes y le dio un trago al coñac.

¿Cómo podía ser que Amanda se le hubiese escapado de entre los dedos cuando la tenía tan bien atada? ¿Cómo había osado largarse sin dejar rastro cuando sabía que le pertenecía?

Su detective le había llamado mientras Babette se metía en el cuarto de baño para darse una ducha de agua caliente y relajarse después de su gran noche de bodas.

Richard Hancock era el mejor detective privado del estado, pero su experiencia y sus referencias no lo habían precedido esa vez, porque no sabía nada de ella.

La investigación había empezado en Boston. Amanda tenía un anticuario a medias con un viejo amigo. Su socio no sabía nada, tan solo que Amanda se había ido de vacaciones. Desconocía el lugar del destino.

Habían decidido rastrear su coche gracias a un geolocalizador en el navegador electrónico. Lo habían encontrado en Washington, en un garaje de pago.

El vigilante había dicho que cada semana se pagaba el alquiler, pero lo hacía una persona distinta, y el detective no había encontrado relación alguna entre esos desconocidos y Amanda.

Era gente de la calle que recibía un anónimo en los cartones donde dormían. La persona que dejaba ahí la nota, les aseguraba un mes de techo y comida caliente en un albergue a cambio de llevar el pago íntegro al aparcamiento.

Hancock había seguido investigando en Washington y la información que había encontrado en la ciudad era más bien escasa: al parecer, antes de desaparecer, Amanda no había visitado a nadie, ni siquiera a su hermano. Parker jamás había

querido conocerlo. Solo sabía que era médico, que se llamaba Lawrence y que prácticamente eran inseparables: si él tampoco sabía nada de su hermana, Amanda se había escondido muy bien.

¿Para qué demonios había ido hasta Washington D. C entonces?

Joder, ni siquiera se había alojado en un hotel.

No había habido movimiento en su cuenta bancaria, no había usado la tarjeta de crédito ni retirado dinero en efectivo desde el último día que Parker la había visto.

Hancock desconocía si había tomado algún avión con destino a Canadá, Latinoamérica o Europa o hacia algún otro aeropuerto de Estados Unidos; tampoco sabía si había tomado algún autocar.

No descartaba ninguna opción, había demasiados hilos de los que tirar sin saber cuál de ellos era el correcto, pues Amanda no había dejado ningún cabo suelto.

Maldición, era como si se la hubiese tragado la Tierra.

Se había esfumado como por arte de magia… pero toda magia tenía una verdad detrás, un ilusionista que creaba una falsa imagen para engañar a su público.

¿Quién le había echado una mano?

Era alguien que sabía cómo actuaría un detective o un policía en una investigación. Era alguien que la había ocultado sabiendo bien lo que hacía.

Y ahora Parker estaba acorralado, porque había alguien ahí fuera que sabía que Amanda había estado en su cama, que la había golpeado y que huía de él. Estaba convencido que se había ido por su causa.

Pero por el amor de Dios que aquello no iba a quedarse así. Amanda estaba ganando la batalla pero sería él quien se proclamase vencedor en aquella guerra.

Cuando descubriese dónde estaba, iría a por ella. Lo había decidido antes de contratar a Hancock, pero aquella idea cada día estaba más arraigada en su cabeza. La obligaría a volver a Boston con él, y jamás volvería a separarse de su lado, aunque tuviese que encerrarla.

Su familia no iba a ser puesta en evidencia delante de la prensa y del país entero por una simple mujer. Por más simpática, inteligente, bonita y sensual que fuese.

—Cariño…

Parker se puso rígido.

Babette, su ahora flamante esposa, se acercó al balcón, donde él estaba sentado. Olía a perfume caro y pese a visitar el lavabo, no se había quitado el maquillaje.

Sus uñas, perfectamente cuidadas por una de las mejores esteticistas de Boston, le recorrieron la piel del abdomen; Parker no se había vuelto a poner la camisa después de hacerle el amor.

—No deberías estar aquí tan solo… Ha refrescado… Yo puedo calentarte si vienes conmigo a la cama…

—Estoy bien, Babette —le respondió con un gruñido.

Las manos de Amanda eran más suaves, mucho más sensibles y delicadas cuando lo tocaban.

Pero se había negado a acostarse con él desde que la había empujado por las escaleras para que perdiera el bebé que esperaba.

Aquel niño había sido un jodido estorbo.

No podía permitir que naciera. No si eso implicaba tirar por la borda su matrimonio con Babette. Aquella unión era un negocio demasiado jugoso y enriquecedor, dado el inmenso patrimonio con el que contaban los LeFleur. Y era justo lo que su familia necesitaba para no declararse en bancarrota.

Por suerte para Amanda, él todavía estaba enamorado de ella y perdonaría su atrevimiento de abandonarlo. La haría de nuevo su amante cuando la encontrase. Babette acabaría por aceptar que otras mujeres iban a disfrutar de su cuerpo, por supuesto. Si no lo hacía, aprendería probando la hebilla de su cinturón. Como hacían todas tarde o temprano.

—Todavía tenemos noche por delante, Parker…

La miró de reojo, mientras dejaba que sus manos se deslizasen en busca de la cintura de los pantalones tejanos, que llevaba desabrochados.

Su cuerpo reaccionó y su miembro se despertó, endureciéndose en contra de su voluntad.

Suspiró y dejó que su esposa lo desnudase mientras le repartía besos húmedos por el pecho, fibroso por el gimnasio. Enterró los dedos en la cabeza de Babette cuando se arrodilló delante de él. Al principio, fue un gesto digno de un autómata, pero a medida que imaginaba que era Amanda quien besaba y lamía su erección, sus uñas empezaron a clavarse en el cuero cabelludo de su esposa.

Cuando estuvo cansado de aquel juego húmedo, la obligó a alzarse. Ella se sentó sobre sus piernas. Quiso besarlo, él apartó el rostro, asqueado. La penetró con tanta rudeza, que la hizo gritar.

Parker se obligó a cerrar los ojos para no ver a Babette encima de él, que contraía la boca y entrecerraba los ojos con cada ramalazo de dolor y placer que la recorría con cada embestida.

—Oh, sí, cariño… —Babette le mordió el cuello antes de llegar al orgasmo, sin darse cuenta de que él no lo había alcanzado.

Odiaba tener a su esposa entre sus brazos después de haberle hecho el amor cuando no se había podido quedar abrazado a Amanda todas las noches que había pasado con ella.

Quiso gruñir.

—Ha sido fantástico… ¿no crees?

—Sí, fantástico.

Babette se levantó, encantada con las atenciones. Fue el baño y se pasó un paño húmedo entre las piernas, antes de recolocarse su camisón de seda y meterse en la cama.

Parker la observó mientras se tomaba otra copa. El alcohol ya no lo emborrachaba, tan acostumbrado estaba. Necesitaba desahogarse de otro modo,

pensó, mirando su miembro, todavía levantado con orgullo.

Parker se duchó en silencio. Quería llegar a su propio placer, sin otra compañía que no fueran sus recuerdos, tan vivos, tan calientes, tan… de Amanda.

El orgasmo fue demoledor y solitario.

Se puso unos pantalones de chándal y bajó al salón; no podía dormir junto a Babette, esa noche le era imposible conciliar el sueño a su lado.

No podía más.

Necesitaba ejercitar los puños y los brazos.

—Te encontraré pronto, querida mía —susurró mientras entraba en el gimnasio de la familia—. No sabes las ganas que tengo de acariciarte. Y si te has atrevido a dejar que otro hombre vea tu piel, prometo besarte los labios una última vez antes de que dejes de respirar…

CAPÍTULO 11

Remington se pasó la mano por el pelo, húmedo por la ducha. Se terminó de abotonar la camisa y se pasó los faldones de esta por debajo del pantalón. Ajustándose el cinturón, donde llevaba la pistola y las esposas, fue hacia la casa de Nicholas.

Esa mañana tocaba desayunar en su cocina, que ya olía a café y a beicon.

Tanner y los niños no habían llegado, aunque ya se oían carreras y gritos en el rancho. La guerra de cada mañana. Ahora que sus sobrinos estaban de vacaciones y se quedaban con la canguro hasta mediodía, era imposible vestirlos y peinarlos como tocaba.

—Buenos días —Nick se lo susurró, tapando un momento el teléfono móvil por el que hablaba. Estaba charlando con un criador del este del estado, que quería venderle un caballo—. No, aunque me envíe por correo eléctrico el informe de la última revisión de la yegua, no me quedaré satisfecho. Solo se asegurará la venta si me deja visitarla personalmente y quedo contento con lo que veo en el chequeo.

Que Nick hubiese decidido estudiar para ser veterinario había sido una bendición para los Montgomery.

Remington sonrió.

Para mantener la calidad del criador de caballos que había fundado su abuelo, las visitas del veterinario eran frecuentes y, por lo tanto, implicaban un gasto elevado cada mes. Un gasto que se había visto reducido desde que Nick se encargaba del cuidado diario de yeguas, sementales y potrillos.

Además, que el pequeño de los Montgomery fuese veterinario permitía que fuese él en persona a ver los caballos que podían acabar en sus cuadras. Era un método más fiable para cerciorarse que la yegua o semental realmente estaban sanos y serían de utilidad en el rancho.

Remington preparó las tostadas de los niños, mientras su hermano gruñía y servía los cafés sin dejar de hablar por el móvil. Nick colgó, furioso. Ese tipo no quería que visitase a la yegua y se había condenado a sí mismo haciéndolo, porque no firmaría ese contrato de compra-venta con ellos.

—Seguro que es una yegua demasiado mayor para la cría —refunfuñó, tomándose el café de golpe y sirviéndose otro, esta vez con leche.

—No te martirices. Ya encontrarás a otra yegua.

Remington observó el beicon y los huevos, mientras se decidía a continuar hablando.

—Voy a pedirle a Mandy que salga conmigo. No en plan formal, solo una cita —aclaró con rapidez.

Nick se volvió hacia él con los ojos abiertos como platos.

—¿He oído bien?

Remington le dio la espalda, porque no podía aguantar su mirada burlona y su sonrisa de medio lado.

—Sí.

Nick se carcajeó. Quiso decir algo, con la diversión dibujada en los ojos, pero se quedó con la palabra en la boca. Roth e Irina entraron corriendo —haciendo más jaleo que un tornado— en su cocina, que no era de estilo americano, como la de Remington.

—¡Tío Nicky! —Irina se lanzó a sus brazos con la fuerza de un jugador de fútbol americano.

—¡Tío *Remidton*! —Roth hizo lo propio con él.

Remington lo aupó y le hizo cosquillas mientras intentaba morderle el cuello y las orejas. Su sobrino se retorcía entre risas mientras él rugía, en voz grave y raspada:

—Tengo hambre… te comeré, Roth, ¡te comeré!

La diversión se acabó cuando Tanner entró en la cocina, con profundas ojeras bajo los ojos y los hombros ligeramente encorvados.

—He tenido una noche de perros.

Nick y Remington se miraron y dejaron a los pequeños en sus sillas, sabiendo lo que significaban en realidad esas palabras…

Carina había llamado y, sin duda, Tanner había terminado discutiendo con ella por Irina. Delante de la niña, preferían no decir nada. Al fin y al cabo, aunque Irina solo veía a Carina para Navidad y el Cinco de Mayo, seguía siendo su madre.

Desayunaron con el parloteo incoherente de Roth y las respuestas sabelotodo típicos de una niña de casi siete años como telón de fondo.

—¡No quiero más leche!

—Roth… —Tanner tenía más paciencia que un santo, pero también era humano.

—No, papi. ¡*Quiedo* beicon!

—Estás castigado, ¿recuerdas?

—Pero…

Demostrando así que Carina había golpeado fuerte en esa ocasión y que el insomnio tenía motivos infundados esa vez.

—Nada de peros. Comerás leche con cereales hoy y mañana. Tal y como te dije. Nada de beicon ni huevos.

El niño se quejó durante unos minutos y se negó a seguir desayunando. Tanner no insistió, no esa mañana. Ni siquiera le importó que el niño se marchase, al borde de las lágrimas, cuando Irina bajó de su silla y se marchó a lavarse los dientes.

El niño cerró la puerta de la cocina dando un portazo.

—Tiene el mismo genio que Brenda —murmuró Remington.

—Sí, da los mismos golpes de puerta —contestó Nick en el mismo tono de voz.

—Es un Montgomery —le dio la razón Tanner, echándose hacia atrás y suspirando. Los miró fijamente antes de hablar—. Carina quiere que Irina viva con

ella seis meses. Desde Diciembre hasta Mayo. Está con un tipo que tiene tres niños y quiere darles una hermanita mayor.

Remington bufó, cabreado por el súbito interés de Carina, que quería ser la madre perfecta. Sus ganas de ser ejemplar y cercana a Irina llegaban demasiado tarde.

Cuatro años tarde.

No podía llevarse a Irina así como así. Aquella niñita era la vida de Tanner, la de los tres Montgomery. Habían perdido a Brenda. Perderla a ella, aunque fuese seis meses cada año, sería un golpe fatal.

Nunca, jamás, lo superarían, porque cada vez que se marchase, perderían un pedacito de la princesa que estaban criando.

Pronto sería una desconocida.

Y odiaría el rancho.

Pero sobre todo, los detestaría a ellos, por alejarla de los lujos que aprendería a querer bajo la influencia de Carina, la mujer más urbanita, consumista y derrochadora del planeta.

—Firmó un papel, Tanner. Renunció a su custodia —le recordó él, intentando tranquilizarle.

—Con una cláusula que decía que la custodia era revisable cada cinco años —el mayor se pasó una mano por el pelo—. Quiere modificarlo para finales de año, para llevarse a la niña a mediados de Diciembre. Tiene las fechas muy bien pensadas. Me llamó para que no me enterase por su abogado —añadió con un gruñido.

—¿Has hablado con el tuyo?

—Mañana, cuando abra el bufete. Aunque nada me gustaría más que plantarme en su casa, es domingo y, joder, mamá me enseñó a respetar el descanso de los demás.

—No se la llevará —siseó Remington.

—¡Claro que no! ¡Irina es mi hija! ¡Lo es los trescientos sesenta y cinco días del año y no solo cuando me apetece!

—Claro que no —Nicholas se levantó y le palmeó el hombro para darle ánimo, un gesto que habían aprendido los tres de su padre—. Eres todo un padrazo.

Remington pensó inevitablemente en Mandy. Ella también sería una gran madre pese a estar sola en aquella aventura. Sabía que no tenía sentido pensar en ella con todo lo que se avecinaba, pero se había acostado pensando en que por poco la había besado y no era sencillo alejarla de su pensamiento así como así.

Se obligó a ignorar lo sucedido la noche anterior. Su hermano lo necesitaba, alimentar aquellos anhelos tan profundos no servía de nada ahora mismo.

—Nick tiene razón, tío. Todo saldrá bien.

—Si Carina cree que me rendiré… no se lo pondré fácil —Tanner golpeó la mesa. Estaba furioso y frustrado, se sentía superado y acorralado—. No permitiré que se lleve a Irina.

—¡Claro que no me iré con mamá!

—¡Irina!

Grandes lágrimas surcaron las mejillas de la pequeña, que se sujetaba al marco de la puerta entreabierta.

Tanner se obligó a sonreír con ternura, suavizando la expresión para no asustarla. Se levantó con sumo cuidado para no arrastrar la silla.

—Cariño, no te irás… te lo prometo.

—Pero mamá… ella quiere alejarme de ti, ¿verdad? —hipó la niña.

Los tres hombres enmudecieron. Tampoco podían mentirle, por más pequeña que fuera. Engañarla solo serviría para avivar el dolor y la desconfianza que brillaban en los ojos de Irina.

—Princesa…

Nicholas quería acercarse.

Empezó a hacerlo con lentitud, sabiendo que en aquel momento todo podía torcerse de verdad, porque Irina estaba tan agitada como su padre, que no era capaz de moverse del sitio.

La niña debió de ver sus intenciones porque, con un sollozo que se clavó en lo más hondo de los Montgomery, se fue corriendo, gritando a los cuatro vientos que odiaba a su madre y a su padre, a sus tíos, a todo el mundo.

Comprensible, dada la situación.

Pero dolió igual oír esas palabras.

—¡Hija!

—Maldición —susurró Remington.

CAPÍTULO 12

Tras más de una hora buscando a Irina sin éxito, Remington llamó a comisaría.

Habían buscado a Irina en las cuadras y en los campos cercanos, pero cuando no la encontraron, volvieron a revisar el rancho habitación por habitación.

Nada.

No estaba. Se había marchado. Pero ninguno de los tres sabía dónde.

Incluso habían mirado en sus lugares secretos, esos sitios donde ellos solían esconderse de pequeños y que Irina debería haber descubierto por sí sola. Pero la niña tampoco estaba ahí.

—Comisaría de Blue Valley, soy la agente Lennox, ¿en qué puedo ayudarle?

—Rebeccah, soy yo.

—Remington… —la voz femenina se burló de él al otro lado de la línea, ajena a la tensión que se había apoderado de cada músculo de su cuerpo—. Llegas tarde. Deberías estar aquí desde hace…

—Oye, Rebeccah —la cortó—, encárgate tú de todo esta mañana, ¿te parece?

—Claro, perfecto… Ha pasado algo, ¿verdad?

—Por ahora, nada grave. Creo —y cortó la comunicación.

No podía perder tiempo al teléfono, tenía que encontrar a su sobrina. Había coyotes y caballos salvajes por la zona. Si la niña se había ido hacia la zona boscosa…

Cogió el rifle y se lo cargó al hombro. Sus hermanos iban a caballo, pero él era hombre de a pie. Sería más sencillo adentrarse entre los árboles y buscarla. Si algún animal se acercaba, no dudaría en disparar a matar con tal de salvarla.

Salió del porche con el corazón acelerado y las manos húmedas, preguntándose en voz alta dónde estaría Irina.

Sus ojos se toparon con otra mirada, a lo lejos. Una que le aflojó el nudo que ataba su corazón de forma que cada latido dolía como si le dieran puñetazos en el torso cada pocas milésimas de segundos.

—¡Tanner! —gritó. ¿Dónde diablos estaba su hermano? Más le valía estar cerca de la casa.

Mandy venía de la cabaña y no lo hacía sola.

¡Gracias a Dios!

Su hermano estaba pálido y al borde de un ataque de histeria, pero acudió raudo y veloz hasta donde estaba él. Saltó del caballo, por poco trastabilló. Ver a su hija hizo que por poco se desmayara sobre el semental.

La niña se soltó de la mujer después de que esta le sonriera y le dijera algo. Corrió hacia su padre, que la cogió en brazos y la cubrió de besos mientras la

estrechaba con fuerza contra su pecho.

—No vuelvas a asustarme así, mi niña —le susurraba una y otra vez.

—No volveré a escaparme así nunca más, de verdad. Pero es que… no quiero irme, papá —lloró ella.

—Te prometo que no permitiré que tu madre se salga con la suya así como así, mi amor.

Tanner se llevó a Irina a la casa. Quería dejarla llorar tranquila, quería hablar con ella. Y sí, qué demonios, quería tenerla vigilada hasta asegurarse que realmente estaba en casa. Aquella hora y media que había estado desaparecida había sido una tortura que le había quitado diez años de vida.

—No tengo teléfono y no podía contactar con vosotros. No veía la forma de calmarla y no he tenido más remedio que esperar a que estuviera más tranquila para traérosla —explicó Mandy con los ojos clavados en la fuerte espalda de Tanner—. Lo siento.

—No, no lo sientas —Remington tampoco podía apartar la mirada de su hermano y su sobrina—. Gracias por devolvérnosla, de verdad.

Nick apareció por el lado de las cuadras. Había oído gritos y había ido corriendo a ver si Irina había regresado. Remington asintió en su dirección con una leve sonrisa y su hermano pequeño se desembarazó del miedo y la rigidez.

Se apoyó en la pared del porche, gimiendo. Se pasó una mano por la frente, apartó el sudor y tosió. Todos sus engranajes mentales y emocionales estaban colocándose en el sitio. Era una sensación de agotamiento y euforia muy extraña. Remington también la sentía bullir bajo su piel.

—Imagino que la has traído tú, ¿verdad? —preguntó Nick, con voz rota.

—No ha sido nada —Mandy se sonrojó—. Ella vino a buscarme. Estaba asustada.

—Gracias por calmarla y por traerla a casa… —Nick la abrazó, tomándola por sorpresa, arrancándole una exclamación.

La soltó después de una retahíla más de agradecimientos y le guiñó un ojo antes de calarse mejor el sombrero de vaquero. Los dejó solos después de palmear el hombro de Remington, que buscó su mano unos segundos.

Mandy se arregló el moño y se aclaró la garganta.

—Debe haber sido una hora muy dura.

—Oh, sí, lo ha sido —le señaló los árboles que tapaban la cabaña de su campo de visión—. ¿Qué tal si te acompaño y me invitas a una taza de café?

Ella enarcó las cejas y Remington vio que, al igual que su pelo, estas lucían más oscuras que la noche del Cuatro de Julio. ¿Se habría teñido?

—Deberías invitarme tú, después de todo. ¿No te parece, Remington Montgomery?

—Cierto.

La llevó a su cocina.

Preparó el café agradeciendo el silencio que Mandy le brindaba. Estaba mirando la casa, llena de curiosidad. Se fijaba en cada detalle, parecía que le gustaba la decoración y suspiraba encantada al ver muebles restaurados.

Tragó saliva al ver a Mandy apoyarse en la encimera. Con el gesto, el embarazo presionó contra la tela de la camiseta y se hizo mucho más evidente de lo que ya era.

Remington ya había oído rumores en el pueblo. Intentaba esquivarlos, pues le preguntaban a él en calidad de su casero.

Cindy también intentaba que los cuchicheos no llegasen hasta su nueva cocinera, aunque pronto debería enfrentarse a aquella realidad que le estiraba la piel.

Pero ver cómo Mandy se acariciaba el vientre hizo que todo pensamiento racional volase de su cabeza. Fue como si alguien hubiera puesto una bomba en su cabeza y todo sentido común hubiera saltado por los aires, dejándolo tembloroso, aturdido.

Era una imagen preciosa.

—Max me ha enviado más ropa premamá —comentó ella, algo sonrojada; no había sido muy disimulado con su escrutinio—. Lo que tengo en el armario ya no me entra.

Remington tardó unos segundos en juntar palabras que, una tras otra, tuvieran sentido.

—Max siempre está pendiente de todo.

—Sí. Tengo la cabaña llena de cajas. La despejaré esta tarde, cuando vuelva del trabajo.

—No hay prisa —la tranquilizó, sonriéndole—. Ve a un ritmo que… que no te canse.

Ella le sonrió y le dio las gracias.

—¿Te ha contado Irina por qué se ha marchado así de casa? —preguntó Remington.

—Sí —Mandy aceptó la taza, pero la dejó al momento en la encimera, casi sin prestarle atención—. Mi exnovio nunca gozará de mi hijo, igual que tu excuñada no debería pedir la custodia de la niña cuando es obvio que le estorba.

Remington estaba en *shock*. Por un lado, Mandy había admitido que iba a ser madre soltera. Está vez, lo había dicho, no lo había insinuado. Por otro lado, le sorprendía que hubiese desenmascarado con tanta facilidad a Carina sin conocerla. Los Montgomery habían necesitado más de una hora para descubrir cómo era en realidad.

—¿Por qué tu ex no…?

Ella rio tan sardónicamente que Remington notó cómo el corazón le daba un vuelco.

—Hay gente que nace sin el don de amar a otras personas que no sean ellos mismos.

Al principio, Mandy le había parecido fría y superficial, una persona que no quería querer ni ser querida. Ahora veía que era una mujer que cubría su fragilidad

con una fachada de frialdad e indiferencia muy bien estudiada.

Por eso, no le cuadraba que alguien como ella se hubiese enredado con una persona tan narcisista y egoísta.

Bueno, se dijo, Tanner se había enamorado de Carina…

Y su hermano tenía mucho sentido común.

—Y tu novio es así.

—Ex —recalcó ella, antes de rascarse el cuello con nerviosismo—. Me equivoqué con él. Creí que era de una forma y resultó ser un demonio. Por eso mi hijo nunca lo conocerá.

Las sospechas de que aquel tipo había sobrepasado los límites de lo ético, de lo correcto y de lo humano volvieron a aparecer. Pese su formación como policía, los casos de violencia de género todavía le ponían la piel de gallina y le costaba abordarlos, se requería mucho tacto y él no era precisamente… delicado.

—¿Sabe que estás embarazada?

Mandy se encogió de hombros como respuesta.

—No lo sabe —dijo Remington.

—No merece saberlo.

Quiso preguntarle si el tipo era peligroso. Eso explicaría que estuviera huyendo, que Maxwell hubiera dicho al dejarla en la cabaña que la protegería y no desvelaría su escondite.

—Mandy…

—No —y le señaló con un dedo al verle abrir la boca—. Ni te atrevas a compadecerte de ese miserable, Remington Montgomery. Si me dices que debo contárselo, prometo darte una buena tunda, ¿de acuerdo?

—¿Por qué te pones a la defensiva?

—Porque conozco a ese tipo y sé que me quitará a mi hijo en cuanto nazca —y se abrazó a sí misma, protegiendo la vida que tomaba forma en su interior.

—Ya te dije que no estarías sola —alzó la mano para acariciarle la mejilla, pero la dejó caer antes de rozarla—. No permitiré que eso ocurra.

Mandy meneó la cabeza con una sonrisa desnuda de sentimientos.

—No podrías evitarlo.

—Soy la autoridad.

Se puso a llorar, como si se hubiera roto el dique que había tras sus ojos. Se volvió hacia la ventana, pidiéndole perdón en un susurro entremezclado con un sollozo.

Se acercó muy despacio, con tiento.

No pretendía asustarla, pero verla llorar le causaba un gran dolor. Como si lo apuñalasen en el pecho, le pateasen el estómago o… el impacto de una bala en la rodilla debía de ser así.

Por eso tenía que hacer algo para que dejase de sollozar y de temblar de aquella forma.

—Voy a abrazarte, Mandy.

Ella se giró y dio un respingo al ver que estaba más cerca de lo que había pensado.

—¿Qué? —y se apartó hasta que la base de su espalda se topó con el cristal de la ventana—. ¿Por qué… por qué… me avisas?

—Porque tienes miedo de que te toque. A veces, bajas la guardia, como la otra noche. Otras, te obligas a ser fuerte.

—No sabes…

—¿Lo qué digo? —la interrumpió, sonriendo con tristeza; sus ojos eran falsos, pero las lágrimas que los emborronaban no—. No soy como él, Mandy. No pienso… pegarte.

Ella gritó con todas sus fuerzas. Fue un grito desgarrador y lleno de dolor.

La confirmación que necesitaba apareció ante sus ojos: ese hombre era un malnacido…

Para Remington, la temperatura de la cocina descendió varios grados. La pena y el sufrimiento de la mujer lo sacudieron con fuerza. Ningún hombre, jamás, bajo ningún concepto, debería alzar la mano contra su mujer, o atacarla verbalmente.

Ella quiso huir. La retuvo del codo conteniendo el aliento, no quería que creyera que la obligaba a quedarse. Como si la forzase. Como si su mano fuera una garra de hierro.

Sin embargo, Mandy permitió que la acercase.

La abrazó con suavidad, esperando que luchase contra él con uñas y dientes, pero ella no se revolvió. Se quedó quieta entre sus brazos, hasta que por fin dejó de temblar y los sollozos y los gritos cesaron.

Remington se encontró apoyando la barbilla contra su cabeza.

Quería reconfortarla.

Quería demostrarle que no todos los hombres eran violentos.

Quería conocerla.

Pero ahora no se atrevía a pedirle que saliera con él; no era el momento ni el lugar. Llegaba a dudar que alguna vez se diera la oportunidad. Un pájaro al que le han roto las alas no puede emprender el vuelo con tanta facilidad una vez recuperado.

—¿Mejor? —la separó de él sin soltarla.

Mandy carraspeó y asintió, pero siguió sin devolverle el abrazo. La dejó marchar en cuanto supo con certeza que no trastabillaría.

Remington le sirvió un poco de agua y ella aceptó el vaso, intentando que sus dedos no se rozasen. Lo logró, porque él se lo permitió. Sabía que tenía que darle un poco de espacio. Lo que acababan de compartir era muy íntimo e importante y todavía reabría viejas heridas.

No, se dijo el policía. Aquellas heridas todavía no habían sanado. Eran recientes y, posiblemente, estaban infectadas. Tardarían en cicatrizar lo que Mandy tardase en aceptar que era fuerte y poderosa y que, para superar una persona así, tendría que

volver a quererse por completo. Pero era algo que llevaba su tiempo. Recomponer un corazón roto era complicado, pero mucho más era juntar todos los pedacitos de uno mismo para alzar la estatua de la autoestima. Que quedaba agrietada por siempre jamás.

Pero saldría de aquello. Estaba convencido. Cuando hablaba de que su ex nunca llegaría hasta su hijo, la determinación brillaba en su mirada. Lo hacía con una intensidad brutal. Una intensidad que solo existía cuando se tenían verdaderas ganas de luchar.

—No sé qué me ha ocurrido. Perdóname.

—Lo llevabas todo dentro y necesitabas explotar… —se dio cuenta de que estaba verdaderamente avergonzada. Quiso sacarle hierro al asunto—. Achácalo a las hormonas.

Ella lanzó una risita escéptica, mezclada un bufido.

—Imagino que lo has deducido tú solo. Que Max no te lo ha contado. Es… —miró por la ventana unos segundos para encontrar la palabra que buscaba—, leal. Muy leal. Confío en él, así que no creo que te lo haya dicho. Lo has sabido por ti mismo. Eres… policía, es lógico que te des cuenta de estas cosas.

—¿Confías en mí?

¿Por qué le había preguntado eso?

Mandy pestañeó, también impactada por su pregunta, y lo miró con la cabeza ladeada.

—Hola —Tanner entró en ese momento—. Siento interrumpir, pero…

—Ahora no, Tanner.

Su hermano lo miró como si estuviese loco, pero llamó a Mandy, que apenas logró salir de su trance para dirigirle una mirada confusa a Tanner.

—Mandy, yo quería…

—Tanner —insistió él.

—Déjalo, Rem —lo pinchó el otro, molesto por su tono.

—¡Lárgate, joder!

Queriendo que su hermano captase lo que intentaba decirle, avanzó un paso, pero Nick apareció de la nada y, disculpándose con una sonrisa digna de anuncio de dentífrico, se llevó a rastras a Tanner. Por supuesto, el mayor no iba a permanecer callado. Se quejaba a gritos por ser tratado así, cuando solo quería darle las gracias a Mandy por tranquilizar a Irina y traerla de vuelta al rancho.

Remington se pasó una mano por la barba.

—Sí, confío en ti —ella habló, paralizando su corazón. Se giró para mirarla, porque necesitaba comprobar que aquellas palabras habían salido de su boca y no de su imaginación desbocada.

Mandy se aferró al borde de la encimera como si fuera un salvavidas, consciente de lo que acababa de reconocer.

Remington soltó el aire que no sabía que había estado conteniendo.

Agradecía su sinceridad y admiraba su valentía.

—Bien.

—¿Bien? —ella hizo una mueca de sorpresa.

—Sí. Porque quiero pedirte que salgas conmigo. A cenar —añadió al ver cómo perdía color.

¿Qué había pasado con su raciocinio y sus ganas de esperar a que las aguas se calmasen?

—¿Tú y yo… solos?

—Ese era el plan —Remington levantó las manos—. Lo siento. No sé por qué te lo he dicho ahora. Ha sido inoportuno.

—Un poco —le concedió ella, mordiéndose el labio. Remington se dijo que era para contener una sonrisa nerviosa y divertida.

—Supongo que han sido los nervios.

—Ya…

—Pero puedo esperar, Mandy. No tiene por qué ser esta semana, ni la siguiente. Pueden pasar meses, si lo prefieres. Será cuando te veas preparada…

Había mostrado sus cartas demasiado pronto, pensó horrorizado.

—Remington, yo no sé si estoy lista para… quiero decir… ¿una cita?

—No hay prisa —le aseguró.

Ella asintió como si no terminase de creer que aquello estaba pasando de verdad.

—Será mejor que me vaya.

—Oh, vale —Remington se aclaró la garganta. Se ofreció a acompañarla hasta *La Cabaña Azul*, pero cuando vio que Mandy miraba a su alrededor, confusa, meneó la cabeza—. Perdona, no debería… Supongo que quieres estar sola.

—Sí… —Mandy se atusó el pelo.

Necesitaba huir, alejarse de él.

Remington se odió por ser tan idiota y deseó tener un reloj que permitiera echar el tiempo hacia atrás. Volvería al momento en el que la había abrazado. No la hubiera soltado jamás y no hubiera metido la pata de aquel modo.

CAPÍTULO 13

Amanda puso la alarma y cerró tras de sí. Guardó la llave en la pequeña mochila que llevaba colgada de un hombro y echó a andar mientras los últimos rayos de sol llenaban el cielo de un precioso tono anaranjado que le recordaba a un lienzo de los años veinte que tenía en el anticuario.

Cindy había cogido una migraña terrible esa tarde y se había ido a casa después de que Amanda insistiera en que ella podía hacer caja, limpiar y cerrar la cafetería.

No había contado con que acabaría agotada.

Embarazada no tenía tanta agilidad y energía como antes; había tardado un poco más de la cuenta y ahora estaba hambrienta. Por no hablar del dolor de pies que la hacía ir todavía más lenta de camino a la cabaña.

Se encogió dentro de la sudadera extragrande que llevaba cuando pasó junto a unos tejanos que estaban poniendo a punto un JEEP frente una bonita casa de dos pisos con flores en las ventanas. La saludaron con un asentimiento y ella les sonrió por compromiso.

Sabía que los rumores sobre su embarazo estaban extendiéndose. La ropa ancha ya no podía esconder que su barriga no era plana.

Llegó a *La Cabaña Azul* con varias gotas de sudor resbalando por su sien y su espalda. El bebé se estaba moviendo, incómodo por tanta caminata, y eso solo hacía que fuera más difícil dar el siguiente paso, pues todavía la extrañaba aquel aleteo dentro de su cuerpo. Y la paralizaba. La dejaba sin aliento, porque hacía aún más real que estaba cobijando una vida en su interior.

—Ya estamos aquí, pequeño…

Vio una nota en la puerta. La arrancó, dejando un pedacito de celo en la madera. Leyó la nota con dedos trémulos… le daba miedo que fuera de Parker, que se tratase de una amenaza.

La firmaba Remington.

La leyó dos veces. ¿Por qué le decía que descansase y simplemente disfrutase?

Abrió la puerta y enmudeció al encontrar un caminito de velas que la conducía directamente hasta la chimenea. Tardó unos segundos en recuperar el ritmo cardíaco habitual.

Dejó la mochila sobre la mesa y también la sudadera. Caminó con cuidado por aquel pasillo iluminado, que daba un toque romántico y caldeado al lugar. Dentro de la chimenea había más velas, que prendían con el fulgor de una diminuta hoguera.

Y en la mesa auxiliar que quedaba entre ella y el sofá, había una cesta de pícnic y una botella de limonada casera. También había una rosa. Que fuera de color azul hizo

que las lágrimas emborronasen su mirada. No porque fuera la viva expresión del amor platónico, sino porque era un claro guiño a la cabaña.

Su nuevo hogar.

Se sentó casi con cuidado, como si el mobiliario fuera a romperse.

¿Cuánto hacía que un hombre era detallista con ella sin esperar nada a cambio? Remington no estaba allí, solicitando una cita o un encuentro pasional. Ni siquiera se había quedado allí para darle aquella sorpresa.

Solo había intentado hacerla sentir bien, en casa. De forma altruista, sin preocuparse en nada más que de tocarle el corazón.

Lo había logrado, pensó mientras cogía la rosa entre los dedos y la acercaba hasta sus labios. Los pétalos, delicados pero ásperos, le acariciaron la boca con la misma inocencia que lo haría un niño.

Miró la cesta después de dejar la rosa junto a un cojín. Había sopa fría, ensalada de queso y un flan casero. Como su estómago rugió, Amanda supo que era la cena ideal para terminar aquel día.

—Remington nos ha hecho un gran regalo, ¿verdad, cielo? —preguntó mientras se echaba hacia atrás y posaba las manos en su abdomen.

CAPÍTULO 14

Sintiéndose envejecido, Remington se arremangó la camisa blanca y, descalzo, fue a la casa de Tanner cruzando el porche cubierto. Se sentía como el hombre más ridículo sobre la faz de la Tierra.

La casa de Tanner olía a colonia infantil y a caramelo. La noche de hombres se hacía en su salón para oír a Irina o a Roth. Era habitual que se despertasen antes de medianoche y Tanner era un padre de lo más responsable.

Nick ya había preparado las cervezas, los nachos y las *pizzas*. Tanner estaba buscando el maletín con las cartas y las fichas del póquer. Esa noche iba a ser divertida, si bien Remington había planeado otra cosa.

Los Montgomery eran de campo hasta para las noches de hombres, que solían hacerse cuando alguno de ellos tenía un problema sobre los hombros. No jugarían al póquer con tapete, ni con las fichas del set. Tampoco recurrirían a los puros ni al *whisky*. Ellos preferían apostar dinero real mientras bebían cerveza helada y comían patatas llenas de grasa y aceite.

—Vaya, sí que te habías arreglado —Tanner le palmeó el hombro, ignorando su gruñido—. Si te has puesto esta camisa tan nueva y tan blanca es porque Mandy Jeff realmente te tiene impresionado.

—Y de nada ha servido, ya veis —Remington abrió su primer botellín de cerveza.

Necesitaba un buen trago.

La primera partida transcurrió en silencio. Tanner y Nick esperaban que Remington se atreviese a hablar de lo ocurrido aquella noche, pero el agente de policía no parecía dispuesto a abrir boca.

Los desplumó.

Miró el dinero que había ganado en esa mano y lo dejó sobre la mesa como si los billetes quemasen, como si estuviesen rociados de veneno.

—Su antiguo novio la maltrataba.

Ambos hermanos soltaron una retahíla de insultos. Tanner con mandíbula apretada, odiando aquella confesión tanto como Nicholas, preguntó:

—¿Te tiene miedo?

—Creo que tiene miedo a la vida, en general.

—Deberás ser paciente, tío —Nicholas metió la mano en el plato de la *pizza*.

Remington ya lo sabía, por supuesto.

Después de una semana del incidente de Irina, Remington había creído que podía hacer un paso más en dirección a Mandy. Creyendo que su sorpresa del pícnic y la rosa había funcionado para que confiara más en él, había preparado ternera con patatas y una buena ración de ensalada con queso y frutos secos. Lo había llevado a la

cabaña. Sabía que Mandy estaba dentro porque era su noche libre y porque se oía la música de Frank Sinatra a través de las ventanas cerradas. Las luces de la cocina y del salón estaban encendidas.

Había llamado tres veces a su puerta, pero ella había fingido no encontrarse en *La Cabaña Azul*. Era un plantón tácito que había dolido más que un enfrentamiento directo por parte de Mandy.

—Te gusta.

¿Desde cuándo su hermano pequeño era tan jodidamente observador y sensible a los sentimientos? Aunque tampoco es que estuviese haciendo mucho por disimular.

—Me gusta.

—Y mucho —lo siguió tentando Nick.

—Joder, sí —reconoció.

—¿Pero no dijiste que Max te castraría si la mirábamos de esa forma? Alguno de los tres, quiero decir —aclaró Tanner, intentando esconder en vano una gran sonrisa.

—Lo he meditado mucho, créeme.

Remington había llamado a Max. Para poder ir esa noche a la cena con la seguridad de que no estaba traicionando a su mejor amigo, porque así se había sentido mientras cocinaba.

Le había prometido a Max cuidarla y vigilarla, y después se había convertido en el primer interesado en besarla y colar la mano bajo su ropa. No podía actuar a sus espaldas.

—Estoy encantado, de verdad —había dicho su mejor amigo, sin poder esconder la sorpresa que le había causado su llamada—. Pero… Remington, colega… ¿sabes lo de… su ex?

—No me ha contado mucho. Lo suficiente —le había respondido él, escueto.

Max había vacilado al otro lado de la línea antes de volver a hablar.

—¿Y sabes qué Mandy está…?

—¿Embarazada? Sí, Max, lo sé. Además, ya se le nota bastante.

—¿Y no te importa? —la voz de su amigo había sonado estupefacta.

—Para nada.

Con la bendición de Maxwell, había ido a la cabaña esa noche con todo lo que tenía. Pese al dolor que punzaba su clavícula, no podía culparla por no dar la cara.

La comprendía, de hecho.

Miró a sus hermanos, que estaban pendientes de él, de sus reacciones. Respiró hondo, las palabras se le atascaban en la garganta. Una parte de sí mismo quería librarse de ellas, pero otra le gritaba que se callara.

—Está embarazada.

Tanner asintió, pensativo.

—En el pueblo se habla de ella, sobre eso. Creí que eran rumores… —y meneó la cabeza con resoplido—. Debería prestar más atención a lo que oigo y veo a mi alrededor.

—Yo sí sabía que está embarazada —arguyó Nick.

Remington se atragantó con la cerveza.

—¿Cómo dices? ¡Si solo lo sabemos Cindy y yo!

—¡¿Cindy también?! —Tanner estaba realmente escandalizado.

—Oh, deja de dramatizar, ¡por el amor de Dios! —rio Nicholas, encantado con la expresión descompuesta de su hermano mayor—. Yo me enteré… por casualidad, aunque también había oído algunos cotilleos en el café y en el supermercado.

Su hermano debería haber entrado en el cuerpo, como él. Aunque era un buen veterinario, estaba seguro de que también hubiese sido un buen agente de la ley.

—¿Cómo te diste cuenta?

—No estamos en una sala de interrogatorios, hermano. Relájate —Nick volvió a carcajearse.

Remington se obligó a echarse hacia atrás y adoptar una falsa pose de relajación que no sentía. No iba a permitir que Nick se burlase a su costa.

—Irina acababa de volver a casa —explicó el menor—. Mandy la había traído de vuelta y yo estaba… eufórico. Mi princesa había regresado sana y salva.

Sí, Remington recordaba muy bien aquel día, incluido el encuentro entre su hermano y Mandy.

—La abrazaste.

—¡Exacto! —Nick alzó la cerveza a su salud y se la terminó—. También la besé.

—¡¿Qué?! —exclamaron los dos hermanos mayores.

Nick se rio.

—No os alteréis. Solo lo hice en mi cabeza, joder —se secó una lágrima, sin perder esa sonrisa burlona que alteraba los nervios de Remington—. Es guapa y solo por cómo trata a Irina, ya la adoro. Me hubiera gustado besarla ese día. Me contuve porque Remington me hubiera sacado los ojos. Y porque me quedé fuera de combate al notar la barriga… ¿cómo iba a saber yo que estaba embarazada?

Tanner se había servido un dedo de coñac para asimilar todo aquello. Tanta información lo había dejado patidifuso. Y Remington estuvo tentado de pedirle que compartiese vaso con él: entre el plantón de esa noche y lo observador que había sido Nick, tenía la sensación de que aquella no era su vida y que lo estaba viendo desde fuera, como un espectador sentado en la butaca de un cine viendo una comedia romántica.

—¿De cuánto está? —Se interesó Nick—. Debe llevar más de mitad de embarazo para que luzca ya esa tripa.

—Un poco más de cinco meses.

El pequeño sonrió con muchísima ternura y Remington se encontró sonriendo del mismo modo.

—Entonces ya sabrá si será niño o niña.

—No ha ido al ginecólogo todavía. Creo que Cindy la acompaña este martes —arrugó el ceño—. ¿Qué? ¿Por qué me miráis así?

—Remington, estás hablando de ginecólogos —dijo Tanner, recalcando lo obvio, como si él no se hubiese dado cuenta ya—. El único que hizo algo así fui yo cuando Carina estaba esperando a Irina.

—No estoy diciendo que vaya a acompañarla, joder —se quejó. Fue a por tres cervezas—. No pienso ir con ella. Eso es para padres.

Nick decidió intervenir:

—No para amantes.

—Ahí voy —Tanner abrió su cerveza y le dio un golpe en el hombro para llamar su atención—. Remington, un hombre nunca se preocupa por el embarazo de una mujer si no busca algo más que… sexo.

Se hizo el silencio durante unos minutos.

—Menuda gilipollez —respondió al fin.

—No lo es. Yo me acosté con Claire Temple cuando estaba en el tercer mes de embarazo, ¿os acordáis de ella? Se lio con varios el Cuatro de Julio del año pasado y todavía hoy no sabe quién es el padre de su hijo… —Nick meneó la cabeza—. Nunca le pregunté cuándo tenía una revisión.

—¿Remington? —Tanner chasqueó los dedos al ver que no contestaba, ni siquiera los miraba.

—Las noches Montgomery siempre van bien para conocerse mejor a uno mismo…

—Nick —Remington se inclinó sobre la mesa sin levantarse de la silla y lo fulminó con la mirada—, esta noche tengo muchas ganas de partirte la cara.

El mayor quiso poner paz cuando vio que Nicholas se inclinaba también hacia delante con los ojos entornados. Estaba listo para pelear; tanto Remington como Nick estaban deseando usar los puños. Sin embargo, en ese momento fue reclamado por Roth, que empezó a llamarlo a gritos, así que no pudo interponerse.

—Comportaos —fue lo único que dijo Tanner antes de correr al dormitorio de su hijo.

Nick se levantó. Remington creyó que iba a lanzarle un gancho de derecha. Pero fue a la cocina para rebuscar en los armarios de la cocina.

—La perdí.

—¿Qué?

Remington levantó la cabeza y vio cómo Nick se desplomaba en su silla. Había cogido una bolsa de ganchitos y se los metía en la boca de tres en tres.

—Ray London. ¿La recuerdas?

—Claro —si pensaba en ella, Remington aún era capaz de ver a una chica joven, rubia y de impactantes ojos azules que le sonreían desde lo alto de un caballo—. Saliste con ella antes de irte a la Universidad.

—Pero ese verano rompí nuestra relación.

—Y poco tiempo después, ella se marchó de Blue Valley.

Todo el mundo sabía que las cosas no estaban bien en el rancho de los London por aquel entonces.

—Me he preguntado mil veces qué habrá sido de ella, de su vida. Dónde vive. En qué trabaja —Nick suspiró y miró el puñado de ganchitos que había cogido con la mano antes de comérselos—. Me he emborrachado muchas noches, solo, en mi cama, matándome a mí mismo, pensando que Ray estaba en ese momento durmiendo con otro hombre.

—Han pasado nueve años, Nick. ¿Todavía la quieres?

—Nunca pasarán años suficientes como para arrancármela de aquí, Remington —y se golpeó el pecho—. He fantaseado muchísimo con ella.

—Nick, hombre…

—¡No de esa clase de fantasías, imbécil!

—Ah…

Nicholas cerró los ojos y se pasó las manos por el pelo, visiblemente afectado por su confesión y todo lo que encerraba en ella.

—La he imaginado volver a Blue Valley en todos los escenarios posibles. No te negaré que incluso la he imaginado embarazada de otro. Y yo acababa siendo el padre de la criatura.

La situación empezaba a ser incómoda. Sufría por ver a su hermano sufrir y no sabía cómo zanjar el asunto para que, esa noche, pudiera volver a guardar el dolor bajo llave.

Remington deshizo el nudo que tenía en la garganta dándole un trago a la cerveza.

—¿Por qué me cuentas todo esto?

—Porque quiero que aproveches esta oportunidad. Un bebé no debería apartarte de ella —un ganchito lo señaló como si fuera un índice acusador—. Tampoco sus muros. Has de poder ver a través de ellos y derribarlos.

—Eres un sentimental, Nicholas Montgomery.

El otro se rio, el rastro de la tristeza por la marcha de Ray seguía presente en su rostro.

—Lo soy, sí —Remington se inclinó y le dio un puñetazo en el hombro para animarlo. Nick logró sonreír—. Vamos, Rem, esto parece una reunión de chicas. Si te pones un poco emocional, prometo no decir nada. No quiero joder tu reputación.

—Mandy me parece especial —acudió de nuevo a la cerveza.

A ese paso terminaría borracho. Tenía que empezar a controlarse o al día siguiente se despertaría con una horrible resaca.

—Ya es un paso —Nicholas le sonrió.

—Pero es muy complicado.

—¿Qué es complicado? —Tanner regresó y se sentó en un sitio, suspirando, haciendo rotar sus hombros—. Quería que le leyera un cuento. Ha caído rendido antes de saber qué pasaba con Pulgarcito.

—Remington cree que lo suyo con Mandy es complicado.

—Ha sufrido mucho y quiere afrontar sola su maternidad. Yo no encajo en la ecuación de su vida —exclamó, exasperado porque sus hermanos no parecían entenderle.

Los Montgomery vieron que Remington no quería involucrarse demasiado con Mandy porque creía que no tenía derecho a entrar en su vida.

Algún día, Remington se daría cuenta de que aquel era su miedo, su barrera, y debería decidir si vencer y probar suerte con Mandy, porque las relaciones son como un juego de azar: nunca sabes si te rechazarán de buenas a primeras; no sabes si llegará otra persona que cause una impresión más fuerte cuando tú crees que estás en puerto seguro; no sabes si el deseo o el amor terminarán por extinguirse.

—Creo que tú solito lo estás complicando —rumió Tanner—. Soy el mayor y el más sabio, así que, niños, prestad atención.

—Odio cuando te pones así —susurró Remington.

—Esto será divertido… —murmuró para sí Nick.

—Hay personas que se reconocen con una mirada, que saben que están destinados a estar juntos.

—Como el abuelo y la abuela —sonrió el pequeño, pensando en la cabaña y en la fotografía en blanco y negro que colgaba de una de sus paredes.

—Luego está el amor pasajero. Te toma por sorpresa, idealizas a la otra persona, crees que es para ti. Y luego ves que era solo pasión y felicidad, pero nada más.

Remington le palmeó el hombro para animarlo.

Tanner hablaba de Carina y él, de aquella historia de amor que había durado poco más de tres años y medio y que había dejado a su hermano, pese a todo, un precioso regalo: Irina.

—Y luego está el amor que llega como si nada y se hace más y más profundo con el tiempo. Crece con cada palabra, con cada mirada y con una caricia. Date tiempo, Remington —Tanner le guiñó un ojo a su hermano y cogió la bolsa de ganchitos para terminársela—. Quién sabe, puede que Mandy sí sea esa persona para ti.

—Jodido romántico —Nicholas parecía embelesado. ¡Embelesado, joder!, pensó Remington.

—Qué mal rollo… —susurró, con la piel de gallina—. ¡Eh! ¡Oye!

Tanner le había asestado un puñetazo en el brazo. Pero uno fuerte, nada juguetón.

—No menosprecies lo que te digo. Estoy seguro de que pronto querrás protegerla del mundo a toda costa y no tendrá nada que ver con que la vigiles porque Max te lo pidió —enarcó una ceja y señaló la cartera, que estaba sobre la mesa—. Es más, te apuesto quinientos pavos a que, cuando diga de marcharse de Blue Valley… no querrás que se marche.

—Otros quinientos a que le pides que se quede contigo —añadió Nick, golpeando la mesa con una carcajada.

CAPÍTULO 15

Amanda había salido a caminar después de dejar a Remington plantado frente su puerta, sin siquiera ser capaz de enfrentarle para decirle que necesitaba estar sola.

Se había quitado el horrendo pijama y, con una camiseta gris y unos *shorts* tejanos, había salido a pasear, pensando en qué hubiera pasado de haber aceptado la compañía de Remington Montgomery.

Había estado tentada de dejarlo pasar y tomar algo con él esa noche. Pero miles de dudas habían paralizado su cuerpo y su corazón, dejándola apoyada en la puerta, respirando agitadamente. Sin saber qué hacer, qué esperar.

Al fin y al cabo, Remington había dejado claro que quería tener una cita con ella.

¿Querría besarla después de cenar? Amanda prácticamente le había dejado hacerlo la noche del Cuatro de Julio, era normal que quisiera terminar lo que empezó, ¿no?

¿Y luego? ¿Querría acostarse con ella? ¿Querría más citas?

Amanda no se veía capaz de iniciar una relación, al menos en ese momento de su vida. No cuando no sabía cómo reaccionaría su cuerpo ante el contacto continuado de un hombre.

Le daba miedo no saber diferenciar caricias de violencia.

Desde que había llegado a Blue Valley, las pesadillas y la ansiedad habían desaparecido.

Pero, ¿regresarían si Remington la tocaba?

Remington no era un hombre capaz de fingir querer a una mujer y luego golpearla y humillarla al ver que se le escapaba de las manos, como si se pudiera retener lo que ya se había perdido.

Ni siquiera era un policía corrupto, estaba segura de ello.

Pero eso no garantizaba absolutamente nada. Su psique iba por un camino distinto a su conocimiento.

Deseaba ser la mujer que fue. Cada vez que se convencía de que estaba enterrando el recuerdo de Parker, algo ocurría y el chip volvía a cambiar. Retrocedía, como le había ocurrido esa noche…

¿Por qué era todo tan difícil y caótico en su mente?

Amanda estaba, en realidad, enfadada: si confiaba en Remington, ¿por qué el pasado se interponía y le impedía hacer una vida medianamente normal? ¿Por qué permitía que el miedo la dominase de aquella forma?

Su cabeza era un hervidero de pensamientos, a cada más cual confuso.

Pateó una piedrecita y esta golpeó una farola. Ya había entrado en el pueblo.

Quizá estaba siendo muy dura consigo misma, también con Remington, pero no podía evitar alejarse de él. Siempre había sido una mujer independiente, hasta que conoció a Parker.

Entonces conoció un amor escondido, secreto y luego uno mucho más violento, doloroso y desgarrador. ¿Podía ahora conocer otro tipo de amor? ¿Rememorar lo que antes había sentido sanamente? ¿Acaso existía ahí fuera uno dulce, atento y real?

No, mejor dicho: ¿existía para ella? ¿Se lo merecía? ¿Sería capaz de aceptarlo como si nada hubiese pasado?

Levantó la cabeza y se encontró delante del Valley Coffee. Solo había una luz encendida, pues Cindy había quedado con Carla para cenar y ver fotografías antiguas. Ambas querían recordar sus tiempos mozos: hablarían del escandaloso embarazo de la hija del alcalde, allá en los años setenta; recordarían cómo una mujer de Chicago había dado plantón al médico a diez metros del altar donde se celebraría la boda; hablarían del matrimonio de Cindy, de lo feliz que fue antes de que la guerra le arrebatase a su marido. Lo harían cenando *pizzas* y alitas de pollo mientras bebían batidos, como si fuera el mejor acompañante para la ocasión.

Antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo, llamó a la puerta con suavidad, casi con temor a ser rechazada del mismo modo que ella había hecho con Remington.

Carla le abrió al verla a través de las puertas dobles de cristal.

—¿Muchacha? ¿No iba a ir Remington a cenar contigo hoy?

Claro, todo Blue Valley lo sabía… consecuencias de que hubiera pocos habitantes. Era imposible tener un maldito secreto, todas las paredes tenían orejas. Ni siquiera el polvo del desierto se libraba de su escrutinio…

Dios, si todos sabían que el jefe de policía se iba a presentar en *La Cabaña Azul*, sabrían también que no había pasado nada de nada.

Remington tendría que soportar que todos supieran que lo había dejado plantado.

Le veía capaz de llevar la cabeza bien alta, si bien no era muy esperanzador.

—No pude… —Amanda se dio cuenta de que estaba llorando—. Yo no…

Carla la tomó del brazo y la llevó hasta el reservado donde Cindy las esperaba, también estupefacta ante la presencia de Mandy. La ayudó a sentarse delante de la dueña del local al ver que se tambaleaba.

—¿Qué ha pasado, muchacha?

—¿Por qué no estás con mi sobrino? Creí que iría a verte para…

—Yo no… no pude hacerlo —las miraba, pero no las veía en realidad: estaba en *shock*—. Tenía… —se corrigió—: Tengo… miedo de mi… reacción. No pude abrirle la puerta… y simplemente… me quedé ahí…

Las mujeres se miraron, desconcertadas, y Cindy fue a buscar un vaso de agua. Viéndola tan afectada, le serviría un poco de *brandy*, pero estando embarazada no pensaba darle alcohol.

—Bebe, Mandy.

—Amanda —se oyó decir en un susurro agudo.

Parpadeó al darse cuenta de lo que había dicho, pero no se sintió culpable por haber enviado al traste su falsa identidad.

Se arrellanó mejor en el asiento mullido del reservado y se pasó una mano por la cara, notando el sudor frío y el llanto contra las palmas de sus manos.

—Me llamo Amanda.

Menuda liberación. Llevaba semanas volviéndose loca. Odiaba aquel diminutivo, la crispaba, pero tenía que disimular y aferrarse a que era la única esperanza que le quedaba a su hijo para sobrevivir.

—¿Mandy es un cómo te gusta que te llamen? —Cindy se sentó a su lado con el ceño fruncido, mientras que Carla tomó asiento delante de ambas, en el otro lado de la mesa.

—Mandy Jeff no existe —levantó la mirada hacia las dos mujeres, notando que el labio inferior le temblaba, y también la barbilla.

—¿Tienes un carnet falso? —Cindy no pudo evitar dejar caer la mandíbula.

—Un amigo del FBI me lo dio…

Carla notó que las piernas le temblaban y deseó tener ella también un vaso de agua para poder tranquilizarse. Cogió su batido de chocolate y le dio un trago largo, como si fuese una buena copa de alcohol, antes de preguntar con voz temblorosa:

—¿Estás en un programa de protección de testigos o algo así?

Ojalá, pensó Amanda. Ojalá Parker estuviese ya ante la justicia.

—No… —cerró los ojos y se dijo que, si esa noche no había saltado por un precipicio con Remington, necesitaba lanzarse por algún otro barranco. Todo aquel cúmulo de emociones empezaba a ahogarla, a impedirle dormir con claridad. Necesitaba desahogarse. Ahora ya había empezado a contarla, no podía callarse su historia. Pero tenía miedo. La vergüenza y la humillación seguían ahí, con la espada alzada sobre su nuca—. Debéis guardarme el secreto.

—Dame un buen motivo, muchacha.

—¡Carla!

—No, Cindy, lo veo justo —dijo Amanda, poniéndole una mano sobre el brazo a su jefa—. Llevo semanas engañándoos. Es lógico que Carla necesite un motivo de peso para justificarme.

—Está bien —Cindy suspiró.

—Si alguien descubre que en realidad soy Amanda Jefferson, mi hijo y yo moriremos.

—Así que es verdad… ¡estás encinta! —Carla se levantó, asombrada, y fue a por el anís. Se sirvió una copita, que vació rápidamente—. Por el amor… de Dios. ¿Tú lo sabías? De forma oficial, digo.

Cindy asintió y le dijo que iba a acompañar a Amanda al ginecólogo el martes. Llevaba sin ir a una revisión desde su llegada a Blue Valley y ambas creían conveniente que ya era hora de saber cómo estaba el bebé, y si sería niño o niña.

Viendo que su amiga estaba en *shock*, Cindy tomó las riendas.

—¿Qué es eso de que tu hijo y tú moriréis? —preguntó, apartándole el pelo de la cara a la chica que trabajaba en su cocina y que había aprendido a apreciar. Porque alguien que guisaba tan bien, con tanta alma, era de fiar y tenía un corazón de oro. Porque se debía a sus clientes y no a sí mismo.

—Mi expareja… él… —respiró hondo y cogió el vaso de agua, que temblaba tanto entre sus dedos, que parecía ser un terremoto humano.

—No era bueno contigo —adivinó Cindy con una mueca.

—Al principio, sí. Yo era… —se atragantó con sus palabras, pero necesitaba contárselo a una mujer. A dos, en este caso. Necesitaba el apoyo femenino que Maxwell no le podía brindar.

Les explicó cómo había conocido a Parker, lo mucho que la había atraído. Lo mucho que se había resistido a él, un encantador de serpientes conocido por todos y que estaba prácticamente comprometido.

Les explicó que nunca la había llevado a cenar a restaurantes ni a tomar ningún *brunch*. Nunca habían ido al cine o al teatro, como una pareja normal. Lo había querido y había creído que eso era suficiente para soportar las constantes cenas en su apartamento, el irse de vacaciones sola.

Ahora veía que se había engañado a sí misma.

Necesitaba amor del bueno y una relación normal y corriente. No algo tóxico y obsesivo que se escondía de todo el mundo, como si fuera un delito estar enamorado.

Cindy la acogió contra su pecho para dejar que llorase hasta que se quedase agotada y sin lágrimas. Y eso fue lo que hizo mientras les seguía explicando cómo Parker no había querido a aquel niño cuando le había dicho que estaba embarazada.

—No quiso comprometerse contigo, ¿verdad? —le preguntó Cindy. Cuando Amanda asintió más para sí misma que para las otras dos mujeres, susurró—: Qué malnacido.

—¿Empezó a pegarte? —Carla sorbió disimuladamente por la nariz cuando la vio asentir, afectada por lo que Amanda contaba a trompicones.

Les explicó cómo aquella noche llegó una bofetada tras otra. Un insulto detrás de otro. Una amenaza, luego otra.

Parker no quiso salir de su vida, tal y como le había pedido aquella noche. Y tampoco iba a dejar a Babette, por más que durante años le había prometido que era todo una mentira de la prensa y una obsesión de sus padres.

Cuando ella había intentado alejarse esos dos últimos meses, él le recordaba que para la prensa sería una fulana más que había intentado entrometerse en un futuro matrimonio que estaba apalabrado. Una exclusiva que todo periodista que se preciase esperaba con ansia. Amenazaba con hundirle el negocio, con denunciarla por calumnias. También la amenazó con desprestigiar a su hermano.

Por eso había aguantado golpe tras golpe, humillación tras humillación.

Fue muy duro darse cuenta de que Parker no era tan buena persona como siempre había creído. Conocer su cara oculta había sido… brutal.

En todos los sentidos.

—Me vi acorralada, hasta que me cansé de recibir una bofetada tras otra. Ahora veo que tenía que haber contado la verdad, ¿qué importaba lo que dijeran los demás? ¿Qué más da el acoso de la prensa? —meneó la cabeza y escondió el rostro en las manos—. Pero me marché pensando que mi niño nunca nacería si todo salía a la luz y… ¡tuve que irme!

Cindy fue a prepararle una tisana. Carla se sentó junto a Amanda y le secó las lágrimas, le susurró palabras al oído para relajarla. Era una buena mujer y se quedó a su lado hasta que pudo parar de llorar, tan seca se había quedado después de abrirse en canal y mostrar su verdad a sus nuevas amigas.

—Guardaremos tu secreto —le prometió su jefa tomando asiento de nuevo.

Amanda tomó con manos temblorosas la taza con la tisana y Cindy se mordió el labio inferior.

Nadie, mujer u hombre, merecía ser humillado, ninguneado y golpeado por ninguna otra persona.

Y cuando Amanda se fue al baño a quitarse las lentes de contacto, que le molestaban después de tanto llorar, apuró la tisana que la chica había dejado. Unos restos muy amargos e intensos que le pusieron la piel de gallina, pero que deshicieron el nudo que tenía en la garganta.

—Pobrecita —Carla se secó una lágrima, manchada del discreto maquillaje en tonos tierra que siempre solía llevar.

—Mi marido siempre me veneró. No comprendo cómo puede alguien no querer a una chica como Amanda…

—¿Crees que Remington lo sabe?

—Es policía. Y de los buenos —la mujer se quitó las gafas para limpiarlas con los bajos de la camisa—. Estoy segura, Carla, de que mi sobrino sabe que debe ir con cuidado con Mandy, digo… Amanda.

Solo esperaba que Remington se diese cuenta de que Amanda necesitaba algo más que una cita o que un encuentro rápido en una gran cama.

Esa mujer necesitaba recomponer los pedacitos de su alma.

Lo había empezado a hacer sola, demostrándose a sí misma que era libre, que era capaz de enfrentarse a la vida de cara, sin depender de nadie, como tocaba en esos casos, pues la felicidad y la superación están en uno mismo y no en otro. Darle el poder a otra persona, cuando es a ti a quien te toca luchar por tu felicidad, es de cobardes. Delegar esa obligación solo aumentaría su indefensión ante los miedos y problemas.

Pero ella necesitaría un refuerzo que juntase por completo todos los pedazos.

Amanda necesitaba seguridad, comprensión, cariño.

Amor con todas sus letras y consecuencias.

Cindy, pero, sabía que Remington no era como sus hermanos. No creía en las relaciones duraderas, plagadas de sentimientos puros y llenos. Él rehuía del

romanticismo.

Amanda regresó del baño.

—Vaya —Cindy pestañeó tomando su mano y sonriéndole con afecto—. Ahora veo tus ojos.

Se sentó de nuevo y se acarició el vientre. Cada noche rezaba a Dios que le diera la oportunidad de ver crecer a su bebé. Lawrence siempre decía que el Universo conspira cuando deseas algo con todas las fuerzas y ella ansiaba, con todo su ser, que todo saliera bien. Sin embargo, aquella noche era diferente. Lo veía todo negro, no confiaba en el presente y el futuro.

—Hija —Carla le acarició el hombro y luego la barriga—. No temas tener citas. No todos los hombres son malvados. Y tienes derecho a rehacer tu vida con uno que te cuide y te aprecie. Como Remington.

—No sé si merezco algo así. Lo que hice estuvo… mal. Muy mal.

—Te engañó —le recordó Cindy.

—Yo me dejé engañar y…

—Aunque hubieras hecho algo malo, ahora estás arrepentida de ello. Ves los fallos. Ves lo tóxico que fue —dijo Carla—. Has aprendido una gran lección y te llevas un enorme regalo —reposó la mano en la barriga y la de Amanda se posó sobre la de su amiga. Su calor la reconfortó, como si hablase con su propia madre. Cuánto la necesitaba en esos momentos. Era curioso. No se había dado cuenta hasta ese instante que extrañaba a sus padres y que desearía apoyarse en ellos, pese llevar años sin depender de ellos—. Solo por ello, mereces vivir tu propia historia de amor. Una de verdad. Sin rincones oscuros, sin engaños ni temores.

—¿Y si me enamoro de alguien? —no quiso hablar de Remington. Pronunciar su nombre en tal contexto la atemorizaba—. Puede que tenga que estar huyendo toda mi vida. No puedo arrastrar a nadie a semejante infierno y no quiero perder a mi hijo.

—Si ese hombre te encuentra algún día, nos encargaremos de que no te ponga la mano encima. Ni a ti, ni a tu bebé. Cindy y yo seremos tus protectoras hasta que no nos quede un halo de vida en el cuerpo —su promesa fue tan solemne y decidida que Amanda creyó ver en los ojos de la dueña del supermercado una guerrera, una amazona lista para la guerra.

—No sé cómo… ¿cómo miraré a Remington a la cara? —meneó la cabeza—. Me da vergüenza. Le he dado plantón como si nada. Sabe que salgo de una relación horrible pero…

—Si sabe algo, por poco que sea, créeme, mi sobrino no estará molesto contigo por no haber ido a cenar con él —Cindy le palmeó la mano para apaciguar sus nervios y lo logró al punto—. Es más, si alguien osase comentar algo de ti a tus espaldas y llegase a sus oídos, lo pondría firme.

—Nuestro Rem es especial.

—¿Rem? —Amanda, que había cerrado los ojos para descansar unos segundos, miró a Carla con las cejas enarcadas.

Carla estaba tocándole el vientre con cuidado, como si temiera que Amanda se rompiese bajo sus dedos. Parecía encantada con la nueva vida que crecía en su interior, pero su sonrisa cambió de tierna a pícara cuando levantó los ojos hacia ella.

—No le gusta que le acorten el nombre, así que no le digas que lo acabo de hacer. Me arrestará.

—Y pasarás la noche en el calabozo, amiga.

Amanda no pudo evitar reír, divertida de verdad por el rumbo que había tomado la conversación. Era de agradecer. Necesitaba algo que destensase el ambiente; se notaba agarrotada, aunque descansada. Y que la charla fuera más amena y menos dolorosa le iba bien, le daba… paz.

Y, sin saber bien por qué, estaba carcajeándose con las mejillas aún tensas y ruborizadas. Era una situación tan absurda, que no quería pararse a pensar qué estaba sucediendo.

Solo quería disfrutar de esos pocos segundos de paz.

—Prometo no decirle nada, Carla. Remington no se enterará…

He confiado en las personas correctas, se dijo.

CAPÍTULO 16

Amanda miró a los niños con la ternura impresa en el rostro. Se habían quedado dormidos en el sofá, cubiertos con una manta y abrazados a sus peluches.

Los Montgomery le habían pedido que esa noche se quedase con Roth e Irina, pues Tanner y Nicholas se habían marchado del pueblo para comprobar el estado de salud de dos yeguas jóvenes que querían adquirir para el rancho, por lo que pasarían la noche fuera. Remington, quien se quedaba con los pequeños cuando esto ocurría, estaba en comisaría. Le había sido imposible librarse de ese doble turno, incluyendo el nocturno, porque Rebeccah había cogido una gripe estomacal terrible.

Rebeccah Lennox era la segunda policía de Blue Valley, una chica simpática y risueña con la que Amanda había cruzado unas pocas palabras, pero que habían sido más que suficientes para darse cuenta de que era bondadosa y honorable.

Y como Cindy seguía sin recuperarse de su fuerte jaqueca, Remington se lo había pedido.

No se había podido negar. Su corazón empezaba a albergar sentimientos por aquellos niños y pasar tiempo con ellos sosegaba sus pensamientos.

Primero llevó a Roth a su cama. No pesaba tanto como parecía.

El pequeño se removió y se abrazó al osito de peluche que había junto a la almohada.

Le dio un beso en la sien.

Un niño.

Estaba esperando un niño…

Cuando el ginecólogo se lo había dicho, se le había detenido el corazón durante una milésima de segundo. Cada vez estaba más cerca el parto, cada vez estaba más cerca de ver a su hijo y por Dios que aquello la emocionaba y aterraba a partes iguales.

Cuántas veces se había preguntado, desde aquella visita al doctor, si sería buena madre. O si el pequeño tendría el pelo negro de su padre, o sus ojos azules y fríos como el hielo… ¿Tendría el mentón hundido?

Sus pensamientos vagaron sin rumbo y se encontró pensando en un hombre de mirada plateada y sonrisa ladeada, quizá porque le gustaría que su bebé se pareciera más a un alguien honrado y simpático, como Remington Montgomery.

Se sonrojó al recordar cómo Remington había llamado a su puerta esa tarde para pedirle que cuidase de sus sobrinos. Al principio había dudado sobre si abrir o no, pero cómo él la había visto observarlo a través de la cortina…

No parecía guardarle rencor por no haber salido a cenar con él dos semanas atrás.

No se habían visto desde entonces. Quizá estar alejados el uno del otro había puesto en perspectiva a Remington y ya no quisiera saber nada de ella más allá de una relación amistosa entre casero e inquilina.

—Hola, Mandy.

—Oh…

Amanda había reculado un paso y se había llevado una mano al vientre, cada vez más abultado. El bebé le había dado una pequeña patada al oír la voz de Remington al saludarla. Era la primera vez que lo advertía con tanta intensidad, siempre lo había notado como si fuera el tacto de una pluma, un soplo de viento fresco que le hacía cosquillas.

—¿Estás bien? —Remington había avanzado un paso pero había dejado caer las manos.

Él lo sabía, claro. De algún modo u otro, ese hombre había visto su coraza y se había atrevido ir más allá: había descubierto que su antigua relación había sido oscura y terrible.

Y se hacía un lado, porque la respetaba.

Le daba la distancia que necesitaba.

Amanda creía que tenía que devolverle tal generosidad, por lo que había decidido dejar atrás remordimientos y miedos atrás, e ignorando el nudo que tenía en la boca del estómago, le había tomado la mano.

A Remington le había sorprendido el gesto, pensó Amanda mientras ayudaba a una adormilada Irina a subir hasta su cama. Pero más le había sorprendido que, segundos más tarde, guiase su mano hasta su curvado abdomen.

—Habla, por favor.

—Mandy, ¿qué…? —él se había callado de golpe, abriendo los ojos desmesuradamente—. Se ha movido.

—Se agita cuando oye tu voz. Es muy tranquilo, a veces incluso me pregunto si sigue ahí, pero contigo aquí… —se había encontrado sonriendo—. Qué revoltoso.

Remington se había quedado ensimismado…

No había podido apartar la mano de aquella curva, de aquella sensación tan nueva y tan asombrosa. Había sido como si lo golpeasen con un bate de béisbol justo en la nuca y hubiera podido ver las estrellas durante unos segundos.

Algo había cambiado en su interior cuando había notado el puntapié bajo su mano.

Se había dado cuenta de que era un sentimiento parecido al que sentía cuando veía a sus sobrinos, pero más intenso. Muchísimo más. Era más visceral, más protector.

Cuando por fin la había mirado a los ojos, Amanda había visto que su mirada se había vuelto negra como la noche. Algo había cambiado en Remington en esos segundos, pero los dos habían fingido que no había pasado nada; que aquella

corriente eléctrica, caliente y suave, que los había recorrido de arriba abajo mientras sus grandes manos descansaban sobre su embarazo, no los había mecido.

Después de pedirle que cuidase de Irina y Roth, la había llevado al rancho en coche. Antes de que bajase, la había tomado con extrema suavidad por el codo.

—Sé que no debería, pero mañana vendré a desayunar contigo. Te ayudaré con los pequeños, ya verás que recién levantados son unos diablillos. Y hablaremos.

—Remington…

—Tenemos una conversación pendiente, Mandy —había sonreído con tanta dulzura, que ella le había devuelto el gesto casi sin percatarse de ello—. Ve. Los niños están solos y en diez minutos pueden incendiar la cocina y destrozar los sofás.

—No será tanto —ella se había reído por lo bajo.

Él también se había reído, recordando que, en realidad, eran sus hermanos y él los que causaban caos allí por donde iban cuando tenían la edad de Irina. Incendios, inundaciones, casas del árbol que caían desde lo alto…

Pero Irina y Roth se habían comportado maravillosamente mientras estaban sin vigilancia. Se habían pasado lo que quedaba de tarde jugando en la terraza, mientras Amanda los observaba desde la ventana de la cocina de Tanner. Habían cenado tranquilos y sin montar números. Luego, se habían tumbado en el sofá con ella para ver una película de dibujos animados.

Se habían quedado dormidos casi al instante.

Irina se metió en la cama con ojos entreabiertos. Se frotó uno de ellos mientras se dejaba arropar.

—¿Hoy duermes aquí? ¿Con nosotros?

Amanda le apartó el pelo de la cara con cuidado y le ahuecó la almohada.

—Sí. ¿Te parece mal?

—No. Pero… ¿dónde dormirás? ¿En la habitación de papá? —Irina bostezó, sin darse cuenta de que Amanda se había quedado boquiabierta—. Solo los papás que se quieren duermen juntos. ¿Quieres a mi papá? ¿Serás mi segunda mamá?

¿Cómo se responde a eso?

Primera prueba como madre, le dijo una vocecita en su cabeza. Ahora salva la pregunta incómoda con la respuesta idónea.

—Dormiré en la habitación de invitados, cariño. Tu papá y yo somos solo amigos.

—Vale…

Amanda reprimió una carcajada y le besó la frente, observando cómo los párpados de la niña se cerraban.

Se desplomó en el sofá del salón, echando la cabeza hacia atrás y cerrando los ojos, mientras rememoraba una balada. La música destensaba sus músculos, aunque la melodía fuera puramente imaginaria. La evadía del mundo exterior, la hacía olvidar que Parker estaba ahí fuera, a pesar de que una parte de su cerebro siempre estaba pendiente por si oía algún ruido extraño.

Se abrazó a un cojín, que olía a champú infantil.

Sonrió sin abrir los ojos.

Estaba deseando ver la carita de su hijo, tocarle las manitas, acariciarle las uñitas. Era en lo único en lo que podía pensar: el calendario tenía más días tachados y estaba entrando en el tercer trimestre de embarazo.

¿Qué más daba si se parecía a Parker? Ella solo quería que su bebé naciera sano y fuerte; que viviera a salvo, en paz.

El pequeño se removió bajo su piel, como si supiera que estaba pensando en él. Amanda se acarició la barriga por encima de la camiseta. Sin pensar, empezó a tararear una nana, como solía hacer cada noche a esas horas, antes de acostarse.

La puerta del salón se abrió y Amanda pegó un brinco, espantada.

—Remington, me has dado un susto de muerte.

Cálmate, corazón, se dijo mientras dejaba caer la mano de su pecho, donde se la había llevado por instinto ante el chirrido de la puerta. Durante unos instantes, había pensado que Parker la había encontrado.

—Lo siento —estaba muy avergonzado, con las mejillas encendidas—. No era mi intención.

—Lo sé. ¿Qué haces aquí?

Remington se sentó, pero no lo hizo a su lado, sino en el otro extremo del sofá.

—Hasta pasada medianoche no suelen llamar a comisaría —le contó él—. Es entonces cuando los borrachos ya van lo suficientemente ebrios como liarse a puñetazos.

—¿Quiénes son esos?

—Jóvenes que no van a la universidad, que se creen dueños del mundo y que aprovechan el fin de semana para desmadrarse.

—Ah… —su ceño dejó de estar fruncido.

—Mandy… Tenemos que hablar.

—Puede esperar a mañana. Tú mismo lo has dicho antes —no estaba preparada para aquella conversación—. Desayunaremos y…

—No, no puedo esperar —Remington entrecerró los ojos.

Era hermoso ver cómo la miraba, con tanta fijeza, como si fuera una pantera. Como si pudiera leerle el alma. Como si solo quisiera morderla, pero no devorarla.

Remington estaba, de verdad, imaginando cómo sería morderle el cuello, recorrerle el hombro con los dientes y lamerle la clavícula con toques decadentes y sensuales.

No sabía en qué momento ella se había convertido en más.

Durante esas dos semanas que habían estado esquivándose, había pensado mucho en la conversación que tuvo con sus hermanos.

Durante dos semanas, se habían ignorado. Si uno busca, encuentra, y durante quince días ninguno de los dos se había buscado ni se había dejado encontrar. Había sido un acuerdo tácito y silencioso.

Pero se había dado cuenta de que estaba pendiente de ella, aun sin verla. Si entraba en la cafetería, se sentaba en un taburete desde el cual tenía una buena pero disimulada visión de la cocina. Si estaba con el coche patrullando, pasaba por los alrededores del rancho cuando sabía que tenía que regresar del café, porque quería cerciorarse de que estaba bien, de que no se cansaba.

Incluso la veía sin pretenderlo. La había visto con Carla y Cindy, paseando, de compras, tomando un helado en un banco cerca del Ayuntamiento.

Remington se había dado cuenta de que su sonrisa, durante esas dos largas semanas, ya no lucía tan tensa como cuando llegó. Era más real. Era una sonrisa retraída y minúscula, pero la embellecía muchísimo más.

La única vez que la había visto sonriendo con tanta naturalidad había sido cuando fue a cenar al rancho con los niños, nada más llegar a Blue Valley.

Pero Remington definitivamente quería más.

Estaba interesado en ella.

Por Dios, incluso se levantaba empapado en sudor y con el miembro erecto porque soñaba con ella. Sueños que sin duda el párroco de la iglesia condenaría si fuese al confesionario a explicarlos.

—Mandy, me fascinas —soltó a bocajarro—. Pero sé que tengo que ir despacio contigo.

—¿Te fascino…? —era lo más bonito que le habían dicho nunca. Aunque Remington no parecía muy contento con su confesión… porque no había querido decírselo, había hablado sin pensar, aunque eso ella jamás lo sabría.

—Sí. Sé que eres como un campo de minas. Un paso en falso y tus miedos nos harán saltar por los aires. A los dos.

Amanda calló. Tenía razón. Por eso había no había querido abrirle la puerta cuando se había presentado con la cena. Pero esa tarde, cuando había tenido su mano sobre su vientre, se había prometido no tener miedo, vencerlo y ser la Amanda que era antes de la primera bofetada.

Vivir en una cabaña en medio de la nada, sin tener a nadie con quien hablar de lo extraña y vulnerable que se sentía ahí sola, le había dado mucho tiempo para pensar.

—Puede que tengas razón, Remington.

Pero no permitió que dos meses de humillaciones de toda clase siguieran siendo un obstáculo. Había mujeres que habían estado más tiempo bajo el yugo de un verdugo y habían logrado revivir de sus cenizas.

Lo cogió de la mano y lo hizo sentarse algo más cerca, porque no estaba dispuesta a refugiarse para siempre en sus malas experiencias.

—Estoy decidida a volver a ser yo. A superar el miedo —las palabras salían pastosas, lentas y complicadas de sus cuerdas vocales—. Quiero ser libre. ¿Me ayudarás?

—¿Yo te gusto? —le acarició la mejilla y Amanda suspiró cuando no sintió el pánico atenazándole la boca del estómago.

Parker siempre le acariciaba la mejilla después de cada bofetada, como si quisiera calmar la zona irritada y roja. Pero aquel roce se sentía tan distinto, tan agradable, tan cálido e inocente…

Remington carraspeó al darse cuenta de que Mandy había atrapado el labio inferior con los dientes.

—Déjalo, no hace falta que respondas. Es una pregunta típica de adolescentes…

—Me gustas —lo cortó ella—. Me caes bien. Te he contado muchas cosas de mi pasado… —Amanda no dijo que había muchas cosas que se había guardado para ella y que ni siquiera Cindy o Carla sabían—. Le prometí a Max no relacionarme con nadie hasta tal extremo, yo misma he alzado varias barreras. Pero contigo me he saltado varias reglas. Eso es todo lo que puedo darte por ahora.

¿Era eso cierto? No estaba preparada para cuestionárselo.

—Nunca te traicionaría.

Lo sabía. Ahora que lo conocía mejor, que sabía que no era un policía corrupto, un hombre agresivo ni tampoco un mentiroso. Sabía que podría abrir su corazón a él y que Remington jamás la delataría.

—Me pareces muy atractivo —admitió, sabiendo que cada milímetro de su piel estaba ruborizándose.

Su nuez subió y bajó un par de veces, dejando ver lo nervioso que estaba. Pero no era el único. ¿Cuándo había sido la última vez que Amanda había sentido aquellas mariposas en el estómago, aquellas ganas de salir corriendo a la vez que una vocecita le suplicaba que no escapase?

—No puedo darte amor, Mandy…

—No te lo he pedido.

Él cogió su mano y le dio un suave beso en el dorso. Amanda sintió primero un escalofrío, el vello de la nuca se le erizó. Pero, inmediatamente, cuando le besó el nudillo del meñique, se quedó absorta mirando sus dedos. Fuertes y gruesos, experimentados en usar un arma de fuego. Impresionantes, masculinos.

Nunca la golpearían.

Se sentía tan a salvo…

Remington le levantó el rostro con cuidado, poniéndole el índice debajo del mentón, para que Amanda lo mirase a los ojos.

Nada de amenazas, nada de fuerza.

—Te quiero en mi cama, Mandy.

Esa declaración de intenciones le secó la garganta.

—Todo depende de si tú también quieres o no. Piénsatelo.

Remington volvió a besarle la mano, en esa ocasión en el centro de la palma, abierta y expuesta. Amanda notó que el corazón se saltaba un par de latidos.

Se fue, dejándola a solas con sus pensamientos e incapaz de pronunciar palabra.

Amanda se levantó con piernas temblorosas para ir a la cocina. Por cómo se sujetaba los riñones y el bajo vientre, cualquiera creería que ya había roto aguas.

Se fiaba de él y le parecía un hombre guapísimo. En más de una ocasión la había dejado sin aliento. Incluso cuando llevaba el uniforme, a Amanda le parecía *sexy*. Algo que no reconocería jamás en voz alta.

Sin embargo, llevaba tanto tiempo con Parker y otro tanto escapando de él, que no estaba segura de si lo deseaba. Como hombre, como amante.

No obstante, sus caricias no la dejaban indiferente.

No podía negar que quería más, que quería sentir de nuevo esas sensaciones bajo su piel. Echaba de menos sentirse deseada, querida, amada con respeto y veneración, no por pura posesión y orgullo.

Lo imaginó en la cama de *La Cabaña Azul*, a su lado.

Gimió y se apoyó en la encimera de la cocina, derramando el agua fría que se había intentado echar en un vaso. La imagen de Remington, desnudo, esposado en la cama y con los ojos vendados, había hecho que se estremeciera.

La puerta del salón volvió a chirriar y a Amanda por poco se le resbaló la jarra de las manos, apenas tuvo tiempo de dejarla en el fregadero.

Se volvió justo cuando Remington la tomaba por la cintura. La atrajo hacia él con determinación, pero también con ternura infinita. Si Cindy hubiese estado ahí en ese momento, hubiese suspirado como solo una soñadora romántica sabe hacer.

—Cuando me he visto en el coche, no he podido arrancar —su voz era apenas un susurro rasgado—. No me atrevía a irme. No cuando no dejaba de pensar en ti, en que quieres dejar atrás el miedo y que me has elegido a mí para que te ayude. Me lo has pedido a mí y no a otro…

Amanda cerró los ojos y vibró entre sus brazos, mientras Remington buscaba apoyo poniendo su frente contra la de ella por unos segundos.

—¿Estás bien? ¿Te he… asustado?

—Estoy bien —Amanda también habló en voz baja—. Contigo no me siento atacada ni intimidada… No sé cómo lo logras.

Remington le sonrió de todo corazón y un hoyuelo se marcó en la mejilla.

—Voy a besarte, Mandy. Pero quiero darte la oportunidad de detenerme.

—Yo… —él le acarició con mimo lo alto del pómulo y ella descansó la mejilla en su mano, de forma casi inconsciente.

¿Quería aquello porque se sentía atraída por él y se lo había negado una y otra vez para no volver a sufrir…? ¿O quería aquello para convencerse a sí misma de que Parker no la había destruido para siempre?

—Yo… yo…

Estaba más confusa que nunca.

Remington cogió aire.

—Voy a besarte.

Y a Amanda se le encogió el estómago.

Le pareció asentir antes de notar los labios de Remington rozar con delicadeza los suyos.

Remington se separó de ella después de juguetear con su labio inferior. Ver que no se apartaba de él, que no le temía, lo empujaba a insistir, pero se sentía inseguro. Mandy tenía que reencontrarse consigo misma y tal vez él estaba presionándola. No podía evitar sentirse como un canalla.

—¿Estoy haciendo lo correcto?

Si callaba y solo daba señales corporales, Remington no seguiría adelante. Era un hombre decente que sin consentimiento expreso jamás se acercaría más del límite que ella misma marcaba.

—No pasa nada —la oyó decir.

Remington reprimió una sonrisa y volvió a inclinarse hacia su boca.

Aquel beso estaba siendo maravilloso: no despertó en Amanda ni miedos ni recuerdos desagradables.

Las sensaciones que Remington hacía brotar en su pecho mientras amoldaba sus labios a los de ella, e introducía suavemente la lengua en su boca en busca de la suya, eran maravillosas. Era un primer beso inolvidable que estaba despertando un nudo de fuego y espinas en el estómago de Amanda, también en el de Remington.

En la oscuridad de sus párpados cerrados, Amanda se vio rodeada de estrellas. Titilaban, llenas de luz. Desprendían calor. Aquel beso la había lanzado hacia ellas con la fuerza de un cañón y, ahora, si quería, podía tocar aquellos haces luminiscentes y ardientes.

Lo intentó.

Pero Remington se apartó para que pudieran respirar y aquella lluvia de estrellas desapareció, como cuando apagan las luces del planetario para despedir a los espectadores.

Amanda lanzó un suspiro tembloroso mientras la cocina daba vueltas a su alrededor. Por suerte, él todavía la sujetaba. Casi ni osaba abrir los ojos, pero cuando lo hizo, se vio reflejada en las pupilas dilatadas de Remington.

—Yo… esto… —había perdido la noción del tiempo y del espacio. Ni siquiera con los besos de Parker, que había creído el hombre de su vida, se había quedado sin habla como en aquellos momentos—. Yo… si. ¿Me has preguntado si estaba bien? Porque estoy bien.

Remington le dedicó una sonrisa radiante y se dispuso a besarla de nuevo, pero un grito los estremeció. Él cerró los ojos mientras trataba de contener la risa, pero Amanda no pudo evitar soltar una pequeña carcajada que Remington asesoraría de por vida.

—Será mejor que vaya a verlo.

Remington la soltó con mucho cuidado, respirando hondo. Amanda nunca sabría el esfuerzo que hacía para dejarla marchar. La siguió con la mirada mientras iba hacia las escaleras, para preguntarle a Roth qué le ocurría.

Se perdió en el vaivén de sus caderas. Había cogido algo de peso desde que había llegado a Blue Valley: la tranquilidad y el embarazo estaban dándole más forma a sus

curvas.

Estaba preciosa.

Era preciosa.

Pensó en el beso que acababan de compartir y se aflojó el botón de la camisa, que le aprisionaba el cuello. Le costaba respirar por la intensidad del momento. Todavía tenía el sabor a sal y melocotón grabado en su lengua.

Joder, no quería librarse del gusto de Mandy. No quería olvidarlo jamás.

¿Pero en qué demonios estaba pensando?

Ignoró el sudor frío que estaba recorriéndole la columna vertebral y se obligó a marcharse del rancho.

CAPÍTULO 17

Justo en ese instante, en Washington, Lawrence se presentaba en casa de Maxwell a pesar de que ya era más de medianoche. Pulsó el timbre en diversas ocasiones, con insistencia. Estaba borracho y era consciente de ello. También se podía apreciar en cómo parpadeaba sin parar, se tropezaba con sus propios pies y tenía los hombros ligeramente encorvados, cuando él siempre se movía con soberbia, la espalda bien recta.

Pero no había traspasado su límite. El alcohol solo lo desinhibiría. No le haría hacer tonterías ni lo arrastraría hasta el retrete más cercano.

Su exnovio debió verlo por la pantalla del portero automático, porque sonó el pitido que abría la puerta del portal.

Llegó al ascensor dando tropiezos y salió de él del mismo modo.

Max lo estaba esperando junto a la puerta abierta, apoyado en el marco, con los brazos cruzados. Llevaba un pantalón de deporte granate y una camiseta sin mangas gris. Acabaría de ponérsela, porque Lawrence sabía bien que no usaba parte superior del pijama.

Maxwell frunció el ceño hasta que los músculos protestaron de dolor. Lawrence no sabía beber porque no solía hacerlo.

¿Por qué había sido diferente esa noche? ¿Qué lo había impulsado a emborracharse, cuando era un hombre que se obligaba a salir de vez en cuando a clubs nocturnos con sus amigos para no convertirse en un ermitaño?

Lawrence, que se había tragado un hipido, lo señaló con un dedo, centrándose en su expresión ceñuda y tratando de ignorar la punzada de deseo que le calentaba el abdomen.

—No me mires así. No estoy… —tuvo que tragar saliva para que un hipido no lo cortase a media frase—. No estoy tan borracho como parece…

—Tu hermana sabe beber mejor que tú.

El comentario, dicho con tanta calma e indiferencia, hizo que Lawrence apretase la mandíbula con excesiva fuerza.

Max se hizo a un lado para dejarlo pasar cuando vio que avanzaba otro paso hacia él.

Cuando Lawrence se desplomó en el sofá, elevó los ojos para mirar el techo.

Recordaba muchas conversaciones en aquel salón.

Recordaba a la perfección cómo Max le había explicado su preparación en la academia del FBI, donde se había entrenado y se había convertido en un experto en armas; así se había convertido en un agente excepcional y disciplinado. Recordaba las discusiones tontas del principio de la convivencia; también las inofensivas: ¿qué

película se vería aquella noche? ¿Cenaban algo rápido o se escapaban a un restaurante?

—¿No me vas a preguntar por qué he bebido, Max? —lo preguntó tan de sopetón, que incluso él mismo se sorprendió de haber sido capaz de hablar.

—Lo imagino.

—¿Ah, sí?

—Echas de menos a tu hermana.

En parte era cierto. Pero solo era la mitad del iceberg que lo había empujado a entrar en aquel bar de mala muerte y pedir una copa tras otra. Lawrence jamás admitiría que había bebido porque a él también lo extrañaba.

—Eres un puto adivino.

—Creo que tú eres bastante predecible —la burla fue dicha de nuevo con ese tono tan monótono. Lawrence gruñó, cómo detestaba que lo tratase con tanta condescendencia.

Pero el gruñido pronto se convirtió en una arcada, que lo tomó por sorpresa porque él nunca devolvía. No importaba si abusaba del alcohol, las consecuencias jamás llegaban a ese punto.

Maxwell puso los ojos en blanco al verle salir corriendo hacia el cuarto de baño. Lo siguió hasta allí y le frotó la espalda mientras vaciaba el contenido de su ebrio estómago en el excusado. Luego le tendió una toalla mojada y otra seca.

Lo observó en silencio, apoyado en la pared, los brazos cruzados sobre el pecho y también las piernas, a la altura de los tobillos. Lawrence usó la mampara de la ducha como respaldo para la espalda y extendió las piernas cuán largas eran en el suelo.

—No entiendo por qué lleva mes y medio sin hablar conmigo —Max enarcó una ceja. Lawrence llevaba tanto tiempo callado, que creía que estaba quedándose dormido—. No ha venido a verme, tiene el móvil apagado y no responde a mis *e-mails*.

—Quiere estar sola, ya te lo dije.

—Sí, ya. Y también me dijiste que seguía en Estados Unidos. Y que estaba pasando por un mal momento. ¡Soy su hermano, joder! —se levantó con la furia impregnándole el rostro, aunque se tambaleó y se apoyó en el lavabo—. ¡Tiene que acudir a mí cuando le pasa algo!

De nuevo ese ataque de rabia porque había acudido a otra persona antes que a él. Después de semanas sin verse, Lawrence seguía con aquella espina clavada dentro.

Max se mantuvo impasible. Ni siquiera se inmutó cuando Lawrence se detuvo a cinco centímetros de su cara, con las mejillas sonrojadas, las aletas de la nariz dilatadas y los ojos echando chispas.

—¡Di algo! —quería zarandearlo.

—Veo que ya no estás borracho. Voy a prepararte un café.

Pero Lawrence no iba a permitir que se fuera así como así. Lo interceptó en el salón, a medio camino de la cocina. Ignoró el pinchazo que lo atravesó a la altura del

pecho y se intentó convencer de que el mareo que sentía era por haber vomitado, no por Max. Sujetarlo por el brazo y que sus pieles se estuvieran tocando no estaba afectándolo de ningún modo.

—¡¿Por qué te pidió ayuda a ti?!

Cuando vio a Max encogerse de hombros, levantó el puño, pero el otro frenó su golpe, aprisionando la mano cerrada contra su palma. Era ágil y bueno, por eso el FBI lo tenía en tan alta estima.

Lawrence notó cómo el corazón se le desbocaba. Max llevaba mucho tiempo sin tocarlo.

Intentó echarse hacia atrás. No obstante, Maxwell era fuerte y no movió ni un músculo, no retrocedió ni avanzó un centímetro cuando tiró de su brazo para liberarse.

—Suéltame.

—Tú has dado el primer paso, Lawrence. Ibas a golpearme —el federal sonrió de medio lado, pero en sus ojos brillaba la rabia velada—. ¿Quieres pegarme? ¡¿De eso se trata?! ¡¿De liberar tu frustración contra mí solo porque crees que te estoy quitando el jodido protagonismo con Amanda?!

Se sostuvieron la mirada en un digno duelo de Titanes. Lawrence hacía mucho tiempo que no se perdía en sus ojos, en aquellos preciosos ojos que había visto brillar de alegría, de pena, de éxtasis.

Sus dedos lo soltaron con brusquedad y Lawrence trastabilló, aún había restos de alcohol en su organismo.

—Ve a un gimnasio, Lawrence. Mátate contra un saco de arena —lo rodeó como si no fuese nadie importante y se sentó en el sofá—. Pero no vengas con tus celos hasta mí.

—No se trata de eso.

¿O tal vez sí?

—¿No? —Max se rio con amargura, pasándose el dorso de la mano por el labio inferior en un tic que sufría cuando estaba nervioso y enfadado e intentaba ser razonable.

—No lo entiendes.

Lawrence vio el momento en que Maxwell explotaba: su mandíbula se contrajo y sus ojos se entornaron hasta tomar un color distinto, más brillante, casi sobrenatural.

—¡¿Qué no entiendo?!

—¡Por eso me marché! —Lawrence ya no podía callar más. Llevaba muchísimo tiempo guardándose aquello dentro, muy adentro, intentando borrarlo con otros hombres para no terminar hecho pedazos. Pero le había resultado imposible olvidar a Max—. ¿Por qué ibas tú a seguir queriéndome cuando te dieses cuenta de lo poco que valgo? ¿De lo egoísta que soy?

Notando que tenía el corazón desgarrado, sabiéndose derrotado aún sin presentar batalla, Lawrence cayó de rodillas ante Max, que se había inclinado hacia delante.

Estaba en *shock*, pálido. Lo observaba con ojos acuosos, los labios entreabiertos.

Y él entendía que su ex estuviera tan afectado.

Cuando Lawrence lo había dejado, le había dicho que ya no lo quería, que no estaba cómodo viviendo con alguien a quien solamente deseaba dentro de la cama.

Qué gran mentira.

Lo que sentía por Max iba más allá de lo que sucedía en el dormitorio. Pero había tenido que mentirle.

Todo para no reconocer sus miedos. Por no admitir que huía, que era un cobarde.

Doble cobarde, le dijo una vocecita.

Pero el alcohol había eliminado el filtro entre su cabeza, su lengua y su corazón. Y esa cobardía estaba siendo superada por una falsa osadía que a la mañana siguiente se volvería a esconder.

Sí, posiblemente se arrepentiría de aquella confesión toda su vida.

—Yo no soy nada ni nadie si me comparo contigo. Soy un hombre insulso, con pocos recursos. Tú eres distinto.

—¿Qué demonios dices, Lawrence?

—¿No lo ves? Todos acuden a ti. Tú eres el protector de todo el mundo —dijo con desdén, pero luego se obligó a calmarse—. El que se levanta cada mañana, se calza una pistola en el cinturón y se enfrenta a la muerte y a la crueldad del ser humano, eres tú. Nunca dejas a nadie en la estacada, ¡todos te necesitan y tú siempre les tiendes la mano! ¡Eres fuerte en todos los sentidos! ¡Pero yo no! ¡Yo solo soy un tipo mediocre!

Max se levantó, envarado, las mejillas sonrojadas por la rabia.

Durante unos momentos, Lawrence creyó que aprovecharía que lo tenía arrodillado ante él para darle un puñetazo, pero Max solo aulló como un león malherido.

—Eso no es verdad, Lawrence. El otro día dijiste que nunca te habías dado cuenta de lo leal que era.

—Mentí —dejó caer la cabeza.

—¿Cómo dices? —el grito retumbó en las paredes—. ¡Me dolió! ¿Y ahora resulta que todo es mentira? ¿Incluso tu marcha?

Lawrence maldijo entre dientes.

Siempre había sabido que sus engaños, que sus ganas de cubrir a su verdadero yo, no le eran indiferentes a Maxwell, pero oírle decir en voz alta que le dolían…

Era otra cosa.

Era como un puñal ardiendo que se hundía en su pecho.

—Todo era mentira, sí —reconoció.

—¿Por qué?

—¡Por miedo, joder! Por eso me fui y me obligué a dejarte atrás, Max. Soy menos que tú —un escalofrío lo sacudió y le puso la piel de gallina—. Me daba pavor

que me dejases por otro, uno mejor que yo, más fuerte y decidido. Y preferí sufrir de otra manera.

—Dejándome tú —concluyó Max.

Lawrence se dio cuenta de que su ex estaba triste, decepcionado. Él también lo estaba. Se miraba al espejo y sentía vergüenza de sí mismo.

En realidad, iba más allá: se despreciaba.

—Sí. No tuve otra opción.

Max miró al techo, las venas del cuello marcándose contra la piel como si fuera un toro enjaulado y acorralado.

Lawrence sabía que quitándose de encima aquellos fantasmas solo lograría poner más peso sobre los hombros de Maxwell. Pero una pequeña parte de su alma deseaba recuperar a aquel hombre honesto y valiente, y creía que confesándose lo lograría. Aunque no esperaba, claro, que se lanzase a sus brazos en ese mismo momento.

—¿Qué no tuviste otra opción, dices? Siempre hay otra opción. Siempre… — Max se alejó de él y aquel rechazo tan abierto se le clavó en lo más hondo.

Estás solo porque tú te lo has buscado, pensó. Tú solo te condenaste cuando te fuiste sin mirar atrás, sin contarle lo qué sentías de verdad.

Ahora no puedes estar con él.

—Te pido perdón.

—¿Cómo dices? —Lawrence parpadeó.

—Siento no haber visto lo poco que te querías, lo poco que te quieres —rectificó — y no haberte ayudado —Maxwell se pasó una mano por la cara—. Ojalá hubiera visto el daño que te hacías. Tal vez hubiera podido hacerte ver lo equivocado que estás. Que eres maravilloso. Y no te habrías largado sin más.

—Yo… —no sabía qué decir.

—No sé por qué me cuentas todo esto Lawrence. Llegas muy tarde. Han pasado… —un suspiro escapó de los labios de Max—. Años.

—Quiero que me comprendas. Quiero que entiendas por qué me cabrea que Amanda haya recurrido a ti y no a mí.

Max era luz, él oscuridad.

Max era de fiar, pero él no.

Ni siquiera Amanda confiaba en él.

—¿No ves que mis miedos no eran infundados? —Lawrence se sentía frustrado, ¿por qué Max no era capaz de darse cuenta de lo que ocurría?— ¡No soy nada!

—Amanda te ha hecho un favor no diciéndote dónde está. ¡No lo ha hecho porque no estés a la altura, idiota, lo ha hecho porque así debía ser! No es por confianza o falta de ella… Sabes perfectamente que iría al fin del mundo con los ojos vendados si tú la llevases.

—¡Mientes! —se levantó y se acercó a él, que estaba apoyado en la puerta que daba al balcón.

—Queremos protegerte, por eso te mantenemos al margen.

—Max…

—Lawrence… —el agente se acercó a él y le resiguió una ceja con un dedo, un gesto familiar y muy íntimo que le provocó un nudo en el estómago.

—¿Por qué me acaricias así?

Max le sonrió con cierta tristeza al darse cuenta de que los dos estaban pensando lo mismo: solo había dibujado la forma de su ceja con el índice después de haber hecho el amor.

—Porque estoy cansado de luchar contra ti. Y… porque hoy me has confesado la verdad y te lo agradezco —su sonrisa triste fue directa al corazón de Lawrence, que se sintió desfallecer—, aunque me hayas destrozado por dentro.

—No pretendía…

Max lo interrumpió sin contemplaciones, como si no hubiera hablado:

—Eso no cambia que me rompieras el corazón, ni que me haya preguntado cientos de veces por qué no era suficiente para ti cuando te amaba con locura. Pero ahora soy capaz de comprenderte, aunque no comparto tu opinión —Max siguió recorriendo con los dedos la montura de sus gafas negras, luego siguió por la mejilla —. Tienes que saber que nunca te consideré inferior. Eras perfecto para mí.

Que usara el pasado era lo mejor que podía sucederle a Max, porque eso significaba que lo había olvidado y que podía encontrar a alguien mejor.

Que usara el pasado, pero, dolía más de lo que Lawrence estaba dispuesto a admitir.

—La jodí, ¿verdad?

—Mucho. Pero esta noche… —el pulgar perfiló sus labios y Lawrence los entreabrió, encantado con su toque, esperando un beso que incendiaría su cuerpo como solo Max sabía y podía hacer—. Esta noche es nuestra.

El corazón le dio un vuelco dentro del pecho y Lawrence creyó que ya no quedaba oxígeno en aquel salón.

—Como si nada hubiese pasado… —susurró él, perdido en su voz, dejando a su hermana olvidada en un rincón de su mente.

—Solo esta noche.

Lawrence notó que se excitaba ante aquellas tres palabras, pronunciadas con voz ronca y sensual. Ni el alcohol, ni el miedo, ni el pasado importaban; estaba todo olvidado. Para él, únicamente estaba Max, dispuesto a darle una noche que atesoraría para siempre en el cajón donde guardaba todos los recuerdos que habían vivido juntos.

Que eran muchos. Que visitaba cada noche al acostarse, por cierto.

—¿Me… me harás el amor?

—Sí, Lawrence.

Max se acercó lo suficiente como para colar una pierna entre las suyas y tomarle el rostro con ambas manos.

Sus alientos se encontraron. Las respiraciones se entrecortan. Los corazones se aceleraron. Las almas se revolucionaron. La piel se erizó. Los músculos se tensaron. La sangre hirvió.

Lawrence era consciente que aquello noche iba a saltar por los aires y, por Dios, que estaba dispuesto a arder hasta consumirse.

CAPÍTULO 18

Amanda salió de la cocina con una bolsa de papel. Cindy estaba atendiendo mesas, Tally estaba cobrando un grupo de escolares y Barnaby estaba en su descanso para comer. Por eso le tocó salir a ella a entregarle el pedido a Remington.

Le había costado muchísimo dar la cara, pues todavía le quemaba el rostro solo de pensar en el beso que habían compartido hacia un par de días. Había sido un beso increíble, de esos que dejan las rodillas temblorosas y los recuerdos borrosos.

¿Cómo enfrentarle delante de tanta gente si todavía notaba la presión de su boca sobre la de ella?

Le sonrió con la misma timidez de una adolescente tras su primer beso. Remington le devolvió el gesto con la cabeza ladeada.

Estaba de servicio y había ido a por unas hamburguesas para Rebeccah y para él. Estaba imponente al otro lado de la barra, con la ropa de servicio y las gafas de sol de estilo aviador cubriéndole los ojos.

Ojalá pudiera leerle la mirada y saber en qué estaba pensando. Amanda deseó que estuviera rememorando el beso, como hacía ella. Quizá era un pensamiento infantil, pero deseaba que su cuerpo se estremeciera por no poder acortar la distancia entre ellos. Por tener que mantener las formas ante todo el mundo.

—Buenas tardes, jefe.

—Buenas tardes, Mandy —él se quitó las gafas de sol y sus ojos plateados refulgieron. Amanda juraría que estaba mirándole los labios—. ¿Cómo te encuentras hoy?

—Bien.

—¿Y el pequeño?

Aunque quisiera esconderlo, ya era imposible fingir que no estaba embarazada. Así que había dejado de usar exclusivamente ropa ancha para sacarle partido a la ropa premamá que Max le enviaba de tanto en tanto.

Además, ahora se sentía más libre. Estaba orgullosa de estar embarazada. Quizá Parker fuera un patán miserable sin escrúpulos, pero Amanda adoraba a su hijo nonato y le gustaba mostrar al mundo que llevaba dentro otra vida.

Sonrió y se tocó un momento el vientre.

—Está bien, también. Creo que ahora duerme, lleva un rato tranquilito…

—Me alegro —Remington aceptó la bolsa—. ¿No te da hambre oler tanta comida todo el día? Ahora tienes que alimentarte por dos…

—Me pasaría el día picoteando —admitió ella, ahogando una risita—. Me tengo que contener o el ginecólogo me matará por engordar tanto.

—Pues yo quería invitarte a cenar.

Amanda se quedó sin aire en los pulmones. Se apoyó en la barra con disimulo y miró a su alrededor. Nadie estaba pendiente de ellos. Hacía tiempo que habían dejado de mirarla constantemente, ya no era una forastera. Ser la protegida de los Montgomery y de Cindy le había dado ciertos privilegios, como ser aceptada como una más en la comunidad. Era de agradecer.

Sobre todo porque ahora podía tiritar, marearse, asustarse y emocionarse a partes iguales sin que nadie estuviera cuestionando cada movimiento que daba.

—¿Estás seguro?

—La última vez no me abriste la puerta. Pero ahora… después de lo que pasó…

—Quieres otra oportunidad.

—Sí —Remington sacó la tarjeta de crédito y ella la tomó con dedos trémulos. Se rozaron y el vello de su nuca se erizó—. Si está vez me presento en la cabaña, ¿me abrirás la puerta?

Amanda no contestó. Fue a por el datafono, aprovecharía la pausa para poder poner en orden sus pensamientos y emociones. Una cosa era pensar en un beso que le había devuelto los aleteos a su corazón maltrecho, otra muy distinta en hablar de una cita. Una cita romántica. Esas palabras mayores la aterraban.

Marcó los veintidós dólares que costaba el menú y se lo llevó a Remington para que pudiera poner el pin de la tarjeta.

—¿Vas a darme una respuesta?

Amanda miró a Cindy, que los observaba por encima de sus gafas. Parecía saber de qué iba aquello y a Amanda no le extrañaría lo más mínimo. Esa mujer había adoptado el papel de madre con sus sobrinos y de seguro que se lo consultaban todo.

Remington esperó con paciencia a que se decidiera. Le dio un minuto, dos. En silencio y sin inquietarse. Si le ponía nervioso esperar, no lo demostraba; algo que Amanda agradecía, pues verlo alterado todavía la agitaría todavía más.

—Solo con una condición.

Las cejas del policía se enarcaron, pacientes e interrogantes.

—Tú dirás, Mandy.

Ojalá pudiera pedirle que la llamara por su verdadero nombre, si bien no estaba preparada para contarle toda la verdad. O para oírlo llamarla así con su voz.

En vez de eso…

—No me lleves a un restaurante. No quiero que todos nos miren y cuchicheen sobre si vamos a liarnos o no.

—¿*La Cabaña Azul*?

—Por favor —casi gimió de agradecimiento.

—Este viernes. ¿Te va bien?

Ahora que había decidido aceptar ese encuentro, aunque le fuera mal, Amanda no podía echarse atrás.

—Libro viernes y sábado.

—¡Fantástico! Llevaré la cena… otra vez —el aguijón de culpabilidad hizo que Amanda esbozase una mueca—. Me abrirás la puerta esta vez, ¿no?

—Si no me haces cocinar, cuenta con ello —bromear para quitar hierro al asunto tal vez no era la mejor idea del mundo, si bien Amanda necesitaba restarle importancia para no hacer las maletas y huir también de Texas.

CAPÍTULO 19

Amanda se observó en el reflejo del cuarto de baño mientras se cepillaba el pelo para poder recogerse la melena en una coleta de caballo.

Llevaba un vestido de falda larga. Era de color negro. Elegante pero sencillo a la vez, ideal para una cita un tanto peculiar. Se vio guapa, pese ir apenas maquillada.

Había aprendido a quererse de nuevo y a apreciar su cuerpo.

¿Habría tenido Remington algo que ver?

Desde luego, desde que la había besado la semana pasada —Amanda no podía creer que ya hubiera pasado una semana desde aquel beso tan intenso, tan confuso, tan… tan— se sentía mucho más femenina.

Cogió el bote de las lentillas.

Alguien golpeó la puerta de la entrada con fuerza, sobresaltándola. La lente de contacto cayó en el lavabo, la limpió y la dejó en su estuche mientras más golpes llegaban hasta ella. Amanda fue hacia allí sin miedo. Fuera quien fuera quien aporreaba la puerta, no lo hacía con agresividad.

Se dio cuenta de que ya no se acercaba a la ventana para comprobar quien esperaba en el porche, y eso le gustaba.

—¿Remington? —se quedó pasmada al verlo al otro lado de la puerta—. Te esperaba dentro de diez minutos.

—Me he adelantado, espero que no te importe —él sonrió y Amanda se mordió la cara interna de la mejilla—. Esto es para ti.

—Oh, Remington, ¡no era necesario! —pero aceptó el ramo de rosas azules igualmente y las olió—. Muchas gracias, son preciosas. Aquella que me dejaste sobre la mesa la otra vez duró días. Era maravillosa y creo que no te lo agradecí… ¿Por qué no entras?

Remington se sentó en el sofá mientras Amanda ponía las rosas en un jarrón con agua.

—Cindy ha preparado la cena. Es una gran cocinera.

Amanda arqueó una ceja.

—¿Y dónde has dejado las fiambreras?

—Mi hermano las traerá en unos minutos. Nick ha estado ocupado —estaba henchido de orgullo—. Esta tarde ha nacido un potrillo y ha estado atareado.

—¿Otra hembra? —preguntó Amanda, que sentía una sincera curiosidad, mientras iba a la cocina y le traía un vaso de vino tinto.

—Gracias —susurró cuando tomó la copa—. Un macho, esta vez. Creo que este será un buen semental y que nunca abandonará a la familia Montgomery y… ¡joder!

—¿Pasa algo?

Amanda se tocó la cara, pues él la miraba con fijeza.

—Tus ojos…

Ella lanzó un suspiro y se masajeó una sien. Se había olvidado las lentillas de contacto y, al sentarse en el sofá, se había colocado bajo tres ojos de buey encendidos que dejaban a la vista que sus ojos no eran grises.

—No quería engañarte, es solo que…

—Tienes unos ojos preciosos —Remington la interrumpió.

—Son marrones. Muy comunes —comentó ella. Intentó cambiar el rumbo de la conversación, pero se quedó en blanco cuando Remington se reclinó mejor contra las almohadas y sonrió con candidez.

Estaba arrebatador.

Tragó saliva. Llevaba varias noches soñando con Remington, desde que había aceptado aquella locura.

Y en su subconsciente, siempre estaban en la cama, siempre estaban desnudos, siempre gemían y se besaban. Y compartían sonrisas y caricias y orgasmos.

¿Por qué estás pensando en estas cosas en este momento?, se reprochó a sí misma, apretando los labios con fuerza por miedo a hablar en voz alta.

—Me gustan mucho, no son comunes. Son más expresivos y profundos que las lentillas —sus palabras no la tranquilizaron, azuzaron más su agitación—. La verdad es que empezaba a preguntarme cuándo podría mirarte y saber que me estoy enfrentado a la verdadera Mandy.

Amanda se levantó, nerviosa.

La verdadera Mandy, había dicho.

Mandy Jeff ni siquiera existía. Los ojos solo eran el principio.

El pelo, el pasado, el nombre y el apellido…

Nada era verdadero.

Se sintió mal, llena de remordimientos como nunca antes. Él estaba siendo bueno y honesto con ella, en todo momento la trataba con cuidado para no asustarla. Y ella lo recompensaba con mentiras y más mentiras, incluso les había hecho prometer a Cindy y a Carla que le guardarían el secreto, asegurándose de que ningún Montgomery se enteraba nunca de la verdad.

Porque ella terminaría marchándose.

—Ve a ponerte las lentillas, si así te sientes más cómoda…

—Estoy bien —fue hacia la puerta, porque alguien había golpeado la madera—. Hola, Nick.

—Hola… Mandy —él enarcó las cejas al ver su verdadera mirada; pero optó por no decir nada—. Cindy me ha dado esto para vosotros. Ensalada, huevos rellenos de pimiento y atún, pollo asado con crema de melocotón…

—Oye, pues suena bien —le sonrió ella, agradecida por la interrupción—. Y huele mejor que bien.

—Cindy es una gran cocinera —Nick entró y dejó las fiambreras sobre la mesa del salón.

—Sí, lo es —Remington se levantó.

—Buenas noches —Nicholas no quería ser una molestia, así que se despidió ella sin añadir mucho más.

Quedarse allí de pie, mirando a Remington sin hablar, iba a ser muy incómodo, así que se tocó el cuello mientras preguntaba:

—¿Servimos la cena?

Remington quiso hacerlo él, así que fue a la cocina y regresó con varias fuentes. Tenía maña y le confesó que había trabajado para Cindy cuando era más joven.

—Todos los hermanos pasamos por el aro —confesó mientras llenaba los vasos con agua; no quería beber más vino ni tomarse una cerveza sabiendo que Mandy no podía acompañarlo—. Mis hermanos y yo no nos libramos de ser camareros durante unos meses. Fue nuestro primer trabajo antes de ir a la universidad.

—Tu tía os aprecia mucho…

—Sí. Aunque tuvo que despedir a Brenda a las dos semanas —una sonrisa nostálgica apareció en sus labios—. Los chicos del instituto se la comían con los ojos y eran más molestia que buenos clientes.

—¿Brenda?

Amanda intentó no fruncir el ceño. No le gustaba la sensación que estaba oprimiéndole el pecho y que la acababa de asaltar de sopetón ante la mención de aquella mujer, Brenda.

La conocía bien porque la había vivido a menudo con Parker, cada vez que le daba un beso de despedida y se arreglaba la camisa para ir a una cena con su familia y la de Babette LeFleur.

Estaba celosa.

Remington dejó a un lado de los cubiertos y respiró hondo.

—Mi hermana.

—¿Tienes una hermana? —Amanda no se molestó en esconder su sorpresa, y es que nunca había oído a hablar de ella.

Se suponía que en Blue Valley no había secretos, ¿no? Por eso ella andaba con pies de plomos.

—Tenía.

En esa ocasión, fue Amanda quien dejó a un lado los cubiertos. De repente, sus latidos no eran tan regulares como antes, su pulso tampoco era firme. Tardó unos segundos en ser capaz de mirarlo a la cara, se sentía miserable por haberle hecho recordar la muerte de su hermana.

Era normal que los vecinos no hablasen de ello. Debía ser un tema espinoso para todos. Los Montgomery eran gente apreciada y deberían quererles ahorrar más sufrimiento.

—Lo siento mucho, Remington. De veras.

Él asintió, pero no se atrevió a sostenerle la mirada.

Amanda se levantó dejando con fuerza la servilleta de tela junto al plato y fue hacia él.

Lo abrazó por detrás, apoyando la barbilla en su cabeza.

—Debió ser muy duro perderla —comentó intentando reprimir las lágrimas, pero él no le contestó—. ¿Quieres hablar de ello?

—No es fácil hacerlo, Mandy.

—Imagino —cerró los ojos y sin darse cuenta, dijo—: Si yo perdiera a mi hermano, me costaría… aceptarlo.

Regresó a su silla y se desplomó sobre ella.

—¿Tienes un hermano?

Era una bocazas, no había dudado de ello. Pero había bajado la guardia. ¿Quién no lo haría después de semejante noticia?

—Lawrence y yo hemos perdido el contacto.

No era mentira: llevaba sin hablar con él desde que se había ido de Boston y lo echaba de menos cada día, a cada hora.

Pero sabía que estaba bien: vivo.

Debía ser desgarrador comprender que esa persona ya no estaba ahí para ti.

—¿Hace mucho que no hablas con él?

—No lo veo desde hace una eternidad… —admitió.

Cuando se había enterado de que estaba embarazada y Parker empezó a maltratarla, las llamadas telefónicas entre hermanos empezaron a ser escasas, pero desde que se marchó de Boston, el contacto entre ambos era nulo. Llevaba, por lo menos, sin verlo, seis meses.

Y eso era, para ellos, mucho tiempo, pues intentaban verse muy a menudo.

Tenía la sensación de que habían pasado…

—Años —susurró, pero aunque lo dijo para sí, Remington la escuchó.

—Es como si lo hubieses perdido con tus padres.

—Sí —se encogió de hombros, pensando que no tenía ni idea de lo que debió de sentir Remington cuando perdió a sus padres, pues los suyos estaban retirados, viviendo la vida gracias a un boleto de lotería premiado—. Siento de veras lo de tu hermana, Remington. Podemos cambiar de tema, si quieres.

—Ella siempre está presente. Aunque no hablemos sobre lo que pasó, la vemos a menudo. Nos dejó un precioso regalo que nos recuerda a ella —y la sonrisa de Remington fue una mezcla de tristeza y amor—. Roth se parece mucho a su madre.

—¿No es hijo de Tanner?

Remington negó con la cabeza mientras buscaba la voz, atascada en sus cuerdas vocales.

—Brenda le pidió que cuidase de él y mi hermano no dudó en adoptarlo —Remington se sirvió un poco más de agua. ¿Por qué no había optado por esa cerveza?

—Sois buenas personas, Remington —le tomó la mano por encima de la mesa para darle un apretón y le sonrió con dulzura para infundirle ánimos—. Y lo estáis haciendo muy bien con ese niño.

—Hemos luchado mucho para… aceptar la pérdida de Brenda y asimilar que no verá crecer a Roth.

Amanda notó que se le ponía la piel de gallina.

No quería ni pensar lo mal que debía haberlo pasado Brenda, que era quien se marchaba y dejaba a su hijo atrás, a sus hermanos, a sus conocidos más queridos.

Debió ser una mujer muy fuerte para soportar tanto dolor.

—¿De qué murió tu hermana? —se atrevió a preguntar.

—Cáncer. Se lo descubrieron al poco de nacer Roth.

Amanda notó que se le encogía el corazón. Qué duro debió ser para la hermana de Remington saber que la vida se le escapaba de las manos y que lo hacía arrebatándole lo que más deseaba una madre: ver crecer a su hijo.

Los minutos siguientes los pasaron en silencio. Intentaron comer. Pero los dos habían perdido el apetito. Hablar de la muerte y mostrar el dolor que causaba su presencia nunca era sencillo y Amanda siempre se había considerado muy sensible en ese aspecto.

Y desde que estaba embarazada, mucho más.

El bebé se revolvió y ella apoyó la mano sobre el vientre.

Tenía que comer. Ahora no estaba ella sola y no pensaba hacer nada que afectase al bebé. Así que carraspeó y se enfrentó a un pollo a medio devorar, aunque pensó que terminaría por tener que correr al cuarto de baño a devolver.

Remington sonrió. Había visto cómo se acariciaba el vientre, se mordía el labio inferior mientras los dedos vacilaban sobre el tenedor. Era adorable verla tan dispuesta a ser buena madre.

—El pollo de Cindy es delicioso —comentó, obligándose a comer para que Mandy no se sintiera fuera de lugar—. ¿Qué? —la mirada de la mujer había cambiado, ahora tenía una tonalidad distinta que lo hacía removerse en la silla.

Oh, diablos, estaba convencido de que se había sonrojado ante su escrutinio.

—¿Por qué decidiste ser policía?

—El mejor amigo de mi padre era policía. El jefe de nuestra pequeña comisaría. Siempre le admiré —sonrió con cariño al recordar al hombre que había querido como un tío y que había asumido el papel de padre cuando este había muerto, dejando a los Montgomery huérfanos—. No sé cómo, pero Frankie consiguió transmitirme su amor por la ley, la justicia, la seguridad.

»Cuando fue el momento de ir a la universidad, no sabía qué estudiar. Tanner quería dedicarse a los caballos y ya trabajaba con mis padres en el rancho. Nicholas insistía desde pequeño en ser veterinario —se rascó la mejilla, agradeciendo el tacto familiar de la barba bajo las yemas de los dedos—. Dudé. Lo hablé con mi padre.

Pero al final, me decanté por criminología. Frankie me dijo que tenía que perseguir mis sueños, porque el futuro solo estaba en mi mano.

—Tú querías ser policía, no ranchero.

—Exacto.

—Me parece muy bien que siguieras el dictado de tu corazón, Remington —y sin ser consciente de ello, Amanda extendió la mano por encima de la mesa y le dio un apretón. Remington, sorprendido por el gesto, entrelazó los dedos con los de ella—. ¿No te arrepientes de no estar en una comisaría más grande?

—Al principio creí que ser policía era otra cosa, la verdad… —se rio—. Pero estoy muy contento en Blue Valley. Es un sitio tranquilo, de acuerdo, pero es mi hogar. No podría estar en otro lado.

Amanda lo comprendía a la perfección. A ella le había sucedido lo mismo con el anticuario. Mucha gente había criticado que quisiera abrir un negocio con tan poca salida, pero a ella le apasionaba estar allí, rodeada de antiguallas.

Pese haber días en los que no vendían nada, mientras que en fechas navideñas necesitaban contratar a dos personas más para poder atender a toda la clientela que decidía hacer algún regalo de su tienda… aquel lugar era su vida.

Le daba la vida.

—Es admirable —le concedió Amanda.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

¿Se daría cuenta que se estaba haciendo la loca porque no quería responder a su pregunta?

—¿Por qué decidiste ser cocinera?

Ella se reclinó hacia atrás en la silla y movió los labios, apretados en una fina línea, sopesando qué responder. No quería seguir mintiendo, pero tenía que hacerlo. Pero tal y como había pasado con lo de Lawrence, no quería esconder la verdadera Amanda de Remington.

No quería pasarse la vida huyendo.

Y quería mostrar algo de sí misma.

—No tenía estudios. Me hubiese gustado montar un anticuario, pero la cocina se me daba bastante bien y… puedes imaginar el resto.

Se mordió el labio inferior al pensar en su anticuario. Su socio y ella habían invertido mucho dinero en los tesoros que guardaban en las vitrinas, en los seguros que cubrían los casos de robo, de incendio. Pero había valido la pena. No solo habían recuperado y triplicado la inversión inicial, sino que trabajaban en lo que les gustaba y para Amanda, aquella dicha era suficiente como para apagar el despertador cada mañana y levantarse de la cama.

—¿Un anticuario? ¿Por qué?

—Me gusta mirar las cosas antiguas y preguntarme qué historias hay detrás de ellas. Si los objetos pudieran tan solo hablar unos minutos, estaría encantada de oír lo

que habían presenciado —se levantó y se acercó a un hacha que había colgada de la pared.

Era muy antigua. Se había pasado varias tardes observándola, intentando datarla, imaginando sus usos, lo que habría vivido. Sin libros en los que poder respaldarse, diría que aquella arma seria de principios del siglo XIX.

Intentó no dejarse llevar por el interés que Remington mostraba.

—Imagino que fue de algún indio y que tu abuelo la encontró por la zona —cuando él asintió, Amanda sonrió con orgullo—. Imagina la de décadas que arrastra esta piedra… —la acarició con el índice, con suma delicadeza.

—Quizá estamos ante un arma que ha acabado con una o varias vidas…

Amanda casi sonrió. Si Remington supiera…

Había tenido en sus vitrinas pistolas de percusión del siglo XVIII cuyos últimos dueños habían sido piratas; también había tenido en su posesión una pistola de dos cañones recortados datada de 1881 y un revólver de Navy de la Guerra de Secesión. Y su socio había comprado en una subasta con lotes europeos una daga SS Schutzstaffel, de la Segunda Guerra Mundial que, pese a las atrocidades que debería haber cometido mientras estuvo en posesión de un militar, Amanda había creído fascinante por los colores de su empuñadura, de su vaina con cadena; le parecían una obra maestra muy bien conseguida.

Esas armas debían estar expuestas. No usarse para hacer el mal…

—Podría ser —Amanda volvió a sentarse—. Todo aquello que se ha conservado en el tiempo tiene su propia historia. A veces no es fácil conocer lo que ha vivido.

Los ojos de Remington se tornaron negros como la noche.

—Como tu corazón.

Amanda bajó los ojos a los cubiertos y suspiró. Tenía que darle la razón a Remington.

Todos los corazones guardan dentro una historia que entrelaza amor, desamor, dolor y felicidad. Una historia que solo unos pocos pueden conocer. Quizá aquel entresijo de recuerdos y sentimientos nunca saliera a la luz. O quizá hubiera alguien capaz de leer esas historias llenas de emociones con una simple mirada.

Quién sabe, pensó.

—Mandy…

Amanda se sobresaltó al verle a su lado. ¿Cuándo se había levantado y se había acercado?

Se le entrecortó la respiración al ver cómo Remington apoyaba una mano en la mesa y se inclinaba hacia ella para recorrerle el labio inferior con el pulgar, como si quisiera perfilarlo con la yema de su dedo.

—Quiero hacerte el amor.

CAPÍTULO 20

Que Remington le hubiese dicho que quería hacerle el amor y no tener una noche loca con ella, como si fuera sexo y nada más, la derritió por dentro. Para muchos no había diferencia entre hacer el amor y el sexo, cuando para ella había un abismo entre ambos conceptos.

Remington parecía pensar igual que ella.

Amanda aceptó su mano y se dejó guiar hacia el sofá.

Remington se sentó a su lado y le soltó la coleta de caballo con cuidado, sin dejar de mirarla a los ojos, como si esperara que Amanda se apartara de él. Se quedó quieta, aguantando la respiración, muy consciente de su tacto.

Su melena cayó sobre sus hombros, ondulada y brillante. Remington nunca la había visto sin maquillaje y sin lentillas, pero nunca le había parecido tan arrebatadora como en ese momento.

Iba a besarla, pensó Amanda cuando los ojos grises de Remington descendieron hacia sus labios.

—Mandy…

A Amanda un beso nunca le había provocado esas sensaciones, ni siquiera el primero que compartieron en la cocina de Tanner. Sintió la urgente necesidad de agarrarse a la pechera de su camisa y acercarlo a ella, mientras un río de lava húmeda y muy caliente se posaba entre sus piernas, demostrándole que estaba viva y que deseaba a Remington intensamente.

Notó las manos masculinas descender hasta su cintura, mientras la lengua de Remington asaltaba su boca con fiereza pero, a la vez, con mucho tiento. Era un beso exigente a la par que delicado. Uno cargado de deseo con otro tanto de sentimiento. Un beso cargado de matices, de contrastes, uno de esos inolvidables…

Ronroneó contra su boca y subió la mano hasta la mandíbula de Remington. Le pasó los dedos por la barba.

—No quiero hacer esto —admitió Remington separándose de ella y abriendo los ojos. Amanda se separó, sorprendida. No esperaba semejante rechazo—. Mandy, yo… no quiero ir a ese dormitorio porque quieras demostrarte que has perdido el miedo a esos fantasmas que te persiguen. Quiero que me acompañes a esa cama porque me deseas de verdad. No quiero ser una meta para ti.

Aquellas palabras la conmovieron.

Cerró los ojos.

No, no lo veía como una prueba para saber si había olvidado el miedo que sentía al ver a Parker levantar la mano, preguntándose si después de aquel golpe la arrastraría a la cama. Desde que la había empujado escaleras abajo para que perdiera

al bebé, Amanda solo había conseguido imponer una norma en aquella maldita relación en la que se encontraba maniatada: nada de sexo. ¿Pero cuánto aguantaría Parker aquella situación?

Parker era pasado.

Aquella noche era el presente.

Deseaba a Remington Montgomery.

Nunca había deseado tanto a alguien.

Pero había llegado tan asustada al pueblo, repitiéndose una y otra vez que no debía acercarse a ningún hombre porque todos eran iguales, que no se había dado cuenta de que lo había estado buscando por todos lados; pendiente inconscientemente de él, de verlo en Blue Valley, por sus tierras o en la cafetería.

Mirarlo a él era como admirar las estrellas.

Qué ciega había estado…

Tragó saliva y alargó la mano para apartarle un mechón rebelde de la frente. Remington no se retiró ni le dijo que estaba siendo una atrevida. Al contrario, le sonrió con cariño. Amanda resiguió aquella preciosa sonrisa con el índice, atreviéndose a conocer los labios que la habían llevado hasta el cielo y más allá.

—Mandy… —le tomó la mano para besarle el dorso con mucha suavidad. Se levantaron—. ¿Estás segura de esto?

—No eres una meta. No… tengo miedo. Y quiero hacer esto —se aclaró la garganta, notando que un ligero rubor cubría su rostro—. Te deseo…

Encantado con su decisión, notando que los pantalones le oprimían demasiado, la cogió en brazos como si no pesara nada y la llevó hasta el dormitorio. Amanda aprovechó para rodearle el cuello con los brazos y le besó la mandíbula, que se apretó bajo sus labios.

La dejó con suavidad en la cama como si fuera una princesa, o así se sintió ella.

Con pasión contenida, Remington le pidió permiso para quitarle el vestido.

—Te prometo que iremos despacio —añadió al ver como sus ojos castaños tomaban un color caramelo claro y líquido—. Pararemos cuando quieras que paremos. Si te asustas, lo dejaremos donde nos encontremos. Fréname si crees que cruzo tu límite.

Amanda puso una mano sobre la suya, que descansaba sobre el dobladillo de la falda y asintió.

Casi ahogando un gemido, Remington subió el vestido por su cuerpo con reverencia, y se lo pasó por la cabeza. La observó a la luz de la lamparita de la mesita de noche que había encendido.

—Eres preciosa —susurró.

Bajó las manos hasta su vientre. El bebé se removió, dejando claro que estaba despierto, y Remington lo notó.

Si les había dicho a sus hermanos semanas atrás que ese bebé no le preocupaba en absoluto, ahora debía retractarse. Algo dentro de él adoraba a ese pequeñín que

reaccionaba a su tacto, a su voz.

¿Cuándo había empezado a sentir algo tan profundo por aquella mujer y el hijo que crecía en su interior? ¿Cuándo había dejado de serle indiferente? No sabría decir el momento exacto, pero no le importaba lo más mínimo.

Solo quería que estuvieran a salvo.

Sonrió y besó la piel que había justo encima de su ombligo.

Ver su rostro maravillado, la ternura del gesto, desarmó a Amanda.

¿Por qué el padre de aquel niño no lo había querido mientras que aquel hombre parecía encantado con él?

—A Cameron le gusta tu voz…

Remington sonrió mientras pasaba la boca por sus costillas. Levantó los ojos sin dejar de presionar la piel, que estaba sensible.

—¿Has decidido llamarlo Cameron?

Amanda atinó a asentir y se mordió el labio inferior cuando Remington trepó por su cuerpo y dejó los labios suspendidos a un centímetro de los suyos, las narices rozándose, los ojos a la misma altura y sosteniéndose la mirada.

Quiso besarlo, pero él se apartó, dejando que su boca lo siguiera.

—Es un nombre precioso, Mandy.

—Amanda —musitó ella—. En realidad… me llamo Amanda. Me cambié el nombre hace… mucho tiempo.

Sin duda, había pasado una eternidad desde que pudo escapar de la pesadilla que había vivido en Boston las últimas semanas.

—Vaya. Eres una caja de sorpresas… —Remington enarcó una ceja y le mordió la barbilla, pero no perdió la sonrisa—. Imagino que te has cambiado el nombre para que él no te encuentre. Y Max te ha ayudado.

—No quiero hablar de ese desalmado ahora mismo…

—No lo haremos —resiguió su mejilla con la nariz—. Te prometo que solo te llamaré Amanda cuando estemos solos… —la besó, adueñándose de su boca por completo, haciendo bailar su lengua, y ella se revolvió bajo su cuerpo—. ¿Me dejas llamarte así, Amanda?

—Sí…

Remington sonrió contra su beso.

Él se desnudó lentamente, dejando que fuera ella quien guiara los movimientos. No quería asustarla y dejó que llevase la batuta. Cuando se encontró que ambos llevaban solo la ropa interior, salió de la cama, dejando las manos femeninas sin espalda que acariciar, sin hombros que mordisquear.

Amanda lo echó de menos al instante y no pudo evitar hacer un mohín.

—¿Dónde vas?

—Dame un minuto.

Amanda se incorporó y observó cómo Remington iba hacia el porche. Apoyada en un codo, esperó, sin saber bien qué pensar.

Aunque tampoco le interesaba mucho lo que Remington estuviera buscando bajo la mecedora del porche —que se podía ver desde la puerta abierta del dormitorio—. Tenía unas vistas magníficas de su espalda, y eso era suficiente como para quedarse encandilada.

—¿Qué es eso? —preguntó al ver que dejaba una bolsa de papel en el suelo.

—Le he pedido a Nick que lo dejase en el porche cuando trajese la cena.

—Remington…

—He pensado que nuestra primera vez serviría para demostrarte que no voy a hacerte daño —y sacó un par de esposas de la bolsa—. Úsalas conmigo.

Quería que se sintiera segura controlando la situación, sus manos, su cuerpo. Quería que cogiera confianza en sí misma y en aquel deseo que estaba uniendo sus caminos y sus vidas de una forma que ninguno de los dos podía siquiera llegar a imaginar en esos momentos.

—No quedan muchos hombres como tú —dijo mientras él volvía a tumbarse a su lado.

—¿Así, cómo? —preguntó Remington mientras le recorría con el dorso de los dedos la curva de sus senos, que hacía rato que se habían visto liberados del sujetador.

—Buenos y atentos.

—Yo creo que hay más de los que crees —se inclinó y atrapó un pezón en un suave mordisco que encendió más aún la sangre de Amanda—. Pero no te has encontrado con los adecuados… hasta ahora.

—Te encontré a ti.

—Exacto —Remington le guiñó un ojo y se tumbó—. Espósame, Amanda. Soy todo tuyo.

Cuando tuvo las esposas en las manos, las notó tan frías y pesadas, que un nudo se clavó en su estómago. Una parte de sí misma se resistía. Tenía la sensación de estar usándolo.

—¿Estás seguro?

—Las llaves están en la bolsa —la miró de reojo con una sonrisa—. Quiero que hagas esto. Por favor. Sé que solo confiarás plenamente en mí, en esto que está naciendo entre nosotros… —incorporado sobre un codo, le apartó el pelo de la cara y de un hombro—, si esta noche lo hacemos así. Ponme las esposas.

Aunque le estaba dando una orden, Amanda reconoció que era más bien una sugerencia dada con tono autoritario. Pero no se asustó, no sintió miedo ni vio la oscuridad cerniéndose sobre ella.

Porque quien tenía el poder de los dos, no era Remington.

—Remington…

—Si te fías de mí, esto es solo el principio. Quiero que confíes en esto que nos sucede. Quiero que confíes en mí, que te abras, que cumplas tus fantasías y las

mías… —el calor abrasó las entrañas de la mujer, que tragó saliva—. Si supieras todo lo que quiero hacer contigo, serías lista y te marcharías.

—Tú no eres… así. Lo dices para asustarme, me alientas a que me vayas.

No fue una acusación, lo dijo con tono suave, aunque no por eso era una mentira.

—Créeme que no. Estoy deseando hacerte mil cosas, que tú me las hagas a mí. Quiero llevarte a la cima del placer, borrar de tu cuerpo el rastro de cualquier otro hombre, echarte a perder y que solo me quieras a mí. Dios, he sido un necio —su sonrisa iba más para sí mismo que para ella, pero la mujer la atesoró en algún lugar de su alma, algo le decía que era especial—. Te he deseado desde que llegaste. Necesito esta noche contigo pero… —una caricia en la mejilla la hizo suspirar—. Todavía estás a tiempo, preciosa.

Amanda no quería perder más tiempo, ya había tomado una decisión. No quería pensarla más, sino sí se echaría hacia atrás y no quería salir corriendo.

—Quiero que me toques —le explicó, en voz baja, mientras le tomaba la mano izquierda y se la esposaba a uno de los postes de la cama.

Remington le sonrió y la besó mientras usaba la mano libre para instarla a sentarse sobre él. Todavía llevaban la ropa interior, pero era suficiente como para notar el calor que emanaban sus cuerpos. La fricción era pecaminosa, casi decadente, y amenazaba con hacerlos estallar antes de tiempo.

Amanda se inclinó y cubrió su boca con la suya. Paseó las manos por su cuerpo a su antojo mientras lo esclavizaba a ese interminable beso que duró segundos, minutos, horas, días… Remington perdió la cuenta del tiempo que estuvo bebiendo de aquellos labios, porque únicamente existían Amanda y su boca; Amanda y su sabor; Amanda y su suavidad; Amanda y su perfume; Amanda y su sencillez; Amanda y su pasado; Amanda y su cuerpo; Amanda y su vientre abultado; Amanda y su sonrisa.

Sería tan sencillo acostumbrarse a esos labios, a esos besos que quitaban el aliento, que desarmaban y conquistaban sin pretenderlo…

Sabiendo que él la estaba mirando como un lobo hambriento, después de quitarle los calzoncillos, Amanda bajó de la cama y se deshizo de las sencillas y nada provocativas braguitas.

—Tengo protección —suspiró él.

Ella tomó de la bolsa un par de paquetitos. Rasgó uno con los dientes, ya que las manos no atinarían a romperlo.

Remington la ayudó a sentarse encima de él. Ambos tragaron saliva. Temblaban, pequeñas gotas de sudor cubrían sus cuerpos. Estaban nerviosos, como si fuera su primera vez; estaban excitados por la anticipación, la expectación y las expectativas.

—¿Le haremos daño, Amanda? —preguntó él con el ceño fruncido cuando empezó a internarse en su cuerpo, que lo guiaba con cuidado.

Ella respondió negando con la cabeza y se apoyó en el pecho masculino con un jadeo cuando lo tuvo totalmente enterrado dentro de ella. Había sido una embestida

lenta, estaba cerrada y tensa tras tanto tiempo. Remington, aunque se notaba palpitante, se quedó rígido bajo su cuerpo arqueado, sin duda haciendo un gran esfuerzo para no luchar contra la esposa que le retenía un brazo y le impedía moverse cómo quería.

Con cuidado, empezaron a mecerse al mismo ritmo, como si estuvieran sincronizados y hubiesen nacido para encajar.

—Amanda… —susurraba él una y otra vez, mientras le mesaba el pelo e intentaba que sus embestidas no fueran cada vez más fuertes y brutales; no quería hacerle daño, no quería que el bebé sufriera, no quería espantarla.

Aquella mujer lo envolvía como un puño caliente y amenazaba a su cordura tanto como a su autocontrol.

Amanda le arañó el torso y se mordió el labio para ahogar un grito. Todas sus terminaciones nerviosas estaban embriagadas de placer y dolían. Toda ella palpitaba, toda ella se convulsionaba. Su cuerpo estaba conteniendo el orgasmo y aquello la estaba matando lenta pero placenteramente. Era algo que no había experimentado jamás.

—Remington… —suspiró contra sus labios, rindiéndose por completo a ese hombre, que parecía… haberla hechizado.

La estaba elevando de nuevo hacia las estrellas, parecía que Remington tenía un don para hacerlo. Las vio a su alrededor, brillantes. Como cuando la besó en… ¿dónde se habían besado la primera vez? No era capaz de recordarlo, no era capaz de pensar.

Alzó los dedos para tocarlas, como siempre había querido hacer. Amanda supuso que en ese momento, la magia se rompería y todas ellas caerían a su alrededor, como estrellas fugaces condenadas al fracaso, a no conceder ningún deseo. Pero las sostuvo contra las palmas de las manos y las notó tan calientes como su propio cuerpo. Eran livianas, chispeantes. Giraron a su alrededor como si se hubiesen convertido en un tornado y la hubiesen engullido…

Entonces oyó su voz susurrando su nombre.

—Amanda… Amanda…

Gritó el nombre de Remington cuando notó aquella voraginosa galaxia explotar a su alrededor. Aquella sensación la dejó boqueando en busca de aire; con el estómago lleno de mariposas que aleteaban hasta la garganta; con las piernas temblorosas por la brutalidad del orgasmo, que había sido demoledor; con el corazón latiendo tan fuerte que, de tener uso de razón en esos momentos, quizá se hubiese preguntado si Remington era capaz de escucharlo.

El orgasmo de Remington fue silencioso, porque se mordió el brazo para acallarse.

—No deberías hacer eso —tumbada encima de su bronceado cuerpo, Amanda resiguió la marca de sus dientes. El bíceps estaba tan bien definido como su

dentadura en la piel. Suspiró y casi clavó la barbilla en el centro de su imponente pecho—. ¿Estás bien?

Remington abrió los ojos y se encontró con el ceño de Amanda fruncido en forma de V.

No se atrevía a contarle que cuando había alcanzado el orgasmo más arrollador de su vida, había estado a punto de decir unas palabras que podrían haberle sentenciado para siempre. Unas palabras que había refrenado a tiempo cuando se dio cuenta de lo que estaba a punto de decir.

Y se las calló. Se las tragó para que se quedasen atascadas dentro de su garganta, entre sus cuerdas vocales.

Te quiero.

Acababa de descubrir que estaba enamorado de Amanda y ni siquiera sabía por qué, ni cuándo había ocurrido. Jamás había creído que pudiera sentir amor romántico, pero de haber albergado tal posibilidad, no se hubiera imaginado que la elegida sería Amanda.

Una mujer que llevaba sobre sus hombros un pasado que todavía la condicionaba. Una mujer que estaba esperando el hijo de otro hombre, pero que él estaba dispuesto a querer porque ya lo hacía.

No, no podía entregarle con tanta facilidad un cínico y sangrante corazón.

En esos momentos, cabeza y emociones pedían que se alejase de ella para siempre antes de terminar hecho pedazos.

Una mujer herida, llena de grietas, que intentaba encontrarse de nuevo a sí misma, era un arma cargada que, sin querer, podía hacer mucho daño si se disparaba ante el mínimo temblor del índice sobre el gatillo, porque…

El futuro asustaba.

El amor asustaba.

La confianza ciega asustaba.

Le sonrió intentando distraerla, pues estaba preocupada por él, y levantó la cabeza para darle un delicado beso en los labios fruncidos.

—¿Qué tal si me desatas?

Amanda asintió, no muy convencida y se apartó de él con sumo cuidado.

La vio rebuscar en la bolsa y tragó saliva. Tenía una espalda preciosa, apreció. Piel de marfil, ningún tatuaje, con algún que otro lunar cerca de los hoyuelos que tenía en la parte baja…; y sintió dentro su pecho el arañazo de una bestia que le pedía que le pasase la lengua por la columna vertebral y que acariciase su piel como fueran cuerdas de guitarra.

Cuando un hombre piensa en lo suave que es la piel de la espalda de una mujer… sabe que está en serios problemas.

CAPÍTULO 21

Algo le hacía cosquillas en la nariz. Movió una mano para apartar lo que fuera que estuviera molestándola, pero más tarde se daría cuenta de que era imposible evitar que el sol le calentase la piel.

Sonrió como una gatita que acaba de tomarse un platito de leche y pasó la mano por el lado de la cama que se había quedado vacío cuando Remington se había marchado a trabajar.

¿Cuándo se habría ido?

¿Y qué hora era?

No tenía prisa.

Cindy le había dado todo el fin de semana libre. Al fin y al cabo, era una mujer embarazada que trabajaba de pie muchas horas al día. Ser amiga de la jefa y parecer que se había comido una sandía enterita ella sola le daba ciertas libertades: podía salir a la cafetería a tomarse un batido o algo para comer en cualquier momento que se encontrase excesivamente agotada.

Vio en el reloj de la mesita de noche que era casi la hora del almuerzo.

Se incorporó con un gemido. Le dolía todo el cuerpo, aunque era un dolor agradable que le trajo muy buenos recuerdos, porque Remington le hizo el amor otra vez después de la primera.

Fue a ducharse. El agua caliente relajó sus músculos y la vació de todo pensamiento, aunque no la dejó desnuda de emociones. Era como si Remington todavía estuviese dentro de ella.

Había tenido un par de novios y amantes antes de Parker, pero ninguno de ellos, ni siquiera el padre de su hijo, la habían hecho… sentir tanto.

Sí, cuando Remington la tocaba, aunque fuera por error o para apartarle el pelo de la mejilla, dejaba impreso su contacto en su piel con un hormigueo candente, lleno de calidez.

Se secó el pelo con una toalla y se puso un vestido ligero y sin forma. Descalza, fue hacia la cocina. Tenía hambre.

No pudo evitar soltar una carcajada y apoyarse en el marco ovalado de madera. Sobre de la encimera había una bandeja con una jarra de zumo y una fiambrera.

Cogió la nota que había encima de la fiambrera y la leyó sin dejar de sonreír. Remington parecía ser igual de bueno escribiendo que en la cama, aunque todavía le era complicado decir todo aquello en voz alta. Era encantador que le dijera que ya no le parecía tan distante que al principio y que no se arrepentía de haber querido conocerla más a fondo.

La consideraba maravillosa…

Amanda suspiró y apretó la nota contra el pecho.

A ella le ocurría lo mismo, tenía la misma sensación, y estar tan en sintonía con Remington la espantaba. Más de lo que estaba dispuesta a admitir.

El zumo estaba fresco y los dónuts todavía blanditos y ricos.

Cogió el teléfono que colgaba de la pared y que Tanner había instalado unos días atrás.

—Comisaría de Blue Valley. Soy el agente Remington Montgomery, ¿en qué puedo ayudarle?

Oírlo hablar con tanta profesionalidad la dejó con el corazón palpitante y tuvo que carraspear, porque se había quedado sin voz.

—¿Llamo en mal momento?

—Mandy… —Amanda no pudo evitar sonreír: Remington se acordaba de que no podía llamarla de otra forma siempre que no estuvieran a solas—. ¿Va todo bien?

—Sí, sí, tranquilo —lo oyó suspirar, aliviado—. Solo quería… darte las gracias por el desayuno.

Él se rio por lo bajo.

—¿Has dormido bien? —le preguntó, y Amanda adivinó su sonrisa contra el auricular del teléfono de comisaría.

—Sí —alargó el brazo para coger una servilleta de papel—. ¿Tú has dormido algo?

—Un par de horas.

Por supuesto, no era cierto. Se había quedado tumbado a su lado, observándola dormir y apartándole el pelo de las mejillas, hasta que el sol había asomado a través de la ventana. Había tenido miedo de rendirse al cansancio y no encontrar a Amanda cuando abriera los ojos, porque aquella mujer era una escapista profesional.

—Espero que tomes una gran cantidad de cafeína para soportar las siguientes treinta y seis horas de trabajo que te esperan.

Sin perder la sonrisa, Remington se arrellanó en su silla. Era extraño, pero oír la voz de Amanda lo relajaba hasta el punto de darle paz, una parecida a la que le daba la noche al coger la cama.

—¿Te estás preocupando por mí?

—¡Remington! —protestó ella con una carcajada.

—El lunes viene un agente de San Antonio para sustituirme. Tengo dos semanas de vacaciones y alguien tiene que quedarse con Rebeccah en comisaría. Quedarse sola no es opción —le guiñó un ojo a su compañera, que le devolvió el gesto—. Podré descansar.

—Eso está mejor…

—Si me has llamado… —Remington tensó los dedos alrededor del teléfono. Nunca se había sentido tan nervioso y vulnerable por una mujer—. ¿Eso significa que no te arrepientes de lo sucedido?

Amanda no dijo nada durante unos segundos, mordiéndose el labio inferior. Lo tranquilizó diciendo que no, que no se arrepentía de haber pasado la noche con él. No le costó pronunciar aquellas palabras, al menos no tanto cómo había creído al principio. Aunque agradecía estar sola en la cocina de *La Cabaña Azul*, sin testigos, sin nadie que viera lo sonrojada que se encontraba.

—Rebeccah ha salido un momento a tomar el aire…

Frunció el ceño. ¿A qué venía eso tan de repente? Quiso preguntar, pero Remington se le adelantó.

—Voy a llamarte por tu nombre.

—Remington…

—Amanda —la voz ronca traspasó la línea telefónica y también su cuerpo. El efecto que tuvo en ella fue similar al de un beso apasionado y ardiente, de esos que exprime todas las emociones del cuerpo y hace nacer unas nuevas, mucho más intensas y peligrosas—. Tengo que hacerte una pregunta.

Amanda se obligó a abrir los ojos y a prestarle atención a Remington, que le estaba preguntando si tenía intención de marcharse pronto del pueblo. Durante unos segundos, su cerebro no registró lo que le llegaba desde el auricular del teléfono.

¿Cuánto tiempo pensaba quedarse en Blue Valley?

El contrato de alquiler no tenía vencimiento, pero estaba claro que no pensaba quedarse indefinidamente en la cabaña de los Montgomery. Tanto Remington como ella eran conscientes de ello.

Pero Amanda no sabía cuándo podría volver a Boston, a su apartamento… el lugar al que consideraba su hogar.

Maxwell le había enviado una carta con el último paquete, donde había una chaqueta y más ropa interior.

No podían contar llevar a Parker a juicio, al menos de momento: las pruebas no eran suficientes como para considerar que Benedict fuera declarado culpable. Por no decir que Max había fisgoneado demasiado y había llamado la atención de sus superiores, que ahora lo tenían en el punto de mira. Si seguía incordiando e investigando al hijo de un importante empresario cuyo poder se extendía a la bolsa, podía perder su empleo. Las novedades no habían sorprendido a Amanda.

Ella había sabido desde el principio que denunciar a Parker sería inútil, si bien una pequeña parte de su ser creía en la esperanza.

La verdad era que nadie la creería, no cuando Parker tenía hermanos poderosos que contaban con la simpatía de muchísimos votantes. Por no decir que también contaba con amigos muy influyentes que podrían destruir a Max y a sus jefes con un chasqueo de dedos.

Estaban ante un enemigo muy difícil de derribar. Entendía que Max debía dejar aparcada la investigación y centrarse en lo que su superior ordenara.

Así que posiblemente su estancia allí se alargase más de lo que estaba previsto.

Se acarició el vientre. No sabía si daría a luz en Blue Valley. Si todo seguía como hasta el momento, era muy probable que sí. Y prefería que su hijo naciera allí, en aquel lugar donde había aprendido a sentirse segura de nuevo.

Después de todo, sabría lo que era encender la chimenea del salón de *La Cabaña Azul*; quizá descubriría si en Texas nevaba cuando llegaba la Navidad.

—No sé cuánto más tiempo me quedaré aquí. Yo… estoy muy bien en Blue Valley —llegó a decir, recordando que Remington esperaba una respuesta—. Si necesitas la cabaña…

—No, no te preocupes por eso ahora —la cortó él con suavidad—. No es por nada del alquiler.

—¿Entonces? ¿Ocurre algo?

—El otro día le hice un encargo a un conocido y me ha llamado hace un rato para decirme que ya está listo. Es un regalo… para ti.

—¿Un regalo para mí? —no pudo evitar sentirse tan ilusionada como una niña en Navidad.

—Y para Cameron.

—No es necesario… —se apresuró a decir, emocionada.

—Puede que no. Pero si vas a estar aquí cuando nazca el bebé, no pienso dejarte sola. Ya te lo dije, ¿no? —Amanda se apoyó en la encimera, recordando el brillo multicolor que los fuegos artificiales de la noche del Cuatro de Julio daban a los ojos de Remington—. Irá esta tarde, lo más seguro. Sabrás que es de fiar nada más ver a Fergal.

—¿Ah, sí?

—Tiene la misma barriga que Santa Claus y el pelo de color zanahoria, aunque el bigote ya muestra que tiene sus sesenta y seis años.

Amanda rio ante la descripción.

—¿Es irlandés?

—Sí. Acepta el regalo, ¿de acuerdo?

Remington tuvo que colgar en ese momento. El teléfono que había sobre la mesa de Rebeccah empezó a sonar, pues su línea estaba ocupada por Amanda. Tenía que atender un pueblo y velar por su seguridad, aunque también se encargaría de cuidar a aquella mujer…

Esa tarde, cuando el sol estaba rozando el horizonte y teñía el cielo de distintos colores, llamaron a la puerta de *La Cabaña Azul*.

Amanda al fin conoció a Fergal.

Y se encontró con una preciosa cuna hecha a mano, de madera, que le robó el corazón y amenazó con hacerla llorar delante de un desconocido que le preguntaba dónde quería que le dejase aquella obra maestra de las manualidades y cuyo valor sentimental era muchísimo más elevado que el económico.

Remington Montgomery sabía cómo ganarse el corazón de una mujer.

CAPÍTULO 22

Amanda estaba apoyada en la valla de madera que delimitaba la arena donde hacían correr a los caballos. Era un círculo tan grande que la cabaña entera podría caber en él. Allí era donde adiestraban a los animales.

Tanner estaba con una yegua muy joven de color hígado.

No dominaba mucho de aquel mundo, ni siquiera sabría decir qué raza era aquel ejemplar, pero Amanda no podía negar que era un caballo magnífico, precioso, elegante.

—Pronto la venderemos.

Se volvió hacia Remington, que caminaba hacia ella con las manos en los bolsillos del pantalón tejano, roto a la altura de los muslos y de las rodillas. Estaba cubierto de polvo y olía a sudor y a animal, pero seguía estando arrebatador.

Nunca pensó que la atraería un hombre con un aspecto tan curtido, con unos músculos tan marcados. Pero con solo imaginar a Remington arremangado y recolocando las puertas de las cuadras que se habían roto, el corazón empezaba a latirle con tanta fuerza, que se preguntaba si él podía oírlo.

La besó con suavidad.

—Buenos días —bajó la mano hasta el vientre y lo acarició—. Buenos días a ti también, Cameron.

A Amanda todavía la emocionaba que tuviera tan en cuenta a su pequeñín.

—¿Cómo te va?

—Nunca pensé que pasaría las vacaciones echando una mano a mis hermanos en el rancho. Hacía años que no me ponía esta ropa —admitió Remington, apoyando un pie y los brazos en la valla—. Es bonita, ¿verdad?

Amanda también se apoyó en la valla para observar a la yegua.

—Mucho. ¿De verdad tenéis que venderla?

—Sí —Remington levantó la mano para saludar a Tanner y Amanda lo imitó, usando la otra mano como visera para que el sol no la molestase—. Si nos quedásemos todos los potrillos que paren las yeguas, tendríamos superpoblación en el rancho. Además, este es nuestro negocio. Preñar yeguas y vender los caballos es nuestro día a día.

Ella asintió, comprendiéndolo.

Remington la observaba de reojo. Estaba preciosa, concentrada en el caballo. Observando cómo trotaba sobre la arena, casi como si sus patas no tocasen suelo. Estaba maravillada por el espectáculo, parecía una niña pequeña que pisaba por primera vez una granja.

Era adorable.

Tanner se acercó para saludarlos y la yegua alargó el morro hacia ella, llena de curiosidad por aquella desconocida.

—Si quieres, puedes tocarla, Mandy —la animó el hermano de Remington, atando las riendas a la valla—. Nuestros caballos están acostumbrados a los humanos. No te morderán.

—Desde que son potrillos los familiarizamos con un entorno animal y otro más… nuestro —lo apoyó Remington, señalando la yegua con la barbilla—. Vamos, prueba.

Amanda dudó unos instantes, pero cuando sus dedos tocaron al animal, sintió una paz interior que la empujó a acariciarla con más suavidad, sin miedo alguno. Además, la yegua parecía encantada con sus atenciones.

—¿No has traído azúcar? —oyó decir a Tanner.

—Se me pasó.

—¿Sabes dónde está Nick? Tendría que haberme ayudado a cambiar la paja de los establos, pero se ha escaqueado —gruñó.

Remington respondió sin apartar la mirada de Amanda. ¿Por qué no llevaba una cámara encima para inmortalizar aquel momento tan tierno? ¿Y desde cuándo le interesaba la fotografía?

—Ha ido a ver a Georgina Bennett, creo.

—Espero que consiga que le venda ese nuevo remolque camión para caballos, porque el nuestro no aguantará mucho más. Está destrozado… —Tanner suspiró y dio un golpe al suelo con la punta de la bota—. Bueno, Mandy, siento alejarte de Gwen, pero ya va siendo hora de que vuelva con los suyos y deje de rodearse de tanta belleza.

—Eres un zalamero —rio Amanda.

Amanda volvió a soltar una carcajada cuando la yegua relinchó al ver que la desataban y la alejaban de ella, pero finalmente dejó que Tanner la llevase a un cobertizo al descubierto, donde había otras dos yeguas.

—¿Qué te parece si me ducho, me pongo algo más decente y vamos a dar un paseo por el pueblo? Podríamos tomar un batido…

—¡No! —la voz femenina les hizo volver la cabeza a los dos—. De eso nada, jefe.

La mujer caminaba hacia ellos con una sonrisa en el rostro.

—Rebeccah, estoy de vacaciones. Si crees que iré contigo a comisaría…

—Frena… —la mujer sonrió y tiró del dobladillo de la falda de su precioso vestido rojo, que se ajustaba a su cintura de avispa gracias a un cinturón marrón—. No llevo uniforme, ¿eh? Es mi mañana libre.

—Swift… ¿crees que podrá solo?

Amanda meneó la cabeza con disimulo. Que Remington se preocupase por su sustituto decía mucho de lo responsable que era para con el trabajo.

—Swift está acostumbrado al ajetreo. Trabajar en tu puesto es como tomarse unas pseudovacaciones —le aseguró Rebeccah moviendo la mano, restándole importancia

al asunto—. Además, no he venido a buscarte a ti. Estoy aquí por Mandy.

Amanda, que había estado conteniendo una gran sonrisa, pestañeó.

—¿Por mí?

—Sí.

Rebeccah y ella habían tomado varios cafés y helados juntas. Hablaban de todo un poco, pero jamás habían tocado temas trascendentales, quizá porque cada una prefería mantener a sus fantasmas lejos de la otra. Pero eso no significaba que Amanda no la considerase su amiga. Lo hacía, de hecho.

—Quiero ir de compras y necesito compañía femenina. Ya sabes, una opinión fiable. He pensado que quizá te apetecería venir conmigo.

No se lo pensó dos veces: ¿día de chicas, yendo a comprar? Hacía demasiado tiempo que no vivía algo así. Aceptó después de ponerle ojitos a Remington, dejándole claro que se marcharía. Él resopló y le dio un suave empujón en la base de la espalda para acercarla a Rebeccah, cuya sonrisa era triunfal.

Pero Amanda giró sobre sus talones y, sorprendiéndolo, se colgó de su cuello y lo obligó a bajar la cabeza para darle un beso. Muchos dirían que era un beso casto, pues en ningún momento la lengua de Amanda quiso juguetear con la de él, pero la presión de su boca contra la suya lo encendió.

De no haber tenido público, la habría cogido en brazos para tomarla en cualquier cuadra vacía.

—Volveré antes de la hora de cenar —el susurro de Amanda rozó sus labios y él quiso atraparle el labio inferior con los dientes.

—Te esperaré en *La Cabaña Azul*.

—Bien —sonrojada, ella volvió a besarlo.

—Vamos, chicos, vamos… podríais escandalizarme… —se rio Rebeccah, arrancándole una carcajada a Amanda, que se apartó de él—. Ven —la agente la tomó por el brazo, lo enlazó con el suyo y la alejó a paso tranquilo del polvo, los hombres y los caballos—. ¡Vamos a pasárnoslo bien!

Remington, todavía notando la boca de Amanda sobre la suya, meneó la cabeza, divertido y contento por ver que Amanda tenía una amiga en Blue Valley. Las observó marchar. Eran muy diferentes, aquellas dos mujeres, pero las apreciaba a ambas. Aunque estaba enamorado de Amanda por su sencillez, su naturalidad y su generosidad, tenía que admitir que conocía más profundamente a Rebeccah.

Trabajar codo con codo le había dicho mucho de su forma de ser, y su compañera había terminado por explicarle sus problemas, todo aquello con lo que le era difícil lidiar, y lo mismo había hecho él.

Eran dos mujeres que se entendían a la perfección porque eran almas heridas, mujeres que en algún momento habían tenido el corazón hecho trizas y que habían podido empezar de cero en otro lugar.

—¿Esa no era Rebeccah?

—Sí. Se lleva a Mandy de compras.

Su hermano mayor se quitó el sombrero de *cowboy* y se pasó el brazo por la frente sin apartar los ojos de las dos siluetas que rodeaban el rancho.

—Creo que tenerse la una a la otra les hará bien, ¿tú no?

—Sí, yo también lo creo —Remington pasó un brazo por el hombro a su hermano —. Pero deja de babear por las piernas de Rebeccah o terminarás embarrando el suelo.

—Tío, apestas —exclamó su hermano, visiblemente molesto, apartándose de él con un empujón.

Remington volvió a la casa riéndose, sintiéndose feliz, de corazón, como hacía años que no se sentía.

Amanda se tragó una sonrisa mientras Rebeccah buscaba en el pequeño bolso las llaves del coche. Al parecer, su amiga no se había dado cuenta de un pequeño detalle que a ella no se le había pasado desapercibida, tal vez porque tenía la costumbre de vigilarlo todo por si veía algo extraño.

Había visto a Tanner aparecer y la mirada que le había dirigido a la policía…

Si Amanda fuera la destinataria de semejante ojeada, hubiera perdido el sentido allí mismo de la emoción. Era una mezcla de deseo salvaje con un respeto abismal que lucía de lo más seductor en un *cowboy* tan curtido como un Montgomery.

—Rebeccah…

—¿Mmmm? —ella alzó la vista después de abrir el coche con el botones del mando a distancia.

—No te has dado cuenta, ¿cierto?

—¿De qué?

Rodearon el coche y Amanda sonrió con misterio por encima del techo del automóvil. Se sentó sabiendo que su amiga querría saber más.

—¿Mandy?

La miró mientras echaba el asiento para atrás, pues su barriga no le permitía estar cómoda allí dentro. Mientras tomaba el cinturón, le guiñó un ojo.

—Tanner te desea.

Amanda tuvo que morderse la mejilla para no reír. Aquel comentario había puesto más nerviosa a Rebeccah: no logró poner la llave en el contacto hasta el cuarto intento y se le caló el coche dos veces. Carraspeó sin mirarla cuando pudo avanzar unos pocos metros. Se agarraba de tal forma al volante y tenía los muslos tan apretados, que Amanda sabía que las ganas de arrancarse la ropa y deshacer las sábanas era un sentimiento mutuo.

—No lo dices en serio.

—No entiendo que seas tan insegura con lo simpática y guapa que eres —comentó.

La otra se encogió de hombros.

—Estás exagerando.

—No creo. Y sé lo que he visto. Madre mía, qué mirada, Rebeccah —sonrió y echó la cabeza hacia atrás. No se fijaba en cómo la miraba Remington, pero ojalá sus ojos tuvieran aquel brillo. La emocionaba pensar que era así—. Se han fundido los polos. En unos minutos, el planeta se inundará y Tanner Montgomery será el responsable. ¿No notas cómo ha subido la temperatura?

Rebeccah se sonrojó de pies a cabeza.

—Sí, pero por tu culpa.

—¡Ah! ¿Te gusta? —Amanda solo quería confirmar algo que ya sospechaba.

Rebeccah tragó saliva y se concentró en conducir por las calles semipeatonales. No quería llevarse a nadie por delante, si bien por cómo le temblaban las piernas, en cualquier momento podría acelerar en vez de frenar.

¿Tanner la miraba con deseo? ¿Sería cierto que la química que ella sentía entre ambos era real?

—No importa —quería cortar las alas de Mandy, no quería que alimentase aquella calidez que le apretaba el estómago y palpitaba entre sus muslos—. Qué más da si él me desea o si yo le correspondo.

—¿Por qué? Ambos sois libres…

Porque el pasado de Rebeccah era demasiado doloroso. Y algunas heridas, por más que acabaran sanando, de tanto en tanto quemaban, dolían. Como recordatorio de que estaban allí y de que no podías huir de ellas. No podías verlas, eran tatuajes escritos con tinta invisible, de esa que solo se ve si se aparta la piel.

Sin embargo, Rebeccah las notaba bajo las costillas, a la altura del corazón, punzando, atrayendo recuerdos sangrientos. Mirar a Tanner más de cinco segundos seguidos.

—Es imposible.

—No hay nada imposible, te lo aseguro yo.

Rebeccah sonrió de medio lado sin emociones, sintiéndose vacía. Como aquellas noches donde era incapaz de detestar la soledad porque al mismo tiempo la agradecía y ansiaba…

—¿Sí, Mandy? Todos tenemos secretos —puso el intermitente para empezar las maniobras de aparcar. La observó unos momentos mientras apoyaba el brazo en el respaldo del copiloto para poder mirar hacia atrás.

Amanda supo que había oscuridad bajo Rebeccah, el mismo tipo de niebla que envolvía su alma los momentos de melancolía.

Lo había sospechado dada la afinidad que había habido entre ellas de forma instantánea. Se habían reconocido como almas heridas sin mediar palabra y ahora volvían a leer entre líneas.

Siempre sería así, siempre se entenderían. Y por más que callasen, podían apoyarse la una en la otra. No lo habían dicho jamás en voz alta, pero Amanda estaba

segura de ello; esos acuerdos tácitos eran silenciosos, se decían con ojos cómplices, barbilla palpitante.

Solo deseaba que Rebeccah pudiera librarse de aquellas cadenas que a ella también la habían sujetado durante semanas…

Hasta hacía poco tiempo.

CAPÍTULO 23

Cindy sonrió con complicidad cuando señaló la puerta con la barbilla.

Remington le guiñó un ojo con picardía y entró con sigilo en la cocina de la cafetería. Tragándose una sonrisa, su tía meneó la cabeza y dejó sobre la barra el trapo con el que estaba secando los cubiertos. Disimuladamente se asomó por el hueco de la pared que comunicaba con la cocina y por el que Amanda le entregaba los platos que iba teniendo listos.

Observó cómo su sobrino se acercaba de puntillas a Amanda, que ahora observaba el valle que se extendía ante la ventana que había sobre el fregadero, pues ya había terminado de ordenar todos los utensilios en sus respectivos armarios.

Cuando la abrazó por la espalda, Cindy supo que el cielo había bendecido a esa muchacha con un hombre bondadoso. Y deseó que todo fuese obra de Brenda, que quería que un corazón maltrecho como el de su hermano se cosiera con los hilos de otro corazón hecho trizas, capaz de volver a amar con la persona correcta…

Sonó el teléfono. Lo maldijo, pues la alejaba de aquella estampa tan bonita que la hacía olvidar que tenía un funeral en breves.

Amanda se había grabado a fuego en la piel la colonia de Remington, así que notó su presencia antes de que sus fuertes brazos la estrechasen contra su pecho. No tenía miedo. Había desaparecido por completo aquel sentimiento tan oscuro y espeso que podía inundar sus pulmones y dejarla sin aire.

Cerró los ojos y cruzó los brazos encima de los de Remington, que enterró la nariz en su pelo. Olía a fritos, pero él decía que debajo del olor a cocina, encontraba su perfume.

—Hola, preciosa —susurró contra su oreja, haciéndola temblar de pies a cabeza.

Ella sonrió y ladeó la cabeza para que los labios de Remington rozasen su sien con el tacto de una pluma.

—Hola.

—¿Cómo te encuentras hoy?

—Pesada —admitió con abatimiento, ¡cómo odiaba pasarse el día quejándose!

—¿Qué te parece si te llevo a casa y te preparo un baño de agua caliente?

Amanda gimió de puro gusto.

—Suena tentador… —reconoció, recorriendo sus brazos con la punta de las uñas.

Él se estremeció ante su tacto y le besó el cuello mientras bajaba la voz para que solamente ella fuera dueña de sus siguientes palabras:

—Lo es, ¿verdad? Te ayudaré a secarte y te llevaré al salón, dónde cenaremos la comida mexicana que yo mismo te habré preparado mientras te ponías en remojo…

—besó la piel sensible que había tras el lóbulo de la oreja—. Y luego te cargaré en brazos hasta mi dormitorio, donde te abrazaré hasta que salga el sol…

Amanda se mordió el labio inferior. En momentos cómo ese no podía evitar preguntarse si Remington era real. Se desvivía por hacerle la vida más fácil. No se interponía en su camino ni la sobreprotegía, tampoco la hacía sentirse inútil. Pero sabía cómo echarle una mano, la mimaba sin pedir nada a cambio.

—Mañana no madrugo… me han dado vacaciones forzadas —buscó la voz en su garganta. La cercanía de Remington la embriagaba—. Cindy cierra el local hasta el domingo. Se marcha a Dallas.

—Sí, lo sé, tiene un funeral —la hizo girar entre sus brazos y le sonrió abiertamente—. Hola.

Ella se rio y se abrazó a él entrelazando las manos a su cintura.

—Hola, Remington.

—¿Entonces te vienes unos días a mi casa? —le preguntó, enarcando las cejas.

—¿Y tus hermanos?

—¿Qué pasa con ellos? —el ceño de Remington se frunció.

—¿No te da cosa que sepan que estamos juntos… haciendo…? —movió la mano en un aspaviento que demostraba lo incomoda que se sentía con aquella conversación.

Remington echó la cabeza hacia atrás y se rio con una carcajada que hizo bufar a Amanda.

—Cariño, llevas durmiendo conmigo muchas noches. Les da igual. Además, mis hermanos no tienen ni idea de lo que pasa en mi casa o en *La Cabaña Azul*. Te lo aseguro —le rozó la nariz con la suya para tranquilizarla—. Si les digo que solo te abrazo por las noches, me creerán.

—Últimamente es lo único que hacemos —Amanda intentó no sonreír.

—¿No lo ves? Soy tu marioneta. Me has convertido en un romántico —le besó el cuello para que no viera que bajo el tono jocoso que había usado, había una verdad tan absoluta que a él todavía lo asustaba. Bajó la mano hacia la curva su vientre; Cameron, que estaba despierto, parecía encantado con su presencia—. ¿Vendrás, Amanda?

—Mmmmmm… —ella fingió pensárselo y Remington, también haciendo ver que estaba molesto por su vacilación, atrapó su labio inferior con los labios y le dio un leve tirón.

—No me has respondido.

—Creí haberlo hecho —Amanda se revolvió para que la soltase—. Pero espero que hoy en esa bañera seamos dos.

Los ojos de Remington se enturbiaron.

—Venga, chicos, a besaros a casa. ¡Aquí venimos a trabajar…! —la voz de Cindy los hizo separarse, como si los hubiera pillado desnudándose.

Remington la ayudó a coger sus cosas y salieron a la sala. Cindy estaba sirviendo un par de cafés a unos adolescentes que estaban estudiando para poder aprobar en septiembre. Saltaba a la vista que la mujer estaba afectada por algo. Amanda la hizo sentarse tras la barra como si fuera una cliente más y le preguntó qué le ocurría.

—¿Tiene que ver con esa última llamada? —preguntó. Cuando aquel aparato inalámbrico sonaba, la cocina entera retumbaba.

—Sí. Era mi prima Samantha. El funeral de mi tía Adele se ha adelantado un día —lamentó, los ojos húmedos—. Mi primo August se marcha el sábado por la noche a Honolulu, no piensa retrasar el viaje, ¡el muy…! —se quitó las gafas, manchadas por las lágrimas, para limpiarlas en su delantal—. El abogado quiere leer el testamento pasado mañana a última hora. ¡No llegaré a tiempo al entierro!

Remington observó cómo Amanda le colocaba las gafas en su sitio, le arreglaba el pelo y le daba un beso en la mejilla. Era toda bondad. Y había recuperado su esencia cariñosa, dejando atrás la frialdad y la distancia que la habían acompañado nada más llegar al pueblo.

—Entonces márchate ya —Amanda le quitó el delantal de las manos—. Yo me encargaré de cerrar dentro de una hora.

—Pero…

—No te preocupes, es solo apagar luces, poner la alarma y echar la llave. Vamos, vete.

—Hazle caso, tía —Remington rodeó los hombros de Amanda con un brazo—. Todo está bien aquí. Te necesitan en Dallas. Si sales antes de que se ponga el sol, llegarás a tiempo. Pero conduce con cuidado.

—Mi coche está bien y mi vista también —cogió la mano de Amanda, ignorando la cara de pocos amigos de su sobrino—. Iré a preparar la maleta, pero vendré a cerrar yo. En una hora estoy aquí de nuevo. ¿Te importa?

—Ya te he dicho que no. Vamos —Amanda dobló el delantal y regresó tras la barra, donde lo dejó bien guardado en un cajón—. Ve.

Cindy besó a su sobrino y se fue a paso rápido. Regresó justo cuando Amanda estaba limpiando el último vaso, casi a oscuras, puesto que ya no había clientes.

—¿Ya lo tienes todo? —preguntó Amanda dejando el vaso en su estante.

—Sí —Cindy se sentó en un taburete y se pasó una mano por la mandíbula, intentando contener la pena y las lágrimas.

Amanda, que había tomado su mano entre las suyas, quiso animarla, pero la puerta de la cafetería se abrió con su característico tintineo de campanas. Parpadeó mientras observaba al forastero.

Nada más verle, decidió que aquel hombre no era de fiar.

El tipo era muy alto y tenía un cuerpo fibroso, saltaba a la vista que estaba bien entrenado. Algo le decía a Amanda que aquel hombre había sido militar, y no lo pensaba por el estricto corte de pelo, ni por la forma de caminar. Había algo en

aquellos ojos verdes que la escamaba, algo en el rictus de sus labios que le aceleró el corazón.

—Está cerrado —comentó con un hilo de voz.

—Solo estaré aquí cinco minutos —la voz dura y ronca señalaba problemas, pensó Amanda, que conocía muy bien a los policías gracias a Max y a sus compañeros del FBI.

—Entonces seguro que podemos atenderle —Cindy bajó de su taburete y Amanda vio que estaba forzando la sonrisa. A su jefa tampoco le inspiraba confianza—. ¿Qué le ponemos?

—Un café con hielo, si no hay inconveniente —pero lo dijo mirando a Amanda, que notó una gota de sudor frío recorrerle la espalda.

—Mandy, por favor.

Ella asintió y se obligó a tranquilizarse mientras se giraba hacia la cafetera y cogía el portafiltro para llenarlo de café.

—Señora, en realidad no estoy aquí para tomar un café. Me gustaría hablar con usted y, de poder ser, también con su empleada.

Amanda tragó saliva. Quizá si tenía motivos para preocuparse, al fin y al cabo.

—Usted dirá —la voz de Cindy era tan dura y diplomática como la de él.

—Soy Richard Hancock, detective privado —ante aquellas palabras, Amanda sintió que el corazón le daba un vuelco, pero se obligó a colocar con manos firmes el portafiltro en su sitio, encajándolo con fuerza en la cafetera—. Busco a esta mujer.

Seguramente acababa de sacar una fotografía. Intentando que el hombre no viera lo nerviosa que estaba, cogió una tacita de café, la puso bajo la cafetera y pulsó el botón de encendido de la máquina. Observó durante unos segundos cómo el oscuro líquido caía, de forma certera, hasta la taza.

—No, no me suena —la voz de Cindy sonó firme, mientras le devolvía la fotografía al detective—. Tengo buena memoria y le aseguro que, si esta chica hubiese pasado por aquí, me acordaría.

—¿Está segura?

—Por supuesto, señor. Aunque soy muy buena amiga de Tammy Fritz, la dueña de uno de los hoteles del pueblo. A veces me habla de sus huéspedes, no todos pasan por aquí, ¿sabe?, y a mí me gusta estar informada sobre quién pasa por Blue Valley… las dos somos muy cotillas —Cindy hablaba con aquella soltura pueblerina y charlatana que tanto la caracterizaba con sus clientes, y Amanda se preguntó adonde quería llegar mientras cogía un platito, una cucharilla y dos sobres de azúcar—. ¿Por qué no me dice cómo se llama esta muchacha? Quizá Tammy me haya contado algo…

Amanda tragó saliva y cogió un vaso y le puso dos cubitos de hielo con la ayuda de las pinzas. Ahí no pudo disimular los nervios, para su desgracia. El hielo se le escurrió de las pinzas metálicas un par de veces.

Se giró hacia el detective, que la miraba con fijeza.

Le sonrió, confiando en que su sonrisa casi histérica pasase por una de esas que asoma a los labios cuando se pasa por una situación muy vergonzosa. Como dejar caer dos cubitos de hielo sobre la tapa del pequeño congelador que había escondido bajo la barra.

—Perdone, el bebé me ha dado una patada bastante contundente y… —se encogió de hombros mientras dejaba el vaso con hielo delante de él.

Se volvió hacia la cafetera, deseando huir de su mirada, que parecía ser capaz de ver más allá de su ropa y de su piel.

—Estoy buscando a Amanda Jefferson.

Amanda cerró los ojos un par de segundos. Cuando tuvo fuerzas, tomó la tacita de café y la dejó sobre el pequeño plato con cuidado de no derramar su rebosante contenido. Se la entregó al detective, que le sonrió escuetamente como respuesta.

—Pues no, a mí no me suena de nada ese nombre. ¿Y a ti, querida?

Tan bien como a su jefa, amiga y confidente.

—No, tampoco.

—¿Está segura? —el detective dejó sobre la barra una fotografía y la deslizó hacia ella—. ¿Puede echarle un vistazo?

Amanda asintió con una convicción que no sentía. Durante los segundos que el detective había empleado en volver a sacar la fotografía de su cartera se había dicho que debía ser fuerte y actuar como si fuera una actriz galardonada.

La vida de su hijo estaba en juego, porque aquel hombre estaba ahí por ella.

Y no era Lawrence quién lo había enviado para encontrarla.

Parker lo había contratado.

Amanda estaba segura de ello; pondría la mano en el fuego y no la perdería ni en cien años.

Cogió la fotografía y se observó a sí misma.

CAPÍTULO 24

Reconoció la imagen al momento. Era una instantánea que Lawrence le había sacado con el móvil un fin de semana que estuvieron juntos en Las Vegas y que ella misma había reenviado a Parker cuando la recibió en su *smartphone*.

Estaba junto a la réplica de la Torre Eiffel. Era de día y sonreía con la felicidad acariciándole los labios. La melena suelta y ondulada, rubia y brillante. Las gafas de sol puestas sobre la cabeza, haciendo de diadema. Sus ojos, marrones y discretamente maquillados, estaban muy abiertos, señal de que Amanda había luchado por no achinar los ojos ante la molesta luz del sol.

Se veía tan diferente al reflejo que le mostraba el espejo ahora, cuando se miraba en él y buscaba a la antigua Amanda.

Esa chica ya no existía, sin duda. De recuperar su aspecto algún día, nunca podría volver a ser la de antes. Los golpes físicos y emocionales habían formado un mapa de cicatrices internas que la hacían viajar por todas ellas y siempre sería. Todas sus decisiones futuras, todos los caminos que tomase, tendrían ruta por aquellos caminos.

Donde ser feliz también implicaba tener un haz de miedo: a ser traicionada, a ser humillada, a descubrir mentiras o una realidad aterradora que nadie merecía vivir.

El presente era tan distinto a aquel día y a lo que vino después…

Había ladeado la cabeza sin darse cuenta, pero se obligó a mantener la pose un poco más mientras fruncía las cejas. Fingir que estaba pensando era lo mejor que podía hacer; si decía que no conocía a la rubia de la fotografía con mucha rapidez, delataría que estaba mintiendo.

Levantó los ojos hacia el investigador, que estaba pendiente de cada uno de sus gestos. Se había dado cuenta de que, si bien el pelo y las lentes de contacto, así como el embarazo, no encajaban con la mujer de la foto, tenían cierto parecido. Y aquello le resultaba llamativo y sospechoso.

Así que Amanda se obligó a curvar los labios hacia abajo en una mueca de decepción y le devolvió la fotografía mientras negaba suavemente con la cabeza.

—Lo siento. No la he visto nunca.

Hancock le dedicó tal ojeada que parecía querer meterse dentro de su alma para poder leerla a su antojo y descubrir si mentía o era honesta.

El inspector no las tenía todas consigo y Amanda se obligó a mantenerle la mirada, a no vacilar, a no temblar. Ignoró aquella bola espesa de terror que atenazaba su garganta. Tenía que controlarse para no descubrirse ni dar a luz antes de tiempo.

—Es una pena —el detective se guardó de nuevo la fotografía en la cartera y pagó el café antes de verter el líquido oscuro y caliente en el vaso del hielo—. ¿No cree que se parece mucho a usted, señorita…?

—Mandy Jeff.

Rezó para que no se diera cuenta de que los nombres eran tan parecidos como ambas mujeres.

Le tendió la mano con una sonrisa y él se la estrechó.

Estaba claro que quería desarmarla, ponerla nerviosa, pero una mujer era capaz de sacar fuerzas de dónde fuera si con eso lograba salvarle la vida a un hijo.

—Encantado, señorita Jeff. Enhorabuena por su embarazo.

—Gracias. Mi prometido también está encantado con la idea de ser padre —improvisó mientras se pasaba las manos por el vientre.

—Pero no lleva anillo de pedida.

Amanda no se dejó acobardar y levantó las manos hacia él mientras, con la barbilla, le indicaba la puerta de la cocina.

—Soy cocinera y no me gusta llevar el anillo cuando estoy en el trabajo. Me da miedo perderlo —mintió, segura de sí misma, como si aquella fuera la verdad más absoluta del mundo. Cindy asintió con una sonrisa para que el forastero la creyera—. Los diamantes son caros y no me gustaría que se me cayera en el fregadero o a la basura. Es tan sencillo llenarse las manos de aceite…

—Entiendo.

Seguía sin estar convencido, por supuesto.

—Mandy, querida, deberías irte ya. Hace rato que ha terminado tu jornada —Cindy le puso una mano en el hombro, instándola a irse. Y Amanda vio en sus ojos que le pedía algo más.

Busca a Remington.

Sí, iba a ir a buscarlo en cuanto se librase de ese hombre. Pero mostrarse ansiosa por irse solo sería peor.

—Sí, tienes razón…

Por supuesto, el detective no iba a rendirse así como así. Su olfato le decía que aquel lugar era el indicado y no pensaba desprenderse del primer hilo del cual podía tirar libremente, sabiendo que había algo más.

—Cuánto más la miro, más me parece ver en usted a Amanda Jefferson.

Su cerebro la obligó a reírse ante el comentario.

—Creo que ve fantasmas donde no los hay, señor. Yo no veo parecido entre las dos —otra mueca con los labios curvados hacia abajo—. Le aseguro que no tengo ninguna hermana ni prima con ese nombre ni ese apellido.

—Ya… —el detective apuró el café, haciendo chocar el hielo contra sus dientes blancos y perfectamente alineados—. Como he dicho, es una pena —se levantó del taburete y, del bolsillo delantero del pantalón, sacó una tarjeta, que les tendió—. Estaré por aquí un par de días más. Si recuerdan haberla visto o algo que tenga que ver con ella, llámenme, por favor.

Cindy fue quien aceptó la tarjeta, mientras Amanda se despedía con jovialidad, sonriente como si aquello no fuera con ella. Guardó el dinero en la caja registradora,

dándola la espalda a Hancock.

Cuando la puerta se cerró, Amanda soltó un largo y trémulo suspiro. Había respirado con ligereza mientras ese hombre preguntaba por ella para mantener la farsa y ahora se sentía superada por los acontecimientos.

¡Parker la había encontrado!

¿Y ahora qué?

—¿Se ha ido?

—Todavía puedo verlo por los ventanales —Cindy siguió sonriendo y fue hacia la puerta para poner el cartel de *Cerrado*. También echó la llave y su sonrisa se desdibujó cuando el detective giró en una esquina. Siguió a Amanda hasta la cocina donde se había refugiado—. Ya se ha marchado.

—Dios —con la cara enterrada entre las manos, Amanda notaba que el corazón le latía desenfrenado y que la garganta se le había cerrado. Sabía que respiraba porque no se había desmayado, pero no porque estuviera segura de que sus pulmones trabajasen al cien por cien—. Dios. No —notó cómo los ojos se le llenaban de lágrimas—. Me ha encontrado. Me ha encontrado, Cindy. Sabe dónde estoy.

—No, cariño.

Cuando quiso acariciarle la mejilla para reconfortarla, Amanda se levantó, envarada, desesperada, sintiéndose acabada y vencida de nuevo, como cuando se marchó de Boston.

En esos momentos, no podía soportar que nadie la tocase. No porque recordase a Parker, sino porque no quería consuelo. No quería que nadie le mintiese diciendo que todo iba a ir bien, porque nada iba a ir bien.

Necesitaba salir de aquel lío lo antes posible.

¿Debía irse de Blue Valley? ¿O debía avisar primero a Max y preguntarle qué tenía que hacer?

—Sí, claro que Parker sabrá dónde estoy escondida. Ese hombre no es idiota, Cindy. Estoy segura de que me ha descubierto… —dejó de pasearse cuando en su mente algo hizo *clic*—. Remington.

Cindy se había servido un vaso de *whisky*, se lo bebió de un trago y, con el índice de la mano que sujetaba el improvisado vaso, que no era otra cosa que una jarra de medir, señaló la puerta trasera.

—Ve a buscarle.

—Si el detective lo ve… —Amanda se llevó la mano a los labios mientras las lágrimas se secaban sobre sus mejillas—. Tiene que fingir que es mi prometido. ¡Tengo que encontrarlo! —abrió los ojos como platos—. ¡Quizá así le convenza de que yo no soy Amanda Jefferson!

Cindy observó cómo Amanda cogía el bolso y, sin despedirse, se marchaba a paso rápido. Todo lo rápido que su gran barriga le permitía, por supuesto.

Cerró el local y supo que no era buena idea marcharse al entierro de su tía. Ya nada podía hacer por ella. Y tampoco tenía prisa por cobrar el cheque de trescientos

mil dólares que le había dejado en herencia.

Amanda la necesitaba, y esa niña ahora era parte de su familia.

CAPÍTULO 25

Remington ya estaba con el detective cuando Amanda lo encontró.

Richard Hancock le estaba enseñando la fotografía y le estaba vendiendo una historia muy emotiva, pero falsa: aquella mujer se había marchado de casa sin decir nada y ahora su padre la buscaba, porque a su madre le había dado un infarto y los médicos creían que su corazón no iba a aguantar mucho más.

Aquella falacia era digna de la mente retorcida de Parker.

Puedes hacer esto, se dijo a sí misma antes de empezar a caminar de nuevo hacia ellos. Se obligó a respirar con normalidad, le pidió a su corazón que se calmase, porque de seguir así rompería aguas en cualquier momento y hasta noviembre no salía de cuentas.

—Cariño.

Remington le tendía la fotografía al detective cuando sus miradas se encontraron, apenas a tres metros de distancia. Sin mover ni un solo músculo del rostro, abrió un brazo para que Amanda se refugiase contra su costado. Ella le sonrió y levantó el rostro, exigiéndole con los ojos un beso. Y también que le siguiera la corriente: por cómo se empequeñecieron sus pupilas, estaba segura de que Remington había comprendido el mensaje.

Era un buen policía y tenía tal instinto que podía ser federal, como Max.

La besó mientras la mano tocaba posesivamente su barriga, dejando claro al detective que aquello era suyo y, sobre todo, que era intocable.

—Mandy, cielo, ahora iba a recogerte a la cafetería —sin soltarla, se volvió hacia el detective, que los miraba con el ceño muy fruncido.

—Señor Hancock, veo que ya conoce a mi prometido.

Amanda se apretó más contra Remington mientras se obligaba a sonreír de nuevo como si aquella situación no la incomodase.

Como si no supiera quién era la mujer por la que preguntaba.

Remington también sonreía, aunque todas las alarmas habían saltado en su cabeza y todo eran sirenas y luces de neón: aquella mujer de la foto era, sin lugar a dudas, Amanda. Aunque tenía otro color de pelo y sus facciones no parecían tan marcadas, precisamente porque al teñirse la cabellera de negro y cortársela, había optado por un cambio de imagen que le endurecía la línea de la mandíbula, la de las mejillas, incluso condicionaba sus sonrisas.

¿Por qué preguntaba aquel detective por ella? ¿Por qué fingía ella que era su prometida?

Fue como si un rayo lo alcanzase. Qué bobo había sido, la respuesta a las preguntas estaba clara.

Ahora entendía por qué necesitaba fingir que era su prometido y que aquel era, por consecuencia, su hijo.

Ahora entendía por qué no quería que aquel investigador privado no supiera quién era en realidad.

Lo enviaba él.

No permitiría que la encontrase.

Y, si lo hacía, si ese detective era tan suspicaz como parecía, entonces Remington no pensaba permitir que el tipo que lo había contratado le arrebatase a Amanda.

La quería y lucharía por ella a cualquier precio.

—Sí, señorita Jeff. Sin duda, el pueblo es pequeño. Acabo de conocerla a usted y a la siguiente persona con la que me encuentro, resulta ser su prometido… —de nuevo, se guardó la fotografía—. El señor Montgomery estaba diciéndome que no conoce a nadie con este aspecto aunque… —la mirada de Hancock fue hacia él, que se había puesto las gafas de sol para no delatar que su instinto policial estaba analizándolo a fondo—. Señor, ¿no cree que su prometida se parece muchísimo a Amanda Jefferson, la mujer de la fotografía?

—¿Mandy? —meneó la cabeza, fingiendo estar más que divertido por la comparación—. No, no lo creo.

—Vaya… —Hancock sacó un cigarrillo, pero Remington cerró la tapa de su encendedor, que Amanda reconoció como un preciado mechero Dupont París grabado y chapado en oro—. ¿Qué hace?

—Relájese, amigo —Remington le sonrió casi con desdén antes de rodear a Amanda con sus brazos y cruzarlos por debajo de su vientre—. Si no le importa, fúmeselo cuando no esté ella.

Hancock, que había olvidado que estaba delante de una mujer embarazada, le pidió disculpas, humildes y sinceras; guardó el cigarrillo de nuevo en la cajetilla, que estaba a medio gastar.

Aquel trabajo le estaba pasando factura, pensó ella, observando como Hancock guardaba el cartón en el bolsillo de la camiseta. Era humano, un hombre que se vendía al mejor postor y que no podía poner una barrera entre los casos y la persona, pues inspector y hombre eran indivisibles.

Lawrence no sería tan exigente con un detective, no lo presionaría para que se diera prisa por encontrarla. Nunca era severo con nadie, ni siquiera con los doctores cuando tardaban horas en atenderle en lista de espera.

Eso solo le confirmó que era Parker quien estaba detrás de todo aquello.

Solo él era capaz de presionar, de amenazar. Era poderoso y todo lo que quería tenía que tenerlo de forma inmediata. Llevaba tiempo buscándola y su paciencia se estaba agotando a medida que lo hacía la templanza y el tiempo de Hancock, que veía en Blue Valley la solución a sus problemas.

—Me ha dicho que es el jefe de la policía local, señor Montgomery.

—Sí, pero en estos momentos estoy de vacaciones.

—Si le traigo una copia de esta fotografía, ¿podría colgarla en su tablón?

Remington apoyó la barbilla sobre la cabeza de Amanda cuando notó cómo esta se tensaba entre sus brazos. Acarició un costado de su vientre, intentando darle seguridad y calor. Imaginaba el miedo que debía estar pasando y admiraba que fuese capaz de mantenerse en pie sin temblar.

—No, no pienso hacerlo. No es nada personal —añadió al ver cómo los ojos de Hancock se entrecerraban—. Si usted está aquí, es porque la policía no considera que esta mujer esté desaparecida. Y si Amanda Jefferson ¿se llamaba así, verdad?, no figura entre las personas desaparecidas, es porque se cree que se ha marchado por voluntad propia.

El detective se había dado cuenta de que la mano del jefe de policía acariciaba lánguidamente la curva del embarazo de Mandy Jeff. Si aquella mujer era quien su cliente buscaba, no le gustaría nada saber que estaba embarazada de otro hombre.

—Pero… podría echarme una mano —intentó presionarlo.

Remington estaba bien entrenado y estaba preparado.

No pensaba ceder.

—Ya se lo he dicho. Si la policía considerase que es una persona que ha desaparecido, habría emitido una orden a nivel nacional y yo tendría su fotografía desde hace tiempo en el tablón —Remington se encogió de hombros—. Pero que las autoridades no hayan comunicado su desaparición significa que consideran que la marcha de esta mujer fue totalmente voluntaria.

Amanda dudaba que alguien hubiese llamado a la policía para denunciar su desaparición.

Max se había ocupado de Lawrence, mientras que ella misma le había dicho a su socio que se marchaba de vacaciones antes de meter la maleta en el coche y poner rumbo a Washington D. C.

Parker no quería que nadie supiese que estaba buscándola, la policía no era una opción. ¿Por qué iba a buscar un Benedict a una mujer que no era nadie? Quería discreción. Por eso había contratado a aquel tal Richard Hancock, cuyas referencias debían de ser buenísimas.

—Supongo que tiene razón —el detective intentó sonreír—. Bueno, entonces no les entretengo más. Muchas gracias por su ayuda, señor Montgomery —se estrecharon las manos, midiéndose con la mirada—. Señorita Jeff…

—Pronto será una Montgomery —susurró Remington, como si hablase con ella con complicidad, pero el murmullo también había llegado a oídos del otro hombre, tal y como él había querido.

La acompañó hasta el coche diciéndole, con voz despreocupada y casi feliz, que pensaba prepararle ese baño de agua caliente y que la mimaría con una gran cena.

Cuando encendió el motor del 4x4 y este rugió, puso los seguros a las puertas y la miró de reojo. Vio que Amanda estaba temblando, presa de un ataque de ansiedad

que había podido esconder gracias a su fuerza de voluntad. Aquella visita la había dejado muy tocada y debía tener los nervios deshechos para estar tan alterada.

—Respira… —le puso una mano en el muslo, preguntándose si se apartaría de él, de repente asustada por los recuerdos que de seguro debían asaltarla si el detective venía de parte de su ex—. Respira conmigo, Amanda. Vamos.

Ella obedeció, pero cuando el coche se detuvo delante de *La Cabaña Azul*, todavía estaba hiperventilando.

Le quitó el cinturón de seguridad con rapidez y destreza. También hizo que soltase el agarrador de la puerta, tenía los dedos rígidos. Remington le acarició la barriga para tranquilizar al bebé en un acto reflejo, pues Amanda parecía estar mentalmente en otro lugar.

Pero Cameron parecía estar tranquilo, ajeno a lo que sucedía en el mundo exterior.

Cuando ella hipó al borde de la histeria, le secó las lágrimas y apoyó su frente contra la suya para hacerle ver que no estaba sola.

—Te está buscando tu exnovio, ¿verdad?

Amanda lo miró a los ojos y supo que antes de llamar a Max y de plantearse si la solución era marcharse del pueblo… tenía otra cosa más importante que hacer.

Tenía que contarle la verdad a Remington.

—¿Sabes quién es Parker Benedict? —preguntó con voz rota.

—Sí —Remington pestañeó cuando la imagen de un conocido empresario bostoniano apareció en su mente. Entonces comprendió quién era en realidad aquel hombre para Amanda—. Oh, joder. Él…

—Sí, Remington. Él… es el padre de mi hijo.

CAPÍTULO 26

Remington había imaginado muchas veces al exnovio de Amanda. Decir lo contrario sería mentir. Pero de todos los tipos de hombres que había imaginado —alto, bajo; con músculo, algo enclenque, con barriga cervecera; de ojos azules, verdes o marrones; barba de tres días o de tres meses, o mandíbula perfectamente afeitada; cejas pobladas, cejas finas; sonrisa perfecta de anuncio de dentífrico, sonrisa amarilla por el tabaco, sonrisa desigual por falta de ortodoncia; calvo, con entradas, con el pelo de distintos colores y con diferentes cortes—, nunca había aparecido en su cabeza la imagen de Parker Benedict.

Era un hombre alto, fuerte, de penetrante mirada azul, labios estrechos y mentón hundido. Desprendía poca humildad y demasiada arrogancia, como sus hermanos y su ya anciano padre.

Los Benedict eran una familia altamente respetada por los estadounidenses.

El abuelo de Parker Benedict, Anthony, ya era querido por todos cuando cumplió los cuarenta y cinco años: sus negocios petrolíferos eran prósperos y su entrada en la política fue bien recibida, aunque nunca llegó a ostentar un puesto más importante que el de gobernador.

Aunque tuvo cinco hijos, solo uno de ellos fue varón y fue el único que quiso llevar las riendas de la empresa familiar. Sus beneficios pronto se triplicaron y toda América aclamó a los nietos de Anthony cuando dos de ellos quisieron seguir los pasos de su abuelo y se metieron en política. Uno de ellos era gobernador, el otro senador.

Parker era el único que no había querido entrar en aquel juego y se había quedado con la empresa familiar. Desde que estaba bajo su mando, había ido en aumento gracias a sus inversiones en nuevas tecnologías.

También había ayudado a su éxito su reciente matrimonio con la única hija de un magnate que también movía muchos millones de dólares al año.

Y aunque Remington no acostumbraba a leer las páginas de sociedad del periódico, sabía que la esposa de Parker Benedict no se llamaba Amanda.

Carraspeando, preguntándose cómo alguien como Amanda había terminado con un tipo como Benedict, la instó a entrar en el rancho. Estaría más arropada allí que en la cabaña. La ayudó a subir hasta el salón, porque los nervios le habían convertido las rodillas en gelatina.

Amanda fue al baño y él la siguió. Necesitaba de su cercanía, la presencia de Hancock los había dejado a ambos con el cuerpo entumecido. La observó cómo se contemplaba al espejo, evaluándose, como si en vez de ver su reflejo todavía viese la fotografía que el detective iba enseñando por el pueblo.

Remington no podía negar que la verdadera Amanda era preciosa. Ahora comprendía por qué sus facciones siempre le habían parecido antinaturales hasta rozar la crueldad. El color negro con el que había teñido su preciosa melena rubia había hecho que su dulce rostro quedase atrás, dándole una nueva identidad.

—Echo de menos ser yo —susurró ella cuando se hubo quitado una lente de contacto. Lo miró de reojo, ahora teniendo la mirada bicolor más bonita y acuosa que Remington había visto jamás.

—Tenemos que hablar, Amanda.

—Lo sé.

Volvió a mirarse en el espejo y se quitó con dificultad la otra lente de contacto. Ahora temblaba más que antes. Se mojó las mejillas y la nuca.

—Vamos al salón. Tienes que calmarte —le tendió la mano y Amanda se la aceptó.

Ella se quedó en el sofá, diciéndole a su vientre que todo iría bien. Él preparó un par de tilas, si bien a la suya se añadió un dedo de coñac. No iba a ser fácil escuchar la historia de Amanda.

—Gracias —Amanda habló con un hilo de voz y acogió la taza caliente entre las manos, sin importar que fuese agosto—. Supongo que ahora no te parezco tan… de fiar que antes.

Remington, que estaba de pie junto al mueble del televisor, enarcó las cejas.

—¿Por qué dices eso?

—Mientras todas las revistas lanzaban el rumor de que Parker iba a casarse con Babette LeFleur, yo estaba con él. Eso no me deja en muy buen lugar —hizo una mueca antes de darle un sorbo a la infusión.

—Te conozco lo suficiente como para saber que le querías —Remington se sentó frente a ella, en la mesita auxiliar. No le importaba si se rompía bajo su peso. En esos momentos, una mesa era lo de menos—. No viste en él el dinero.

—El dinero me daba absolutamente igual, te lo aseguro. Y cuando se prometió a Babette quise dejarle atrás, pero… me lo impidió.

Amanda le contó, roja de vergüenza y con lágrimas en los ojos, cómo Parker había entrado en el anticuario —así Remington descubrió que no era cocinera— que tenía en Boston —y tampoco neoyorquina— para comprarle un regalo a su madre. Nada más verla, se había encaprichado de ella, yendo a la tienda día sí, día también.

—Al final aceptaste ir a cenar con él.

—Sí. Para que me dejase en paz —encogió un hombro—. Pero… algo cambió en esa cena. Descubrí un tipo cercano, atento, divertido. Y yo lo había imaginado estirado, egocéntrico…

—Te dijo que su familia quería emparejarlo con LeFleur pero que él no deseaba a esa mujer —adivinó él.

Ella se rio con tanta amargura, que Remington vio lo mucho que se despreciaba a sí misma por haber caído en un truco tan antiguo y conocido.

—Y lo creí como una estúpida —se echó hacia atrás en el sofá—. Después de esa noche llegaron más. Me aseguraba que no veía a Babette. Nunca se extralimitó. Siempre se comportó como un perfecto caballero. Hasta que un día me preguntó si podía subir a mi apartamento.

A Remington no se le pasó por alto la mueca de disgusto que formaban, de forma fugaz, los labios de Amanda.

—Y se lo permitiste.

—Le pregunté por Babette. Me dijo que no pensaba casarse por conveniencia, que cada vez que cenaba con ella y su familia era por negocios. Que veía en ella un cuerpo bonito que carecía de cerebro. Me hizo creer que los rumores eran eso, rumores. Que si les tomaban fotografías, habían sido orquestadas por los Benedict —resopló, odiándose aún más a sí misma—. Así me convenció de que su familia lo presionaba para que se casase con ella, pero que la delicada salud de su padre le impedía plantarles cara de una vez por todas —miró al techo para contener el llanto —. Al principio, no le dejé subir a mi apartamento. No me acosté con él. No hasta que le dijera a sus padres que me prefería a mí.

»Pero cuánto más le conocía, más enganchada estaba a él y ya no podía negarme a sucumbir a… bueno, al deseo. Sabía que era una persona prohibida para mí, pero no mandamos sobre el corazón. Terminé enamorada, o eso pensé. Ahora veo que simplemente me gustaba sentirme querida por alguien tan… despampanante.

—¿Qué pasó luego? —la animó a seguir tomándola de la mano.

Amanda desvió la mirada. Ya no se atrevía a mirarlo a los ojos.

—Me dijo que me quería. Yo… yo se lo dije a él. Pero sabía que, manteniendo aquello en secreto para que su padre no sufriera otro infarto, me había convertido en su amante —se mesó el pelo, necesitaba mantener las manos ocupadas—. Cada vez que le preguntaba cuándo iba a hablar con su familia, siempre me pedía más tiempo. Me decía que su padre tenía un corazón débil. Y yo… cedía.

—No puedes culparte por eso.

—Siempre me consideré una persona decidida y orgullosa, Remington. Yo siempre me había antepuesto ante todas las adversidades —aunque Amanda no lo miraba, sabía que la decepción humedecía sus ojos—. Si algo me hacía infeliz, lo desechaba. Si algo no me convencía, pasaba de largo.

—El amor puede cambiarlo todo —susurró él.

—Eso no era amor.

—Dejaste de ser tú y decidiste ser la sombra de ese hombre.

—Sí, eso es. Tienes razón. Dejé de ser yo para amoldarme a sus necesidades. Creí ser feliz cuando esa relación solo hacía que amargarme, me consumía. No sabes lo que es no poder salir a cenar con la persona que quieres. No tener una cita normal en el cine, en el teatro, en un parque. Es horrible… —cerró los ojos cuando él besó sus nudillos, sin poder entender que fuera tan comprensivo—. Pero yo me conformaba.

Me decía a mí misma que todo cambiaría tarde o temprano, que la situación algún día sería diferente.

—¿Qué cambió? —Remington dirigió la mano libre sobre su abdomen hinchado —. Fue el bebé, ¿verdad?

Ella se encogió de hombros mientras las lágrimas bañaban sus mejillas. Parecía tan perdida, tan pequeña y frágil, que Remington quiso levantarse y romper la mesa, alguna silla, algún jarrón. Algo cuyo estruendo al hacerse pedacitos le hiciera sentir menos rabia.

Aquel tipo había usado a Amanda a su antojo, aprovechándose de sus sentimientos, de su ingenuidad y su inocencia.

No exculpaba a Amanda, pero entendía por qué lo había creído.

Tanner siempre había dicho que el amor era sordo, ciego y mudo en muchas personas, y eso era lo que le había sucedido a ella: se había cubierto los ojos con una venda para obviar el hecho de que jamás sería la mujer de Parker Benedict, había callado para conservarlo y había fingido creerle cada vez que este le decía que pronto se comprometería con ella.

Remington estaba seguro de que, en el fondo, muy en el fondo, Amanda siempre había sabido que aquella relación no iba a ningún sitio.

—Yo creí que mi embarazo… haría que reaccionase. Él hablaría con su padre. Nos casaríamos. Tendríamos… nuestra propia familia —se secó las lágrimas con el dorso del pulgar, todavía sin levantar los ojos de su regazo—. Durante horas fui la mujer más feliz del mundo. Pero esa noche, cuando se lo conté…

—Entonces empezó a maltratarte —Remington apretó la mandíbula hasta que las muelas crujieron.

Ella se levantó y empezó a caminar por el salón, masajeándose la espalda. Todavía rehuía su mirada.

Entonces le contó lo que no se había atrevido a contarle a Cindy, ni a Carla. Ni siquiera Maxwell lo sabía, porque entonces su mejor amigo hubiese ido a por Parker Benedict para coserlo a tiros.

—Tienes que abortar, Amanda —había dicho él, enfadado, encendiéndose un cigarrillo, tan nervioso estaba.

Elle la había arrebatado el cigarro para dejarlo en el vaso de agua que se había servido durante el segundo plato.

—¿Quieres que qué?

—Todavía estás a tiempo. Puedo llamar a un par de conocidos y… por la noche podrías estar de nuevo en casa. Te encontrarías perfectamente, querida.

—¿Qué? No, Parker. ¿No lo ves? Tenemos la oportunidad de ser felices, de formar la familia de la que siempre hablamos —Amanda se había pasado la mano por el pelo, frustrada—. Si hablas con tus padres sobre Babette…

—Amanda, Amanda… —él la había tomado de la mano y la había hecho sentarse, con brusquedad, en la silla—. Eres una chica lista, pero resultarás ser más

rubia de lo que pensaba.

—¿Qué…?

—¡No pienso dejar a Babette! —había gritado él—. Querida, tú siempre serás la otra. Mi amante. Pienso casarme con Babette. De hecho, este viernes voy a comprarle el anillo. Nos casaremos el Cuatro de Julio.

Le había dado igual que Amanda se hubiera quedado boquiabierta y herida de muerte. Aquella revelación era más dolorosa que acostarse por la noche y preguntarse si aquella relación tendría un final feliz.

—Ah, cariño. Ni se te ocurra romper esto. Nuestra relación, tan divertida y secreta, no acabará en la basura por un estúpido desliz. ¿Verdad, Amanda?

Ella se había levantado y le había señalado con un dedo, el rostro serio.

—Escúchame bien, Parker Benedict. Pienso tener este niño, así que olvídate de clínicas. Si no quieres a nuestro hijo, bien: ¡lárgate de mi casa y cásate con LeFleur! ¡Olvídame!

—Creo que no me has comprendido. Solo yo decido cuándo puedes dejarme, Amanda.

—¿Ah, sí? —Había ido hacia la puerta pero él la detuvo reteniéndola por la muñeca—. ¡Quiero que te vayas de mi casa! —Había intentado soltarse de un tirón, mas no pudo zafarse—. ¡Suéltame!

La bofetada había llegado con fuerza, tomándola totalmente por sorpresa. Con la cabeza ladeada, la mejilla ardiendo de dolor y humillación, Amanda había parpadeado para alejar las lágrimas.

Lo había mirado con una mezcla de sorpresa, odio, asco y… miedo. Él se había dado cuenta de todas las emociones que se leían en sus ojos, y se había aprovechado de ello, arrinconándola contra la puerta principal del apartamento. Le había acariciado la mejilla que no había golpeado con un dedo.

Su sonrisa, que en otras ocasiones le había parecido tan *sexy*, en esos momentos se le antojó siniestra.

¿Cómo había podido estar tan ciega? Una vez había leído en una revista que este tipo de personas no podían esconder su personalidad, que mostraban migajas de su maldad con el paso del tiempo. Pero ella no había sido capaz de verlo. ¿Por qué? ¿De verdad había vivido tan engañada?

—Ahora, Amanda, vas a venir conmigo a un hospital y mañana por la noche pasaré a recogerte para traerte de nuevo aquí, donde me prepararás la cena. Y nuestras vidas volverán a la normalidad, ¿de acuerdo, mi ángel?

Amanda había logrado controlar las arcadas que habían amenazado con asfixiarla y se había obligado a asentir como una autómata. Cuando él se había apartado, lo había agarrado por los hombros, como si su intención fuera besarle. En vez de eso, le había propinado un buen golpe de rodilla donde más le duele a un hombre.

Y mientras él se retorcía de dolor, ella había aprovechado para escapar cogiendo únicamente las llaves del coche.

¿Cuántas veces había pulsado el botón de llamada del ascensor aquella noche?

Así que había decidido bajar por las escaleras. Pero Parker había usado el ascensor, que ella había llamado, para bajar y encontrarla cuatro pisos más abajo. La había perseguido un tramo más hasta que…

Lo revivió todo con tanta nitidez que ahogó un grito cubriéndose la boca con las manos.

El golpe en la espalda. El dolor en todo el cuerpo, los pinchazos en la zona baja de su vientre. El miedo por lo que Parker había hecho, por las consecuencias que podría acarrear. La sangre caliente manchándole los muslos. Las lágrimas.

Amanda cerró los ojos y apoyó el antebrazo en la puerta corredera que daba a la terraza. Posó la frente en el cristal y se obligó a respirar acompasadamente para impedir que Cameron notase el terror que corría por sus venas.

—Te empujó —la voz de Remington era ronca y estaba rasgada.

No quiso encararlo, no estaba preparada para ver sus ojos brillar con odio hacia Parker Benedict, tan perfecto de cara a la galería, tan querido por todos. Cuando en realidad era un monstruo.

—Sí.

Ladeó la cabeza cuando Remington la abrazó por detrás. Su calor la reconfortaba. Y esa noche necesita su calidez.

—No sabe que sigues embarazada, ¿verdad? —preguntó, recordando la conversación que habían mantenido en la cocina cuando Irina se escapó de la casa.

—No —acompañó su negativa con un movimiento de cabeza—. Durante dos meses me aseguré de que sus golpes solo alcanzasen la cara y la espalda.

—¿Te obligaba a seguir a su lado?

—Sí…

Remington cerró los ojos con fuerza, hasta que vio luces de neón muy blancas a través de los párpados cerrados. Tenía un nudo en la garganta, pero necesitaba saberlo.

—¿Te…? ¿Él…? ¿Te forzó?

Ella tembló entre sus brazos y durante unos segundos, Remington creyó que moriría de dolor y de ira. Sin embargo, Amanda negó con la cabeza enérgicamente y buscó sus manos, que estaban bajo su vientre, como si hubiera notado su desasosiego y quisiera disiparlo.

—Le dejé claro que mientras me pegase y me insultase, no me tocaría —Amanda se estremeció—. No sé por qué me hizo caso cuando estaba claro que no era yo quien llevaba la voz cantante en la relación pero… no insistió. No quería acostarse conmigo. E imagino que se buscaría a otra. Pero cuando estaba sola… siempre me preguntaba a mí misma cuándo decidiría reclamarme también… de ese modo.

Nunca había acudido al médico por ello, si bien estaba segura de que el estado de ansiedad que le provocaba sofocos diurnos e insomnio por la noche, se debía a aquella incertidumbre.

Había sido un milagro que su hijo sobreviviera a sus incesantes taquicardias.

—Debiste pedir ayuda.

Amanda meneó la cabeza repetidas veces y se apoyó contra su pecho mientras se tapaba los ojos con las manos.

—Me daba vergüenza admitir que un hombre me había robado la personalidad y también mi integridad física —sollozó y por poco las rodillas cedieron—. Sabe retorcer las cosas, Remington. Me hubiese hecho quedar como una… como una fulana cazafortunas.

Sí, Remington sabía a qué se refería. Las víctimas de violencia de género o abusos sexuales solían culparse a sí mismas y callaban por vergüenza, por creer que la sociedad las culparía a ellas y las señalaría con el dedo.

El mundo era un lugar machista que atormentaba a las mujeres como Amanda.

—Todavía estás a tiempo de denunciarlo.

Ella se rio y lo miró por encima del hombro. Sus ojos al fin se encontraron, pero Amanda no era capaz de descifrar lo que veía en la mirada gris de Remington.

Le sorprendía seguir llorando cuando estaba convencida de que no le quedaban más lágrimas que derramar por culpa de aquel malnacido; pero, al parecer, había estado equivocada.

—Es poderoso. Me dejaría a la altura del betún.

Remington la llevó hasta el sofá y la instó a terminarse la tila, mientras él se apoyaba en la pared con los brazos cruzados.

Por más que le doliese admitirlo, Amanda tenía razón: empezar una guerra jurídica contra Parker Benedict no serviría de nada. Contaba con el apoyo de la sociedad, contaba con dinero suficiente como para pagar a los mejores abogados del país. Era una montaña de granito irrompible.

¿Intentar moverla y hacerla retroceder? ¿Hacerla pedacitos?

Imposible, impensable.

—Dime qué pinta Max en todo esto, Amanda. Por favor.

Ella le explicó cómo, al darse cuenta de que su embarazo ya empezaba a ser evidente, sabiendo que Parker no la dejaría marchar a no ser que fuera a tres metros bajo tierra, supo que tenía que recurrir a Max. Había aprovechado que Parker se había marchado a los Hamptons para celebrar su fiesta de compromiso con Babette para hacer las maletas e irse.

La oportunidad perfecta para huir a Washington.

Le contó que su hermano hubiese querido tomarse la justicia por su mano de enterarse de lo sucedido cuando ella solo quería olvidar. Huir y olvidar todo lo sucedido. Reencontrarse a sí misma, cuidar de su hijo y ser capaz de vivir sin miedo. Que metieran a Lawrence entre rejas, o que Parker lo matase, no entraba en sus planes: no quería que se involucrara en aquello, no quería que aquel sufrimiento los persiguiera hasta el fin de sus días.

—¿Cómo logró Max borrar todo rastro de Amanda Jefferson?

Amanda se inclinó hacia delante. Ahora que le había contado la verdad a Remington, se sentía muchísimo mejor. Más apoyada. Más tranquila. No estaba segura, no estaba convencida de que Parker la dejase vivir en paz, pero sí sabía que confiaba en la única persona que la ayudaría a librarse del pasado por completo.

Era una sensación muy difícil de explicar. Pero en su cabeza tenía lógica, tenía sentido. Y la ayudaba a seguir adelante, a seguir hablando.

—Unos compañeros le debían unos favores. Consiguió un carnet falso para mí y me llevó a Pittsburgh. Ahí me hizo pasar la noche en un hotel. Sola. Hizo que otro amigo suyo me enviase por fax un billete de avión con destino a París.

—¿Por qué tantas molestias?

Ella empezó a retorcer las manos.

—Quería que la recepcionista viese el billete, por si Parker me mandaba a buscar. No podía relacionarme con Max, nunca le conté que había sido el novio de mi hermano —Amanda cerró los ojos y no vio la sorpresa resplandecer en los ojos de Remington. Sí, sabía que su amigo era gay, pero no que hubiera sido cuñado de Amanda—. Si me seguían la pista, la recepcionista me recordaría. Sabría que iba a tomar un avión para París.

»Fui al aeropuerto. Me metí en un lavabo y allí había una chica vestida como si fuera de mantenimiento. Por aquel entonces, Max ya me había cortado el pelo y me lo había teñido él mismo, así que le di la peluca rubia que llevaba y se la puso ella.

»Del carrito sacó una bolsa de lona. Me tendió un poco de ropa y yo le dejé la que llevaba en esos momentos. Apenas tuve tiempo de poner mis recuerdos más personales dentro de la maleta que debía llevar a partir de ahora. Algo de ropa, la ecografía de mi bebé, mi libro favorito, mi neceser de viaje. Salí del baño con gafas de sol, caminé hasta el todoterreno de Max, que al parecer estaba en un punto ciego de las cámaras de seguridad y nos fuimos.

—Y así llegaste hasta Blue Valley.

—Sí. En teoría, debería quedarme aquí hasta que Max encontrase algo con lo que poder denunciar a Parker, pero tú y yo sabemos que una familia con tantos ceros en el banco sabe muy bien cómo deshacerse de aquello que molesta. Los escándalos existen, pero ellos nunca se han visto salpicados por uno —Amanda gruñó, sintiendo que las lágrimas volvían a sus ojos—. No hay nada. Parker está, aparentemente, limpio. Mi palabra no sirve de nada. Y ahora sabe dónde estoy. Me buscará.

—¿Cómo es posible que te haya encontrado, Amanda?

—¡No lo sé!

—Si descubrieran a Max, podrían relacionarlo con Lawrence y contigo.

—Max se encarga de enviarme ropa para que no use mi tarjeta de crédito. Por eso te paga él mi alquiler, para que Parker no vea si hay movimientos en mi cuenta —se volvió a levantar—. No sé cómo paga el aparcamiento donde guardó mi coche en Washington, pero me aseguró que lo hacía de forma que nadie pudiera llegar hasta él. Guardó mi teléfono, apagado, en una caja de seguridad, en algún punto de Maine. No

me llama, solo sé de él por carta y siempre hace que la envíe otra persona desde Hartford. Es imposible que hayan llegado hasta él.

Remington entendía el plan de su amigo y debía decir que, a simple vista, era brillante y perfecto. Pero algo debía haber fallado para que el detective llegase hasta Blue Valley.

Debían haber llegado hasta él a través de Lawrence. Pero…

¿Cómo? ¿Dónde? ¿Cuándo?

Necesitaba pensar. De acuerdo, desconocían cómo la habían localizado. El peligro era real, palpable, estaba a la vuelta de la esquina.

La llamó.

—Ven, siéntate a mi lado.

Amanda suspiró y fue de nuevo hacia el sofá, donde prácticamente se desplomó, agotada física y emocionalmente.

—Escucha. No pienso dejar que ese desgraciado te ponga una mano encima. Te prometí que cuidaría de ti y de Cameron, y lo voy a hacer —se inclinó para besar la curva de su abdomen, notando al bebé despierto y muy revuelto. Levantó la vista y clavó sus ojos en los de Amanda—. Ahora vamos a llamar a Max, le explicaremos que Hancock ha estado aquí. Y haremos lo posible para que Parker no llegue hasta ti. Pero no vas a irte de Blue Valley.

Ella se mordió el labio inferior.

—Remington…

—No, Amanda. Yo te ayudaré a hacerle frente a Parker Benedict, pero no pienso permitir que te marches. Si huyes ahora, lo seguirás haciendo de por vida —tomó su rostro con una mano. No había dureza en su gesto, tampoco en su mirada, solo una determinación que le dio a Amanda un poco de esperanza—. Piensa en tu hijo. Si te marchas ahora, lo estarás condenando a ir de ciudad en ciudad toda la vida, hasta que Parker se harte de buscarte o te dé caza.

—Crees que hice mal marchándome de Boston.

—No, cariño. Creo que buscaste ayuda en alguien que lleva placa y que sabe lo que hace —le aseguró, besándola en la frente.

Ella se apoyó sobre su hombro y se dejó abrazar. Le gustaba oír el corazón de Remington bajo su mejilla. Estaba acostumbrada a escucharlo después de hacer el amor, cuando latía apresuradamente, con los restos de placer en cada retumbar. Ahora sonaba distinto. Igual de rápido, pero más fuerte.

Cerró los ojos y dejó que su propio corazón se acompasase al de él, mientras se preguntaba si era buena idea seguir el consejo de Remington.

¿Debía quedarse? ¿Podría sacar a Parker de su vida si no se marchaba de Blue Valley y se quedaba bajo el ala protectora de Remington Montgomery? ¿Había alguna posibilidad para ella y su hijo?

Se acurrucó mejor contra su pecho. Así, abrazada a aquel hombre, se sentía en casa.

En algún momento, el apartamento de Boston dejó de parecerle su hogar. Ahora lo era *La Cabaña Azul*.

No, no quería irse. Quería quedarse para siempre. Carla había tenido razón al decir que aquel pueblo tenía algo, algo que quizá le hacía plantearse tener a su hijo ahí y criarlo entre ranchos y valles.

Llevaba semanas pensándolo, si bien ahora lo veía tan claro como el cielo despejado el día más soleado del verano: o quería seguir huyendo.

—Tengo miedo —reconoció con un hilo de voz.

Los labios de Remington rozaron su sien.

Él también lo tenía, pero no pensaba admitirlo. Amanda no necesitaba escuchar esas palabras. Necesitaba alguien que la sostuviera ahora que el suelo se abría bajo sus pies y amenazaba con hacerla caer.

—Lo sé.

—¿Y si me quedo y todo sale mal?

Remington quiso decirle que la seguiría hasta Europa si con eso lograba librarse de aquella pesadilla, pero se mordió la lengua. En vez de decir lo que sentía, la estrechó más concienzudamente contra su pecho.

—Lucharemos para que no salga mal, cariño.

CAPÍTULO 27

Amanda se durmió a las dos de la madrugada, abrazada a él. El rastro seco de sus lágrimas negras por la máscara de pestañas demostraba que el miedo y la angustia seguían ahí, pero había logrado caer rendida a la tercera infusión.

Como si no pesara nada, Remington la alzó en brazos y la llevó hasta su dormitorio.

La dejó sobre la cama que llevaban tantas noches compartiendo. Una cama que ahora era más suya que de él, porque si Amanda algún día se marchaba de Blue Valley, Remington se vería obligado a tirarla. La recordaría siempre en ella, olería su colonia en sus almohadas por más que lavase sus fundas; sentiría sus manos en las caricias de la sábana al cambiar de postura por la noche, la abrazaría cada mañana en el hueco vacío que ocupaba cuando terminaban de hacer el amor.

Como si fuera una muñeca, la desvistió. En esos momentos, su cuerpo semidesnudo le inspiraba un instinto protector que superaba todo lo demás. Salvarla, a ella y a su hijo, era su único objetivo. El deseo podía esperar. Ahora mandaba el amor y sus ganas de liberarla de los grilletes que la ataban al terror, a la desgracia, a la vergüenza.

Puso una mano sobre su abdomen. Cameron parecía dormir también, como si el agotamiento de Amanda se le hubiera contagiado. Deseó notar su piececito contra la mano, como otras veces.

Daría su vida por él.

Era curioso cómo podía querer tanto a alguien a quien no conocía.

Cubrió con la sábana a Amanda, no permitiría que cogiera frío, y le retiró el pelo de la cara antes de besarla con delicadeza en los labios.

Daría su vida por ella.

Amanda respiró hondo contra su boca, como si le devolviera el beso. Pero Remington se apartó cuando sus piernas empezaron a removerse y a enredarse con las sábanas. No quería despertarla, tan solo sentir su calidez y cerciorarse de que seguía ahí.

Si Amanda huía de Parker, lo dejaría roto de por vida.

Fue hacia el salón y cogió el teléfono móvil. La primera llamada se cortó porque su mejor amigo no respondía al teléfono, pero insistió. Sabía que estaba durmiendo, pero le era indiferente que fuera de madrugada.

Amanda lo valía.

—Tío, espero que tu llamada valga la pena. Son las tres y media.

Como si la diferencia horaria entre Connecticut y Texas fuera un abismo, pensó Remington observando el reloj que tenía en el mueble, que indicaba que era una hora

menos que en Washington.

—Es Amanda.

Durante unos segundos, Max no dijo nada al otro lado de la línea, pero cuando por fin habló, lo hizo con voz grave.

Y nada tenía que ver con el sueño.

—¿Quién es Amanda?

—Déjalo, Max —replicó mientras se servía con una sola mano una copa de coñac —. Lo sé todo. Sé que Mandy Jeff fue un invento tuyo para que sustituyera a Amanda Jefferson y sé por qué lo hiciste. Sé por qué Amanda está en Blue Valley. Sé quién es Parker Benedict.

Maxwell soltó un par de exabruptos.

—Está bien. ¿Cómo demonios sabes tú todo eso, Remington? Si te has atrevido a seducirla, te juro que te mato —siseó su mejor amigo, aquel que tiempo atrás le había dado la bendición para que saliera con ella—. Una cosa es tener una cita con Amanda y otra enamorarla…

—No está enamorada de mí, Max —siseó mientras salía a la terraza. El frío nocturno le raspó las mejillas y le dio un trago al licor—. Amanda me lo ha contado todo porque la han encontrado.

No porque me quiera y haya querido ser totalmente sincera conmigo, pensó para sí con aflicción.

—¿¡Qué!? —el grito de su mejor amigo lo hizo apartar el teléfono de la oreja. Se la frotó contra el hombro—. ¿Cómo que la han encontrado? ¡No me toques las narices, Remington! ¡Eso es imposible!

—No, no es imposible. Esta tarde ha venido un detective privado, Richard Hancock, preguntando por ella. Llevaba una fotografía —respiró hondo cuando lo oyó lanzar otra maldición—. Créeme, aunque ya no sea rubia y se esconda tras unas lentes de contacto, cualquiera vería que Amanda y Mandy son la misma mujer.

Maxwell le aseguró tomar cartas en el asunto con voz entrecortada. No pensaba permitir que Parker llegase hasta Amanda. Antes prefería plantarse delante de aquel miserable y vaciar un cargador tras otro y observar cómo caía a sus pies con el pecho cubierto de sangre.

—Tenemos que protegerla, Max. Trató de matar al bebé.

—¿Qué quieres decir?

Remington respiró hondo.

Amanda no se lo había contado y le tocaba hacerlo a él, porque Max tenía que saber lo que Benedict era capaz de hacer. Así que le explicó, lo más fríamente que pudo, recurriendo al tono profesional de policía que había aprendido en la carrera, lo que había hecho Parker al descubrir que Amanda estaba embarazada.

—¡Maldito hijo de perra! —gritó Max, destrozado—. ¡Lo mataré!

Remington lo entendía. Si alguien le hubiera hecho algo así a Brenda, la cruel verdad lo hubiera desgarrado por dentro. Aquella explosión de rabia y dolor lo habría

consumido, convirtiéndolo en un saco de sufrimiento y cenizas que solo puede salvarse del abismo con venganza.

—¿Qué hacemos, Max?

—Cuídala, Remington. Sé que te pedí que la vigilases, pero ahora no te separes de ella. Sé su jodida sombra. Yo me encargo de Parker Benedict —el tono de su amigo era áspero como el acero, tan decidido que el vello de la nuca de Remington se erizó.

Confiaba en que no hiciera nada de lo que luego pudiera lamentar, aunque si Max hacía algo que fuera contra la ley y sus propios principios, Remington estaba seguro de que jamás se arrepentiría de ello.

—Maxwell —dijo antes de que este le colgase.

—Dime.

Remington miró hacia atrás, hacia el ventanal del piso superior. Aquella ventana daba a su dormitorio. La imaginó dormida, luchando contra la oscuridad y las pesadillas y quiso ir con ella. No quería que Amanda se despertase sola, abrazando un puñado de sábanas frías. Pero antes tenía que ser sincero con su mejor amigo.

—Antes te he dicho que Amanda no me quiere. Yo no la he enamorado. Pero ella a mí, sí.

Se apoyó en la barandilla. Deseó fumar, para tener las manos ocupadas en algo que no fuera un teléfono y una copa vacía.

Era la primera vez que lo decía en voz alta. Ni siquiera se había atrevido a decírselo a sus hermanos. Tampoco lo había reconocido cuando Cindy se lo había preguntado una mañana.

No se había atrevido a confesarle a nadie sus sentimientos, esos tan nuevos y sorprendentes que todavía dudaba que fueran reales.

Pero lo eran.

Porque solo de pensar que a Amanda le sucedía algo o que se marchaba, un fuerte dolor se extendía por su pecho y amenazaba con hacerlo caer de rodillas. Era una punzada aguda y fría que lo dejaba sin respiración, un sentimiento más aterrador que el propio miedo. Un vacío, un agujero donde debería estar el corazón.

Aquello tenía que ser amor.

Porque no podía ser de otra forma.

—Joder, tío…

—No pienso dejarla sola, Max. Daría mi vida por ella —y era cierto. Maxwell pudo sentirlo pese a los miles de millas que los separaban—. Parker tendrá que pasar por encima de mi cadáver para llegar hasta Amanda.

Miró el teléfono después de colgar. Se quedó largo rato viendo sin ver aquel pedazo de pantalla negra. La promesa que acababa de hacer no le pesaba sobre los hombros. Había pensado en ello desde que había descubierto que amaba a Amanda.

No iba a poder hacer aquello solo. Los Montgomery se apoyaban unos a otros. Ahora Amanda era de la familia, lo había sido desde que había aceptado ser la

inquilina de *La Cabaña Azul*. E iban a necesitar la ayuda y protección de Tanner y Nicholas. Él no podía estar eternamente vigilando a Amanda, pero sus hermanos y su tía podían echarle una mano.

Eran las cuatro y media de la mañana cuando Remington despertó a sus hermanos, después de observar durante horas dormir a Amanda.

Los reunió en las cuadras. Amanda no podía saber que iba a explicar su secreto a los demás.

Los caballos estaban agitados, molestos porque era demasiado temprano para que encendieran las luces de los establos.

Miró a sus hermanos y decidió abordar el tema con la misma rapidez que con Max. Adornar la verdad no serviría de nada, no cuando su instinto policial le decía que la cosa se iba a complicar.

—Remington, joder, quiero dormir —Nick se apoyó en la pared de madera y bostezó, abriendo la boca exageradamente, casi como un león—. Hasta dentro de dos horas no suena mi alarma…

—Espero que hacernos levantar tan pronto valga la pena —protestó Tanner mientras se tomaba un analgésico y dejaba la botella de agua en un pequeño armario donde guardaban herramientas; cuando madrugaba de esa forma o pasaba mala noche, necesitaba un calmante para poder afrontar el nuevo día o terminaría redescubriendo partes de su musculatura y esqueleto que siempre olvidaba que existían.

—Mandy Jeff no existe —explicó de sopetón, cruzándose de brazos—. Mandy se llama, en realidad, Amanda. Y está aquí porque salió con Parker Benedict.

—¿Parker Benedict? ¿El de la familia Benedict? —Tanner se despejó de golpe, como si las palabras de Remington hubieran sido una bofetada—. Se casó hace poco, ¿no?

—Exacto…

—¿Él era el que la maltrataba? —Nicholas se había incorporado.

—¿Qué necesitas? —Tanner asumió el rol de hermano mayor y se cuadró de hombros como si en vez de ranchero, hubiera formado parte del ejército toda su vida.

—Que me ayudéis a impedir que ese desgraciado llegue hasta Amanda y su hijo. Un detective privado la ha encontrado. Estoy seguro de que ese tipo pronto vendrá a hacernos una visita.

Hermano mayor y pequeño se miraron con ojos entornados. Luego, como si estuvieran sincronizados, volvieron la cabeza hacia Remington, que esperaba pacientemente una respuesta.

—Cuenta conmigo, hermano —Tanner le palmeó el hombro con fuerza, los labios fuertemente apretados en una línea recta que sí lo hacía parecer un alto rango del ejército de los Estados Unidos.

—Somos una familia, sabes que haremos lo que sea necesario para mantenerla a salvo —respondió Nick, asintiendo, solemne.

CAPÍTULO 28

La había matado.

Se acercó hasta el cuerpo sin vida de Babette y se agazapó a su lado. El cuerpo yacía desmadejado en el suelo, aunque parte del torso y la cabeza estaban apoyados en la pared. Le cerró los ojos, no soportaba que lo taladrase con aquella mirada tan vacía ahora que su corazón ya no latía.

Observó su obra, sorprendido porque había conseguido matar a su esposa y satisfecho porque no le había temblado el pulso al volverse hacia ella y apretar el gatillo cuando Babette había entrado en su despacho.

Dos disparos certeros, justo en el pecho.

Babette solo había tenido tiempo de preguntarle por qué lo había hecho con un susurro ronco, antes de apoyarse en la pared y deslizarse por ella hasta el suelo mientras se convulsionaba.

Cogió la Beretta que había dejado encima del escritorio después de dispararla y comprobó que le quedaban balas suficientes.

Pensaba usarlas, por supuesto.

Se guardó la pistola en la espalda, bien sujeta con la cinturilla de los pantalones.

No sentía nada cuando pensaba en su esposa, incluso se atrevió a echarle otro largo vistazo mientras se servía una gran cantidad de *bourbon* para celebrar que Babette ya no estaba en su vida.

Su muerte era para él… un alivio. La liberación que llevaba tiempo buscando.

No había planeado matarla así, claro. Pero tenía prisa por quitársela de en medio.

Qué sencillo era disparar un arma…

Mucho más que joder los frenos de un deportivo.

Pero ahora no podía esconder que había sido él quien había cometido aquel asesinato. No podía inventarse una coartada que no tenía.

Necesitaba marcharse, pensó, pero antes tenía que coger dinero de la caja fuerte e ir a comprar un móvil de prepago.

Si encontraban a Babette antes que él pudiera encontrar a Amanda, rastrearían su teléfono y le detendrían antes de poder tener a su preciosa rubia delante.

Por eso dejó el *smartphone* de última generación en el cajón de su escritorio.

No huía, solamente iba a buscar lo que le pertenecía.

Porque Amanda era suya.

El detective había llamado justo cuando Babette metía los platos sucios de la cena en el sofisticado lavavajillas. Aquella noche el servicio libraba y su esposa siempre se desvivía por ser su doncella personal cuando estaban solos en casa. Desde que se habían casado, había insistido en ponerse el uniforme para provocarlo, como si verla

con un vestidito negro y corto, y una cofia adornando su cabellera, fuera una fantasía que necesitaba cumplir cada semana.

Parker se había retirado a su despacho.

El investigador que llevaba meses buscando a su querida niña, había estado vigilando a su hermano mayor por si este hacia un movimiento en falso que lo llevase hasta Amanda.

Y se había topado con otro hombre.

Lawrence Jefferson había visitado hacía poco a un tal Maxwell Summers, agente del FBI.

A Hancock le había sido muy sencillo descubrir que Max y Amanda habían seguido en contacto después de que Lawrence y él hubieran roto su relación sentimental.

Parker no perdonaría jamás a Amanda que no le hubiera contado que su hermano era homosexual —¡ella sabía cuánto odiaba a esos enfermos, esos depravados!—, pero recibiría el castigo adecuado por haberle ocultado algo tan importante.

A través de Maxwell, el detective había descubierto que un conocido suyo paraba a mendigos por la calle. Comida y una cama donde dormir a cambio de pagar un aparcamiento privado donde estaba el coche de Amanda, que ella misma había aparcado en Washington semanas atrás, antes de huir. Cosa que encajaba con lo que había descubierto tiempo atrás.

Ese mismo conocido enviaba cajas de ropa a Blue Valley, a nombre de Mandy Jeff, aunque el coste de los envíos y la ropa, de mujer, corría a cargo de Summers.

Algo sospechoso, cuánto menos.

Parker debía admitir que Hancock había sido muy acertado al reconocer que el nombre de Mandy Jeff era Amanda Jefferson de forma abreviada.

Así que había ido hasta Blue Valley, un pueblecito perdido en medio de la nada, para comprobar si Mandy y Amanda eran la misma persona.

—Si ha sido una simple corazonada, Hancock, me encargaré de que tu agencia no sobreviva a este caso —lo había amenazado antes de servirse una segunda copa.

—Puede estar tranquilo, señor Benedict. Le aseguro que mi instinto no se equivocaba. La encontré. Amanda Jefferson está aquí. Se hace llamar Mandy Jeff, se ha cortado el pelo y ya no es rubia.

Su niña estaba en un pueblo Texas, lejos de las grandes ciudades, lejos de los lujos que merecía.

Y estaba embarazada.

Hancock le había dicho que por lo abultado que se veía su vientre, debía estar de seis o siete meses.

Parker apretó los puños mientras descendía a la planta baja; aquella noche había fallado al hacerla caer por las escaleras.

Encendió la luz del salón y se puso la americana, que colgaba de un perchero de diseño. Hacía calor, pero le gustaba ir arreglado. Era un Benedict, no un Don Nadie.

Observó la fotografía que había en el mueble de al lado. Era del día de su boda con Babette.

Una boda que llevaba planeándose cinco años, aunque no se había formalizado hasta hacía poco.

Amanda fue como un rayo de luz en medio de la oscuridad. Se enamoró de ella nada más verla. Pero no podía dejar a Babette y aquella boda que sus familias tanto ansiaban por una simple autónoma cuyo local no tenía más de trescientos metros cuadrados.

No podía permitir que su multimillonaria empresa se resintiera.

Por eso cuando supo que estaba esperando un hijo suyo le había pedido que abortara. Por eso lo había intentado él mismo.

¡Y Amanda quería dejarlo después de aquello!

Él nunca había querido ser violento con ella. Solo Babette debía saber, y vaya si lo había sabido después de la boda, lo dura que podía ser su mano. Aunque, por supuesto, se lo merecía: siempre andaba provocándolo, gastando más de lo que debía, mostrando más escote o pierna de lo que le convenía.

Amanda no era tan vulgar como su esposa. Era mucho más buena e inocente y Parker no había querido mostrarle jamás aquel lado sombrío que acompañaba su apellido, porque sus hermanos también eran agresivos y bebedores habituales. Pero de algún modo tenía que retenerla a su lado. A golpes y con amenazas lo había logrado.

O eso había creído.

Su princesa había escapado gracias a un agente del FBI que había sabido borrar muy bien su rastro. Se encargaría de ese tal Maxwell cuando regresase de Texas. Ese tipo terminaría en una cuneta.

Sonrió como un bobo al pensar que pronto la vería.

Estaba en Blue Valley, embarazada de él…

Pero prometida con otro.

¡Maldito!

Remington Montgomery. Agente de policía local. Mediano de tres hermanos, aunque hasta hacía poco habían sido cuatro, o eso le había explicado Hancock. Tenía dos sobrinos encantadores, pequeños. Era un hombre querido por todos.

Pronto todas esas personas que tanto lo idolatraban llorarían su muerte, le susurró el arma que tenía en la espalda, recordándole su preciosa e imprescindible presencia.

Parker se aseguraría de que hubiera otro Montgomery en el cementerio de ese pueblucho de mala muerte.

CAPÍTULO 29

Max jamás había pisado la clínica privada donde trabajaba Lawrence. Ni siquiera cuando habían sido pareja había entrado en aquel bonito edificio de cinco plantas. Nunca habían mantenido en secreto su relación, pero tampoco les gustaba mostrarse en exceso. Todavía había mucha gente que no veía con buenos ojos que dos hombres fueran algo más que amigos.

Meneó la cabeza. No le gustaba pensar en sus padres, que lo habían echado de casa el día de su décimo octavo cumpleaños, porque no aceptaban que su único hijo fuera gay.

Era la hora de comer, pero los oftalmólogos parecían ir con retraso, porque había gente en la sala de espera, así como tres personas más haciendo cola para hablar con la administrativa que daba horas concertadas.

Durante unos instantes, vaciló. Consultó la hora del reloj, sabiendo que cinco minutos podrían marcar la diferencia.

Le bastó recordar a Amanda en su portal, empapada por la lluvia y con los ojos vidriosos y llenos de lágrimas, el pómulo horriblemente marcado por el golpe. Fue directo hacia la administrativa e interrumpir, sin contemplaciones, la conversación que mantenía con un señor mayor cuyo problema debían ser las cataratas.

—Agente Summers, del FBI —se presentó usando su voz mortífera, mostrando su placa. Aquello era trabajo, no había ido allí por placer—. Necesito hablar urgentemente con el doctor Lawrence Jefferson.

La mujer, cuya placa la identificaba como Maggie, lo miró blanca como la cera. No debía haber visto nunca un policía, y mucho menos a un federal. Tardó un poco en reaccionar; un parpadeo, quizá dos. Entonces se excusó con el señor de las cataratas y cogió el teléfono.

Con el dedo suspendido frente el teclado numérico, sus ojos se desviaron hacia él.

—¿Ha hecho el doctor algo malo? Le aseguro que es un buen hombre…

—No se preocupe; no he venido a detenerlo. Tengo que hablar con él.

Ella asintió, visiblemente más tranquila.

—Doctor Jefferson, el agente Summers del FBI está aquí y quiere hablar con usted —Maggie se mordió el labio inferior y le dedicó una rápida mirada de soslayo —. Sí. Lo entiendo. Pero… dice que es urgente.

No quería verle, ¿eh?

Hacía casi dos semanas que Lawrence se había presentado en su casa, ebrio, pidiendo por Amanda y dispuesto a sincerarse, aunque hubiera necesitado coger una buena borrachera para ser capaz de contarle el verdadero motivo por el que lo abandonó.

Doce días desde la última vez que se vieron.

Doce días desde la última vez que le había hecho el amor.

Doce días desde la última vez que tuvo noticias suyas.

Y Max había soportado con estoicismo aquel silencio tan doloroso que había reabierto viejas heridas.

Sin embargo, aquello era grave. Una mujer había muerto y Maxwell estaba seguro de que Amanda sería la siguiente.

Porque Parker Benedict era jodidamente peligroso.

En su mente, apareció la conversación que había mantenido con su jefe media hora antes.

—Deje que yo avise a la familia más cercana de Amanda Jefferson, señor. Y deje que sea yo quien contacte con la policía de Blue Valley. Sé que sabe que es algo personal, pero le aseguro que puedo ocuparme perfectamente de esto —le había dicho a su superior unas horas antes—. Me da igual a quién le encargue investigar la muerte de Babette Benedict, pero deje que sea yo quien se encargue de proteger a una posible segunda víctima.

—Si lo que nos está contando es verdad, Summers, ¿por qué esta mujer, Jefferson, no denunció en su momento?

¿Cómo decirle a su superior, siendo ambos agentes de la ley, que ni Amanda ni él creían en el sistema?

—¿Usted habría denunciado al hijo de uno de los hombres más poderosos del país? ¿El mismo hombre cuyos hermanos están metidos en política? ¿Un hombre que puede permitirse los mejores abogados? —Había respirado hondo para calmarse—. Los dos estamos aquí para cumplir con las leyes, hacer justicia. Pero los dos sabemos que los jueces muchas veces no opinan lo mismo. Y mucho menos cuando, de por medio, hay vacaciones en los Hampton, o partidos de golf muchos sábados por la mañana.

Y había esperado pacientemente a que su superior dejase de mirar por la ventana y se volviera hacia él.

—Encuentre a esa muchacha, Summers. No deje que Benedict llegue hasta ella —había ordenado su superior dando un golpe en la mesa con el puño; él mejor que nadie sabía lo frustrante que era que un juez no dictase la sentencia correcta por favoritismos, por miedo al poder de ciertas familias.

Tenía carta blanca para hablar con Lawrence e ir a Texas.

Porque Parker iba hacia allí y no tenía mucho margen para encontrarlo. La forense estaba encargándose de la autopsia de Babette, pero hacía más de doce horas de su muerte. Y aquel era el tiempo que Benedict le llevaba de ventaja al FBI, porque el ama de llaves no había encontrado el cuerpo de Babette hasta esa mañana a primera hora.

Ya había llamado a Blue Valley y Rebeccah Lennox estaba sobre aviso. Esta le había prometido que dejaría que fuera él mismo quien llamase a Remington, que

estaba de vacaciones, para avisarle de lo sucedido.

Mierda, pensó, se me acaba el tiempo.

Dentro de poco retransmitirían los telediarios del mediodía en Texas y sería cuestión de tiempo que Amanda los viera y se enterase de que Babette había muerto. El FBI no podía esconder semejante caso, no cuando salpicaba a una familia tan importante y poderosa como los Benedict. Si bien el escándalo ya estaba en Internet, Amanda vivía lejos de las redes sociales desde que se había marchado de Boston.

Max le arrebató el teléfono a Maggie de un tirón y le siseó a Lawrence:

—Se trata de Amanda, Lawrence. Tienes dos minutos.

Le devolvió el auricular a Maggie y justo cuando giraba sobre sus talones, vio la puerta del fondo del pasillo abrirse. Lawrence se despidió de una chica invidente y de su madre y caminó hacia él.

No le había gustado en absoluto verlo allí y mucho menos que lo tratase de aquel modo.

—Sígueme.

Max se arregló la americana y lo siguió hasta una sala.

Lawrence cerró la puerta de la pequeña habitación donde sus colegas y él solían tomarse un café o comer durante sus descansos. Tomó aire antes de girarse hacia su expareja.

Max se acababa de sentar en el borde sobre la gran mesa. Iba vestido de traje, elegante y arrollador.

Pero se le veía… alterado.

Había perdido peso desde la última vez que lo vio. Lawrence intentó no recordar su cuerpo desnudo sobre el suyo, pero era una imagen que no podía borrar de su cabeza, porque incluso soñaba con ella. Y el hombre que tenía ante sí era diferente al de su memoria: Max tenía ojeras bajo los ojos y llevaba unos pocos días sin afeitarse.

No era por él, claro. Era por Amanda. Algo debía haberle sucedido a su hermana para que Max fuera hasta su clínica, mostrase su placa y lo obligase a salir de su consulta.

No quería ni pensar en que algo malo le había sucedido a Amanda. Si la perdiese, se moriría. Ella era lo único que tenía sentido en su vida: se sentía inferior en su trabajo porque todos sus colegas eran mayores que él y tenían más experiencia; había jodido la única relación sentimental que le había importado por no ser capaz de decirle a Max que se sentía insignificante a su lado; sus amigos estaban casados y con hijos y no tenían tiempo para salir a recordar viejos tiempos, como si haber pasado de los treinta años los hubiera convertido en ermitaños; vivía en un piso de cuarenta metros cuadrados dónde se pasaba los fines de semana sin hacer nada más que mirar la televisión y beber cerveza barata.

Que Amanda esté bien, por favor, le rezó a Maxwell, pero los ojos del federal no dejaban ver ninguna emoción.

—¿Qué le ha pasado a mi hermana?

—¿Sabes quién es Parker Benedict? —preguntó como respuesta Max, sin apartar sus ojos azules de los suyos.

Lawrence frunció el ceño y se quitó las gafas para limpiarlas con el bajo de la bata blanca.

—Sí, claro. Sus hermanos son políticos y él lleva las riendas del negocio familiar desde Boston. Cada semana se habla de él en los periódicos, sobre todo desde que se casó hace unas semanas.

—Estoy aquí por él, Lawrence.

—Mi familia nada tiene que ver con ese hombre.

—No estés tan seguro —replicó el otro poniendo los pies en el suelo.

Volvió a ponerse las gafas y Max volvió a ser nítido, todo claridad, aunque tenía su imagen grabada a fuego. Nunca olvidaría sus rasgos ni el relieve de su cuerpo aunque se quedase ciego en ese momento.

—Creí que estabas aquí por de Amanda —gruñó—. No me hagas perder el tiempo si no quieres hablarme de mi hermana.

—Parker Benedict salió con Amanda mientras todo el país esperaba que se arrodillase frente a Babette LeFleur y la pidiera en matrimonio.

—¿Qué has dicho? —preguntó, recalcando cada palabra con desprecio.

Lawrence creía que estaba acusando a Amanda de algo horrible y por eso el odio brillaba en su mirada. Pero Max no estaba diciendo que Amanda fuera una rompehogares. No lo era. Ella había estado con Parker mientras este insistía en que no estaba ni estaría con LeFleur.

—Estuvieron juntos durante dos años. Ella rompió la relación cuando Parker hizo público su compromiso.

—Mientes.

—No, Lawrence. Sabes que tu hermana estaba con alguien todo este tiempo. Y sabes que jamás quiso hablarte de él, ni presentártelo —no retrocedió el paso que Lawrence dio hacia él con el semblante ensombrecido—. Ahora sabes por qué. Era famoso, rico.

Lawrence le dio la espalda durante unos segundos.

—¿Por qué lo hizo?

—El amor.

Miró a Max con llamas en los ojos.

—¿Qué tiene qué ver que estés aquí con Parker y mi hermana? Y quiero la verdad.

Y se la dio. Le habló de la relación que su hermana y Parker habían mantenido. Le habló de mentiras, de falsas promesas. También le explicó que su hermana estaba embarazada, que eso lo había cambiado todo.

—Dame un minuto —le pidió, dejándose caer sobre el reposabrazos de uno de los sofás.

Independientemente de quién era el padre de la criatura, Amanda estaba embarazada y él iba a convertirse en el tío Lawrence. Iba a tener un sobrino, o sobrina, al que cuidar y malcriar. Iba a tener alguien a quien proteger, alguien a quien tratar con la misma devoción con la que miraba a Amanda.

No todo era malo, ¿verdad? Un bebé siempre era una buena noticia.

Levantó la mirada hacia Maxwell cuando algo encajó en aquel rompecabezas que lo confundía por momento.

—¿De cuánto está?

—De casi siete meses.

Amanda se había quedado embarazada mucho antes de que Parker vendiera la exclusiva de que iba a pedirle matrimonio a Babette en una espectacular fiesta en su ático de Boston.

—Por eso se marchó, ¿verdad?

—El bebé era motivo suficiente para desmentir todos los rumores de la boda entre Benedict y LeFleur, pero al parecer, Parker tenía otros planes —Lawrence no se percató de que Max intentaba ser profesional y no se dejaba llevar por la familiaridad que lo acercaba a Amanda—. Si se casaba con Babette, recibiría de su suegro una fortuna, algo que lo ayudaría a relanzar su empresa al mercado japonés y que le evitaría la sonada y prácticamente inminente bancarrota. Así que el bebé sobraba.

—¿Por eso se fue? ¿Temía por su vida?

¿Y por qué no acudió a mí?, quiso preguntar; yo la habría podido proteger.

No tan bien como Max, que tiene una placa y un arma reglamentaria, le dijo una vocecita interior.

—Por eso acudió a ti —musitó con voz rota, más para sí mismo que para el agente.

—Lawrence…

Contarle a su ex que su hermana había sufrido maltrato físico y psicológico durante dos meses no fue sencillo.

El aullido de Lawrence, lleno de dolor y cólera, se oyó hasta en la sala de espera. Maggie quiso asomarse a la sala de descanso, pero imaginó que la visita de un federal nunca implicaba buenas noticias, así que volvió a sentarse en su silla, con los nervios a flor de piel.

Lawrence temblaba como una hoja.

¡Amanda debía haber pasado un calvario por culpa de aquel infeliz! ¡Y él había vivido ajeno a cada bofetada, a cada puñetazo, a cada patada, que debía de haber recibido! ¡Había creído que su hermana solo necesitaba unas vacaciones para reencontrarse a sí misma! ¡Pero había estado buscando una vía de escape para alejarse de un jodido maltratador!

¿Y él que había hecho?

Lamentarse porque no sabía dónde estaba ella.

Morirse de celos porque había creído que Amanda confiaba más en Max que en su propio hermano.

Las lágrimas rodaron por sus mejillas sin ninguna vergüenza cuando gruñó hacia el hombre que había sido su pareja durante mucho tiempo. En esos momentos, quería hundir su puño en su preciosa cara y dejarle un buen cardenal, pero se contuvo a tiempo.

—Tú lo sabías y no me dijiste nada, Maxwell.

Max se obligó a mantenerse firme.

Era un agente del FBI. Uno de los mejores, en realidad. Era serio, responsable, en definitiva: muy profesional. No debía permitir que el tono despectivo y acusador de Lawrence lo hiriese, por más razón que tuviera al tacharlo de traidor por no haberle contado lo que le sucedía a Amanda.

—Lo siento —Max, sin embargo, no pudo evitar que el dolor ahora llenase su mirada—. Te juro que he querido contártelo muchas veces. Pero si te lo hubiera dicho, hubieras buscado a Amanda y entonces la habrías puesto en peligro.

—Max, dime ya qué demonios ha pasado con mi hermana y qué haces aquí —se levantó de pronto y lo agarró por los hombros—. ¡¿La ha matado?! ¡¿Ese cabrón la ha encontrado y le ha hecho algo?!

Maxwell se soltó con brusquedad y se arregló la chaqueta que Lawrence había arrugado mientras lo zarandeaba con fuerza. Se cuadró de hombros, ladeó la cabeza hasta que las cervicales crujieron ante el movimiento, y solo entonces volvió a mirarlo a los ojos.

—No.

Lawrence se desplomó de nuevo en el reposabrazos y soltó un largo, tembloroso y aliviado suspiro.

—Pero no está a salvo, Lawrence. Tenemos motivos para creer que Parker ha matado a su esposa.

—¿Qué?

Max carraspeó. Aquellas noticias no eran sencillas de dar.

—La han encontrado esta mañana… en el despacho de Parker, en la casa que compartían. La forense cree que la mataron anoche, entre las once y la una, pero todavía no hay nada claro.

—¿Cómo murió? —se atrevió a preguntar.

—Le disparó en el pecho —suspiró Max, recordando el momento en que le habían mandado las fotografías de la escena del crimen y había visto el cuerpo sin vida de Babette. Nunca se acostumbraba a ver un cadáver, no importaba los años que llevase en el FBI. Era escalofriante, chocante.

—¿Y si no fue él?

Paseando por la sala, gesticulando como solo haría una persona segura de sí misma que señala planos e informes, Maxwell le expuso todo aquello que podía justificar que Parker fuera el principal sospechoso.

La familia Benedict se había dado cuenta de que Parker no era feliz.

La familia LeFleur había creído ver a su hija con un ojo demasiado maquillado para disimular un golpe.

Parker no podía, por otro lado, divorciarse de Babette. No todavía. No hasta pasados cinco años de matrimonio; de hacerlo, tendría que devolver los millones recibidos a raíz de su boda. Pero enviudar lo cambiaba todo, la fortuna de su esposa pasaría a ser íntegramente suya.

—Tiene un motivo para matarla, de acuerdo. ¡Pero eso no lo convierte en un asesino!

—Lawrence, Parker tenía licencia de armas. Y aunque estamos esperando el informe de balística, tenemos motivos para pensar que las balas coincidirán con una Beretta que no está en la vitrina junto con las otras y que completan su colección de armas de fuego.

Lawrence se apretó el puente de la nariz con los dedos, sabiendo que aquellos absurdos rayos de esperanza que albergaba en su interior eran una mera ilusión, algo a lo que aferrarse.

—¿Va a por mi hermana? —logró preguntar con voz raspada.

—Dejé a Amanda con Remington Montgomery, ¿lo recuerdas? —decidió responder sin dar una contestación concisa y clara.

—Claro, fue tu compañero en la Universidad. No me lo presentaste porque vive en un pueblo muy pequeño, pero siempre me has hablado de él…

—Es un buen policía y ha cuidado de ella todo este tiempo. La escondí en Blue Valley —había un pero, por desgracia. Max respiró hondo—. Anoche, Remington me llamó. Un detective privado contratado por Benedict estuvo husmeando ayer por Texas y ha encontrado a Amanda.

Lawrence se levantó y empezó a caminar por la sala, nervioso, mesándose el pelo, tan rubio como el de su hermana. Sus engranajes estaban trabajando a un ritmo vertiginoso.

Cuando sus ojos, negros como la obsidiana, se volvieron a clavar en él, Max asintió.

—No creo que sea casualidad que matase a su mujer a las pocas horas de que ese tipo viera a Amanda —siguió diciendo.

—Va a por ella —afirmó Lawrence con mucha entereza, respondiendo a la pregunta que había pronunciado pocos minutos antes.

—Eso creo, sí.

CAPÍTULO 30

Las agujas del reloj no jugaban a su favor.

Max puso el manos libres en cuanto se montó en el 4x4. Miró de reojo a Lawrence antes de ponerse el cinturón. La primera parada sería el piso del doctor, luego el suyo. No podían perder mucho tiempo, lo suficiente para coger un par de camisetas, un pantalón y un par de mudas limpias.

Remington le cogió la llamada al tercer tono.

—Max.

—Remington —lo saludó de vuelta—. ¿Cómo está Amanda?

—Más tranquila. He conseguido que recoja sus cosas de la cabaña y se venga a vivir conmigo —le explicó su compañero. Maxwell asintió como si tuviera a Remington delante y no a más de dos mil millas de distancia—. Mis hermanos están avisados de lo sucedido. Estamos alerta.

—Bien. Remington, voy hacia Blue Valley. Mi avión sale en unas horas.

—Ha pasado algo, ¿verdad? —su amigo respiró entre dientes—. Y tiene que ver con ese jodido detective.

Si aquel investigador privado no la hubiera encontrado, Babette seguiría viva y Amanda no se acostaría esa noche con el peligro mordisqueándole los tobillos.

¿Qué había salido mal?

Max no podía dejar de preguntarse cómo demonios había descubierto dónde estaba Amanda. No había forma de relacionarla con él, con la familia Montgomery, con Blue Valley.

—Sí, Remington. Ha pasado… algo —los dedos se tensaron sobre el volante hasta que los nudillos se le quedaron blancos—. Han encontrado muerta a la esposa de Parker Benedict esta mañana. Parker es el principal sospechoso. Está desaparecido.

Remington maldijo por lo bajo.

Le preguntó si el asesinato iba a salir por la televisión. Por cómo se escuchaba su voz, Maxwell supo que su amigo estaba bajando o subiendo escaleras y que iba en busca de Amanda, que debía estar viendo las noticias del mediodía.

—Los Benedict y los LeFleur son familias extremadamente conocidas, Remington. No hemos podido esconder la muerte de Babette.

—¡Mierda! —siseó.

—Remington, el hermano de Amanda vendrá conmigo.

—Hola, Remington. Soy Lawrence —la voz de su ex demostraba lo nervioso que estaba—. ¿Cómo está ella? ¿Está bien?

—Tu hermana es una mujer muy fuerte, Lawrence.

Su mejor amigo se había enamorado de una de las mejores personas que Max conocía. Esperaba que todo saliera bien, porque eran dos personas maravillosas que merecían ser felices y, quizás, juntos, podían crear un mundo mejor, más luminoso y colorido.

—¿Remington? ¿Has dicho…? ¿Estás hablando con… quién? —la voz lejana y temblorosa de Amanda les llegó y les supo a gloria. Estaba bien.

—Toma, cariño —el tono de Remington fue tan tierno…

Max reconoció en sus palabras el amor que una vez había destilado de su propia voz. Tragó saliva y se obligó a no desviar los ojos de la carretera, haciendo grandes esfuerzos por no mirar a Lawrence.

—¡Lawrence!

—Hola, mi amor. ¿Cómo estás?

Amanda tuvo que controlar sus hipidos y sollozos para poder hablar. Maxwell quiso estar a su lado para poder abrazarla; sabía cuán difícil era para ella tener aquella conversación con su hermano. Tenía miedo de que la rechazara, de que se avergonzara de ella.

—Lawrence… ¿Lo sabes todo?

—Sí.

—Lo siento mucho. Yo… —Ella tosió—. Sé que soy culpable de lo que pasó. Debí haberme apartado de él hasta asegurarme de que iba a enfrentarse a su familia, a los LeFleur, pero me decía que todo cambiaría y yo le creía.

Max, que estaba detenido delante un semáforo, cerró los ojos y reprimió un suspiro.

Finalmente, Amanda estaba exorcizando a todos los demonios que la consumían por dentro y no la dejaban avanzar.

—Princesa, no pienso juzgarte. Tú eres dueña de tu vida como yo lo soy de la mía… —el agente pensó en la noche en que Lawrence le había confesado por qué se había marchado sin mirar atrás—. Pero no te preocupes. Lo solucionaremos, puedes estar segura —Max notó justo el instante en que Lawrence lo miró, pero no le tembló el pie encima del acelerador, ni la mano sobre el volante—. Amanda, necesito que te sientes. Hay algo que tienes que saber.

La voz de Remington sonó amortiguada, pero Max imaginó que estaba pidiéndole a Amanda que hiciera caso a su hermano.

Lawrence le pasó el testigo a él.

Al fin y al cabo, era policía. Estaba acostumbrado a dar este tipo de noticias.

Aunque en la academia del FBI nunca le habían preparado para decirle a su mejor amiga que el hombre que la había dejado embarazada, el que le había arrebatado el amor propio y la seguridad en sí misma en tan solo dos meses, era sospechoso de asesinato.

—Hola, princesa. Cuánto tiempo sin oír tu voz —dijo, intentando que la voz desprendiera un poco de alegría y poco nerviosismo.

—Max… —otro sollozo—. Se lo has contado. Eres un traidor.

Sí, lo era. Era estúpido sentirse así, pero se sentía sucio y nervioso por haber abierto la caja de Pandora que su mejor amiga le había entregado.

—Sí, lo sé. Pero tenemos que hablar. Tengo algo que contarte.

—Oh —había sorpresa en su voz—. Espera, que Roth está saltando sobre el sofá y creo que nos aplastará… —carraspeó para aclararse la voz, cargada de las lágrimas de antes—, el mando a distanci…

Lawrence se incorporó en el asiento cuando la voz de su hermana se cortó y llegó hasta ellos un golpe seco —el teléfono debería haberse caído al suelo—, seguido de un espeluznante grito.

Amanda.

El corazón le había dado un vuelco ante el grito de su mejor amiga, pero Max era policía y estaba entrenado para estar atento de todo lo que sus sentidos abarcasen. Y aunque se oían los sollozos de Amanda a través del manos libres, así como los susurros de Remington, que intentaba calmarla, Maxwell escuchaba otra cosa.

El telediario.

Roth, el sobrino de Remington, debía de haber cambiado de canal mientras daba botes por el sofá.

Mierda, habían llegado demasiado tarde. Amanda se había enterado de otro modo, uno que Max había querido evitar a toda costa.

Lawrence lo miró con el terror brillando tras los cristales de sus gafas.

Max le devolvió la mirada.

—Sabe lo de Babette.

CAPÍTULO 31

Remington estaba mirando por la ventana cuando Amanda lo encontró. Estaba en un pequeño estudio que tenía junto al salón, donde las paredes estaban cubiertas por altas estanterías llenas de libros de suspense y terror.

Se apoyó en su espalda, encantada con el calor que transmitía en aquella noche de tormenta. Abrazarlo de aquel modo, dejando la mejilla reposando entre sus omoplatos, la llenaba de paz.

—He hablado con Max hace unas horas.

—No se sabe nada —susurró él.

De nuevo, fiel a su costumbre y siguiendo su instinto, no preguntaba. Afirmaba.

—Max dice que el FBI sigue buscando. Pero Parker tiene contactos, muchos amigos. Puede que alguno sea tan mala persona como él y no le importe esconder a un sospechoso de asesinato…

Amanda notó, más que vio, cómo Remington asentía con la cabeza.

—¿Te ha dicho algo más?

Contar con el apoyo de su mejor amigo, pero sobre todo con el de su hermano, era muy importante para Amanda, pues la dominaba el miedo que la ahogaba al pensar que Parker podía estar de camino hacia Blue Valley.

Debería haberse ido la tarde anterior, cuando Hancock apareció.

¿Y si ponía en peligro a los niños? Nunca se perdonaría que le pasase algo a Irina o a Roth.

¿Y si Remington salía herido? Era policía, era la ley. Parker se enfrentaría a él.

El resultado podría ser fatal.

—Su avión se ha retrasado. Lawrence y Max llegarán en un par de horas.

Él volvió a asentir sin apartar el rostro de la ventana.

Pero Amanda sabía lo que estaba pensando: Parker llevaba una ventaja abismal sobre Max, por lo que todos ellos estaban en una carrera contrarreloj sin saber quién llegaría antes a la meta.

A Blue Valley.

—Eh, chicos.

Ambos miraron a Nick, que estaba apoyado en la jamba de la puerta con un brazo. Parecía tener prisa.

—Rose y Grace —explicó, refiriéndose a unas yeguas— se han puesto de parto al mismo tiempo y las dos han tenido antes partos complicados. Tanner y yo vamos al establo a ayudarlas a dar a luz, aunque todavía falta una hora para que el espectáculo llegue a su punto álgido —intentó bromear. Pero ante la sombría mirada que le dedicó Remington, suspiró y perdió el ánimo—. Estaremos atentos.

—Id con cuidado —pidió ella, adelantando un paso hacia el pequeño de los Montgomery.

—Todo saldrá bien —Nicholas le sonrió con esa sonrisa que parecía, más bien, un dardo tranquilizante que siempre lograba calmarla—. Los niños ya están acostados. Cindy está con ellos.

Los niños.

Cindy.

Dios, volvió a rezar mentalmente, mientras ladeaba la cabeza sobre la espalda de Remington, que Parker no venga a Blue Valley. Que no me busque. Que no llegue hasta aquí, hasta esta maravillosa familia…

Nick se marchó cuando recibió la aprobación de su hermano. Aunque Tanner era el mayor, en situaciones como aquella, Remington era quien mandaba por encima de cualquier otra persona. Cosas de ser policía.

Remington la llevó hasta la cocina y le preparó una tisana.

—Deberías echarte y dormir un poco. Agotarte de esta forma no puede hacerle bien al niño —le comentó con suavidad mientras llevaba la taza caliente hasta la mesita auxiliar y se sentaba junto a ella en el sofá.

Amanda negó con la cabeza cuando Remington empujó la infusión en su dirección.

No podía olvidar el momento en que habían mostrado el sonriente rostro de Babette en la televisión y habían anunciado su muerte. El nombre de Parker Benedict aparecía en el titular: había desaparecido y todas las pruebas encontradas hasta el momento lo señalaban como principal sospechoso.

—Sé que estar tan nerviosa no es bueno para Cameron, pero… —se acarició el vientre—. Esto no me gusta, Remington. Debería marcharme. No quiero ponerte en peligro. Ni a ti ni a tu familia.

—Soy policía y tengo que admitir soy muy bueno en mi trabajo. Deja que yo me encargue de todo.

Sin embargo, Remington no mostraba sus emociones por no asustar a Amanda: estaba preocupado y asustado.

Ese tipo ya había matado una vez. ¿Hasta dónde estaba dispuesto a llegar para encontrarla? ¿Y si atacaba a sus hermanos o a sus sobrinos? No podía perderlos. Pero tampoco quería que Amanda quedase a la merced de ese desgraciado. Simplemente, no podía abandonarla a su suerte, porque perderla a ella también sería perder una parte de sí mismo.

Estaba convencido de que había alguna forma de protegerlos a todos.

—Remington, si algo sucediera, yo…

Él le cubrió la boca con la mano.

—No voy a abandonarte, ¿de acuerdo, Amanda? No sé qué pasará a partir de ahora, pero le haremos frente… —se apartó lo justo—. Juntos.

Amanda apartó la cara, pero Remington ya había visto las lágrimas que llenaban sus ojos.

Le tomó el rostro con las manos para que lo mirase.

—Amanda, deja de tener miedo. Yo estoy aquí.

—¡No deberías! —exclamó, levantándose—. Esta no era tu batalla, nunca debió serlo.

—Pero he querido que lo sea. ¿Por qué no puedes comprenderlo?

Como ella lo fulminó con la mirada, Remington también se levantó. Si no se calmaba, podría ponerse de parto; esa tarde había tenido un par de punzadas en los riñones a causa del estrés.

La tomó de la mano para acercarla a él. Quería abrazarla, pero Amanda se apartó dándole un puñetazo en el pecho, que lo hizo parpadear, estupefacto. La soltó como si su tacto lo quemase.

Estaba fuera de sí.

Jamás la había visto tan desencajada, tan fuera de su piel.

—Yo quería irme. ¿No lo entiendes, Remington? Yo no quiero poneros en peligro. —Una lágrima saltó hacia su mejilla y Amanda la secó de un manotazo—. ¿Por qué no me dejaste marchar?

Porque te quiero, quiso decir.

Pero apartó la mirada unos segundos para serenarse. No era el momento de confesiones de ese tipo.

Amanda merecía saberlo de otro modo, en otro momento.

—No puedes huir siempre, ya te lo dije.

—¡Claro que puedo! Nada me ata aquí… —comentó, sin saber el daño que acababa de causarle—. Pero tú…

—¿Yo qué? —prácticamente fue una provocación.

Amanda pestañeó. Se estaba viendo reflejada en sus ojos de plata.

Pero no era eso lo que la desconcertaba.

Era el brillo que tenía su mirada. Era diferente, especial, algo que no había visto en sus ojos cuando lo había conocido; esas motas de luz y color habían aparecido en sus pupilas después de aquella noche en *La Cabaña Azul*, cuando hicieron el amor por primera vez. Pero ella, siempre tan sumida en sus recuerdos, siempre tan pendiente de sus labios y sus caricias, ya se había acostumbrado a aquel resplandor.

Y no le había prestado atención hasta ese momento.

¿Era amor lo que sentía Remington por ella? ¿Por eso insistía tanto en protegerla?

¿Por qué quería saber si estaba enamorado? ¿Era ilusión y esperanza aquello que empezó a envolver cada latido de su corazón? ¿Era posible que le gustase la idea de que Remington la amase? ¿Qué ganaba ella teniendo el corazón de aquel hombre en su poder?

¡Por Dios! ¡Nada tenía sentido!

—¿Yo qué, Amanda?

Aturdida, carraspeó, volviendo al presente.

—Tú… tienes una familia.

—Es mi deber proteger a los que lo necesitan —de nuevo, Remington quiso decir que estaba enamorado de ella, pero volvió a morderse la lengua.

Amanda fue hacia la puerta corredera y observó la lluvia azotar con fuerza el cristal. La terraza estaba llena de agua. Ojalá fuera un lago para hundirse en él y esconderse de la maldad del mundo.

—Yo no soy un alma perdida, Remington. Acudí a Max y lo enredé en esta maldita… misión de fuga. Pero no debería permitir que tú también me eches una mano —cerró los ojos un momento antes de mirarlo por encima del hombro. Lo veía borroso por las lágrimas. Los últimos meses no hacía otra cosa que llorar—. No quiero que os pase nada.

—Deja de pensar.

—No puedo…

—Demasiados no, Amanda.

Remington la abrazó.

El teléfono móvil sonó, estremeciéndolos a los dos. Estaban tan atentos el uno del otro, que su melodía suave fue como un disparo de lo más sonoro.

—Es de la comisaría —anunció al coger el *smartphone*.

Amanda se preguntó si habían encontrado a Parker. Fue hacia el sofá mientras él salía al rellano y se obligó a tomarse la tisana, que se había quedado fría. Dejó la taza sobre la mesa con manos temblorosas y buscó la curvatura de su embarazo para recordarse que debía mantenerse lo más cuerda posible.

—Amanda.

Por favor, que Parker esté detenido, pidió al cielo con los ojos cerrados.

Pero sabía que no iba a ser tan sencillo. Porque él era inteligente, escurridizo…

Miró a Remington con el corazón en un puño.

—Ha habido un problema en comisaría y tengo que ir a ver si podemos arreglarlo. No se trata de Parker. Por ahora no parece estar en Blue Valley, así que tranquila, ¿de acuerdo? —le contó mientras rodeaba el sofá para agacharse delante de ella. Apoyó las manos en sus rodillas—. Dejo aquí mi pistola reglamentaria. Si la necesitas, que no creo —añadió al ver cómo las mejillas de Amanda palidecían—, cógela y úsala. Si ves algo extraño, llámame, avisa a mis hermanos, y dispara si crees que tienes que hacerlo.

Sus instrucciones no eran muy alentadoras.

—Pero…

—Sin miedo, sin remordimientos.

Amanda bajó la vista a las manos de Remington. Estaban apoyadas en la prominente curva de su embarazo como si aquel fuera su lugar. Las rozó con las suyas y él las buscó para entrelazar sus dedos con los de ella.

—Remington…

—El papeleo puede esperar a mañana —la interrumpió, apoyando su frente en la de Amanda—. Si quieres, puedo quedarme aquí y…

—Márchate tranquilo. Piensa que tengo tu arma, Cindy está en la casa de al lado y Max llegará en un par de horas… —sonrió contra sus labios cuando su boca cubrió la suya con delicadeza.

—Amanda…

—Vete —murmuró con una sonrisa torcida.

CAPÍTULO 32

Rebeccah siseó cuando pudo liberar el brazo derecho. La cuerda estaba apretada con fuerza desmedida y, durante unos minutos, había creído que no lograría sacar la mano de aquellas improvisadas pero dolorosas esposas. Se miró la muñeca, cuya piel estaba bastante arañada, por lo que sangraba.

Aquella herida tenía un aspecto horrible.

Al menos, Rebeccah estaba viva.

Intentó no mirar a su compañero, el sustituto de Remington.

Sin embargo: nunca, ¡jamás!, olvidaría la imagen de Swift tendido en el suelo, los ojos bien abiertos, la boca torcida en una mueca de horror y un hilo de sangre manchando su nariz y su mejilla. Cada vez que fuera a comprobar que su puntería seguía intacta, apuntaría directamente al pecho y vaciaría el cargador en el torso del muñeco de papel, olvidándose de la cabeza.

Acababa de decidir que los agujeros de bala en medio de la frente eran escalofriantes.

Se quitó la mordaza, que estaba muy bien atada tras su cabeza, y escupió en el suelo, sin importarle que aquel gesto no fuera femenino. Aquella tela sabía a polvo y a sangre.

Intentando no vomitar, con el brazo ardiendo y el hombro quejándose con punzadas de dolor, pudo liberar el brazo izquierdo. Se miró la muñeca, que también estaba en carne viva.

Menudo desastre.

Se inclinó con cuidado de no tumbar la silla. Ignorando el fuerte dolor de cabeza que palpitaba en la base de su cráneo, se desató los pies.

Se incorporó, tambaleante. Tenía las piernas entumecidas después de pasar más de una hora allí, atada de pies y manos; también sufría jaqueca, pero no quiso mirar si la herida que tenía en el cuero cabelludo sangraba. No quería ver más sangre en una larga temporada.

Tenía que llamar a Remington, aunque lo más probable era que ya estuviera llegando a comisaría.

Pasó por encima del cuerpo sin vida de Donald Swift, agente que había venido de San Antonio un par de semanas para trabajar en el lugar del jefe, y que había terminado encontrando la muerte en Blue Valley.

Maldito chiflado, pensó, recordando al hombre que los había secuestrado y cuya fotografía circulaba por todos los medios de comunicación.

El tobillo le falló y trastabilló. Adelantó las manos para no caer bruscamente y las apoyó en el escritorio con decisión, agradeciendo sus reflejos. El impacto, pero, la

dejó sin aire y con un nudo en el estómago. Se incorporó con un quejido y cogió el teléfono.

Vio que temblaba, pero no luchó contra la ansiedad.

—Mierda —con fuerza, lanzó el auricular contra la pared. Ese tipo había cortado la línea.

Se frotó la frente mientras giraba sobre los pies y apoyaba la base de la espalda en el borde de la mesa.

Tenía que actuar con rapidez. O Mandy Jeff, que según le había contado ella misma esa tarde cuando fue a decirles que no se sabía nada de Parker Benedict, se llamaba Amanda Jefferson, terminaría como Swift.

Rebeccah no podía permitir otra muerte.

Cogió aire y se irguió. Joder, le dolía todo el cuerpo; caminar iba a dejarla agotada, pero tenía que encontrar algún teléfono. Decidida, alzó un pie para dar aquel primer paso.

La puerta se abrió y por un momento, Rebeccah creyó que era de nuevo Benedict, que venía a rematarla. Se preguntó dónde tenía la pistola y se maldijo porque no sabía dónde se la había escondido aquel hombre.

Pero por suerte, era Remington.

A su amigo le cayeron las llaves del coche al ver a Swfit, su sangre en el suelo, las cuerdas abandonadas sobre la silla. Sus ojos se posaron en ella con el miedo dibujado en su rostro, mientras en el de ella se mezclaba la angustia, el alivio y el pavor.

—Rebeccah…

Por supuesto, Remington sabía quién había cometido tal atrocidad.

—Parker Benedict ha estado aquí, se ha ido hace diez minutos. Ha obligado a Swift a llamarte a punta de pistola antes de… —hizo una mueca—. Quería atraerte hacia aquí y alejarte del rancho —intentó caminar, pero tuvo que echarse hacia atrás y agarrarse al escritorio mientras respiraba entre dientes. El dolor era insoportable, amenazaba con arrebatarle la conciencia—. Tienes que volver, Remington. Va a por Amanda.

CAPÍTULO 33

Amanda se había rendido al cansancio hacía apenas unos minutos. Estaba sumida en un sueño ligero, por lo que no descansaría mucho. Además, el sofá en forma de *L* de Remington no era especialmente cómodo si se comparaba con un buen colchón.

Soñaba.

Si bien era un sueño, Amanda reconocía en él un puñado de recuerdos. Muy buenos momentos de antes de la llegada de Hancock…

Estaba atardeciendo y el cielo estaba teñido de diversos colores, como si hubieran difuminado el arcoíris en él; había nubes grises que le daban un toque decadente, pero que Amanda había considerado inofensivas.

Remington había insistido en llevarla a cenar a la zona alta del pueblo, lejos de los ranchos. Había un restaurante italiano, donde la pasta era auténtica, pues lo regentaba una familia venida desde la Toscana cuatro décadas atrás y cuya vida se basaba en aquel negocio de paredes rojas, manteles a cuadros y velas para acompañar las veladas.

Pero mientras la guiaba hasta el coche, el cielo se había visto total y rápidamente cubierto por las nubes, que se volvían oscuras a un paso vertiginoso.

—Lloverá —había dicho ella. En su sueño, las palabras tenían eco.

Remington, que había ido unos pasos por delante, había abierto los brazos.

—Claro que no. Nada nos estropeará nuestra noche.

Como si el cielo no estuviera de acuerdo con él, en ese mismo momento, había empezado a llover.

Primero fueron gotas insignificantes; Amanda se había quedado parada, dejando que aquellas pequeñas gotitas le mojasen la cara y los brazos, mientras miraba con una ceja enarcada a Remington.

—Te estás riendo —había comentado él.

—Ha resultado muy gracioso —había respondido ella, aguantándose la risa—. El Universo conspira en tu contra.

—¿Tú crees?

—Ajá…

Él había hecho amago de cogerla del codo para atraerla hacia sí. Había fallado, pues Amanda se había apartado con una carcajada y había fingido darle un latigazo en el trasero con el largo pañuelo de color negro con el que había pensado cubrirse el cuello.

Remington había cazado el extremo del pañuelo y lo había usado para atraerla hacia él. Ella se había resistido unos segundos, pero terminó contra su pecho, riendo,

sonriendo como si fuera una adolescente que acababa de descubrir el primer amor, ese importante, ese que marca y que te impulsa a cometer locuras.

Se habían besado mientras las gotas de lluvia crecían de tamaño.

También de fuerza.

Y en cantidad.

Pero a ninguno de los dos les importó el chaparrón que descargaba sobre sus cabezas.

Remington la había cogido por la cintura y la había levantado para poner sus pies encima de los suyos. Le daba igual el embarazo: la enorme barriga que se interponía entre sus cuerpos le era indiferente, como si fuera un vientre plano más, siempre que no le hiciera daño, ni a ella ni al bebé. Si ella se quejaba de que la apretaba demasiado, la soltaba con cuidado.

Pero en esa ocasión, Amanda no había protestado; incluso había rodeado su cuello con los brazos para acercarlo más a su boca.

Y Amanda por poco había tocado las estrellas esa noche.

En el sueño tampoco pudo alcanzarlas…

Un rayo hizo que su claridad alumbrase la estancia como si fuera de día; un trueno la agitó, despertándola.

Amanda se incorporó y se pasó una mano por la nuca, que estaba perlada de sudor.

La luz se había ido, comprobó al verse sumida en la oscuridad. Buscó a tientas un par de velas, diciéndose que no tenía motivos para tener miedo. Remington volvería pronto. Y Parker no tenía por qué estar en la finca, ni tenía relación con que no hubiese luz.

Pero aquellos pensamientos no impedían que su corazón latiese desenfrenado, como si fuera un caballo desbocado que cabalgaba a la desesperada.

Tenía el presentimiento de que algo iba mal.

—¿Amanda?

Casi gritó del susto cuando la voz llegó hasta ella. Se apoyó en la encimera, obligándose a respirar.

—No pretendía asustarte. Lo siento.

—Cindy, hola… —se volvió hacia ella y encontró a su jefa con una linterna. Le tendía otra—. Oh, gracias. Me irá mejor que…

—¿Ocurre algo, Amanda? —Cindy frunció el ceño al ver cómo se quedaba muda de pronto.

Se había quedado blanca como si acabara de ver a un fantasma a través de la ventana del salón. Cindy se temió lo peor, sobre todo porque aquella ventana daba a los establos donde sus niños guardaban las yeguas que estaban en estado… justo el lugar donde estaban ellos en ese momento.

—¿Amanda?

Ella la miró con los ojos abiertos como platos. Intentó hablar, pero no pudo. Estaba afectada, visiblemente aturdida. Se frotó la nuca y adelantó un par de pasos, aunque se tuvo que apoyar contra la pared, pues se tambaleaba. Nunca la había visto así, ni siquiera cuando el detective salió de la cafetería la otra tarde.

—Querida… ¿qué te pasa?

Cindy, al ver que la joven no articulaba palabra y que tampoco reaccionaba a sus friegas en el brazo, la rodeó para acercarse a la ventana, temiendo encontrarse con Parker Benedict al otro lado.

Si ese hombre estaba en la finca, las cosas podían ponerse feas, ya que Remington no estaba y Roth e Irina estaban en la casa de al lado, durmiendo a pierna suelta, siendo blancos fáciles.

Con el corazón en un puño, notando que casi no podía respirar, Cindy apretó la frente contra el cristal. Escudriñó la oscuridad en busca de una figura corpulenta y alta que delatase la presencia de un intruso.

Pero fuera no se veía nada, ni siquiera salía una pizca de claridad del establo, cosa extraña. Tanner siempre tenía viejas lámparas de aceite que usaba cuando había noches como aquella, donde la electricidad titilaba y terminaba por desaparecer.

Gracias a otro rayo, se dio cuenta de que la puerta del establo estaba cerrada y que la habían atrancado por fuera, motivo por el que no podía ver si sus sobrinos tenían luz o no.

—Oh, Dios mío…

Había tenido que ser él.

Ese hombre estaba ahí, en Blue Valley.

Y había dejado a Nick y a Tanner encerrados en el establo…

—Amanda… —susurró, comprendiendo de pronto.

Un portazo la hizo estremecerse y Cindy se volvió, asustada. Barrió con la luz blanca la cocina y el salón, pero ella se había marchado.

Oh, no.

Por poco gritó.

Apuntó con la linterna la puerta del salón, que estaba entreabierta y bajó las escaleras de dos en dos. El corazón en la garganta, los pulmones ardiendo. Rezó para que aquel hombre no hubiera entrado en casa, aunque algo le decía que era Amanda quién había salido fuera para encararle.

Y Cindy sabía que aquella muchacha lo había hecho para impedir que Parker Benedict encontrase a los pequeños y se aprovechase de su vulnerabilidad.

Con fuertes tirones, que demostraban lo desesperada y nerviosa que estaba, intentó abrir la puerta que daba al porche cubierto, pero…

Cerrada.

—Amanda… no —susurró con horror mientras se tapaba la boca con la mano, retrocediendo hasta chocar contra la pared.

Parker acababa de rodear el rancho para entrar en la casa. Qué estupidez, pensó observando con desagrado la estructura. No había ninguna puerta trasera que diese directamente a las cuadras de los caballos; aquella familia era una inútil.

Ni siquiera podía considerar rancho aquella casa de casi tres pisos.

Para él, los ranchos eran aquellas casas sencillas y rústicas que salían en las películas del oeste.

Los tejanos eran gente extraña.

Y muy confiada.

Se sentía insultado por lo sencillo que había sido poner un pie en aquel sucio y maloliente establo y coger con cuidado el rifle que había apoyado en la pared. Los caballos estaban alterados, tal vez por su presencia. No obstante, esos dos tipos estaban tan concentrados en ayudar a una yegua a parir, que no se habían percatado de que volvía a salir de la triste y pobre edificación con el arma en la mano. Había sido pan comido cerrar la puerta para luego atascarla.

Se había visto tentado a prenderle fuego a aquel lugar, pero tenía tantas ganas de encontrar a Amanda, que no quería perder más tiempo.

Se detuvo en la esquina del rancho como si una barrera invisible le impidiera pasar.

Un rayo cayó no muy lejos y lo iluminó todo, dejando que viese el rostro de la silueta que acababa de salir de la casa.

Ella.

Estaba guapísima así, con el pelo empapado, cayendo, liso y oscuro como la noche, sobre sus hombros. Ante su embobada mirada, ella levantó la barbilla, desafiante.

Hancock tenía razón: estaba embarazada.

De su hijo.

Parker tragó saliva y avanzó un paso hacia aquella aparición celestial que tantos quebraderos de cabeza le estaba causando.

Por fin la tenía ante sí, a pocos metros…

—Amanda.

Otro rayo lanzó su haz de luz por encima de sus cabezas y la vio entrecerrar los ojos.

Un gesto felino tan desafiante que lo puso duro como una piedra bajo los pantalones.

—Hola, Parker.

CAPÍTULO 34

Cuando el todoterreno de Remington derrapó frente el rancho, la lluvia cesó.

Bajó de un salto del coche y corrió hacia la casa. La puerta del porche estaba entreabierta y notó cómo su corazón se saltaba un par de latidos.

La empujó y vio el charco de agua que había encharcado parte la entrada, señal de que la puerta se había quedado abierta rato atrás, dejando que la lluvia entrase en la casa. Pulsó con fuerza el interruptor de la luz y esta parpadeó antes de encenderse. El servicio eléctrico de Blue Valley se había restablecido hacía apenas un par de minutos, o eso le había avisado una Rebeccah pálida y temblorosa por radio.

Y todo por ese hombre que había entrado en comisaría, la había golpeado aprovechando que estaba de espaldas y la había atado a una silla.

¿Y Swift? Había entrado en comisaría en un mal momento, justo cuando Parker abofeteaba a Rebeccah. Había terminado esposado y con una pistola apuntando a escasos milímetros de su yugular. Lo había obligado a llamarlo para pedirle que fuera a arreglar un papeleo urgente que no podía esperar a mañana, para luego matarlo sin compasión.

El retumbar de un disparo muy cercano le hizo levantar la cabeza y echó mano a la Glock que guardaba en la guantera, por si alguna vez tenía una emergencia, como le había ocurrido aquella noche.

—¡Remington, por el amor de Dios!

Su tía Cindy llevaba su arma reglamentaria en la mano.

La había disparado para romper la cerradura de la puerta que comunicaba el porche cubierto con el corredor de las tres escaleras que llevaba a las casas, cuya llave había estado pendida por fuera.

Él bajó su Glock, pero no logró calmarse. Miró detrás de su tía. Si Parker estaba ahí y se estaba atreviendo a usar a Cindy como escudo, lo pagaría muy caro. Pero no había moros en la costa, por lo que se enderezó.

—¿Y Amanda?

Su tía se mordió el labio inferior y meneó la cabeza.

—Creo que él está aquí, hijo. Y Amanda salió y me dejó encerrada aquí —su tía miró al techo para reprimir el llanto, pero sus mejillas sonrojadas delataban que llevaba muchas lágrimas derramadas.

Los niños, pensó.

Temblando como la noche en que Brenda llegó al pueblo y les dijo entre lágrimas que estaba enferma y que nada se podía hacer para salvarla, asió a su tía Cindy por los hombros.

—¿Roth? ¿Irina?

—Duermen. No se han despertado con el disparo, creo.

Remington asintió y salió de nuevo al exterior, comprendiendo cómo debían de sentirse los animales enjaulados cuando se sentían acorralados y veían a un extraño apuntándolos con un rifle que disparaba dardos tranquilizantes.

Miró el suelo en busca de alguna pista que le dijese dónde estaba Amanda, dónde estaba Parker. Sabía rastrear, pero el temporal de aquella noche no lo estaba ayudando. Ni siquiera podía ver otras pisadas que no fueran las suyas. Deberían haberse marchado antes de que dejase de llover.

Odiándose a sí mismo por haberla dejado sola y desprotegida en el rancho, lo rodeó. Pero no había nadie.

Cindy se asomó, todavía empuñando su arma y le señaló el establo. Sus hermanos estaban ahí, pero la puerta ahora estaba asegurada desde fuera.

Y corrió hacia allí, rezando para que Parker no los hubiera matado.

Aunque se tranquilizó al oír unos golpes sordos contra la puerta. Tanner y Nick estaban vivos e intentaban salir de aquella improvisada mazmorra. ¿Estarían heridos?

Quitó la barra de madera y abrió la pesada puerta de un empujón.

—¡Remington! —Tanner dejó en el suelo una antigua viga podrida que había usado para golpear la puerta en un intento de derribarla.

A simple vista, estaban bien.

—Nos han encerrado y nos han robado el rifle —el rostro Nick estaba macilento bajo una capa de polvo—. ¿Ha sido él?

Sí.

Parker había llegado hasta Blue Valley.

Hasta Amanda.

Y Remington no le había dicho que la quería. Había tenido la oportunidad aquella noche, todas las que había pasado entre sus brazos. Pero había preferido esperar.

—¡La tiene, joder! —murmuró, desesperado, saliendo de nuevo al exterior y mirando el cielo, ahora despejado. Y gritó—: ¡La tiene!

—No debiste engañarme.

Amanda, que estaba sentada sobre un tronco caído, empapado y lleno de moho, esbozó una sonrisa cínica antes de mirar a Parker, que se había apoyado en un árbol y la apuntaba con su Beretta.

Estar cerca de él ya no le daba miedo.

No iba a matarla. De querer hacerlo ya tendría una bala entre ceja y ceja.

Además, mientras la guiaba por el bosque que había tras las fincas de los Montgomery, le había dicho que quería a ese niño, que su intención era llevársela bien lejos de Norteamérica y criar al bebé con ella, ¡cómo si Amanda fuera a permitirlo!

Se había atrevido a añadir que había matado a Babette por ella, para poder darle la vida que merecía como señora Benedict.

—No debiste haberme empujado por las escaleras, Parker —rebatió con voz neutra.

—Sé que hice mal, pero ibas a enviarlo todo a la mierda y… no podía permitirlo.

Amanda asintió, dándole la razón. No porque la tuviese, sino porque estaba cansada de discutir con él. Tal vez a Parker le molestaba que le plantase cara, pero más le irritaba su indiferencia.

—¿Cómo me encontró tu detective?

—Tu hermano pasó la noche con un hombre. Maxwell Summers —añadió, sin esconder la repugnancia que destilaba su voz.

Maldita sea, pensó Amanda.

Todo había estado muy bien atado, hasta que una visita nocturna lo había echado todo a perder. Confiaba en que aquella noche hubiera valido la pena para su hermano y su mejor amigo. Sería un consuelo.

—Tiró del hilo —siguió diciendo él, ajeno a sus pensamientos—, y te encontró.

—La jugada le salió bien.

—Es muy bueno.

Una sonrisa satisfecha asomó a sus labios. Ella lo recompensó con otra, pero la de Amanda fue mucho más insolente.

—Cuestión de suerte —lo corrigió.

La provocación le costó una bofetada.

No había visto venir el golpe, eso tenía que admitirlo. Pero no lloró, ni permitió que el mentón se le arrugase en un puchero de dolor y humillación, como antaño. Escupió a los caros zapatos llenos de barro de Parker la sangre que notaba en la lengua.

—Estás prometida.

La acusación, dicha de sopetón, le hizo cerrar los ojos.

Maldito Hancock.

Había sabido que ese tipo le traería problemas nada más verlo entrar en la cafetería de Cindy.

—No, no lo estoy.

—Pero él me lo dijo —levantó el brazo, apuntándola de nuevo, hasta que el cañón de la pistola rozó la tierna piel de su cuello.

—Creo que tu detective te ha engañado. Te lo dije, Parker: no es tan bueno —y logró sonreír, de nuevo con la burla dibujada en las comisuras de sus labios—. No sabe diferenciar a un casero de un prometido.

Ahogó un jadeo cuando Parker la volvió a golpear.

Debes mantenerte calladita, se dijo a sí misma. Haz un esfuerzo.

Después de dos meses y medio lejos de él, la mujer con carácter y que tenía respuestas para todo había vuelto. Y le era muy difícil no dar rienda suelta a su

lengua, pero por el bien de su hijo, Amanda sabía que no debía responderle con más provocaciones.

Parker decía que no quería matarla, pero saltaba a la vista que había perdido la cabeza por completo y que ya nada le importaba.

Quizá sí terminaba disparando.

Quizá Amanda debería dejar fluir el miedo por sus venas en vez de encerrarlo en el sótano de su subconsciente.

—Hancock te ha seguido hasta aquí. Por si no te has dado cuenta, te he encontrado, y ahora vuelves a estar con quien perteneces: conmigo —recalcó, jactándose, Parker—. Claro que es bueno en su trabajo.

Amanda se obligó a desviar la mirada mientras se pasaba la punta de la lengua por la comisura de la boca, que tenía una pequeña herida que no dejaba de sangrar.

Pensó en los Montgomery para mantener la mente ocupada.

Sabía que había hecho bien saliendo de la casa nada más ver a Parker por la ventana del salón. Si entraba, podía coger a los niños como rehenes para convencerla de que hiciera cualquier cosa. Podía haberle hecho algo a Cindy; sobre todo porque su jefa era una mujer que no se dejaba acobardar por nada, ni siquiera por un hombre armado que le sacaba dos cabezas.

Confiaba en que Remington volviera pronto al rancho, quizá avisado por Cindy.

Era su única esperanza.

Pero eso no significaba que fuera a localizarla. Al menos, a tiempo.

Parker la había obligado a ir más allá de la finca y la había hecho adentrarse en el bosque. Si bien no habían andado más de diez minutos, había seguido lloviendo hasta hacía relativamente poco. ¿Qué posibilidades había de que Remington pudiera averiguar el camino que habían tomado?

Sé positiva, pensó, volviendo a cerrar los ojos. Olvida la Beretta.

—Entonces… —la voz de Parker sonó tan temblorosa, tan resquebrajada, que Amanda lo miró—. ¿No te has acostado con tu casero, ese tal Remington Montgomery?

—No, claro que no. Es un buen amigo, pero nada más —mintió, fingiéndose ofendida.

Parker entornó los ojos y la luna, que ya había asomado tras las nubes negras, les dio un tono blanco tan irreal que daba miedo.

Más miedo.

—No te creo.

Recordó las palabras de Remington, las últimas que habían compartido. Le había dolido en lo más hondo que dijera que la protegía porque era su deber. Usó aquella tristeza para ser la mujer que Parker quería que fuera en aquel momento.

—Parker yo… yo no he podido acostarme con ningún otro hombre… —se abrazó el vientre. Cameron estaba muy revuelto, quizás porque notaba el peligro—. Yo…

—¿Me quieres todavía, cariño? Porque te aseguro que podemos ser felices si me das la oportunidad —bajó la pistola y su sonrisa fue tan bonita, tan sincera. La misma que había usado durante dos años para enamorarla, para decirle que todo iba a salir bien cuando él jamás había pretendido que las cosas cambiasen—. Ahora que soy viudo, nos espera una vida de ensueño… A ti, a mí, a nuestro hijo. Ya te lo he dicho. Solo tienes que fiarte de mí. Déjate llevar.

Amanda contuvo las arcadas.

—Parker…

—Vamos, cielo… —él se acercó un paso—. Quiero besarte.

Si bajaba la cabeza para besarla, acabaría por devolver.

Ambos escucharon un sonido. Amanda descubriría más tarde que era el ruido que hace una rama al romperse cuando alguien la pisa y esta termina haciéndose añicos. Fue suficiente para que Parker se tensase de pies a cabeza.

En un visto y no visto, su secuestrador la había levantado y se encontraba tras ella, usando la mano derecha para apretar el cañón de la pistola contra su yugular, mientras con la mano izquierda rodeaba su cuerpo, como si la abrazase.

La estaba usando como escudo.

Si Amanda alguna vez hubiese tenido alguna duda de cómo era realmente Parker Benedict o cuánto la amaba, en esos momentos hubiera visto la verdad: era un cobarde que solo se quería a sí mismo y que prefería interponer a una mujer embarazada entre su atacante y él.

—Sé que estás ahí —casi gritó Parker.

—Suéltala, Benedict.

Remington emergió de las sombras, sujetando con ambas manos su arma reglamentaria.

La miró apenas un segundo, pues necesitaba cerciorarse de que Amanda estaba bien.

—No pienso hacerlo —sentenció el otro alejando la pistola de ella y apuntando a Remington—. Márchate o te pego un tiro aquí mismo.

—No me iré sin Amanda. Baja la pistola, Benedict.

—¿Me crees estúpido? ¡Me coserás a tiros en cuanto la tengas a salvo!

—¡Te he dicho que no pienso hacer nada de lo que me pidas! —gritó Remington con la mandíbula apretada, la vena del cuello marcándosele bajo la piel.

—El juego se ha acabado, Parker —sollozó ella—. Ríndete, por favor.

—¡Cállate, zorra! —la Beretta volvió a su cuello—. ¡Todo esto es por tu culpa! ¿Me oyes? ¡Tú eres la culpable de que esto se me haya escapado de las manos! ¡Tú y este jodido niño!

Remington, que temía por la vida de Amanda, avanzó un paso y se obligó a hablar con el mismo tono que usaría si no conociera al rehén.

—¡Parker, entrégate y déjala marchar!

—Deberías obedecer —la voz de Max, fría y mortífera, salió de detrás de Remington. Su mejor amigo se colocó a su derecha, apuntándolo también con el arma que usaba cuando estaba de servicio—. Te estás enfrentando a un policía y a un federal, Benedict. Piensa en lo mal parada que saldría tu familia si sigues arrastrando más muertes a tus espaldas.

Amanda jadeó cuando el abrazo de Parker se hizo más fuerte.

Está nervioso, pensó.

¿Qué pasaría si empezaba a temblar y el dedo pulsaba por accidente el gatillo de la Beretta? ¿A quién mataría? ¿A Max? ¿A Remington? ¿A ella?

—¡Baja la jodida pistola, Benedict! —el grito de Remington la estremeció.

Parker, viendo que su enemigo avanzaba un paso sin temerle, volvió a apuntarla a ella, que desvió la mirada y cerró los ojos.

Escondió una mueca de dolor para no alarmar a sus amigos.

Notaba fuertes punzadas en la espalda, muy parecidas a las que había sufrido esa tarde, y rezó para no ponerse de parto. Todavía era muy pronto. Se obligó a respirar, ¡aunque no sabía cómo! ¡Todavía no había empezado el curso preparto al que Carla la había apuntado!

—Si te acercas, la mato.

—¡Cabrón! ¡No la toques!

—¿Lawrence? —susurró ella, abriendo los ojos.

Su hermano estaba ahí.

Justo lo que Amanda no había querido.

Las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas.

—Deja de llorar, ¡joder, pedazo de zorra!

Lawrence, que había conseguido contenerse dada la posición en la que estaba su hermana, no pudo más y se lanzó de cabeza hacia ellos. Nick salió de la nada y logró contenerlo con su cuerpo.

Ninguno de los dos iba armado. Pero sí lo estaba Tanner. Apuntó a Parker con un rifle, interponiéndose así entre Lawrence y Benedict, como si temiera que este la tomase con el oftalmólogo y decidiera darles un escarmiento a todos.

Gracias, quiso decirle con la mirada. Sin embargo, dudaba que el *cowboy* apreciase el mensaje.

—Suelta a mi hermana —insistió Lawrence.

—Sí, Parker. Déjala —la voz de Remington cortó el aire.

—¡Me molestas! —Parker adelantó la pistola hacia él—. ¡Nos veremos en el Infierno!

—¡No, Parker! —Amanda, sacando fuerzas de algún lugar, se lanzó contra el brazo con el que sostenía el arma.

Quizá eso desvió el tiro, si bien no evitó que apretase el gatillo.

Ver a Remington recibir el impacto y retroceder varios pasos con una mueca de dolor, hizo que su corazón dejase de latir durante unos segundos.

—¡No! ¡Remington! —lloró, gritando; pensando que la bala había impactado en su corazón o en algún otro órgano vital. Parker volvió a pegarla contra su cuerpo y la alejó de todos ellos—. ¡Suéltame, Parker! ¡No!

Su ex le retorció el brazo hasta que lo tuvo pegado a la espalda, pero ella seguía resistiéndose.

Remington, que se había doblado sobre sí mismo, se incorporó. Su brazo izquierdo estaba inerte y manchado de sangre. En su mirada gris brillaba el malestar, pero volvió a levantar el arma con la mano derecha.

Era admirable que pudiera mantenerse en pie.

Era admirable que no le temblase el pulso.

—Benedict, te has atrevido a matar a una mujer inocente y a un compañero que venía a sustituirme. Has secuestrado a mi compañera en comisaría. Has entrado en mi propiedad sin mi permiso y has encerrado a mis hermanos —siseó, avanzando un paso que Parker la obligó a retroceder—. También has secuestrado a una mujer a la que prometí proteger. Has herido a un agente de la ley. Me has cabreado demasiado. Has sobrepasado mi límite. Voy a matarte.

—¡No si yo acabo contigo antes!

—No, por Dios, Parker… —lloró Amanda, viendo cómo el dedo de Benedict empezaba a doblarse de nuevo sobre el gatillo.

CAPÍTULO 35

Fue como si el tiempo se detuviera, como si su vida de repente hubiera variado de velocidad y ahora todo funcionase a cámara lenta. Los segundos se convertían en siglos que pesaban sobre sus hombros.

Amanda había sabido que aquella noche cambiaría para siempre su vida en cuanto se había enfrentado a Parker. Tenerlo frente a frente le había hecho ver que ya no había vuelta atrás y que si no caía él, sería ella.

Pero no había contado con daños colaterales.

Dios, Parker iba a disparar e iba a matar a un hombre bueno, cariñoso, tierno, que tenía toda la vida por delante para dar un amor sincero y sin maldad.

El disparo la hizo gritar y cerró los ojos con fuerza, hasta que tras sus párpados vio luces de colores.

No quería ver cómo Remington moría por su culpa.

Notó cómo el agarre de Parker flojeaba, cogiéndola desprevenida. El pesado cuerpo que estaba pegado a su espalda se bamboleó. Por poco la arrastró con él, pero Amanda se apartó como si Benedict fuera una serpiente venenosa.

Mareada, se apoyó en un árbol. No podía pensar en qué había pasado, en por qué estaba libre. Su mente no procesaba todas aquellas preguntas, no era capaz de pensar con claridad. Solo se giró cuando sus piernas estuvieron dispuestas a girarse. Usó el tronco como cojín para su espalda cuando pudo volverse.

Observó el cuerpo de Parker, tendido en el suelo.

Muerto, sin vida: ya no podía hacerle daño a nadie.

Sintió la bilis subirle por la garganta y no pudo evitar vomitar.

Cuánta sangre mezclada con la tierra mojada…

Lawrence corrió hacia ella cuando vio que el peligro había pasado y le apartó el pelo de la cara. Mientras su cuerpo se convulsionaba, su hermano la abrazaba y le decía que todo iba a salir bien, que ahora todo había terminado.

Por fin.

Con los ojos llenos de lágrimas, Amanda se apoyó en Lawrence, todavía sin poderse creer que Parker estuviera muerto.

La pesadilla había terminado.

Levantó la mirada y se encontró una agotada Rebeccah a escasos metros. Respiraba entrecortadamente, tenía el pelo enmarañado y un moratón en la comisura de la boca.

Cuando sus miradas coincidieron, Amanda supo que había sido ella quien había disparado y había evitado la muerte de Remington.

Su amiga había rodeado a los hombres, incluso a Parker, y había aparecido por detrás. Lo había hecho en absoluto silencio. Había usado su arma para salvarle la vida a Remington, y la bala había impactado en la cabeza de Benedict.

Rebeccah se acercó a ella y le tomó el rostro con las manos.

—¿Estás bien, Amanda?

—Sí…

La otra sonrió con nerviosismo; era la primera vez que mataba a una persona, aun estando de servicio. No obstante, estaba aliviada.

—No volverá a hacerte daño, Amanda. Se acabó.

Amanda miró el cuerpo de Parker de nuevo. Se soltó de su hermano para acercarse a él con paso vacilante.

Fue Remington quien se interpuso entre ambos. El brazo le ardía, pero necesitaba impedir que Amanda viese la imagen tan horrenda que Tanner estaba cubriendo con su cazadora tejana.

—Amanda, no deberías ver esto. Vámonos a casa.

—No… —ella tocó su mejilla y luego clavó la vista en la sangre que empapaba su camiseta. Estaba herido por su culpa. Se mordió el labio inferior—. Necesito verle muerto, Remington. Quiero asegurarme de que Parker jamás volverá a tocarme.

Él asintió, comprendiéndola, y se hizo a un lado, aunque le costó muchísimo no abrazarla por la cintura y soportar aquel mal trago a su lado.

Era algo que debía hacer sola.

Todos sabían que era lo que Amanda necesitaba para concienciarse de que podía pasar página con tranquilidad.

Por eso mantuvieron la distancia, bien pendientes de su reacción, por si se desmayaba o dejaba libre el ataque de ansiedad que debía estar formándose en su pecho.

Amanda se agachó junto al cuerpo y observó el rostro ladeado de Parker tras apartar lo justo la cazadora.

Tenía la sensación de que, en cualquier momento, abriría los ojos y se lanzaría a su cuello para estrangularla. Pero él no se movió. No respiró. No hizo nada de nada.

Solo quedarse ahí, perdiendo color y calidez.

Sin poder hacerle daño a nadie más. Sin poder llegar a ella o hasta su hijo. Sin poder golpear a ninguna otra mujer.

Era libre.

Se acabó el esconderse.

Nunca más volvería a preocuparse por si aquel miserable le arrebataría a su bebé nada más nacer.

—Sí, se ha acabado —susurró, más para sí misma que para nadie más. Miró por encima de su hombro y vio a Max junto a Remington. Fue su mejor amigo quien la ayudó a levantarse. Lo abrazó—. Oh, Max.

—Princesa… —él la besó en el pelo, que estaba mojado y sucio por la lluvia.

El abrazo de Maxwell era tierno, suave, nada que ver con el que Parker había usado en su contra cuando la había interpuesto entre él y Remington. Ahora se sentía a salvo, segura, como nunca antes.

Una punzada en el vientre que la atravesó hasta los riñones la hizo gemir. Se dobló en dos y por poco cayó al suelo cuando el dolor envolvió su abdomen como un manto caliente.

—¿Amanda? —Max la sujetó.

Respiró entre dientes, intentando concentrarse en la presencia de su amigo para obviar el malestar que la acunaba.

—Duele…

—¿Es el bebé? —Remington estaba tras ella, también agarrándola por si sus rodillas terminaban por ceder.

—No lo sé… —sollozó y hundió las uñas en los brazos de Max, que era en quien se apoyaba—. Llevadme a casa. Por favor.

CAPÍTULO 36

Remington Montgomery exigió el alta voluntaria en cuanto tuvo el brazo vendado. La doctora que lo había atendido de urgencias quiso tenerlo en observación unas horas más, pero lo dejó marchar en cuanto vio que no podría convencerlo de que se quedara.

Cuando un Montgomery se empecina en algo, nada ni nadie podría hacerle cambiar de opinión. Ella lo sabía bien, pues había estado saliendo un tiempo con Tanner y conocía el carácter de los hermanos.

Tanner, que no se había movido de la sala de espera, lo acompañó hasta la ranchera.

—¿Cómo estás? Jim, digo… la doctora Carlson dijo que no era nada grave.

—No lo ha sido. La herida entró y salió limpiamente y no ha provocado grandes daños —cuando estuvo subido en la ranchera, dijo—: Quiero que conduzcas lo más rápido que puedas.

—¿Y qué pasa con el límite de velocidad? La policía puede pelarme…

Remington no estaba para bromas, odió su tono burlón al instante y lo fulminó con la mirada.

—Yo soy la policía. Conduce todo lo rápido que puedas —repitió, enfatizando cada palabra.

Su hermano sonrió y pisó el acelerador en cuanto hubo sacado su viejo vehículo del aparcamiento.

Comprendía a la perfección lo que pensaba su hermano.

Amanda había estado a punto de morir. También Remington. Todo había ido muy deprisa, pero había sido tiempo suficiente como para que la vida de ambos cambiase. Si la bala de la Beretta de aquel enfermo hubiera herido a Rem en el lugar equivocado…

Y una bala lo había cambiado todo, ciertamente.

Con Parker Benedict muerto, nada retenía a Amanda en Blue Valley.

—¿Has hablado con Max?

—Sí. Los paramédicos examinaron a Amanda. El bebé y ella están bien. Fueron los nervios, Remington. Tranquilo. Todo está bien —le aseguró sin apartar los ojos del asfalto—. Reposo absoluto durante unos días y será como si nada hubiera pasado.

—Pero ha pasado.

—Será duro dejar atrás esta noche.

—Sobre todo para ella. Dios —Remington le asestó un buen puñetazo al salpicadero—. ¡Debí estar ahí!

—No fue culpa tuya —insistió—. Benedict te atrajo a la comisaría. Tú solo cumplías con tu deber.

—¡Amanda era, en ese momento, mi deber! —vociferó él—. ¡¿Acaso no lo entiendes?! ¡Se supone que debía protegerla y la dejé a su merced! ¡Incluso le he fallado a Rebeccah!

Tanner reprimió un suspiro. Comprendía muy bien a su hermano, de estar en su lugar posiblemente él también estuviese lleno de dudas y remordimientos, pero desde fuera todo se veía más nítido y más real.

Remington no era culpable.

Tanner confiaba en que Amanda pudiera hacerle entrar en razón.

—¿Le dirás que la quieres? —preguntó mientras adelantaba a un camión sin poner el intermitente, ganándose así que un par de coches usaran su claxon.

Remington no se lo pensó ni una décima de segundo:

—Sí. No quiero que se marche.

—Nos debes mil pavos —sonrió Tanner.

Su hermano, que había estado mirando por la ventilla en todo momento, volvió la cabeza hacia él y le devolvió la sonrisa, aunque era más pequeña, quizá porque estaba asustado como un cervatillo.

Si Amanda se marchaba…

—Esa noche no pensé que pudierais tener razón. Nunca pensé que terminaría… enamorado de ella.

—Es lo que tienen los sentimientos —Tanner pisó de nuevo el acelerador después de mirarlo de reojo—. Son imprevisibles e innegables. Te arrollan con la fuerza de un tren en marcha y no puedes esquivar el embiste.

Su hermano era un sabio, decidió Remington. Quizá era la edad, que era muy observador o que había aprendido a base de golpes. Un poco de todo, tal vez.

—Os los pagaré… si se queda.

—Eso no es justo, ¡ese no fue el trato! —protestó el otro, esbozando un amago de sonrisa. Pero luego le dio una colleja—. Prepara el talonario, chaval. Amanda se quedará, ya lo verás. Tengo un pálpito.

Remington no confiaba mucho en los pálpitos de su hermano. La última vez que Tanner tuvo un buen presentimiento, su mujer le pidió el divorcio. Aunque, pensó el policía, que Carina se hubiera marchado de su vida para siempre había sido una gran noticia, sobre todo ahora que se había quitado el disfraz de mujer buena y amable y había mostrado su retorcida personalidad.

Se pasó la mano sana por la barba.

Quería creer que Amanda lo quería, que se había enamorado de él, porque era imposible que aquella relación tan dulce y suave fuera únicamente unilateral.

CAPÍTULO 37

Amanda abrió los ojos con un grito. Se incorporó y sus manos buscaron bajo las sábanas que la cubrían. Cuando encontró su vientre abultado y duro, lo abrazó. Suspiró, aliviada; una lágrima se deslizó por su mejilla.

Había soñado con Parker y con su bebé y, aunque no recordaba lo qué había sucedido en aquella maldita pesadilla, sí sabía que había habido muchos gritos, demasiada sangre.

Trazos de una realidad demasiado tenebrosa.

—Amanda.

Miró a su hermano, que acababa de entrar en el dormitorio de *La Cabaña Azul*. Se inclinó sobre la cama y le apartó el pelo de la cara con cuidado. Ella sollozó de alivio cuando los recuerdos volvieron a su mente y se dio cuenta de que estaba a salvo.

—Hola… —se sentó a su lado—. ¿Estás bien?

—He tenido una pesadilla.

Se dejó abrazar y cerró los ojos, refugiándose en el pecho de Lawrence.

La mano de su hermano le acariciaba la barriga. Cameron parecía dormir todavía, porque no daba puntapiés y estaba muy tranquilo. Amanda sabía que esta tranquilidad desaparecería y que el bebé pronto se removería. Esas últimas semanas dormía mucho, pero tenía un par de horas al día que estaba especialmente activo.

—¿El niño está bien?

Recordó que, cuando llamaron a Emergencias, habían ido hasta la propiedad de los Montgomery dos ambulancias, que habían aparcado frente *La Cabaña Azul*. En una de ellas habían trasladado a Remington; en la otra, la habían examinado a ella, cuyo dolor había ido remitiendo a medida que los minutos pasaban y la histeria se deshacía.

—Sí. Los dos estamos bien —lo miró de reojo y atrapó el labio inferior con los dientes—: ¿Te hace ilusión ser tío?

—Sí, lo cierto es que sí —sonrió, radiante—. Me tomó por sorpresa cuando Maxwell me lo contó, pero ahora solo quiero tenerlo entre los brazos.

Amanda le devolvió la sonrisa y hundió la nariz en la curva de su cuello. Lawrence tenía buena mano con los niños. Era tímido y reservado, pero con ellos sacaba su faceta más tierna.

Iba a ser un tío estupendo, tal y como Remington y Nicholas lo eran con Roth e Irina.

Adoraría a Cameron por encima de todas las cosas, como si fuera más hijo que sobrino. Estaba segura de ello.

—Siento mucho no haberte dicho lo que ocurría, Lawrence. Pero…

—No te preocupes —la besó en la sien y la acunó más fuerte contra su pecho—. Al principio no lo entendía, pero ahora sí. Sé que pensabas que iría a por ese desgraciado. Y puede que tuvieras razón… Lo hubiese matado con mis propias manos. Me protegiste, Amanda.

Ella se estremeció ante sus palabras.

—Me alegra que acudieras a Max —añadió él.

Amanda notó tanta admiración en su voz, a la par que tanto dolor, que comprendió. Todas las veces que Lawrence le había dicho, durante esos años, que ya no quería a Maxwell, había estado mintiendo.

Es imposible no querer a una persona que te vuelve tan comprensivo, que es capaz de cambiar hasta tu tono de voz.

¿Cómo no se había dado cuenta antes?

Y pensó en Max.

Siempre tan solo desde que Lawrence se había marchado. Siempre teniendo relaciones cortas e insulsas, vacías de sentimiento y de pasión, casi como si las viviera por obligación. Siempre con ese brillo triste en los ojos.

¿Cómo podían dos personas quererse tanto y estar tan dispuestos a distanciarse el uno del otro?

—¿Qué vas a hacer?

—¿A qué te refieres? —preguntó Lawrence en un susurro, mientras acariciaba su brazo para hacerla entrar en calor.

Amanda se separó de él y se quedaron frente a frente, sentados en la cama, rodeados de cojines.

—Hablo de Max y de ti. Salta a la vista que todavía os queréis. Si os esforzáis, podréis solucionar lo que sea —lo animó—. ¿Por qué no os dais otra oportunidad? Lo que os alejó no puede ser tan malo. Yo creo que estáis destinados a quereros. Solo necesitáis recordarlo.

Lawrence meneó la cabeza. Si su hermana supiera lo que había sucedido entre Max y él la última vez que se vieron en su apartamento…

—¿Y tú?

Ella frunció el ceño, sin entender.

—¿Yo qué?

—Tú y Remington Montgomery.

Amanda suspiró y, rendida, se tumbó en la cama, los brazos abiertos, golpeando así a Lawrence en el costado, que fingió quejarse para hacerla sonreír. Ladeó la cabeza cuando él se tumbó a su lado, apoyado en un codo.

—¿Crees que me quiere? A veces creo que sí y…

—¿Y te emocionas?

—Siento un tirón aquí —se tocó el pecho, a la altura del corazón. Y luego bajó la mano hasta el abdomen—. Y también notó un hormigueo, una especie de agitación…

cada vez que lo veo. Y cuando creí que Parker lo había matado —cerró los ojos al recordar la sangre—. Dios. Quise morirme.

Él la entendía a la perfección. Cada noche, cuando había estado con Max y escuchaba la llave girar en la cerradura, el corazón se le había hinchado de puro gozo y alivio.

Había vuelto vivo. Sano y salvo. Después de un día entero enfrentándose a la peor calaña, regresaba a casa y él se había sentido bendecido por tenerle al lado un día más.

Solo de imaginar que le había podido pasar algo, que podía pasarle algo ahora mismo, se sentía morir. Las lágrimas escocían tras sus párpados, una mano de hierro aprisionaba su corazón para reducirlo a cenizas. El dolor agrietaba cada parte de su ser, cada célula se rompía en mil pedazos y era incapaz de recomponerse. Como si quisiera acompañarle al más allá, pues no concebía un mundo sin su sonrisa, sin su don de gentes, sin su sentido del honor y del deber.

Carraspeó antes de volver a hablar.

—Eso es amor.

—Pero con Parker fue tan diferente…

Lawrence le acarició la mejilla.

—Escucha a tu corazón y descubre quién es Remington Montgomery para ti. Pero date prisa. Ese policía está loco por ti y estoy convencido de que no permitirá que te marches de Blue Valley. Estará aquí en cuanto pueda salir del hospital —vaticinó—. No te va a dar paz para que aclares tus ideas.

¿Tendría su hermano razón? ¿Sería posible? ¿Podía haberse enamorado él de una mujer que había mentido desde el primer día que pisó el pueblo?

—¿Dónde vas? —preguntó con un hilo de voz al ver que su hermano se levantaba.

—A hablar con Max. Tienes razón, no podemos seguir así —y le mostró el índice cruzado con el corazón, como hacia cuando se marchaba a un examen de la universidad y la dejaba desayunando con sus padres—: Deséame suerte.

Remington bajó de la ranchera de un salto cuando el motor de esta todavía seguía ronroneando. Tanner bufó ante tal insensatez, pero lo dejó hacer; sabía que su hermano no estaba acostumbrado a dar voz a sus sentimientos y, ahora que estaba dispuesto a hacerlo, nada iba a detenerlo.

Fue directo hacia la cabaña, y el crujido de sus pies sobre los escalones interrumpió el beso que se estaban dando Max y Lawrence.

Su amigo se sonrojó de pies a cabeza y le barrió el paso, ganándose una mirada interrogante y algo cabreada por parte de Remington, que solo pretendía entrar en la cabaña.

—No pretendía molestar.

—Lo sé, pero… Amanda está descansando —le explicó su amigo con un carraspeo.

—Esperaré a que se despierte… dentro —miró a Lawrence con fijeza—. Si pretendes impedirme que la mire mientras duerme, llegas tarde. Lo he hecho antes y pienso hacerlo ahora hasta que pueda hablar con ella.

Lawrence, que se había sentado en la mecedora y se recorría los labios con los nudillos, como si quisiera grabarse también en las manos el beso que acababa de compartir con Max, le dedicó una sonrisa ladeada.

—Le has salvado la vida a mi hermana, Montgomery. Creo que te has ganado el derecho a mirarla dormir el tiempo que quieras —cuando Remington tenía un pie dentro de la cabaña, Lawrence lo llamó. Sus ojos lo taladraron—. Si le haces daño, acabarás como Benedict.

Remington entró en *La Cabaña Azul*, ignorando la amenaza, y cerró la puerta a sus espaldas. Echó la llave, dejando fuera a los otros dos hombres. No quería interrupciones.

Entró en el dormitorio con paso decidido y se la encontró vistiendo un camisón y mirando por la ventana, con una mano sobre el cristal, otra sobre el vientre. Parecía un alma torturada rodeada por oscuridad siendo pura fosforescencia. Era una imagen a contraluz arrebatadora que le encogió el corazón.

Tragó saliva.

Amanda se volvió hacia él como si hubiera notado su presencia y lo recorrió con la mirada.

—Deberías estar descansando.

—Necesito caminar para no sentirme… inútil. ¿Cómo estás? —se acercó un paso que pronto reculó.

¿De qué tenía miedo?, se preguntó Remington.

—Bien. No ha sido nada.

—La bala te ha atravesado —la voz de Amanda estaba llena de lágrimas—. No puedes decirme que no ha sido nada. Yo… vi la sangre. Vi tu gesto de dolor. Él…

Remington acortó la distancia que los separaba y la abrazó para tranquilizarla. Amanda enterró la cara en su pecho y le empapó la camisa, llena de sangre seca y barro.

—Deja de llorar, por favor —le pidió él, acariciándole la cabeza—. Me destrozas cada vez que lo haces.

—Creí que te perdía…

Remington cerró los ojos, estremeciéndose.

Que Amanda se preocupase por él de ese modo le daba esperanzas.

—Nunca me perderás —la separó de él para tomarle el rostro con las manos—. ¿Cómo estás tú?

Amanda no pudo esconder una mueca cuando Remington rozó con los nudillos el moratón que se adivinaba en la comisura de sus labios.

Al ver el dolor en su mirada, el agente quiso golpear la pared con el puño hasta liberar toda la rabia que lo consumía. Ella quiso tranquilizarlo, quizá porque había presentido cómo se sentía:

—Solo ha sido una bofetada.

—No debería de haberte dejado sola. Si yo hubiese estado aquí, contigo, no te hubiera puesto de nuevo la mano encima… —la hizo sentarse en el borde de la cama y mesó sus cabellos sin soltarle la cara—. Perdóname.

—No tengo nada que perdonarte —le aseguró Amanda, ladeando la cabeza y besando sus dedos—. Viniste a por mí. Me salvaste.

Remington suspiró y la cogió de las manos. Hizo que reposasen sobre su torso. Le encantaba sentir su calor contra su pecho, incluso a través de la ropa; no podía concebir una vida donde las manos de Amanda no estuvieran en contacto con su corazón.

—Te quiero, Amanda.

Ella, que había mantenido los ojos fijos en sus manos, levantó la mirada, de nuevo llorosa.

—¿Qué…?

—Cuando te acaricié por primera vez, fui capaz de notar todo lo que escondías dentro de ti. Detrás de toda esta belleza —se atragantó con sus emociones y tuvo que respirar hondo un par de veces para ser capaz de seguir. Ir decidido no significaba que fuera sencillo abrirse en canal ante Amanda—. Y fue entonces cuando me di cuenta de que había vivido con las manos vacías.

—Remington… —sollozó.

—Te quiero como nunca creí que se podía querer a nadie. Eres todo lo que un hombre puede desear, y no me refiero a tu cuerpo. Parker fue un estúpido al no ver lo maravillosa que eres. Fue un imbécil por no quererte como mereces.

Amanda se tapó los ojos con el dorso de las manos, emocionada.

Remington esperó pacientemente, acariciándole un muslo en círculos, dándole calor, dándole valor para rechazarlo o aceptarlo.

—¿Cómo puedes quererme? —consiguió decir. Tenía los ojos rojos e hinchados —. Todo lo que te he dado han sido mentiras.

—No, claro que no, amor —la acunó contra su torso—. Me has mostrado mucho de ti mientras eras Mandy Jeff. Y te has abierto a mí, me has dejado ver a la verdadera Amanda. Sé que me faltan muchas cosas por saber, pero tenemos toda la vida para conocernos mejor, ¿no te parece?

Amanda le acarició el rostro. Sus manos bajaron por su cuello y se mordió el labio inferior cuando las yemas de sus dedos pasaron por encima de su pulso, acelerado como el propio. Siguieron su descenso, pasando por su torso, por su marcado abdomen. Con cuidado, empezó a tirar de la camisa hacia arriba. Sin apartar sus ojos de los de él, que se habían dilatado por la expectación, se la sacó por la cabeza.

Observó las vendas durante unos segundos antes de inclinarse para besar el hombro cubierto por ellas. Él se sacudió ante el leve roce, que casi ni sintió sobre la piel, pero sí en el corazón. Ronroneó como un gatito.

—No vuelvas a asustarme así, Remington.

—Soy policía.

—Pero nunca te habían disparado, ¿verdad? —preguntó ella, enarcando una ceja.

—En eso tienes razón, amor. Pero si te quedas conmigo, si os quedáis conmigo —rectificó, bajando la cabeza hasta besar, su embarazo—, prometo comportarme mejor y llegar a casa cada noche sin ningún rasguño.

—Oh, Remington…

—Quiero que tengas algo presente, Amanda —Remington le mostró las manos, los dedos extendidos, las palmas bien abiertas y expuestas—. Mis manos te sujetarán cuando te caigas. Te consolarán. Te apoyarán en los momentos difíciles y las usaré para darte placer… mucho placer —añadió—. Pero no pienso hacer otra cosa con ellas. No pienso levantarlas jamás para hacerte daño. No pienso usarlas en tu contra, nunca. Antes prefiero cortármelas.

Ella observó sus manos, todas sus líneas, y luego su rostro. Vio la esperanza y la determinación en sus ojos. También vio amor.

Se levantó y volvió a la ventana. Miró el cielo. Empezaba a clarear y las estrellas, que se habían asomado después de la tormenta, empezaban a desvanecerse, junto con el manto oscuro de la noche. Para dar paso a un nuevo día.

Las estrellas siempre estarían ahí, también el sol.

Él la abrazó por detrás y con la nariz le apartó el pelo de la nuca para darle un beso suave en la curva de su cuello.

Remington podía hacerle tocar las estrellas, pero iluminaba su día a día sin necesidad de acariciarla.

Cerró los ojos y durante unos momentos se preguntó si quería quedarse en Blue Valley por seguridad… o por amor.

Seguridad porque su hijo tendría un padre. Seguridad porque aquel hombre era sensible y honesto. Seguridad porque era alguien que la amaba y que jamás le rompería el corazón. Seguridad porque sabía que nunca volvería a ser humillada, ni maltratada.

O amor. Amor del que te hace más fuerte, del que te empuja a levantarte cada día. Amor del que te mata si no lo tienes.

Recordó el momento en que la Beretta de Parker se había disparado, el cañón apuntando firmemente hacia Remington. Durante unos segundos lo había creído muerto y había sentido un dolor desgarrador perforarla desde el estómago hasta el pecho.

Aquello era amor, del definitivo, del que rompe los huesos, los esquemas. El que llena de esperanza, el que te las quita. El que te seduce, el que te mece, el que te

sostiene. El que te ayuda y te acompaña, el que te hiere y te sana. El que amenaza con hacerte enloquecer cuando concibes una vida sin vivirlo correspondido.

Casi sonrió.

No se puede luchar contra lo que te posee, pues se cuela bajo tu piel y te abriga.

—Si hay alguien capaz de reemplazar los malos recuerdos con unos mucho mejores, ese eres tú, Remington Montgomery.

—Amanda… amor.

La hizo volverse.

—¿Estás segura de esto?

—Confío en ti. Y te quiero. ¿Cómo no te iba a querer? —acunó su cara entre las manos y lo atrajo hasta ella para besarlo, para que él la besase, porque necesitaba hacerlo. Remington quería probar aquel te quiero de sus labios, de su lengua. La rodeó con los brazos en busca de más contacto, piel contra piel—. Creí querer a un hombre sin escrúpulos, con dos caras. ¿Cómo no iba a enamorarme de alguien cómo tú? ¿Que eres justo lo contrario?

Él volvió a besarla. Sus palabras habían vaciado sus cuerdas vocales, robándole las suyas. Buscar su boca y quedarse con su sabor y su calidez era todo cuanto podía hacer para calmarse y buscar su propia voz.

—Vaya —ella se separó con una carcajada—. Adivina qué dormilón se ha despertado.

Remington, que se había apartado de ella al notar el puntapié a través de la piel y de la ropa, sonrió y se arrodilló ante ella para apoyar la frente en el vientre.

—Prometo ser un buen padre. Prometo ser un buen marido. Os cuidaré, os protegeré, os amaré hasta que me muera —levantó el rostro para sostenerle la mirada, pero no la soltó—. ¿Me aceptáis, Amanda y Cameron Jefferson?

Ella se rio cuando sintió otra patada y se secó las lágrimas, tomando la respuesta de su hijo como un sí.

—Nunca te dejaremos marchar, Remington Montgomery —le aseguró antes de reclamar otro beso que sellase para siempre sus palabras.

EPÍLOGO

Amanda se echó hacia atrás y respiró hondo cuando la enfermera le dio permiso para hacerlo. Cerró los ojos durante unos instantes antes de ladear la cabeza. Observó la mano de Remington fuertemente entrelazada a la suya. Aunque el doctor le había aconsejado que se agarrase a las barras que había junto a la cama, Remington le había asegurado que podía manejar sus fuertes apretones.

—Solo es una mano, amor. No te preocupes por mí —le había dicho.

—Vale, Amanda, nos toca empujar de nuevo… —la enfermera asintió y ella obedeció, apretando los ojos con fuerza y poniendo el alma y el corazón en traer a su hijo al mundo—. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve… y diez. Descansa.

Volvió a desplomarse sobre la almohada. Apenas tuvo tiempo de volver a coger aire profundamente, porque la enfermera volvió a darle instrucciones con una gran sonrisa.

—Empuja. Uno, dos… tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez. Tranquila… Lo estás haciendo genial. ¿Verdad, señor Montgomery?

Una vez estuvo de nuevo contra la almohada y con los ojos abiertos, le sonrió a Remington, que se inclinó sobre ella para besarle la sien.

—Lo estás haciendo muy bien, sí —le aseguró con una radiante sonrisa, aunque él también estaba cansado. Llevaban en el hospital muchas horas, tantas que Amanda ya había perdido la cuenta—. Eres una campeona.

—Remington —tragó saliva y se aferró a su mano con más fuerza.

—Dime, amor.

—Siento haberte dejado sin Acción de Gracias.

Aunque se había sentido mal gran parte de la mañana, no había sido hasta que Cindy había empezado a servir el pavo cuando se había dado cuenta de que no eran los típicos dolores que le taladraban los riñones cada día. Justo cuando se había inclinado para decirle a Remington que deberían ir al hospital, había notado cómo algo húmedo le resbalaba por las piernas.

Había roto aguas.

Lawrence había entrado en pánico y habían sido Remington y Max quienes la llevaron hasta el todoterreno de este último, que había sacado la sirena de la guantera y la había encendido. El hospital quedaba bastante retirado de Blue Valley y, aunque la mayoría de personas de la zona estaban con sus familias, el agente del FBI quería asegurarse de que llegaban lo antes posible.

—No querrás dar a luz en mi asiento trasero, ¿verdad, princesa mía? —había bromeado mientras la ayudaba a sentarse sobre un par de mantas y la tapaba con otra.

La enfermera le dijo en ese momento que tocaba empujar de nuevo, así que no vio cómo Remington meneaba la cabeza, divertido. Prefería mil veces estar ahí, con ella.

Unos minutos después, un fuerte llanto llenó la habitación y Amanda respiró aliviada y emocionada. Se le llenaron los ojos de lágrimas mientras se reclinaba contra las almohadas y soltaba la mano de Remington.

Lo había logrado.

—Está aquí —susurró para sí misma.

Su hijo había nacido y estaba llorando a pleno pulmón, señal de que, por ahora, estaba bien. Extendió los brazos hacia el médico. Sabía que tenían que comprobar que estaba sano, pero necesitaba tomarlo en brazos.

—Felicidades, Amanda. Has tenido un niño precioso —le dijo la enfermera, sonriendo.

—Lo has hecho muy bien, amor —Remington le besó la frente y le apartó el pelo de la cara antes de bajar la barra metálica que se interponía entre su esposa y él.

En ese momento, el médico le dejó sobre el pecho a su pequeño.

Observó su carita, embobada; si bien ya quería a ese niño mientras estaba en su vientre, ahora sabía qué era el amor a primera vista. Lo querría siempre. Supo que aquel tipo de sentimiento era diferente a todos los demás, pero sin duda era el más puro y bonito que podía llenarle el pecho.

Lo besó en la cabecita casi con reverencia, y empezó a tararear una nana para que dejase de llorar. Logró calmarlo al instante.

—Mira que buena mamá vas a ser —le comentó otra enfermera, mientras levantaba con cuidado al bebé y le quitaba la bata a Amanda de hospital para que estuvieran piel contra piel.

Su hijo era guapísimo, pensó mientras lo miraba y le acariciaba la espalda, las manitas, las piernecitas. Incluso el médico lo comentaba con tono alegre con Remington, que no podía apartar los ojos del pequeñín. Él también se había enamorado del bebé nada más verlo.

—Es precioso —levantó el rostro hacia Remington. Lo vio borroso por las lágrimas, pero supo que él también tenía los ojos acuosos y brillantes por la emoción.

—Sí, amor. Lo es… —reconoció él sentándose con cuidado en el borde de la cama. Pasó un brazo por encima de la almohada y con la mano libre, acarició la mejilla del pequeño—. Se parece a ti —respiró hondo y la besó en la cabeza—. Nuestro hijo…

—Cameron Remington Montgomery —musitó ella y, aprovechando de la pose que había adoptado su marido, apoyó la sien contra su pecho, pues era incapaz de dejar de mirar a su hijo.

Era tan bonito, tan pequeño. Tan frágil, pero a la vez tan fuerte.

Todo el sufrimiento había valido la pena ahora que lo tenía en sus brazos.

Remington salió al pasillo cuando se llevaron al pequeño para comprobar que gozaba de buena salud, momento que también aprovecharon las enfermeras para limpiar y peinar a Amanda.

Sus hermanos, su cuñado Lawrence, Max y Cindy habían decidido esperar fuera de la habitación; además, solo podía entrar el marido y padre. Su suegro no estaba allí, pero ya le habían llamado para que él y su esposa pudieran tomar el primer avión.

—Todo ha ido bien. Cameron está bien y Amanda también.

Recibió felicitaciones de todos ellos. Compartieron abrazos, palmadas en la espalda, lágrimas de alegría y alguna que otra carcajada de pura dicha, pues ahora eran uno más en la familia. Iban a cuidarlo y a mimarlo como a Irina y a Roth.

El médico salió para avisarles de que el bebé estaba sano y fuerte. Ya podían pasar a la habitación para ver al niño y a la madre.

Cuando entró, lo hizo solo. La familia le concedía unos minutos de intimidad, aunque no iban a ser muchos, pues todos estaban deseando conocer al pequeño Cameron.

Se apoyó en el marco de la puerta. Aunque había una enfermera revoloteando alrededor de la cama, arreglando aquello y poniendo bien lo otro, la estampa que lo acababa de recibir lo había dejado sin aire en los pulmones.

Habían subido el respaldo de la cama de Amanda para que pudiera sujetar mejor a Cameron contra su pecho. Lo mecía, hablaba con él en voz baja, y sonreía de tal forma que a Remington le fallaron las rodillas.

¿Cómo había podido llegar a pensar alguna vez que lo que sentía por aquella mujer era únicamente deseo?

—Dile hola a papá, Cameron —musitó ella, mirándolo de reojo.

Remington respiró hondo y se acercó. Aquel sentimiento que lo embargaba no podía explicarse, solo de recordar el momento en que había visto asomar la cabecita del pequeño… había querido caer de rodillas y llorar como un niño.

Le dio las gracias a la enfermera, que en ese momento salía por la puerta, y se inclinó por encima de la cama para besarla suavemente en los labios.

—¿Estás bien? ¿Quieres agua…?

Amanda meneó la cabeza.

—Las últimas noches, cuando me acostaba, me preguntaba si podría mirarle y quererle incondicionalmente. Tenía miedo de que me recordase a Parker. Tenía miedo de no poder darle lo suficiente.

Remington la entendía.

Había tenido miedo de dejarse llevar por el rencor, pero ahora se daba cuenta de que aquellos pensamientos no tenían sentido.

Tal vez, cuando Cameron abriese los ojos, se topasen con la mirada azulada de Parker Benedict, pero Remington jamás vería en él a ese hombre. Lo quería como si

fuera su hijo, lo adoraba, y pensaba protegerlo y hacerle de padre hasta el fin de sus días.

—Nunca oirás salir de mi boca algo positivo sobre él, pero…

—Cameron es un regalo —concluyó ella, pensando en que Parker les había dejado algo bueno en el mundo.

Remington le secó una lágrima con cuidado y la abrazó por los hombros mientras con la otra mano tapaba mejor a su hijo.

—Sí, lo es.

—Ojalá Brenda estuviera aquí.

Remington tuvo que controlar un sollozo. Las últimas semanas había hablado mucho sobre su hermana. Amanda había sido algo así como una psicóloga. Había escuchado el dolor que había sentido tras la muerte de su hermana. Había compartido sus risas al contarle anécdotas de pequeños y le había tomado la mano al contarle lo mucho que se querían, cómo se lo había demostrado de jóvenes y él había sido un adolescente egoísta incapaz de ver más allá de gestos molestos por parte de Brenda.

—Estoy seguro de que está por aquí, contento de vernos tan felices. De tener un sobrino más.

—Yo también quiero pensar eso —le concedió Amanda, sonriendo con cariño. Quería a esa cuñada que no había conocido pese que la muerte se interponía entre las dos. La sentía cercana. Como si estuviera cerca y fuera una confidente.

—Amanda…

—¿Mmm? —su esposa levantó de nuevo los ojos hacia él.

—No te hubiese dejado marchar esa mañana si no me hubieras aceptado.

Ella le acarició el rostro, recordando el bonito amanecer que le había regalado la vida después de una noche terrorífica. Una nueva oportunidad, un nuevo amor.

—Y yo hubiese vuelto si me hubieras dejado marchar —bajó los labios hacia la cabeza de su hijo y, cuando llamaron a la puerta, susurró contra su pelo rubio—: Cariño, no te acerques mucho a tus tíos. Hacen apuestas.

Amanda había aceptado pagar la mitad de la apuesta y sus hermanos, maravillados al ver que tenían una cuñada como ella, habían usado los mil dólares para comprarle cosas al bebé.

Remington la abrazó, intentando alargar aquel momento a solas unos segundos más.

—Te quiero, Amanda Jefferson… y a ti también, Mandy Jeff.

AGRADECIMIENTOS

Eres al primero al que debo darle las gracias. A ti, lector. Porque has creído en mí, en esta novela y en la historia de Amanda con Remington. Espero que hayas disfrutado conociéndolos. Ojalá volvamos a leernos pronto.

Gracias a Romantic Ediciones y todo su equipo por confiar en mí. No tengo palabras para agradecer esta gran oportunidad. Gracias a vosotros puedo seguir soñando. Sois maravillosos.

A mi familia, por ser siempre mi respaldo, por sostenerme y sobre todo por haber hecho de mí una lectora empedernida. Sin vosotros no sería quien soy hoy. *La cabaña azul* me ha permitido explorar las relaciones entre hermanos y con los sobrinos, y eso lo he aprendido gracias a vosotros. A ti, hermana; a vosotros, mis nenes.

A mi compañero de vida, que jamás me has permitido rendirme en este gran viaje. Gracias a ti ahora comprendo mejor mis letras. Gracias a ti no decaigo cuando dudo, no abandono cuando deseo hacerlo.

Gracias, Carol. Mi lectora cero, una de mis mejores amigas. Gracias a ti recupero las ganas de escribir cuando las musas se van de vacaciones. Los hermanos Montgomery son como son gracias a ti.

Clara, fuiste la primera a la que expliqué esta idea. La primera que supo de *La cabaña azul*. Tu apoyo incondicional me ayudó infinito.

Agradecer a Lyly que esté siempre a mi lado aún viviendo en diferentes ciudades. Sé que tú formarías mi familia Montgomery, porque la familia siempre está junta, a las buenas y a las malas. Ohana, ¿recuerdas?

Me dejo a muchas personas más, como Vicki o Marta Sebastián, que me inspiran, que me hacen querer absorber toda su sabiduría e intentar plasmarla en lo que escribo. El mundo necesita más gente bondadosa y generosa como estas personas que me brindan su coraje y apoyo de forma incondicional.

Gracias a todos.

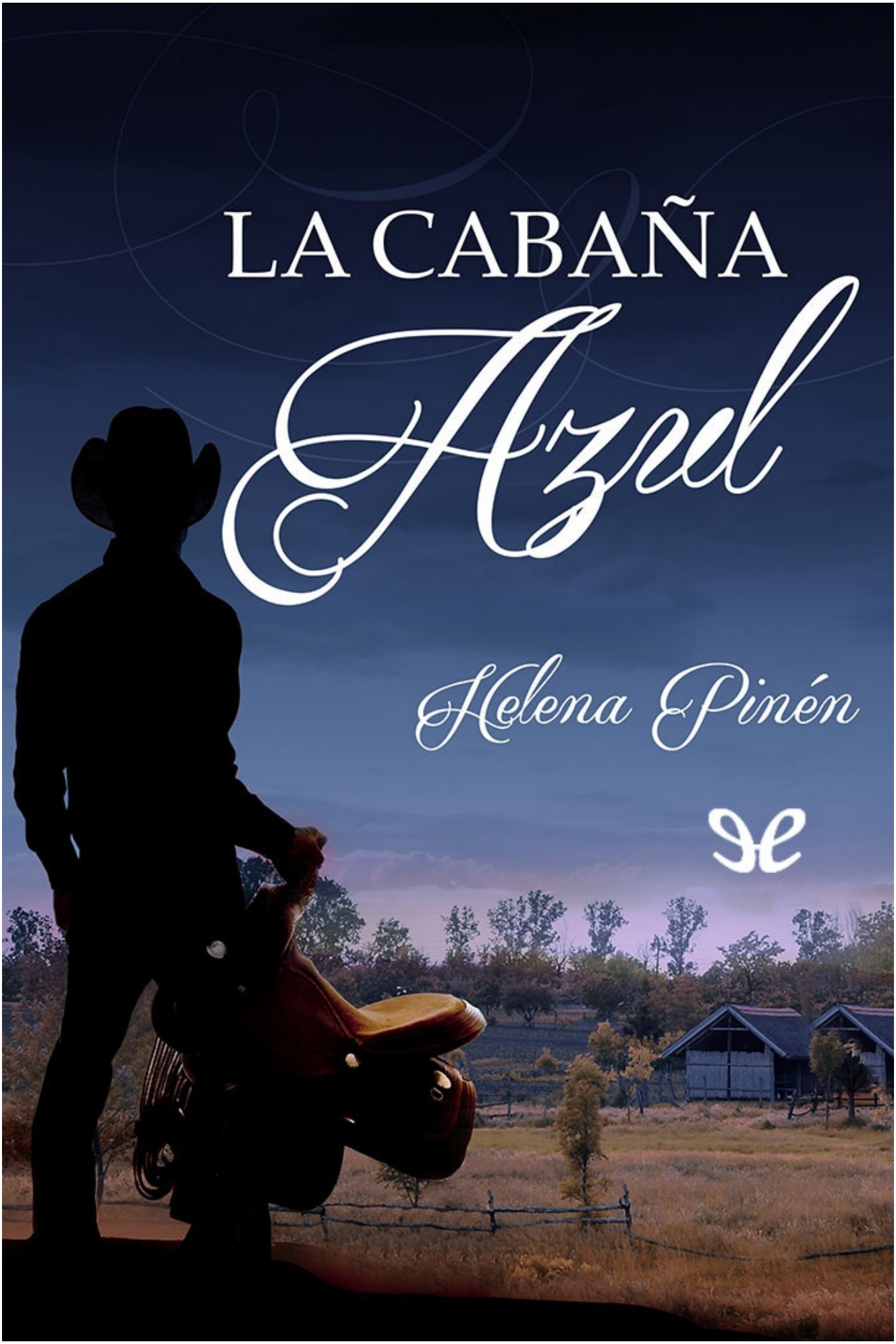


HELENA PINÉN es una graduada social de Barcelona con una única gran pasión: los libros.

Ya de pequeña los devoraba. Pronto, empezó a dar forma a sus propias historias y personajes, llenando libretas y apuntes de la escuela con borradores y esquemas de lo que le gustaría escribir; fue así como llegó a ser finalista del Premi Juvenil Joan de Santamaria en 2008.

Cuando se adentró el género de novela romántica y se enamoró de él, se encontró con el camino que había estado buscando sin saberlo. Así nació su primera novela romántica: *El sueño de Ruby*, mientras se adentraba en el mundo blogger con el blog literario *Entre Libros Siempre*.

Ahora mismo, está decidida a compaginar su trabajo con sus ganas de escribir. Y por muchos años más…


LA CABAÑA
Azul
Helena Pinén